

La Hija del Clérigo

Por

George Orwell

***Free*editorial** 

CAPÍTULO UNO

I

Cuando el despertador de la cómoda estalló con el tañido de una horrible bomba metálica en miniatura, Dorothy salió de los abismos de un sueño profundo y perturbador, abrió los ojos sobresaltada y se quedó contemplando la oscuridad, presa de un agotamiento extremo.

El despertador siguió con su clamor persistente y femenino, que duraba unos cinco minutos si nadie lo paraba. Dorothy se sentía dolorida de pies a cabeza y una autocompasión insidiosa y humillante, que, por lo general, la embargaba cuando era hora de levantarse por las mañanas, le impulsó a meter la cabeza debajo de las sábanas para tratar de escapar de aquel sonido odioso. No obstante, luchó contra su fatiga y, según su costumbre, se animó usando la segunda persona del singular. Vamos, Dorothy, ¡arriba! ¡No seas perezosa, por favor! Proverbios 6:9. Luego recordó que si el despertador seguía sonando acabaría oyéndolo su padre, y con un apresurado movimiento saltó de la cama, cogió el reloj de la cómoda y lo desconectó. Lo tenía ahí encima precisamente para tener que levantarse para apagarlo. Todavía a oscuras, se arrodilló junto a la cama y rezó el padrenuestro un poco distraída porque tenía los pies helados.

Eran justo las cinco y media y hacía frío para ser una mañana de agosto. Dorothy (se llamaba Dorothy Hare y era la hija única del reverendo Charles Hare, rector de Saint Athelstan en Knype Hill, Suffolk) se puso la raída bata de franela y bajó a tientas las escaleras. Había un gélido aroma matutino a polvo, escayola húmeda y los lenguados fritos de la cena del día anterior; y de ambos lados del pasillo llegaban los ronquidos antifonales de su padre y de Ellen, la criada. Con precaución, porque la mesa tenía la mala costumbre de emboscarse en la oscuridad y golpearle a uno en la cadera, Dorothy entró a tientas en la cocina, encendió la vela que había en la repisa de la chimenea y, todavía dolorida de cansancio, se arrodilló y quitó las cenizas del fogón.

Encender el fuego era un fastidio. La chimenea estaba torcida y no tiraba bien, por lo que para encenderlo había que echarle una taza de queroseno, igual que el trago de ginebra matutino de un borracho. Tras poner a hervir el agua del afeitado de su padre, Dorothy subió las escaleras y fue a prepararse el baño. Ellen seguía roncando con pesados y juveniles ronquidos. Era una criada buena y trabajadora cuando estaba despierta, aunque era de esas chicas a quienes ni el demonio y todos sus ángeles lograrían arrancar de la cama antes de las siete de la mañana.

Dorothy llenó la bañera lo más despacio posible, el chapoteo siempre despertaba a su padre si abría demasiado el grifo y se quedó un momento

contemplando el pálido y poco apetitoso charco de agua. Se le había puesto la carne de gallina. Odiaba los baños fríos y por eso mismo tenía por norma bañarse siempre con agua fría de abril a noviembre. Metió la mano en el agua —estaba helada— y avanzó con sus habituales exhortaciones. ¡Vamos, Dorothy! ¡Adentro! ¡No me vengas ahora con remilgos, por favor! Luego se metió con decisión en la bañera, se sentó y dejó que la gélida faja de agua la rodeara hasta cubrirla por entero menos el pelo que se había recogido detrás de la cabeza. Momentos después salió a la superficie, jadeando y haciendo muecas, y nada más recobrar el aliento, recordó la lista de cosas que se había metido en el bolsillo de la bata con intención de leerla. Alargó la mano e, inclinándose por encima de la bañera y metida hasta la cintura en el agua helada, leyó la lista a la luz de la vela que había dejado sobre la silla.

Decía:

7 oc. Comulgar.

¿Bebé de la señora T? Hacerle una visita.

Desayuno. Beicon. Pedir dinero a mi padre. (P)

Preguntar a Ellen qué necesita para la cocina. Tónico padre. Preguntar lo de las cortinas en Solepipe's.

Ir a visitar a la señora P por lo del recorte del Daily M. y las infusiones de angélica buenas para el reumatismo, emplasto de maíz de la señora L.

12 oc. Ensayo Carlos I. Encargar doscientos gramos de cola y un bote de pintura de color aluminio.

Puchero [tachado] ¿Comida...?

Repartir revista parroquial. La señora F debe 3 chelines y 6 peniques.

16.30 Té Madres Cristianas, no olvidar dos metros y medio de tela para las ventanas.

Flores para la iglesia. 1 lata de pulimento de metales Brasso.

Cena. Huevos revueltos.

Mecanografiar el sermón de mi padre, ¿nueva cinta para la máquina?

Quitar las malas hierbas de las matas de guisantes.

Dorothy salió de la bañera y mientras se secaba con una toalla apenas mayor que una servilleta —en la rectoría nunca habían podido permitirse toallas de tamaño normal—, se le soltó el pelo y le cayó sobre los hombros en dos pesados mechones. Tenía un pelo espeso, bonito y de color muy pálido, y tal vez fuese una suerte que su padre le hubiera prohibido cortárselo porque era lo único claramente hermoso que tenía. Por lo demás era una chica de

estatura media, más bien delgada, aunque fuerte y esbelta, cuyo punto débil era su rostro. Una cara ordinaria, rubia y delgada, con ojos pálidos y la nariz ligeramente larga; si se la miraba con atención, se veían las patas de gallo alrededor de los ojos, y la boca, cuando estaba en reposo, parecía cansada. Todavía no era el rostro de una solterona, pero sin duda lo sería al cabo de unos años. No obstante, quienes no la conocían pensaban que era varios años más joven (todavía no había cumplido los veintiocho) por la expresión de seriedad casi infantil que había en su mirada. Su antebrazo izquierdo estaba cubierto de minúsculas marquitas rojas como de picaduras de insectos.

Dorothy volvió a ponerse el camisón y se cepilló los dientes —solo con agua, claro; es mejor no utilizar pasta de dientes antes de comulgar. Después de todo o se ayuna o no se ayuna. En eso a los católicos no les falta razón— y mientras lo hacía, vaciló de pronto y se detuvo. Soltó el cepillo de dientes. Una terrible punzada, una punzada física, acababa de recorrerle las vísceras.

Había recordado con ese brusco sobresalto con que uno recuerda algo desagradable por la mañana, la cuenta que le debían, desde hacía siete meses, a Cargill, el carnicero. Esa espantosa cuenta, que debía de ascender a diecinueve o veinte libras y que tenían pocas esperanzas de poder pagar algún día, era uno de los principales tormentos de su vida. A todas horas del día y de la noche estaba esperándole en algún rincón de su conciencia, dispuesta a saltar sobre ella para torturarla; y siempre la acompañaba el recuerdo del sinfín de cuentas menores, que ascendían a una cantidad en la que no osaba siquiera pensar. Casi sin querer empezó a rezar: «¡Por favor, Dios mío, no permitas que Cargill vuelva a enviarnos hoy su cuenta!». Pero un momento después decidió que esa oración era blasfema y mundana y pidió perdón. Luego se puso la bata y bajó a la cocina a toda prisa con la esperanza de quitarse la cuenta de la cabeza.

Como siempre, el fuego se había apagado. Dorothy volvió a encenderlo manchándose las manos de tizne, le echó más queroseno y esperó angustiada hasta que el agua empezó a hervir. Su padre contaba con afeitarse a las seis y cuarto. Exactamente con siete minutos de retraso, Dorothy llevó el cuenco al piso de arriba y llamó a la puerta de la habitación de su padre.

—¡Pasa, pasa! —dijo con voz ronca e irritable.

La habitación tenía unas cortinas muy gruesas y estaba cargada de olor masculino. El rector había encendido la vela de la mesilla de noche y estaba tumbado de lado, mirando su reloj de oro, que acababa de sacar de debajo de la almohada. Tenía el cabello blanco y muy espeso como los vilanos de los cardos. Un ojo negro y brillante miró irritado por encima del hombro a Dorothy.

—Buenos días, papá.

—Dorothy —dijo el rector con voz gangosa, siempre sonaba hueca y senil cuando no llevaba la dentadura postiza—, te agradecería mucho que te esforzaras un poco más en sacar a Ellen de la cama por las mañanas. Y también que fueses más puntual.

—Lo siento mucho, papá. El fuego de la cocina no hacía más que apagarse.

—¡Bueno, bueno! Déjalo sobre la cómoda. Déjalo ahí y abre las cortinas.

Ya había amanecido, pero hacía una mañana nublada y gris. Dorothy corrió a su cuarto y se vistió con la celeridad con que acostumbraba a hacerlo seis de cada siete días. En la habitación había un espejito cuadrado, pero no utilizó ni siquiera eso. Se limitó a ponerse la cruz de oro al cuello —una cruz de oro muy sencilla, nada de crucifijos, por favor—, se recogió el pelo detrás de la cabeza, clavó unas cuantas horquillas aquí y allá y se puso la ropa (un jersey gris, una chaqueta raída de tweed irlandés, una falda, unas medias que no combinaban ni con la falda ni con la chaqueta y unos zapatos muy rozados) en menos de tres minutos. Tenía que «hacer» el salón y el despacho de su padre antes de ir a la iglesia, además de rezar sus oraciones para prepararse para la comunión y en eso tardaría al menos veinte minutos.

Cuando salió empujando su bicicleta por la puerta de la verja del jardín la mañana seguía nublada y la hierba estaba empapada de rocío. La iglesia de Saint Athelstan asomaba vagamente entre la mortaja de niebla que cubría la falda de la montaña y su única campana tañía fúnebre, ¡ding, dong, ding, dong! Solo una de las campanas estaba en uso, las otras siete llevaban tres años sin voltearlas y reposaban en silencio astillando lentamente el suelo del campanario bajo su peso. En la distancia, entre la niebla, se oía el ofensivo tañido de la campana de la iglesia católica, una campana diminuta y vulgar que sonaba como una lata y que el rector de Saint Athelstan comparaba siempre con una campanilla.

Dorothy subió a su bicicleta y rodó colina arriba apoyándose en el manillar. Tenía la nariz sonrosada por el frío matutino. Un archibebe silbó en lo alto, invisible contra el cielo nublado. ¡Temprano por la mañana mi canción se alzaré hasta ti! Dorothy apoyó la bicicleta contra el soportal de la iglesia y, tras reparar en que seguía con las manos tiznadas, se arrodilló y se las limpió frotándolas contra la hierba húmeda entre las tumbas. Luego la campana dejó de tañer y ella se incorporó con un respingo y entró apresuradamente en la iglesia justo cuando Progett, el sacristán, con una casulla raída y sus enormes botas de peón, avanzaba a grandes zancadas por el pasillo para ocupar su sitio en el altar lateral.

La iglesia era muy fría y olía a cirio y a polvo de siglos. Era muy grande, demasiado para el tamaño de su congregación, estaba en ruinas y vacía en su

mayor parte. Los tres estrechos islotes de los bancos se extendían en mitad de la nave y por detrás había grandes extensiones de suelo de piedra en el que unas cuantas inscripciones gastadas señalaban el lugar que ocupaban las antiguas tumbas. El tejado del coro y el presbiterio estaba visiblemente hundido y dos fragmentos de viga detrás del cepillo explicaban sin palabras que se debía a ese enemigo mortal de la cristiandad: el escarabajo del reloj de la muerte. La luz se filtraba anémica por las vidrieras descoloridas. A través de la puerta abierta se veían un ciprés reseco y las ramas grises de un tilo que se balanceaban tristemente en el aire sin sol.

Como de costumbre había solo otra comulgante, la vieja señorita Mayfill de The Grange. La concurrencia a la comunión era tan mala que el rector solo encontraba chicos que le ayudaran los domingos por la mañana, cuando a los muchachos les gustaba presumir delante de la congregación con sus casullas y sobrepellices. Dorothy pasó al banco que había detrás de la señorita Mayfill, y, como penitencia por algún pecado del día anterior, apartó el cojín y se arrodilló en el suelo de piedra. El servicio acababa de empezar. El rector, ataviado con una casulla y una sobrepelliz de lino, estaba recitando las oraciones con voz ejercitada, y clara ahora que llevaba puestos los dientes, y extrañamente antipática. En su rostro quisquilloso y envejecido, pálido como una moneda de plata, había una expresión de desdén, casi de desprecio. «Este es un sacramento válido —parecía estar diciendo— y es mi obligación administrároslo. Pero tened siempre presente que soy solo vuestro rector, no vuestro amigo. Personalmente me dais asco y os desprecio.» Progett, el sacristán, un hombre de unos cuarenta años de pelo gris rojizo y rostro rubicundo, esperaba pacientemente a su lado, reverente aunque sin entender nada, toqueteando la campanilla de la comunión, que parecía diminuta entre sus rojas manazas.

Dorothy se apretó los ojos con los dedos. Aún no había logrado concentrarse y la cuenta de Cargill seguía preocupándola de vez en cuando. Las oraciones, que se sabía de memoria, pasaban por su cabeza sin que les prestara atención. Alzó la vista un momento y enseguida se despidió. Primero miró hacia arriba a los ángeles sin cabeza en cuyos cuellos todavía se distinguían las marcas de los serruchos de los soldados puritanos, luego volvió a contemplar el sombrero negro de la señorita Mayfill y sus trémulos pendientes de azabache. La señorita Mayfill llevaba el mismo abrigo negro y anticuado, con un pequeño y grasiento cuello de astracán de pinta untuosa, que le había visto siempre Dorothy. Era de un material muy peculiar, parecido al muaré, pero más tosco, y hacía aguas como una especie de ribetes negros que no siguieran ningún patrón definido. Incluso era posible que estuviese hecho de aquella sustancia proverbial y legendaria, el alepín negro. La señorita Mayfill era muy vieja, tanto que nadie la recordaba más que como una anciana. Y de ella emanaba un vago aroma, un olor etéreo analizable como

agua de colonia y bolas de naftalina con un toque de ginebra.

Dorothy se quitó de la solapa del abrigo un largo alfiler con la cabeza de cristal, y con disimulo, ocultándose tras la espalda de la señorita Mayfill, apretó la punta contra su antebrazo. La carne le hormigueó con aprensión. Tenía la norma de pincharse el brazo hasta hacerse sangre siempre que se sorprendía sin prestar atención a las oraciones. Era su peculiar forma de hacer penitencia, su modo de mantener a raya la irreverencia y los pensamientos sacrílegos.

Alfiler en mano, se las arregló para rezar un rato más concentrada. Su padre acababa de echarle una torva mirada de desaprobación a la señorita Mayfill, que se estaba santiguando de vez en cuando, práctica que a él le desagradaba. Con desmayo Dorothy se sorprendió contemplando con vanagloria los pliegues de la sobrepelliz de su padre, que ella le había cosido hacía dos años. Apretó los dientes y se clavó el alfiler tres milímetros en el brazo.

Habían vuelto a arrodillarse. Era la confesión general. Dorothy volvió a despistarse, ¡ay!, esta vez sus ojos contemplaron la vidriera que había a su derecha, diseñada en 1851 por sir Warde Tooke, miembro de la Real Academia de las Artes, que representaba la bienvenida dispensada a san Athelstan a las puertas del cielo por Gabriel y una legión de ángeles muy parecidos entre sí y al príncipe consorte, y se clavó el alfiler en otra parte del brazo. Empezó a meditar en el significado de cada frase de la oración y así logró prestar más atención. Pero incluso así tuvo que utilizar otra vez el alfiler cuando Progett hizo sonar la campanilla y ella sintió, como siempre, la terrible tentación de echarse a reír en mitad del pasaje «Ahora con ángeles y arcángeles». Y todo porque su padre le había contado que una vez, cuando era pequeño y estaba ayudando al cura en el altar, se había soltado un tornillo de la campanilla y el cura había dicho: «Ahora, con ángeles y arcángeles, y toda la cohorte celestial, entonamos el himno inacabable en alabanza tuya: ¡Aprieta ese tornillo, cabeza hueca, apriétalo!».

Mientras el rector terminaba la consagración la señorita Mayfill empezó a mover los pies con extrema dificultad y lentitud, como una anquilosada criatura de madera que se moviera por secciones y liberase con cada movimiento una vaharada de olor a naftalina. Se oyeron muchos crujidos, probablemente del corsé, aunque era como si unos huesos chirriasen al frotar unos contra otros. Cualquiera habría dicho que dentro del abrigo negro solo había un esqueleto reseco.

Dorothy esperó un momento más. La señorita Mayfill se arrastraba hacia el altar con pasos lentos y vacilantes. Apenas podía andar, pero se ofendía mucho si alguien se ofrecía a ayudarla. En su rostro anciano y exangüe la boca

parecía sorprendentemente grande, blanda y húmeda. El labio inferior, flácido por la edad, pendía hacia delante y mostraba las encías y una hilera de dientes postizos tan amarillentos como las teclas de un piano viejo. El labio superior estaba ribeteado por un bigote negro cubierto de gotitas de saliva. No era una boca apetitosa y a nadie le habría gustado verla beber de su misma copa. De pronto, espontáneamente, como si la hubiese puesto allí el mismo demonio, la oración huyó de los labios de Dorothy:

—¡Oh, Dios, no dejes que tenga que beber del cáliz después de la señorita Mayfill!

Un momento después comprendió horrorizada el significado de lo que acababa de decir, y deseó haberse mordido la lengua antes que pronunciar aquella terrible blasfemia en los mismos escalones del altar. Se quitó el alfiler de la solapa y se lo clavó en el brazo con tanta fuerza que apenas pudo contener un grito de dolor. Luego subió al altar y se arrodilló tímidamente a la izquierda de la señorita Mayfill para asegurarse de beber del cáliz después de ella.

Arrodillada, con la cabeza gacha y las manos contra las rodillas se puso a rezar pidiendo perdón antes de que su padre llegara con la hostia consagrada. Pero sus pensamientos se habían interrumpido. De pronto era inútil tratar de rezar; sus labios se movían pero sus oraciones carecían de sentido y de sentimiento. Oía a Progett arrastrar las botas y la voz grave y clara de su padre murmurando «Tomad y comed», veía la alfombra roja y raída, olía el polvo, el agua de colonia y las bolas de naftalina; pero no podía pensar en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, ni en el propósito con el que había ido allí. Una terrible negrura había embargado su espíritu. Era como si no pudiera rezar. Se esforzó, trató de organizar sus pensamientos, murmuró mecánicamente el inicio de la oración, pero las frases sonaban inútiles y sin sentido..., como si fuesen palabras vacías. Su padre sostenía la hostia ante ella con sus manos elegantes y envejecidas. La sostenía entre el pulgar y el índice, con escrúpulo y casi con desagrado, como si fuese una cucharada de medicina. Miraba a la señorita Mayfill que se estaba plegando como una oruga geómetra, con muchos crujidos, y se estaba santiguando de un modo tan elaborado que daba la impresión de que estuviese siguiendo con la mano una serie de muletillas en su abrigo. Dorothy dudó varios segundos si tomar la hostia. No se atrevía a hacerlo. ¡Mejor, mucho mejor, descender del altar que aceptar el sacramento con aquel caos en su corazón!

Luego miró de reojo a través de la puerta. Un momentáneo rayo de sol se había colado entre las nubes. Se filtró entre las hojas del tilo y una ramita brilló con un verde fugaz e incomparable, más verde que el jade o las esmeraldas o las aguas del Atlántico. Fue como si una joya de inimaginable esplendor brillara por un instante, llenando el umbral de luz verde y luego se

desvaneciera. Una oleada de alegría recorrió el corazón de Dorothy. Aquel destello de color le había devuelto, mediante un proceso más profundo que la razón, la paz de espíritu, el amor a Dios y su capacidad de adoración. Por alguna razón, el verdor de las hojas había hecho que fuese posible volver a rezar. ¡Oh, todas las cosas verdes sobre la superficie de la tierra, alabad al Señor! Empezó a rezar con fervor, agradecida y alegre. La hostia se fundió sobre su lengua. Cogió el cáliz que le ofrecía su padre y bebió sin sentir la menor repulsión, incluso saboreó con alegría añadida por aquel pequeño acto de penitencia la huella húmeda que habían dejado los labios de la señorita Mayfill sobre el borde plateado.

II

La iglesia de Saint Athelstan se hallaba en lo alto de Knype Hill, y desde la torre del campanario se divisaban las tierras de quince kilómetros a la redonda. No es que hubiese nada que valiera la pena contemplar, solo el paisaje bajo y levemente ondulante de East Anglia, insoportablemente monótono en verano, pero redimido en invierno por la silueta de los olmos desnudos que se recortaban como abanicos contra el cielo plumizo.

Justo debajo está el pueblo con la calle Mayor que va de este a oeste y lo divide en dos partes desiguales. Al sur queda la sección más antigua, agrícola y respetable. Al norte, están los edificios de la Azucarera Blifil-Gordon y en torno a ellos se amontonan confusamente hileras de feas casas de ladrillo amarillo, habitadas en su mayor parte por empleados de la refinería azucarera. La mayoría de dichos empleados, que representaban más de la mitad de los dos mil habitantes del pueblo, eran impíos emigrantes procedentes de la ciudad.

Los dos pivotes o focos en torno a los que giraba la vida social en el pueblo eran el Club Conservador de Knype Hill (con licencia para vender bebidas alcohólicas) en cuya ventana gótica, una vez abrían el bar, se veían los rostros grandes y rubicundos de la élite del pueblo, asomados como gruesos peces dorados en un acuario; y un poco más allá, bajando por la calle Mayor, Ye Olde Tea Shoppe, el principal punto de reunión de las damas de Knype Hill. No estar presente en Ye Olde Tea Shoppe entre las diez y las once de la mañana, para tomarse el «café matutino» y pasar media hora entre el agradable gorjeo de las voces de clase media alta (Querida, tenía un as de espadas contra el rey y no utilizó el comodín. Cómo, querida, no irás a decirme que me has vuelto a pagar el café. ¡Oh, pero, querida, qué amable por tu parte! Insisto en que mañana me toca a mí invitarte. Mira al pobre Toto ahí sentado como un hombrecito y moviendo la naricita para que le den un terrón de azúcar. ¡Ven aquí, Toto!), equivalía a estar fuera de la sociedad de Knype Hill. El rector, con su mordacidad habitual, apodaba a aquellas damas «la brigada del café». Cerca de la colonia de casas falsamente pintorescas donde

vivía la brigada del café, pero apartada de ellas por sus grandes terrenos estaba The Grange, la casa de la señorita Mayfill. Un curioso castillo de imitación de ladrillo de color rojo oscuro y cubierto de almenas, que había sido el capricho de alguien cuando se construyó alrededor de 1870 y que por suerte estaba casi oculto entre densos jardines.

La rectoría se hallaba a mitad de camino en la falda de la colina, mirando a la iglesia y de espaldas a la calle Mayor. Era una casa de otra época, grande e incómoda, cubierta de un yeso amarillento con una tendencia crónica a descascarillarse. Uno de los rectores anteriores había añadido a un lado un enorme invernadero que Dorothy empleaba como taller, pero que constantemente necesitaba reparaciones. El jardín delantero estaba invadido por un montón de raquíticos abetos y un enorme fresno de copa muy ancha que dejaba en sombra las habitaciones e impedía cultivar flores. En la parte de atrás había un pequeño huerto. Progett se encargaba de cavar la tierra en primavera y en otoño, y Dorothy de sembrar y plantar las verduras y de quitar las malas hierbas en su escaso tiempo libre, a pesar de lo cual el huerto era, por lo general, una maraña impenetrable de hierbajos.

Dorothy bajó de un salto de la bicicleta al llegar a la verja de la entrada, sobre la que alguna persona servicial había pegado un cartel que decía: «¡Votad a Blifil-Gordon si queréis salarios más altos!». (Había elecciones locales y el señor Blifil-Gordon se presentaba por el partido conservador.) Al abrir la puerta principal vio dos cartas sobre el gastado felpudo. Una era de un diácono rural, y la otra una carta delgada y con muy mala pinta de Catkin & Palm, los sastres eclesiásticos de su padre. Sin duda una factura. El rector había seguido su costumbre de recoger las cartas que le interesaban y dejar las otras. Dorothy acababa de agacharse a recogerlas, cuando vio, con desánimo un sobre sin sello que asomaba por el buzón.

Una factura, ¡sin duda una factura! Además, nada más verla supo que era aquella horrible factura de Cargill, el carnicero. El estómago le dio un vuelco. Por un momento, se puso a rezar para que no lo fuera y que fuese solo la factura por los tres con nueve de Solepipe's, la del pañero, o la de la Internacional, o la del panadero, o la del lechero... ¡cualquier cosa, menos la factura de Cargill! Luego, sobreponiéndose a su pánico, sacó el sobre del buzón y lo abrió con un movimiento convulso.

A pagar: 21 libras, 7 chelines y 9 peniques.

Estaba escrito en la inicua caligrafía del contable del señor Cargill. Pero debajo, en gruesas y acusadoras letras, habían añadido y subrayado: «Quisiera hacerle notar que esta cuenta está pendiente desde hace mucho tiempo. Le agradecería mucho que la saldaran cuanto antes. S. CARGILL».

Dorothy se había puesto un poco más pálida y notó que no quería

desayunar. Se metió la factura en el bolsillo y fue al comedor. Era un cuartito oscuro que necesitaba que volvieran a empapelarlo y, como las demás habitaciones de la rectoría, daba la impresión de haber sido amueblado con los saldos de un anticuario. Los muebles eran «buenos», pero estaban tan destartados que habría sido imposible arreglarlos, y las sillas estaban tan comidas por la carcoma que uno solo podía sentarse en ellas con seguridad si conocía sus debilidades individuales. Había grabados antiguos, oscuros y muy deteriorados colgados de las paredes, uno de ellos, un grabado de un retrato de Carlos I pintado por Van Dick probablemente habría tenido algún valor si no lo hubiese estropeado la humedad.

El rector estaba delante de la chimenea apagada, calentándose con un fuego imaginario y leyendo una carta que había sacado de un sobre azul alargado. Todavía llevaba puesta la sotana de muaré negro, que encajaba a la perfección con su pelo blanco y abundante, su rostro pálido y fino y su gesto de pocos amigos. Al ver entrar a Dorothy, dejó la carta a un lado y miró con atención su reloj de oro.

—Me temo que llego un poco tarde, papá.

—Sí, Dorothy, llegas un poco tarde —dijo el rector repitiendo sus palabras con un delicado pero marcado énfasis—. Exactamente doce minutos. ¿No crees, Dorothy, que cuando tengo que levantarme a las seis y cuarto para celebrar la comunión y llego a casa cansado y hambriento, sería mejor que te las arreglases para no llegar un poco tarde al desayuno?

Saltaba a la vista que el rector estaba, como decía eufemísticamente Dorothy, «de malas pulgas». Tenía una de esas voces cansadas y cultivadas que nunca están del todo enfadadas y jamás parecen de buen humor..., una de esas voces que parecen estar diciendo todo el rato: «¡No sé a qué viene hacer tantos aspavientos!», y daba la impresión de estar sufriendo constantemente por la estulticia y la pesadez ajenas.

—¡Lo siento muchísimo, papá! Tuve que ir a preguntar por la señora Tawney. —La señora Tawney era la «señora T» de su lista—. Anoche tuvo el bebé y ya sabes que prometió venir a misa cuando naciera, pero si cree que no nos interesamos por ella no lo hará. Ya sabes cómo son esas mujeres, es como si odiaran ir a la iglesia. No vienen a menos que las enrede.

El rector no soltó un bufido, pero sí un leve sonido de enfado al acercarse a la mesa del desayuno. Significaba que, primero, la obligación de la señora Tawney era ir a la iglesia sin que Dorothy tuviera que enredarla; segundo, que Dorothy no tenía por qué perder el tiempo visitando a la gentuza del pueblo, sobre todo antes del desayuno. La señora Tawney era la mujer de un peón y vivía in partibus infidelium, al norte de la calle Mayor. El rector puso la mano en el respaldo de la silla y, sin decir nada, echó una mirada a Dorothy que

significaba ¿Podemos desayunar de una vez? ¿O va a haber más retrasos?

—Creo que ya está todo, papá —dijo Dorothy—. Si quieres ir bendiciendo la mesa...

—Benedictus benedicat —la interrumpió el rector levantando el gastado cubreplatos de plata. El cubreplatos de plata, como la cucharilla de plata de la mermelada, era herencia de familia; los cuchillos, los tenedores y casi toda la vajilla procedían de Woolworths—. Otra vez beicon —dijo mirando las tres finísimas lonchas que había enroscadas sobre unos cuadrados de pan frito.

—Me temo que es lo único que tenemos —respondió Dorothy.

El rector cogió el tenedor entre el dedo índice y el pulgar, y con un movimiento muy delicado, como si estuviese jugando a las pajitas, le dio la vuelta a una de las lonchas.

—Por supuesto, sé que el beicon para el desayuno es una institución inglesa casi tan antigua como el gobierno parlamentario —dijo—. Pero, aun así, ¿no crees que podríamos cambiar de vez en cuando, Dorothy?

—El beicon ahora está tan barato... —observó pesarosa Dorothy—. Es un pecado no comprarlo. Este costaba solo cinco peniques la libra, y había otro con muy buena pinta a solo tres peniques.

—¡Ah!, danés, ¿no? ¿Cuántas veces habrán de invadirnos los daneses? Primero con el fuego y la espada y ahora con su abominable beicon barato. Quisiera saber cuál de las dos cosas ha producido más muertes.

Sintiéndose un poco mejor después de aquella ingeniosidad, el rector se arrellanó en su silla y dio buena cuenta del despreciado beicon, mientras Dorothy (esa mañana no comería beicon como penitencia por haber dicho «maldita sea» el día anterior y haber estado media hora sin hacer nada después de comer) buscaba un buen tema de conversación.

Tenía por delante una tarea odiosa: una petición de dinero. En el mejor de los casos, sacarle dinero a su padre rozaba lo imposible y saltaba a la vista que esa mañana iba a ser aún más difícil que de costumbre. «Difícil» era otro de sus eufemismos. Supongo que le habrán dado alguna mala noticia, pensó con desánimo al ver el sobre azul.

Probablemente nadie que hubiese hablado con el rector más de diez minutos negaría que era un hombre «difícil». El secreto de su constante malhumor radicaba en el hecho de que era un anacronismo. No debería haber nacido en el mundo moderno, su ambiente le asqueaba y enfurecía. Un par de siglos antes, habría disfrutado de varios beneficios eclesiásticos, se habría dedicado a coleccionar fósiles o a escribir poesías mientras un coadjutor administraba la parroquia por cuarenta libras al año y habría estado como pez

en el agua. Incluso ahora, si hubiese sido más rico, habría podido consolarse borrando el siglo XX de su conciencia. Pero vivir en el pasado es muy caro y resulta imposible con menos de dos mil libras al año. El rector, atado por su pobreza a la época de Lenin y el Daily Mail, se hallaba en un estado de exasperación crónica y como es lógico se desahogaba con la persona más cercana, que casi siempre era Dorothy.

Había nacido en 1871, era el hijo pequeño del hijo pequeño de un baronet, y había ingresado en la Iglesia por la anticuada razón de que era la profesión reservada tradicionalmente para los hijos pequeños. Su primer curato había sido una parroquia de los suburbios del este de Londres, un lugar sucio y lleno de gentuza, y aún lo recordaba con amargura. Ya entonces, las clases inferiores (como insistía en llamarlas) empezaban a desmandarse. Su situación mejoró un poco cuando lo nombraron rector de un remoto lugar en Kent (Dorothy había nacido en Kent), donde los razonablemente oprimidos campesinos todavía se quitaban el sombrero en presencia del «pastor». Pero para entonces ya se había casado y su matrimonio había sido terriblemente infeliz; además, como los rectores no deben pelearse con sus mujeres, había tenido que guardar el secreto de su infelicidad, lo que había empeorado mucho las cosas. Había llegado a Knype Hill en 1908, con treinta y siete años y el carácter amargado sin remedio, lo que había acabado por alejarle de cualquier hombre, mujer o niño de la parroquia.

No es que fuese propiamente un mal sacerdote. Cumplía escrupulosamente con sus deberes clericales, tal vez incluso un poco más de la cuenta tratándose de una parroquia de la Iglesia No Ritualista de East Anglia. Dirigía los oficios con un gusto exquisito, pronunciaba admirables sermones y todos los miércoles y los viernes se tomaba la molestia de levantarse de madrugada para dar la comunión. Pero nunca se le había pasado por la imaginación que un clérigo pudiera tener ciertas obligaciones fuera de las cuatro paredes de la iglesia. Como no podía permitirse pagar un coadjutor, dejaba todo el trabajo sucio de la parroquia a su mujer, y después de su muerte (falleció en 1921) a Dorothy. La gente decía que, de haber podido, habría dejado que ella leyera los sermones. Las «clases inferiores» habían comprendido desde el primer momento lo que sentía por ellos, y pese a que si hubiese sido rico le habrían dado coba como tenían por costumbre, sencillamente le odiaban. A él le traía sin cuidado, pues apenas era consciente de su existencia, pero con las clases superiores no le iba mucho mejor. Había discutido con todas las autoridades del condado, y, como buen nieto de un baronet, no sentía más que desprecio por los pequeñoburgueses del pueblo y no se esforzaba en disimularlo. En veintitrés años se las había arreglado para reducir la congregación de Saint Athelstan de seiscientos a un poco menos de doscientos feligreses.

Eso no obedecía solo a motivos personales, sino a que el anticuado

anglicanismo ritualista al que se aferraba obstinadamente el rector bastaba para incomodar a todos los feligreses por igual. Hoy en día, un clérigo que quiera conservar su rebaño solo tiene dos posibilidades: el anglocatolicismo puro y simple —o más bien puro y no tan simple—, o atreverse a ser moderno y ancho de miras y predicar reconfortantes sermones que demuestren que no existe el infierno y que todas las buenas religiones son iguales. El rector no hacía ni lo uno ni lo otro. Por un lado, sentía el más profundo desprecio por el movimiento anglocatólico («la fiebre romana» lo llamaba él) que le había pasado por encima sin rozarle. Por otro, era demasiado ritualista para los miembros de más edad de su congregación. De vez en cuando les metía el miedo en el cuerpo recurriendo a la fatídica palabra «católico», no solo en su lugar santificado en el Credo, sino también desde el púlpito. Naturalmente, la congregación fue disminuyendo año tras año, y los primeros en marcharse fueron los aristócratas. Lord Pockthorne, de Pockthorne Court, que era el dueño de una quinta parte del condado, el señor Leavis, el comerciante en pieles jubilado, sir Edward Huson, de Crabtree Hall, y casi todos los pequeñoburgueses que tenían automóviles habían abandonado Saint Athelstan. Los domingos por la mañana, la mayoría conducía hasta Millborough, que estaba a siete kilómetros. Millborough tenía cinco mil habitantes y uno podía elegir entre dos iglesias, Saint Edmund y Saint Wedekind. Saint Edmund era modernista —había textos del «Jerusalén» de Blake sobre el altar y el vino se guardaba en botellas de licor— y Saint Wedekind era anglocatólica y libraba una perpetua guerra de guerrillas con el obispo. Pero el señor Cameron, el secretario del Club Conservador de Knype Hill, era un católico converso y sus hijos se habían educado dentro del movimiento literario católico. Se decía que tenían un loro al que estaban enseñando a decir *Extra ecclesiam nulla salus*. El caso es que, con la excepción de la señorita Mayfill de The Grange, ninguno de los notables del pueblo se mantuvo fiel a Saint Athelstan. La señorita Mayfill decía que iba a legar casi todo su dinero a la Iglesia, pero de momento nunca había contribuido con más de seis peniques a la colecta y daba la impresión de ir a vivir eternamente.

Los primeros diez minutos del desayuno transcurrieron en completo silencio. Dorothy estaba tratando de hacer acopio de valor para hablar, estaba claro que tenía que iniciar alguna conversación antes de sacar a colación lo del dinero, pero conversar con su padre no era fácil. A veces se quedaba tan abstraído que era casi imposible conseguir que te escuchara; en otras ocasiones prestaba demasiada atención, oía cuidadosamente lo que tenías que decir y luego observaba con aire cansino que aquello no valía la pena decirlo. Los tópicos educados —el tiempo y demás cosas por el estilo— por lo general servían para despertar su sarcasmo. No obstante, Dorothy, decidió empezar por el tiempo.

—Hace un día raro, ¿verdad? —dijo consciente de la inanidad de su

observación.

—¿Qué tiene de raro? —preguntó el rector.

—No sé, como esta mañana había niebla y hacía tanto frío y ahora ha salido el sol...

—¿Y eso te parece raro?

Saltaba a la vista que no iba por buen camino. Sin duda le habían dado alguna mala noticia. Lo intentó otra vez.

—Luego me encantaría que salieras un rato a ver el huerto. Las judías ya están muy crecidas. Las vainas son larguísimas. Guardaré las mejores para el festival de la cosecha, claro. Había pensado que sería bonito decorar el púlpito con guirnaldas de judías y unos cuantos tomates colgando.

Fue una metedura de pata. El rector alzó la vista del plato con una expresión de profundo desagrado.

—Querida Dorothy —dijo secamente—, ¿es necesario que empieces a darme la lata con el festival de la cosecha tan pronto?

—¡Lo siento mucho! —respondió desconcertada Dorothy—. No quería incomodarte. Es que...

—¿Acaso crees —prosiguió el rector— que me gusta pronunciar mi sermón entre guirnaldas de judías? No soy un verdulero. Solo de pensarlo se me quitan las ganas de desayunar. ¿Qué día es esa patochada?

—El 16 de septiembre.

—Falta casi un mes. ¡Por el amor de Dios, no me lo recuerdes todavía! Supongo que no tenemos más remedio que celebrar ese ridículo festival para satisfacer la vanidad de todos los jardineros aficionados de la parroquia. Pero no le dediquemos ni un segundo más de lo necesario.

Dorothy debería haber recordado que el rector detestaba con toda su alma los festivales de la cosecha. Incluso había perdido a uno de sus parroquianos más valiosos, un tal señor Toagis, un hosco hortelano jubilado, por lo mucho que le repugnaba ver decorada su iglesia como el puesto de un vendedor ambulante. El señor Toagis, anima naturaliter Nonconformistica, había seguido fiel a la Iglesia solo por el privilegio de decorar el altar lateral en el festival de la cosecha con una especie de Stonehenge hecho de gigantescos calabacines. El verano anterior había conseguido cultivar una calabaza gigantesca, un objeto rojo tan enorme que hicieron falta dos hombres para levantarlo. La habían puesto en el presbiterio, en un lugar donde empequeñecía el altar y quedaba iluminada por la vidriera este. Se pusiera uno donde se pusiera lo único que, como suele decirse, saltaba a la vista era la

calabaza. El señor Toagis estaba exultante. Pasaba horas en la iglesia, incapaz de apartarse de su adorada calabaza e incluso llevaba grupos de amigos a contemplarla. Por la arrobada expresión de su rostro cualquiera habría pensado que estaba citando a Wordsworth a propósito del puente de Westminster:

Nada hay tan bello sobre la faz de la tierra:

muy obtuso ha de ser quien no repare

en algo tan conmovedor y majestuoso.

En vista de aquello, Dorothy incluso concibió la esperanza de convencerlo para que comulgara. Pero cuando el rector vio la calabaza se enfadó mucho, y ordenó que retirasen cuanto antes aquel «objeto repugnante». El señor Toagis se marchó indignado y la Iglesia los perdió a él y a sus herederos para siempre.

Dorothy decidió hacer un último intento por entablar conversación.

—Ya casi hemos terminado el vestuario para Carlos I —dijo (los alumnos de la escuela parroquial iban a representar una obra titulada Carlos I para recaudar fondos para el órgano)—, pero ojalá hubiésemos escogido algo más sencillo. La armadura es muy difícil de hacer y temo que las botas de montar aún lo sean más. Creo que la próxima vez deberíamos escoger una obra griega o romana. Algo en lo que solo tengan que llevar togas.

Así logró otro gruñido apagado del rector. Las obras escolares, los desfiles, los bazares, los mercadillos y los conciertos benéficos no le parecían tan mal como los festivales de la cosecha, pero tampoco fingía que le interesasen. Eran males necesarios, solía decir. En ese momento, Ellen, la sirvienta, abrió la puerta y entró en la sala sujetándose el delantal contra el vientre con las manos grandes y descamadas. Era una chica alta y ancha de hombros, de cabellos de color rata, voz quejumbrosa y el cutis muy estropeado pues padecía un eccema crónico. Echó una furtiva mirada al rector, pero le habló a Dorothy, pues le tenía demasiado miedo a su padre para hablarle directamente.

—Disculpe señorita... —empezó.

—¿Sí, Ellen?

—Disculpe, señorita —siguió quejosa Ellen—, el señor Porter está en la cocina y pregunta si el señor rector podría ir a su casa a bautizar al bebé de la señora Porter. No creen que sobreviva y no lo han bautizado todavía, señorita.

Dorothy se puso en pie.

—Siéntate —dijo el rector con la boca llena.

—¿Qué le pasa al bebé? —preguntó Dorothy.

—No sé, señorita, se está poniendo negro. Y ha tenido una diarrea terrible.

El rector tragó con esfuerzo.

—¿Por qué tengo que oír tan repugnantes detalles mientras desayuno? — exclamó. Se volvió hacia Ellen—. Mande a Porter a paseo y dígame que pasará por su casa a las doce en punto. Nunca entenderé por qué las clases inferiores escogen siempre las horas de comer para venir a molestar —añadió echándole otra mirada irritada a Dorothy mientras se sentaba.

El señor Porter era un obrero, un albañil para ser más exactos. Las opiniones del rector sobre el bautizo no podían ser más sensatas. En caso necesario, habría andado treinta kilómetros por la nieve para bautizar a un bebé moribundo. Pero no le gustaba ver a Dorothy dispuesta a interrumpir su desayuno para acudir a la llamada de un vulgar albañil.

No hubo más conversación durante el desayuno. Dorothy tenía el corazón en un puño. No le quedaba otro remedio que pedirle el dinero y sin embargo saltaba a la vista que no serviría de nada. Una vez terminado el desayuno, el rector se levantó de la mesa y empezó a llenar la pipa con el tabaco del bote que había en la repisa de la chimenea. Dorothy murmuró una breve oración para infundirse valor y luego se animó: ¡Vamos, Dorothy! ¡Díselo ya! ¡No me vengas ahora con cobardías! Haciendo un esfuerzo, se dominó y dijo:

—Papá...

—¿Qué pasa? —dijo el rector, haciendo una pausa cerilla en mano.

—Tengo que pedirte una cosa. Es importante.

La expresión del rector cambió. Había adivinado al instante lo que le iba a decir y curiosamente parecía menos irritable que antes. Una pétrea calma se había instalado en su rostro. Parecía una esfinge extremadamente reservada y distante.

—Mi querida Dorothy, sé muy bien lo que me vas a decir. Vas a volver a pedirme dinero, ¿no?

—Sí. Es que...

—Pues puedes ahorrarte la molestia. No tengo dinero, ni lo tendré hasta el próximo trimestre. Ya te di tu asignación y no puedo darte ni medio penique más. Es inútil que vengas a molestarme ahora.

—¡Pero, papá...!

A Dorothy se le encogió el corazón aún más. Lo peor de pedirle dinero a su padre era su actitud terriblemente calmada y distante. Nunca parecía tan imperturbable como cuando le recordabas que estaba hundido en deudas hasta las cejas. Por lo visto, era incapaz de entender que los tenderos quieren cobrar de vez en cuando y que es imposible mantener una casa sin dinero. Le daba a

Dorothy dieciocho libras al mes para los gastos domésticos, incluyendo su dinero de bolsillo, y al mismo tiempo era exquisito con la comida y detectaba al instante cualquier merma en su calidad. El resultado era, claro, que siempre debían dinero. Pero el rector no prestaba la menor atención a sus deudas, de hecho ni siquiera era consciente de tenerlas. Si perdía dinero por culpa de una mala inversión se llevaba un disgusto, pero sencillamente no podía permitirse malgastar su tiempo preocupándose por una deuda contraída con un vulgar tendero.

Una pacífica voluta de humo se alzó de la pipa del rector. Estaba contemplando con aire meditativo el grabado de Carlos I, y probablemente ya hubiera olvidado la petición de dinero que acababa de hacerle su hija. Al verlo desentenderse de aquel modo, Dorothy sintió una punzada de desesperación y recobró el valor. Dijo más secamente que antes:

—¡Papá, escúchame, por favor! ¡Tienes que darme un poco de dinero! ¡Tienes que dármelo! No podemos seguir así. Debemos dinero a casi todos los tenderos de la ciudad. Hemos llegado a tal punto que algunas mañanas no puedo pisar la calle sin pensar en todo lo que debemos. ¿Sabes que le debemos a Cargill casi veintidós libras?

—¿Y qué? —dijo el rector entre bocanadas de humo.

—¡Pues que ya hace más de siete meses! No hace más que recordármelo una y otra vez. ¡Tenemos que pagarle! ¡Es injusto tenerle esperando así!

—¡Tonterías, niña! Esa gente ya cuenta con que tardarán en cobrar. Lo prefieren. Saben que al final siempre acaban sacando más. Dios sabe cuánto deberé ya en Catkin & Palm, ni siquiera me molesto en preguntarlo. Ya se encargan ellos de recordármelo a diario por correo. ¿Y acaso me has oído quejarme?

—Pero, papá, yo no soy así. ¡Es horrible deber siempre dinero! Aunque sea cierto que no esté mal, es horrible. Me avergüenza. Cada vez que voy a la tienda de Cargill a comprar carne para el asado, me habla con brusquedad y me hace esperar hasta que atiende a todos los demás clientes, y todo porque nuestra cuenta no hace más que crecer y crecer. Y ni siquiera me atrevo a ir a otra tienda por miedo a que me lo eche en cara.

El rector frunció el ceño.

—¡Qué! ¿Insinúas que ese tipo ha sido impertinente contigo?

—No he dicho que haya sido impertinente, papá. Pero no puedes reprocharle que se enfade por no cobrar su cuenta.

—¡Pues claro que se lo reprocho! El comportamiento de esa gentuza es sencillamente detestable. ¡Detestable! Pero, claro, qué se puede esperar de este

siglo. Eso es la democracia, el progreso, como les gusta decir a ellos. No vuelvas a comprarle a ese tipo. Dile cuanto antes que abrirás una cuenta en otra parte. Es el único modo de tratar a esa gente.

—Pero, papá, eso no arregla nada. ¿De verdad no crees que debemos pagarle? Sin duda podemos conseguir el dinero de algún modo. ¿No podrías vender algunas acciones o algo así?

—¡Ay, niña, no me hables de vender acciones! Acabo de recibir noticias muy desagradables de mi agente bursátil. Dice que mis acciones de Estaños de Sumatra han bajado de siete con cuatro peniques a seis con uno, lo que supone una pérdida de casi sesenta libras. Voy a darle orden de que las venda antes de que bajen más.

—Pues si las vendes tendrás dinero en efectivo, ¿no? ¿No crees que sería mejor librarnos de las deudas de una vez para siempre?

—Tonterías, tonterías —respondió el rector con más calma llevándose otra vez la pipa a la boca—. No entiendes nada de estas cosas. Tendré que invertir en algo más rentable..., es el único modo de recuperar el dinero.

Metió un dedo por el cinturón de la sotana y se quedó mirando el grabado mientras fruncía el ceño con gesto abstraído. El agente de bolsa le había aconsejado United Celanese. Ahí, en Estaños de Sumatra, United Celanese y en un sinnúmero de empresas igual de remotas y vagamente imaginadas, radicaba la principal causa de los problemas económicos del rector. Era un jugador empedernido. Claro que él no lo consideraba juego, sino la búsqueda de una «buena inversión». Al alcanzar la mayoría de edad había heredado cuatro mil libras que, gracias a sus «inversiones», habían ido reduciéndose hasta convertirse en unas mil doscientas. Y lo que era peor, cada año se las arreglaba para ahorrar, con su mísero salario, otras cincuenta libras que seguían indefectiblemente el mismo camino. Es curioso que el aliciente de dar con «una buena inversión» parezca fascinar al clero más que a nadie. Tal vez sea el equivalente moderno de los demonios con apariencia femenina que tentaban a los anacoretas de la Edad Oscura.

—Compraré quinientas acciones de United Celanese —dijo por fin el rector.

Dorothy empezó a abandonar toda esperanza. Su padre se había puesto a pensar en sus «inversiones» (ella no tenía ni idea de cuáles podía ser esas «inversiones» y lo único que sabía era que fracasaban con enorme regularidad), y al cabo de un momento la cuestión de las deudas en las tiendas desaparecería de su recuerdo. Hizo un último esfuerzo.

—Papá, por favor, tenemos que saldar esas deudas. ¿Crees que podrás darme un poco más de dinero pronto? No ahora..., pero sí dentro de un mes o

dos.

—No, mi niña. No. Puede que en Navidad, aunque también lo veo improbable. Pero de momento, no. No tengo ni medio penique que darte.

—Pero, papá, ¡es tan horrible no poder pagar las deudas! ¡Es una deshonra! La última vez que vino el señor Welwyn-Foster (el señor Welwyn-Foster era el diácono rural), la señora Welwyn-Foster estuvo preguntando en el pueblo a todo el mundo por nosotros, cómo pasábamos el tiempo, cuánto dinero teníamos, cuántas toneladas de carbón usábamos al año y demás. Siempre está metiendo la nariz en nuestros asuntos. ¡Imagina que descubriera que debemos tanto dinero!

—Es asunto nuestro, ¿no? No alcanzo a comprender qué demonios tiene que ver con esto la señora Welwyn-Foster o cualquier otra persona.

—Pero se lo contaría a todo el mundo... y además exageraría. Ya sabes cómo es. Siempre que visita una parroquia trata de averiguar algo deshonesto sobre el clérigo y luego corre a contárselo al obispo. No quiero parecer poco comprensiva pero...

Dorothy guardó silencio al reparar en que sí quería parecer poco comprensiva.

—Es una mujer detestable —dijo el rector sin inmutarse—. ¿Y qué? ¿Cuándo se ha visto a una mujer de un diácono rural que no lo sea?

—¡Pero, papá, creo que no consigo hacerte entender lo grave que es este asunto! No nos queda nada para el mes que viene. Ni siquiera sé de dónde voy a sacar la carne para el puchero de hoy.

—¡Para la comida, Dorothy, para la comida! —dijo el rector con una leve irritación—. Te agradecería mucho que abandonases esa odiosa costumbre de las clases inferiores de llamar puchero a la comida.

—Pues para la comida. ¿De dónde vamos a sacar la carne? No me atrevo a pedirle a Cargill otra pierna de...

—Ve al otro carnicero... ¿cómo se llama? Salter... Y olvídate de Cargill. Sabe que cobrará antes o después. ¡Dios mío, no sé a qué vienen tantos aspavientos! ¿Acaso no debe todo el mundo dinero a sus proveedores? Recuerdo perfectamente que, cuando estudiaba en Oxford —el rector se puso un poco más tieso, volvió a llevarse la pipa a la boca, miró a lo lejos y su voz se volvió evocadora y mucho más agradable—, mi padre aún seguía sin saldar algunas deudas contraídas treinta años antes. Tom (el baronet que era primo del rector) debía siete mil libras cuando heredó el título. Él mismo me lo contó.

En ese momento se desvanecieron por completo las esperanzas de Dorothy.

Si su padre empezaba a hablar de su primo Tom y de sus vivencias de «cuando estudiaba» en Oxford, era que no había nada que hacer. Significaba que se había sumergido en un pasado dorado e imaginario en el que no existían cosas tan vulgares como la cuenta del carnicero. Había largos períodos en los que parecía olvidar por completo que era solo un rector rural empobrecido y no un joven noble con fincas y rentas. En casi cualquier circunstancia adoptaba esa actitud onerosa y aristocrática. Y, por supuesto, mientras él habitaba cómodamente en aquel mundo imaginario, era Dorothy quien tenía que pelearse con los tenderos y esforzarse por que la pierna de cordero del domingo durase hasta el miércoles. No obstante, sabía que era totalmente inútil seguir discutiendo con él. Solo serviría para hacerle enfadar. Se levantó de la mesa y empezó a poner las cosas del desayuno en la bandeja.

—¿Estás absolutamente seguro de que no puedes darme ningún dinero, papá? —dijo por última vez desde la puerta con la bandeja en las manos.

El rector, con la vista perdida entre agradables espirales de humo, ni siquiera la oyó. Puede que estuviera pensando en sus dorados días en Oxford. Dorothy salió de la habitación casi al borde de las lágrimas. La penosa cuestión de las deudas había vuelto a quedar aplazada, como tantas otras veces, sin ninguna perspectiva de que fuera a solucionarse.

III

Dorothy rodó cuesta abajo en su vieja bicicleta con la cesta en el manillar mientras hacía cálculos mentales con las tres libras, diecinueve chelines y cuatro peniques que constituían todo su capital hasta el próximo trimestre.

Había repasado la lista de cosas que faltaban en la cocina. Aunque ¿acaso había algo que no les faltara? Té, café, jabón, cerillas, velas, azúcar, lentejas, leña, bicarbonato, aceite para los candiles, betún, margarina, levadura... No les quedaba casi de nada. De vez en cuando, recordaba alguna cosa que había olvidado y aumentaba su consternación. La cuenta de la lavandería, por ejemplo, o que se les estaba acabando el carbón, o lo del pescado de los viernes. El rector era «difícil» con el pescado. Solo comía pescado caro y despreciaba el bacalao, la pescadilla, la sardineta, la raya, los arenques y los arenques ahumados.

Entretanto, tenía que solucionar lo de la carne del puchero... la comida. (Dorothy procuraba obedecer a su padre y llamarlo «la comida» siempre que se acordaba. Aunque la comida en la casa del rector era tan frugal que más parecía un caldo de puchero.) Mejor hacer una tortilla, decidió Dorothy. No se atrevía a volver a Cargill. Aunque, claro, si comían tortilla en la comida y huevos revueltos en la cena, su padre probablemente haría algún comentario sarcástico. La última vez que habían comido huevos dos veces el mismo día, le había preguntado con frialdad: «¿Has puesto una granja de pollos,

Dorothy?». Y tal vez al día siguiente compraría salchichas en el supermercado y retrasaría un día más lo de la carne.

Esos treinta y nueve días que tendrían que pasar con solo tres libras, diecinueve chelines y cuatro peniques pesaban mucho en la imaginación de Dorothy y la recorrió una oleada de conmiseración que contuvo casi en el acto. ¡Vamos, Dorothy! ¡Nada de lloriqueos, por favor! Todo saldrá bien si tienes confianza en Dios. Mateo 6:25. El Señor proveerá. Dorothy quitó la mano derecha del manillar y buscó a tientas el alfiler, pero el pensamiento blasfemo se desvaneció. En ese momento reparó en el rostro triste y rubicundo de Proggett que le saludaba respetuosa pero apremiantemente desde el arcén de la carretera.

Dorothy se detuvo y se apeó de la bicicleta.

—Le ruego me disculpe, señorita —dijo Proggett—. Quería hablar con usted, señorita..., en privado.

Dorothy suspiró para sus adentros. Siempre que Proggett quería hablarle en privado podía estar segura de lo que se avecinaba: alguna noticia alarmante sobre el estado de la iglesia. Proggett era un hombre pesimista y concienzudo y a su manera un buen feligrés. Demasiado obtuso para tener creencias religiosas claras, demostraba su piedad mediante una enorme preocupación por el edificio de la iglesia. Hacía mucho que había decidido que la Iglesia de Cristo eran los muros, el tejado y el campanario de Saint Athelstan, Knype Hill, y se pasaba el día merodeando por la iglesia y reparando una grieta aquí, una viga roída por la carcoma allá y persiguiendo a Dorothy para exigirle unas reparaciones que costarían sumas inconcebibles.

—¿De qué se trata, Proggett? —preguntó Dorothy.

—Pues verá, señorita, se trata de esas... —sus labios emitieron un sonido peculiar e imperfecto, no exactamente una palabra, pero casi. Parecía empezar por jota. Proggett era de esas personas que siempre parecen a punto de blasfemar pero que siempre se contienen antes de que la blasfemia salga de su boca—, de las campanas, señorita —dijo librándose con esfuerzo del sonido jota—. De las campanas del campanario. Están agrietando el suelo de un modo que da escalofríos. Acabarán cayéndonos encima. Esta mañana he estado en el campanario y le aseguro que he bajado más deprisa que un rayo al ver cómo se había rajado el suelo.

Proggett iba a quejarse del estado de las campanas al menos una vez cada quince días. Llevaban ya tres años en el suelo del campanario porque volver a colgarlas o quitarlas de allí costaba unas veinticinco libras y tenían tantas posibilidades de pagarlas como si hubiesen sido veinticinco mil. El peligro del que hablaba Proggett estaba muy cerca de ser real. Parecía probable que ese

año o el siguiente, en cualquier caso en un futuro no muy lejano, acabarían cayendo por el suelo del campanario hasta el pórtico de la iglesia. Y, como le gustaba señalar a Progett, probablemente ocurriría un domingo por la mañana cuando la congregación estuviera entrando en la iglesia.

Dorothy volvió a suspirar. No podía quitarse esas dichosas campanas de la cabeza; a veces incluso las veía caer en sueños. Siempre había alguna cosa que arreglar en la iglesia. Cuando no era el campanario; era el tejado o las paredes; o un banco roto que el carpintero no quería reparar por menos de diez chelines; o había que comprar siete libros de himnos que costaban seis peniques cada uno; o se atascaba la chimenea de la estufa y el deshollinador cobraba media corona, o había que arreglar una vidriera rota o las casullas de los niños del coro estaban hechas jirones. Nunca había dinero suficiente para nada. El órgano nuevo que había insistido en comprar el rector hacía cinco años —decía que el viejo le recordaba una vaca asmática— era una carga bajo la que el fondo de gastos eclesiásticos se tambaleaba desde entonces.

—La verdad es que no sé qué vamos a hacer —dijo por fin Dorothy—. No tenemos dinero. Y aunque ganemos algo con la representación escolar, irá todo a parar al fondo del órgano. Los fabricantes empiezan a ponerse desagradables con su factura. ¿Ha hablado usted con mi padre?

—Sí, señorita. Él le quita importancia. Dice que si el campanario ha resistido estos quinientos años seguro que aguanta unos cuantos más.

Siempre era igual. Al rector no le preocupaba lo más mínimo que la iglesia estuviese a punto de desplomarse sobre su cabeza; sencillamente no se daba por enterado, igual que hacía siempre con cualquier otra cosa que le incomodara.

—Pues no sé qué vamos a hacer —repitió Dorothy—. Por supuesto, tenemos el mercadillo de dentro de dos semanas. Cuento con que la señorita Mayfill contribuya con algo verdaderamente bonito. Sé que puede permitírselo. Tiene un montón de muebles y cosas que nunca usa. El otro día estuve en su casa y vi un servicio de té de porcelana Lowestoft precioso que mandó guardar en una vitrina, y me contó que no lo había usado desde hacía veinte años. ¡Imagine que nos diera ese servicio de té! Recaudaríamos un montón de libras. Debemos rezar para que el mercadillo sea un éxito, Progett. Rece usted para que recaudemos al menos cinco libras. Estoy segura de que si rezamos conseguiremos el dinero de uno u otro modo.

—Sí, señorita —respondió respetuoso Progett y se quedó mirando a lo lejos.

En ese momento, sonó una bocina y un enorme y reluciente coche azul avanzó muy despacio por la carretera en dirección a la calle Mayor. El señor

Blifil-Gordon, el propietario de la refinería azucarera, asomaba por la ventanilla la negra y repeinada cabeza que casaba muy mal con su traje de tweed de color tierra. Al pasar, en lugar de ignorar como siempre a Dorothy, le dedicó una sonrisa tan cálida que casi pareció amorosa. Con él iban su hijo mayor, Ralph —o, como lo pronunciaban él y los demás miembros de su familia, Walph—, un joven afeminado de unos veinte años dado a la escritura de poemas en verso libre al estilo de Eliot, y las dos hijas de lord Pockthorne. Todos sonreían, incluso las hijas de lord Pockthorne. Dorothy se quedó atónita, pues hacía varios años que ninguna de aquellas personas se dignaba reconocerla si la veían por la calle.

—El señor Blifil-Gordon parece muy amable esta mañana —dijo.

—Sí, señorita. Ya puede usted decirlo. Es por las elecciones de la semana que viene. Ahora todo son sonrisas hasta que tengan su voto en el bolsillo y luego se olvidarán de usted al día siguiente.

—¡Ah, las elecciones! —respondió vagamente Dorothy. Las elecciones parlamentarias quedaban tan lejos de la rutina del trabajo en la parroquia que apenas sabía en qué consistían, hasta el punto de que casi ignoraba la diferencia entre un liberal y un conservador, o un socialista y un comunista—. En fin, Progett —dijo, olvidando en el acto las elecciones para volver a algo mucho más importante—, hablaré con mi padre y trataré de hacerle entender la gravedad de lo de las campanas. Tal vez sería mejor hacer una suscripción solo para eso. Nunca se sabe, podríamos recaudar cinco libras. ¡Incluso diez! ¿No cree que si fuese a ver a la señorita Mayfill y le pidiera que iniciara la suscripción con cinco libras tal vez las donase?

—Hágame caso, señorita, y no le diga nada a la señorita Mayfill. Le daría un susto de muerte. Si cree que el campanario no es seguro, no volveremos a verla en la iglesia.

—¡Dios mío! Supongo que tiene razón.

—No, señorita. No le sacaremos nada a esa vieja...

Una pe fantasmal volvió a flotar sobre los labios de Progett. Un poco más tranquilo, ahora que había emitido su informe quincenal sobre las campanas, se llevó la mano a la gorra y se marchó, mientras Dorothy se dirigía hacia la calle Mayor con las deudas en las tiendas y los gastos eclesiásticos persiguiéndose unos a otros en su imaginación como los estribillos de una villanelle.

El sol acuoso de abril seguía jugando al escondite entre las nubes algodonas y teñía de dorado con sus rayos oblicuos las fachadas del lado norte de la calle Mayor, una de esas calles anticuadas y soñolientas que parecen tan pacíficas cuando uno las visita y tan diferentes cuando se vive en

ellas y se tiene un enemigo o un acreedor detrás de cada escaparate. Los únicos edificios verdaderamente desagradables eran Ye Olde Tea Shoppe (con su fachada de estuco y las falsas vigas clavadas en él, las ventanas de vidrio de botella y el repugnante tejado parecido al de un templo chino) y la nueva oficina de correos con columnas dóricas. Unos doscientos metros después la calle Mayor se bifurcaba formando un minúsculo mercado adornado con una fuente, hoy seca, y un par de escalones comidos por los gusanos. A un lado de la fuente estaba Dog and Bottle, la principal taberna del pueblo, y al otro el Club Conservador de Knype Hill. Al fondo, dominando la calle, se encontraba la temida tienda de Cargill.

Dorothy dio la vuelta a la esquina hacia un terrible clamor de vítores, mezclado con pasajes de «Rule Britannia» interpretados al trombón. La calle normalmente soñolienta estaba abarrotada y aún había más gente que llegaba corriendo de los callejones laterales. Saltaba a la vista que estaba teniendo lugar un desfile triunfal. Justo al otro lado de la calle, desde el tejado de Dog and Bottle hasta el del Club Conservador colgaba un cordel con innumerables banderitas azules y en el centro una enorme pancarta que decía «¡Blifil-Gordon y el Imperio!». Hacia allí se dirigía a paso de tortuga por el hueco que dejaba la gente el coche de Blifil-Gordon, con el señor Blifil-Gordon sonriendo a uno y otro lado. Delante del coche desfilaba un destacamento de los Búfalos encabezado por un hombrecillo muy serio que tocaba el trombón, y entre ambos otra pancarta decía:

¿Quién salvará a Gran Bretaña de los Rojos?

¡BLIFIL-GORDON!

¿Quién volverá a llenar nuestras jarras de cerveza?

¡BLIFIL-GORDON!

¡Blifil-Gordon siempre!

En la ventana del Club Conservador ondeaba una enorme bandera del Reino Unido, sobre la que se asomaban seis rostros rubicundos y entusiastas.

Dorothy avanzó lentamente calle abajo en su bicicleta, demasiado preocupada por la perspectiva de pasar junto a la tienda de Cargill (tenía que pasar por ahí si quería ir a Solepipe's) para reparar demasiado en el desfile. El coche de Blifil-Gordon se había detenido un instante delante de Ye Olde Tea Shoppe. ¡Adelante, la brigada del café! La mitad de las damas del pueblo daban la impresión de correr con sus cestas y sus perrillos falderos al brazo a arremolinarse en torno al coche como bacantes en torno al carro del dios del vino. Después de todo, las elecciones son el único momento en que una tiene ocasión de intercambiar una sonrisa con las autoridades del condado. Se oían entusiastas gritos femeninos de «¡Buena suerte, señor Blifil-Gordon!»,

«¡Querido señor Blifil-Gordon!», «¡Ojalá salga usted elegido, señor Blifil-Gordon!». Las sonrisas del señor Blifil-Gordon eran incesantes pero muy calculadas. Al populacho le dedicaba una sonrisa vaga y general que no iba destinada a ningún individuo en particular, a las damas del café y a los seis rubicundos patriotas del Club Conservador les ofrecía una por cabeza, y ocasionalmente el joven Walph saludaba con la mano y soltaba un «¡Hola!» chillón dedicado a unos pocos elegidos.

Dorothy tenía el corazón en un puño. Había visto que el señor Cargill, igual que los demás tenderos, estaba de pie en la puerta. Era un hombre alto de aspecto malvado, con un delantal azul a rayas, y el rostro delgado y purpúreo como un trozo de carne que llevara demasiado tiempo en el escaparate. Tan fascinada estaba con aquella ominosa silueta que no miró por dónde iba y chocó con un hombre muy alto y corpulento que iba andando hacia atrás.

El hombre corpulento se volvió.

—¡Caramba! ¡Pero si es Dorothy! —exclamó.

—¡Vaya, señor Warburton! ¡Qué cosa tan extraordinaria! ¿Sabe?, tenía la sensación de que hoy me encontraría con usted.

—Por un hormigueo en la punta de los dedos, supongo —dijo el señor Warburton con una sonrisa en su rostro rubicundo a lo Micawber—. ¿Cómo está? ¡Pero, qué demonios —añadió—, no vale la pena preguntarlo! Está más encantadora que nunca.

Pellizcó a Dorothy en el codo desnudo —después de desayunar se había puesto un vestido de guinga sin mangas—. Dorothy dio un paso atrás para ponerse fuera de su alcance, pues odiaba que la pellizcaran o manosearan y dijo con severidad:

—Haga el favor de no pellizcarme. No me gusta.

—Pero, mi querida Dorothy, ¿quién va resistirse a un codo como el suyo? Dan ganas de pellizcarlo nada más verlo. Un acto reflejo, no sé si me entiende.

—¿Cuándo ha vuelto a Knype Hill? —preguntó Dorothy, que había puesto la bicicleta entre ella y el señor Warburton—. Hace más de dos meses que no le veía.

—Llegué anteayer. Aunque no es más que una visita relámpago. Me marchó mañana. Voy a llevar a los chicos a Bretaña. A los bastardos, ya sabe.

Cuando el señor Warburton pronunció la palabra «bastardos» Dorothy apartó incómoda la mirada con un toque de orgullo e ingenuidad. Él y sus «bastardos» (tenía tres) eran uno de los mayores escándalos de Knype Hill. Era un hombre de ingresos saneados que se tenía por pintor (pintaba media docena de paisajes mediocres al año) y había llegado a Knype Hill dos años

antes tras comprar una de las casas nuevas de detrás de la rectoría. Allí había vivido, o más bien pasado temporadas, en declarado concubinato con una mujer a quien llamaba su ama de llaves. Hacía cuatro meses que dicha mujer —era extranjera, española, según decían— había causado un escándalo aún mayor al abandonarlo de pronto, y sus tres hijos estaban ahora instalados en Londres en casa de un sufrido pariente. Era un hombre agradable e imponente, aunque totalmente calvo (hacía cuanto podía por disimularlo), y con tanto desparpajo que daba la impresión de que su gruesa barriga era meramente un apéndice de su pecho. Tenía cuarenta y ocho años, aunque decía tener cuarenta y cuatro. La gente del pueblo decía que era un «auténtico granuja» y las jovencitas le temían, y motivos no les faltaban.

El señor Warburton le había puesto a Dorothy una mano pseudopaternal en el hombro y la estaba conduciendo entre la multitud sin parar de hablar. El coche de Blifil-Gordon había dado ya la vuelta a la fuente y había emprendido el camino de regreso, rodeado aún de la troupe de bacantes de mediana edad. Al verlo, el señor Warburton se detuvo a observarlos.

—¿A qué viene esta repulsiva payasada? —preguntó.

—¡Oh!, están, ¿cómo se dice...? de campaña. Creo que tratan de convencernos de que les votemos.

—¡De que les votemos! ¡Dios mío! —murmuró el señor Warburton mientras observaba el cortejo triunfal. Alzó el enorme bastón con puño de plata que siempre llevaba y empezó a señalar primero a uno y luego a otro de los participantes en el desfile—. ¡Mira a ese! ¡Míralo! Mira a esas viejas brujas y a ese patán medio retrasado que nos sonríe igual que un mono al ver una bolsa de cacahuets. ¿Habías visto alguna vez un espectáculo tan repugnante?

—¡Cuidado! —murmuró Dorothy—. Le van a oír.

—¡Estupendo! —dijo el señor Warburton alzando la voz—. ¡Y pensar que ese perro rastrero tiene la impertinencia de creer que nos gusta ver su dentadura postiza! Y ese traje es ya todo un insulto en sí mismo. ¿Hay algún candidato socialista? Si lo hay, votaré por él.

Varias personas en la acera se volvieron y se quedaron mirándolos. Dorothy notó que el diminuto señor Twiss, el ferretero, un anciano marchito y cetrino, los observaba con velada malevolencia entre las cestas de mimbre que colgaban delante de su tienda. Había oído la palabra «socialista» y estaba catalogando mentalmente al señor Warburton como tal y a Dorothy como simpatizante.

—Tengo que marcharme —dijo Dorothy apresuradamente, intuyendo que era mejor escapar antes de que el señor Warburton dijese algo aún más

inapropiado—. Tengo muchas cosas que comprar. Así que hasta la vista...

—¡Nada de eso! —dijo tan contento el señor Warburton—. ¡Ni hablar! La acompañaré.

Mientras ella empujaba su bicicleta calle abajo, él siguió andando a su lado sin parar de hablar, sacando pecho y con el bastón debajo del brazo. Era difícil librarse de él, y aunque Dorothy lo consideraba su amigo, a veces deseaba que, ya que era el escándalo del pueblo y ella la hija del rector, no escogiera siempre sitios públicos para abordarla. No obstante, en ese momento agradeció su compañía que le haría mucho más fácil pasar junto a la tienda de Cargill, pues el carnicero seguía a la puerta de su establecimiento mirándola con una expresión de lo más significativa.

—Ha sido una suerte encontrarla esta mañana —prosiguió el señor Warburton—. La verdad es que estaba buscándola. ¿A que no sabe quién va a venir a cenar hoy conmigo? Bewley... Ronald Bewley. Habrá oído hablar de él, claro.

—¿De Ronald Bewley? No, no lo creo. ¿Quién es?

—¡Caramba! Pues Ronald Bewley, el novelista. El autor de Estanques y concubinas. No me diga que no lo ha leído.

—No, me temo que no. La verdad es que ni siquiera he oído hablar de él.

—¡Mi querida Dorothy! Hay que estar más al día. Tiene usted que leer Estanques y concubinas. Es muy picante, se lo aseguro..., pornografía de primera. Justo lo que usted necesita para quitarse de encima tanta gazmoñería.

—¡Le agradecería que no dijera usted esas cosas! —dijo Dorothy apartando incómoda la mirada, aunque volvió a mirarle enseguida porque había visto que Cargill la estaba observando—. ¿Dónde vive ese tal señor Bewley? —añadió—. No es de por aquí, ¿verdad?

—No. Va a venir de Ipswich a cenar y tal vez a pasar la noche. Por eso estaba buscándola. Pensé que le apetecería conocerlo. ¿Qué le parece venir a cenar esta noche?

—Me es absolutamente imposible —respondió Dorothy—. Tengo que prepararle la cena a mi padre y mil cosas más. No estaré libre hasta después de las ocho.

—Pues venga después de cenar. Me gustaría que conociera usted a Bewley. Es un tipo interesante..., muy al día del escándalo de Bloomsbury y demás. Le gustará conocerle. Y le vendrá bien salir del gallinero de la iglesia unas horas.

Dorothy dudó. Se sentía tentada. A decir verdad, disfrutaba muchísimo con sus ocasionales visitas a casa del señor Warburton. Aunque eran muy

ocasionales —una vez cada tres o cuatro meses, como mucho—, estaba claro que no debía dejarse ver demasiado a menudo con un hombre semejante, e incluso cuando iba a verlo siempre se aseguraba de que hubiese al menos otro visitante.

Dos años antes, cuando el señor Warburton llegó a Knype Hill (por aquel entonces se hacía pasar por un viudo con dos hijos, aunque poco después el ama de llaves dio a luz a un tercero en mitad de la noche), Dorothy lo había conocido en casa de alguien a la hora del té y había ido a visitarlo. El señor Warburton le había dado un té excelente, había hablado con ella de libros y luego, justo después del té, se había sentado a su lado en el sofá y había intentado propasarse de manera violenta, vergonzosa e incluso brutal. Fue casi un intento de violación. Dorothy se quedó horrorizada, pero no tanto para no ofrecer resistencia. Huyó de él y se refugió, pálida, temblorosa y al borde de las lágrimas, en el otro extremo del sofá. El señor Warburton, por su parte, no solo no parecía avergonzado, sino levemente divertido.

—¡Oh!, pero ¿cómo ha podido..., cómo ha podido? —sollozó ella.

—Pero si ya ves que no he podido... —respondió el señor Warburton.

—¡Oh!, pero ¿cómo ha podido ser tan grosero?

—¡Ah! ¿Lo dices por eso? Es fácil, niña, muy fácil. Ya lo entenderás cuando tengas mi edad.

A pesar de aquel mal comienzo, entre los dos se había entablado una especie de amistad que hizo que en el pueblo empezara a hablarse de Dorothy y el señor Warburton. Aunque en Knype Hill no hacía falta dar muchos motivos para que cotillearan de uno. Solo lo veía muy de vez en cuando y siempre se aseguraba de no quedarse a solas con él, pero aun así él encontraba la ocasión de hacerle proposiciones. No obstante, siempre se comportaba como un caballero y aquel desagradable incidente no volvió a repetirse. Luego, cuando le perdonó, el señor Warburton le explicó que siempre «probaba suerte» con cualquier mujer presentable a la que conociera.

—¿No se lleva usted muchos desaires? —no pudo menos que preguntar Dorothy.

—¡Oh, desde luego! Pero también tengo éxito de vez en cuando.

La gente a veces se extrañaba de que una chica como Dorothy pudiera relacionarse, aunque fuese ocasionalmente, con un hombre como el señor Warburton; pero el atractivo que ejercía sobre ella era el que ejerce siempre el blasfemo y el pecador sobre el piadoso. Salta a la vista —basta con echar un vistazo a nuestro alrededor para comprobarlo— que los piadosos y los inmorales siempre acaban atrayéndose mutuamente. Las mejores escenas de

burdel de la literatura las han escrito, sin excepción, creyentes piadosos o ateos piadosos. Y por descontado, Dorothy, que había nacido en el siglo XX, se esforzaba por escuchar las blasfemias del señor Warburton con la mayor calma posible; no hay nada peor que halagar a los malvados demostrándoles que nos escandalizan. Además, le caía verdaderamente simpático. Aunque siempre la angustiaba y le tomaba el pelo, también obtenía de él, casi sin darse cuenta, una especie de simpatía y comprensión que no podía conseguir en ninguna otra parte. Pese a todos sus vicios era muy agradable y, aunque le faltaba experiencia para entenderla, la tosca brillantez de su conversación —un Oscar Wilde diluido varias veces— la fascinaba y la perturbaba al mismo tiempo. Tal vez también en aquel caso, la perspectiva de conocer al famoso señor Bewley causó efecto en ella; aunque sin duda Estanques y concubinas sonaba como el típico libro que no leía o que solo leía imponiéndose después severas penitencias. En Londres, sin duda, nadie se movería de su casa para conocer ni a cincuenta novelistas, pero en Knype Hill la cosa era muy diferente.

—¿Seguro que irá el señor Bewley? —preguntó.

—Desde luego. Y creo que también vendrá su mujer. No le faltarán carabinas. Esta noche nada de jugar a Tarquino y Lucrecia.

—De acuerdo —dijo por fin Dorothy—, muchas gracias. Supongo que pasaré a eso de las ocho y media.

—Estupendo. Si puede usted venir antes de que se haga de noche tanto mejor. Recuerde que la señora Semprill es mi vecina. Seguro que empezará a montar guardia en cuanto anochezca.

La señora Semprill era la cotilla oficial del pueblo o, lo que es lo mismo, la más eminente de los numerosos cotillas del pueblo. Después de conseguir lo que quería (siempre estaba insistiéndole a Dorothy para que fuese más a menudo a su casa), el señor Warburton dijo *au revoir* y la dejó que terminara de hacer la compra.

Acababa de apartarse del mostrador en la penumbra de Solepipe's con sus dos metros y medio de tela de cortinas cuando reparó en una voz grave y quejosa que le hablaba al oído. Era la señora Semprill, una mujer esbelta de cuarenta años, de rostro delgado, cetrino y distinguido que, con su cabello negro y brillante y su aire melancólico, recordaba un retrato de Van Dyck. Atrincherada detrás de un montón de cretonas junto al escaparate, había estado observando la conversación de Dorothy con el señor Warburton. Siempre que hacías algo de lo que no querías que se enterase la señora Semprill podías estar seguro de que no andaría muy lejos. Parecía tener el poder de materializarse como un genio de un cuento árabe en cualquier lugar donde no se requiriese su presencia. Ninguna indiscreción, por pequeña que fuese, escapaba a su vigilancia. El señor Warburton decía que era como las cuatro bestias del

Apocalipsis: «Recuerde que están llenos de ojos y que no descansan de noche ni de día».

—Dorothy, querida —murmuró la señora Semprill con la voz triste y afectuosa de quien trata de comunicar una mala noticia del modo más agradable posible—. Hace tanto que quiero hablar con usted. ¡Tengo algo terrible que contarle y que sin duda la horrorizará!

—¿De qué se trata? —preguntó resignada Dorothy, sabedora de lo que se avecinaba, pues la señora Semprill solo tenía un tema de conversación.

Salieron de la tienda y echaron a andar calle abajo, Dorothy iba empujando su bicicleta y la señora Semprill daba pasitos a su lado como un pajarillo y le acercaba la boca al oído cada vez más a medida que sus observaciones se iban haciendo más íntimas.

—¿Ha reparado usted —empezó— en esa niña que se sienta al extremo del banco que hay junto al órgano en la iglesia? Una chica muy guapa, pelirroja. No tengo ni idea de cómo se llama —añadió la señora Semprill, que sabía el nombre y los apellidos de todos los hombres, mujeres y niños de Knype Hill.

—Molly Freeman —dijo Dorothy—. Es la sobrina de Freeman, el verdulero.

—¡Ah! ¿Molly Freeman? ¿Así se llama? Siempre me lo había preguntado. Bueno...

La boca delicada se acercó aún más y la voz quejumbrosa se convirtió en un escandalizado suspiro. La señora Semprill empezó a verter un torrente de purulentas calumnias sobre Molly Freeman y seis jóvenes operarios de la refinería azucarera. Momentos después, la historia se había vuelto tan atroz que Dorothy, que se había ruborizado intensamente, apartó el oído de los labios susurrantes de la señora Semprill. Detuvo la bicicleta.

—¡No pienso seguir escuchándola! —exclamó de pronto—. Nada de lo que me cuenta de Molly Freeman es cierto. ¡Es imposible! Es una niña buena y discreta..., fue una de las mejores niñas de la parroquia y siempre me ha ayudado a organizar los mercadillos y demás. Estoy totalmente segura de que jamás haría lo que usted dice.

—¡Pero, Dorothy, querida! Ya le he dicho que la vi con mis propios ojos.

—¡No me importa! No tiene usted ningún derecho a hablar así de la gente. Aunque fuese cierto no estaría bien repetirlo. Bastantes males hay en este mundo sin necesidad de ir a buscar más.

—¡Buscar! —suspiró la señora Semprill—. Pero, mi querida Dorothy, ¡ni que hiciese falta buscar! Lo malo es que es imposible no ver las cosas terribles que pasan en este pueblo.

La señora Semprill siempre se quedaba atónita si la acusaban de buscar motivos de escándalo. Según decía, no había nada que la ofendiera más que el espectáculo de la maldad humana que se exhibía constantemente ante sus ojos y que solo un severo sentido del deber le obligaba a hacer público. El reproche de Dorothy, lejos de hacerla callar, la impulsó a iniciar una diatriba contra la corrupción general que imperaba en Knype Hill, de la cual el comportamiento de Molly Freeman no era más que un ejemplo. Y de Molly Freeman y los seis jóvenes pasó al doctor Gaythorne, el médico del pueblo, que había dejado embarazadas a dos enfermeras en el Cottage Hospital, y luego a la señora Corn, la mujer del escribano del ayuntamiento, a quien habían encontrado tirada en un campo borracha de agua de colonia, y al coadjutor de Saint Wedekind en Millborough, que había estado implicado en un grave escándalo con uno de los chicos del coro, y así siguió encadenando una cosa con otra. Pues no había nadie en el pueblo y sus alrededores de quien la señora Semprill no pudiera desvelar algún jugoso secreto si uno la escuchaba suficiente rato.

Es notable que sus historias no fuesen solo calumniosas y libidinosas, sino que casi siempre tuvieran también un matiz perverso y monstruoso. Comparada con las demás cotillas del pueblo, era como Freud comparado con Bocaccio. Oyéndola hablar cualquiera habría sacado la impresión de que en Knype Hill, con sus cerca de dos mil almas, el mal conocía más refinamientos que en Sodoma, Gomorra y Buenos Aires juntos y, considerando las vidas que llevaban los habitantes de aquel moderno pueblo del llano —desde el director del Barclays Bank, que despilfarraba el dinero de sus clientes en los hijos fruto de su segundo y bígamo matrimonio, hasta la camarera de Dog and Bottle, que servía las bebidas llevando solo unos zapatos de tacón, y desde la vieja señora Channon, la profesora de música, tan aficionada en secreto a la ginebra y a las cartas anónimas, hasta Maggie White, la hija del panadero, que había tenido tres hijos de su propio hermano— y que todos, jóvenes y viejos, ricos y pobres, se habían dejado arrastrar por vicios monstruosos y babilónicos, se habría extrañado de que un fuego purificador no hubiera descendido ya del cielo para arrasarlo. Pero, si seguía escuchándola un poco más, el catálogo de obscenidades se volvía monótono y luego insoportablemente aburrido. Pues en un pueblo en el que todo el mundo es bígamo, pederasta o drogadicto, el peor de los escándalos pierde su fuerza. Lo cierto era que la señora Semprill era algo mucho peor que una calumniadora: una pesada.

La credibilidad que la gente concedía a sus historias variaba mucho. Unas veces corría la especie de que era una vieja retorcida y que todo lo que decía era un hatajo de mentiras; otras una de sus acusaciones afectaba a algún desdichado que necesitaba meses o años para limpiar su nombre. Desde luego había sido responsable del incumplimiento de más de media docena de compromisos matrimoniales y había iniciado innumerables disputas entre maridos y mujeres.

Todo ese tiempo Dorothy había intentado quitársela de encima. Se había desviado poco a poco hacia el otro lado de la calle hasta que se encontró empujando la bicicleta junto al bordillo de la derecha, pero la señora Semprill la había seguido sin dejar de susurrarle. Hasta que llegaron al final de la calle Mayor Dorothy no reunió el valor suficiente para escapar. Se detuvo y puso el pie derecho en el pedal de la bicicleta.

—No puedo quedarme ni un minuto más —dijo—. Tengo mil cosas que hacer y ya llego tarde.

—¡Pero, Dorothy, querida! Aún tengo que contarle otra cosa de enorme importancia...

—Lo siento..., tengo muchísima prisa. Tal vez en otra ocasión.

—Es sobre ese terrible señor Warburton —dijo atropelladamente la señora Semprill para que no se fuese sin oírlo—. Acaba de volver de Londres y..., estaba deseando contárselo..., resulta que...

Pero Dorothy comprendió que tenía que marcharse a toda prisa. No imaginaba nada más desagradable que hablar del señor Warburton con la señora Semprill. Subió a su bicicleta y con un brevísimo «Lo siento... ¡no tengo tiempo!», empezó a pedalear para alejarse de ella.

—¡Quería decirle... que se ha buscado otra mujer! —gritó la señora Semprill, olvidándose incluso de susurrar con tal de contar aquel jugoso cotilleo.

Pero Dorothy siguió pedaleando y dobló la esquina sin mirar atrás y fingió no haberla oído. Un error porque era peligroso dejar a la señora Semprill con la palabra en la boca. Consideraba una prueba de depravación la desgana por escuchar sus chismorreos y eso conducía a nuevos y aún peores cotilleos sobre uno en el mismo momento en que se marchaba.

Mientras pedaleaba camino de casa, Dorothy pensó en la señora Semprill de forma muy poco caritativa y se pinchó debidamente por ello con el alfiler. Además cayó en algo muy inquietante que no se le había ocurrido hasta entonces, y es que la señora Semprill sin duda se enteraría de su visita a casa del señor Warburton y probablemente lo convertiría en algo de proporciones escandalosas al día siguiente. La idea hizo que recorriera su imaginación un torvo presagio cuando se apeó de la bicicleta delante de la rectoría, donde Silly Jack, el tonto del pueblo, un pobre retrasado de rostro rubicundo y alargado como una fresa, estaba azotando con gesto inane el poste del buzón de correos con una vara de avellano.

IV

Eran poco más de las once. El día, igual que una viuda esperanzada que

hubiese perdido ya su lozanía, había adoptado un aire de abril impropio de la temporada, pero de pronto recordó que estaban en agosto y empezó a apretar el calor.

Dorothy pedaleó hasta la aldea de Fennelwick, a un kilómetro y medio de Knype Hill. Le había puesto el emplasto de maíz a la señora Lewin e iba a dejarle a la anciana señora Pither el recorte del Daily Mail donde había leído que las infusiones de angélica eran buenas para el reumatismo. El sol, ardiendo en el cielo sin nubes, le quemaba la espalda a través del vestido de guinga, el camino polvoriento se estremecía por los espejismos causados por el calor y los extensos prados sobre los que incluso en esa época del año trinaban innumerables alondras, tenían un color tan verde que hería la vista mirarlos. Hacía el típico día que la gente que no tiene que trabajar llama «espléndido».

Dorothy apoyó la bicicleta contra la verja de la casa de los Pither, sacó el pañuelo del bolso y se secó las manos que estaban sudorosas del manillar. Bajo la fuerte luz del sol su rostro parecía demacrado y lívido. A esas horas siempre aparentaba más años de los que tenía. A lo largo del día —que por lo general era de diecisiete horas— alternaba períodos de cansancio y energía; mediodía, cuando hacía el primer turno de visitas, era uno de los períodos de fatiga.

Debido a las distancias que tenía que recorrer en bicicleta para ir de una casa a la otra, dichas visitas ocupaban casi la mitad de la jornada de Dorothy. Cada día de su vida, excepto los domingos, visitaba entre media docena y una docena de casas de feligreses. Entraba en los abarrotados interiores y se sentaba en sillas deformes y polvorientas a charlar con mujeres fatigadas y rubicundas; pasaba horas apresuradas echándoles una mano con los zurcidos o la plancha, les leía capítulos de los Evangelios, cambiaba vendajes en piernas heridas y consolaba a quienes tenían mareos matutinos; jugaba a montar en caballito con niños que despedían un olor agrio y le ensuciaban el vestido con sus dedos pegajosos; daba consejos sobre aspidistras mustias; sugería nombres de bebés y bebía innumerables «tacitas de té», pues las mujeres de los campesinos siempre insistían en que tomase «una tacita de té» de la tetera eternamente caliente.

La mayor parte de las veces era una labor muy frustrante. Muy pocas de aquellas mujeres parecían tener siquiera una vaga idea de la vida cristiana que ella intentaba ayudarles a llevar. Algunas eran tímidas y suspicaces, se ponían a la defensiva e inventaban excusas cuando las animaba a ir a comulgar; otras fingían ser piadosas por las ínfimas sumas que podían sacar del cepillo de la iglesia; las que mejor la recibían eran casi siempre la más habladoras que necesitaban un público para sus quejas sobre las andanzas de sus maridos o sobre interminables historias («Y tuvieron que meterle tubos de cristal en las

venas», etc., etc.) sobre las repugnantes enfermedades de las que habían muerto sus parientes. Dorothy era consciente de que más de la mitad de las mujeres de su lista eran en el fondo ateas de un modo vagamente irracional. Día tras día se estrellaba contra esa vaga e informe incredulidad tan frecuente entre los analfabetos y contra la que no sirve ningún argumento. Hiciese lo que hiciese nunca conseguía elevar el número de comulgantes a más de una docena. Le prometían ir a comulgar, mantenían su promesa uno o dos meses, y luego dejaban de ir. Y con las jóvenes aún era más difícil. Ni siquiera se apuntaban a las ramas locales de las ligas eclesiásticas que se organizaban en su propio beneficio. Dorothy era secretaria honorífica de tres de dichas ligas, además de capitana de las girl guides. La Liga de la Esperanza y la Compañía del Matrimonio languidecían casi sin miembros, y las Madres Cristianas solo resistían porque los cotilleos y el té negro hacían que las sesiones de bordado semanal fuesen tolerables. Sí, era una labor frustrante, tanto que en ocasiones le habría parecido fútil, si no hubiese sabido que la sensación de futilidad es el arma más sutil del demonio.

Dorothy llamó a la desvencijada puerta de los Pither, por debajo de la cual se colaba un melancólico aroma a col hervida y agua de fregar los platos. Su larga experiencia le permitía conocer y apreciar por anticipado los olores de cada una de las casas que iba a visitar. Algunos eran muy peculiares. Por ejemplo, el aroma salado y silvestre que impregnaba la casa del viejo señor Tombs, un librero jubilado que se pasaba el día en la cama en una habitación oscura con la nariz larga y polvorienta y unos anteojos asomando por encima de una especie de manta de piel grande y gruesa, que sin embargo se desintegraba en cuanto hacías ademán de tocarla, pues estaba compuesta de gatos, veinticuatro para ser más exactos. El señor Tombs decía que «así estaba calentito». En casi todas las casas había una base de olor a abrigo viejo y agua de fregar sobre la que se imponían los demás olores individuales: el del pozo negro, el de la col hervida, el de los niños, o el fuerte olor, como de beicon, de la pana impregnada por el sudor de decenios.

La señora Pither abrió la puerta, que invariablemente se atascaba contra las jambas y que al forzarla hacía que se estremeciera toda la casa. Era una mujer grande y encorvada de fino cabello gris, con un delantal de tela de saco y unas zapatillas hechas de tela de alfombra.

—¡Caramba, pero si es la señorita Dorothy! —exclamó con voz aburrida y sin vida, pero no carente de afecto.

Cogió a Dorothy entre sus grandes manos nudosas, cuyos nudillos brillaban como cebollas recién peladas de tanto fregar y le dio un beso. Luego la invitó a pasar al sucio interior de la casa.

—Pither ha salido a trabajar, señorita —anunció cuando entraron—. Está

en casa del doctor Gaythorne, le está escardando el jardín.

El señor Pither era jardinero a destajo. Él y su mujer —ambos pasaban de la setentena— eran una de las pocas parejas verdaderamente piadosas de la lista de visitas de Dorothy. La señora Pither llevaba una vida gris y afanosa yendo y viniendo, con una eterna tortícolis porque los dinteles de las puertas eran demasiado bajos para ella, del pozo al fregadero, la chimenea y el pequeño huerto de la cocina. La cocina estaba más o menos limpia, pero en ella hacía mucho calor, olía mal y estaba cubierta de polvo. La señora Pither había instalado una especie de reclinatorio enfrente de la chimenea, con una alfombra grasienta extendida delante de un minúsculo armonio sobre el que había una crucifixión pintada al óleo, un «vela y reza» bordado con cuentas y una fotografía del señor Pither y ella el día de su boda en 1882.

—¡Pobre Pither! —continuó la señora Pither con su voz deprimente—, tener que escardar a su edad, con su reumatismo... ¿No le parece cruel, señorita? Y encima estas últimas mañanas se ha levantado con un dolor entre las piernas que no sabe qué es. ¿No cree que los pobres llevamos una vida muy triste y fatigosa?

—Sí, es lamentable —respondió Dorothy—. Aunque al menos espero que esté usted un poco mejor, señora Pither.

—¡Ah, señorita! Lo mío ya no tiene remedio. Al menos en este mundo. Ya no mejoraré en este desdichado mundo.

—¡No diga usted eso, señora Pither! Confío en que todavía seguirá con nosotros mucho tiempo.

—¡Ay, señorita, es que no sabe lo mala que he estado esta última semana! He padecido de reumatismo en la espalda y en mis pobres piernas, algunas mañanas no he podido ir ni a arrancar unas cuantas cebollas al huerto. ¡Ay, señorita, este mundo es muy fatigoso!, ¿verdad señorita? ¡Un mundo fatigoso y lleno de pecado!

—Pero debemos tener presente, señora Pither, que nos espera un mundo mejor. Esta vida es solo un período de prueba, para que reunamos fuerzas y aprendamos a tener paciencia y podamos ir al cielo cuando llegue el momento.

Al oírla, la señora Pither experimentó un cambio súbito y notable. Inducido por la palabra «cielo». La señora Pither solo tenía dos temas de conversación: uno era los goces del cielo y el otro las miserias de su actual situación. La observación de Dorothy pareció obrar un hechizo. Su mirada gris y cansada no podía avivarse, pero su voz adquirió un casi alegre entusiasmo.

—¡Ay, señorita, cuánta razón tiene! ¡Qué gran verdad, señorita! Es lo que Pither y yo decimos siempre. Lo único que nos impulsa a seguir adelante... La

idea del cielo y del largo descanso de que disfrutaremos allí. Todo lo que hayamos sufrido lo recuperaremos en el cielo, ¿verdad, señorita? Hasta el más pequeño sufrimiento se nos compensará una y mil veces, verdad, ¿señorita? En el cielo descansaremos todos en paz y no habrá reumatismo, ni por qué andar escardando, ni cocinando, ni necesidad de hacer la colada ni ninguna otra cosa. Usted también lo cree, ¿verdad, señorita Dorothy?

—Desde luego —dijo Dorothy.

—¡Ay, señorita, si supiera usted lo mucho que nos consuela pensar en el cielo! Cuando Pither llega cansado de noche y a los dos nos duele el reuma siempre me dice: «No te preocupes, mujer, ya estamos más cerca del cielo. El cielo se ha hecho para la gente como nosotros, solo para los pobres y trabajadores como nosotros que han sido sobrios, píos y han comulgado con regularidad». Es lo mejor, ¿verdad, señorita?, ser pobres en esta vida y ricos en la próxima. No como esos ricachones con sus coches y sus casas bonitas, que no se salvarán del gusano que nunca muere ni del fuego que no se apaga. Qué texto tan bonito. ¿Le apetece a usted rezar un poco conmigo, señorita Dorothy? Llevo toda la mañana deseando rezar un poco.

La señora Pither siempre estaba dispuesta a «rezar un poco» a cualquier hora del día o de la noche. Era su equivalente a «una tacita de té». Se arrodillaron en la alfombra y rezaron el padrenuestro y la plegaria de la semana; y luego Dorothy, a petición de la señora Pither, leyó la parábola de Epulón y Lázaro, interrumpida de vez en cuando por la señora Pither que decía: «¡Amén! ¡Qué gran verdad! ¿Verdad, señorita? “Y los ángeles lo llevaron al seno de Abraham”. ¡Qué bonito! ¡A eso le llamo yo un texto bonito! ¡Amén, señorita Dorothy, amén!».

Dorothy le dio a la señora Pither el recorte del Daily Mail sobre las infusiones de angélica para el reumatismo, y luego, al ver que la señora Pither no se encontraba bien para sacar el agua que necesitaban para pasar el día, le sacó tres cubos del pozo. Era un pozo muy profundo con un brocal tan bajo que lo más probable era que la señora Pither acabara sus días cayéndose en él y ahogándose, y ni siquiera tenía polea, por lo que había que sacar los cubos a pulso. Luego se sentaron unos minutos y la señora Pither le estuvo hablando un poco más del cielo. Era extraordinario lo presente que estaba siempre el cielo en sus pensamientos, y aún lo era más la viveza y realidad con que parecía estar viéndolo. Las calles doradas y las puertas de perlas de Oriente eran tan reales para ella como si de verdad las tuviese delante de sus ojos. Y su visión llegaba hasta los detalles más concretos y terrenales. ¡La suavidad de los lechos! ¡La exquisitez de los manjares! ¡Los preciosos ropajes de seda que uno encontraba limpios cada mañana! ¡El cese de cualquier trabajo para toda la eternidad! En casi cualquier momento de su vida la visión del cielo la animaba y consolaba y sus amargas quejas sobre las vidas de los «pobres

trabajadores» se mitigaban de un modo curioso por la satisfacción de pensar que, después de todo, eran ellos los principales moradores del cielo. Era una especie de trato que había cerrado intercambiando una vida de duros trabajos por una eternidad de pura dicha. Su fe era casi excesiva, suponiendo que eso sea posible. Pues, por curioso que parezca, la certeza con que la señora Pither pensaba en el cielo como una especie de hogar glorificado para incurables, causaba en Dorothy una extraña intranquilidad.

Dorothy se dispuso a partir, mientras la señora Pither le agradecía un poco más efusivamente de la cuenta su visita con renovadas quejas sobre su reumatismo.

—No dude que tomaré las infusiones de angélica —concluyó—, y muchas gracias por decírmelo, señorita. Aunque no creo que me haga mucho bien. ¡Ay, señorita, si usted supiera lo mucho que he sufrido esta semana por el reumatismo! Es como si me golpearan las pantorrillas con un atizador al rojo vivo, y ni siquiera alcanzo para darme friegas. ¿Sería mucho pedir que me diera usted unas antes de irse? Tengo una botella de linimento Elliman debajo del fregadero.

Dorothy se dio un fuerte pellizco sin que la viera la señora Pither. Hacía un rato que se lo estaba temiendo y —aunque lo había hecho otras muchas veces— la verdad era que no le gustaba nada darle friegas a la señora Pither. Se exhortó enfadada: ¡Vamos, Dorothy! ¡No me vengas ahora con remilgos, por favor! Juan 13:14.

—¡Cómo no, señora Pither! —respondió en el acto.

Subieron por la escalera estrecha y destartalada en la que casi había que doblarse en dos para no golpearse contra el techo. El dormitorio estaba iluminado por una minúscula ventana que la enredadera de fuera había atascado y llevaba sin abrirse veinte años. Una inmensa cama doble, con las sábanas permanentemente húmedas y un colchón de lana con tantos valles y colinas como un mapa en relieve de Suiza, llenaba casi del todo la habitación. Con muchos quejidos, la anciana trepó a la cama y se tumbó boca abajo. La habitación olía a orina y a elixir paregórico. Dorothy cogió la botella de linimento Elliman y frotó cuidadosamente las piernas grandes, flácidas y surcadas de venas grises de la señora Pither.

Fuera, en el agobiante calor, subió a su bicicleta y empezó a pedalear para volver a casa. El sol le quemaba la cara, pero el aire ahora parecía dulce y fresco. ¡Era feliz, feliz! Siempre se sentía extrañamente feliz cuando terminaba las visitas matutinas y lo más curioso es que no acertaba a comprender el motivo. En Borlase, el prado de la vaquería, las vacas rubias pastaban metidas hasta las corvas en un brillante mar de hierba. El olor de las vacas flotó como un destilado de vainilla y heno fresco hasta la nariz de Dorothy. Aunque

todavía tenía por delante media mañana de trabajo no pudo resistir la tentación de perder un poco el tiempo y detuvo la bicicleta apoyándose contra la puerta de la cerca del prado de Borlase, mientras una vaca con el hocico húmedo y rosado se rascaba la barbilla contra el poste de la puerta y la miraba soñolienta.

Dorothy reparó en un rosal silvestre, por supuesto sin flores, que crecía al otro lado del seto, y saltó la cerca para ver si era una mata de escaramujo oloroso. Se arrodilló entre la hierba al lado del seto. Hacía mucho calor tan cerca del suelo. El zumbido de un sinfín de insectos invisibles resonaba en sus oídos y se vio envuelta en los vapores estivales de la maleza enmarañada. Cerca crecían altos tallos de hinojo con frondas de hojas como las colas de verdosos caballitos de mar. Dorothy se acercó una a la cara e inhaló su perfume dulce y fuerte. Su intensidad casi la aturdió y llenó los pulmones con él. ¡Qué olor tan delicioso el de los días estivales, el olor de los días de infancia, el aroma especiado de las islas en la cálida espuma de los mares orientales!

El corazón se le inundó de súbita alegría. Reconocía, tal vez equivocadamente, el amor de Dios en esa mística alegría de la belleza de la tierra y la naturaleza misma de las cosas. Al arrodillarse entre el calor, el dulce aroma y el soñoliento zumbido de los insectos, tuvo la sensación de poder oír el fuerte himno de alabanza que la tierra y todos los seres de la creación entonaban eternamente por quien los hizo. Toda la vegetación, las hojas, las flores y la hierba, brillaba, vibraba y gritaba de alegría. También cantaban las alondras y coros invisibles vertían su música desde el cielo. La fertilidad del verano, la calidez de la tierra, el canto de los pájaros, el aroma de las vacas, el zumbido de incontables abejas se mezclaban y ascendían como el humo de altares eternos. ¡Ahora con ángeles y arcángeles! Empezó a rezar, y por un momento rezó con fervor y una gran dicha, olvidándose de sí misma con la alegría de su adoración. Luego, apenas un minuto después, se descubrió besando las hojas de hinojo que todavía tenía junto a la cara.

Se contuvo en el acto. ¿Qué estaba haciendo? ¿Estaba venerando a Dios, o solo a la tierra? La alegría huyó de su corazón y la reemplazó la fría y desagradable sensación de haberse dejado arrastrar a una especie de éxtasis pagano. Se sermoneó a sí misma. ¡No, Dorothy! ¡Nada de adorar a la naturaleza, por favor! Su padre la había prevenido contra la adoración a la naturaleza. Le había oído predicar más de un sermón en contra de lo que él consideraba mero panteísmo y, lo que le parecía mucho peor, un repugnante capricho moderno. Dorothy arrancó una espina del escaramujo y se pinchó tres veces en el brazo para recordar a las Tres Personas de la Trinidad antes de saltar la cerca y volver a subir a la bicicleta.

Un negro y polvoriento sombrero de teja se acercaba desde el otro lado del

seto. Era el padre McGuire, el sacerdote católico romano, que también hacía su ronda en bicicleta. Era un hombre muy grande y corpulento, tanto que parecía empequeñecer la bicicleta y estar en equilibrio sobre ella como una pelota de golf sobre el tee. Tenía el rostro sonrosado y cordial y una expresión astuta.

Dorothy se entristeció de pronto. Se ruborizó y su mano buscó de forma instintiva la cruz de oro que llevaba debajo del vestido. El padre McGuire estaba pedaleando hacia ella con gesto despreocupado y vagamente divertido. Ella hizo un esfuerzo por sonreír y murmuró con aire desdichado «Buenos días». Pero él pasó de largo sin saludarla: sus ojos recorrieron su cara y luego miraron a lo lejos fingiendo de manera admirable no haberla visto. La había ignorado. Dorothy —cuya naturaleza, ¡ay!, no le permitía hacer lo mismo— subió a su bicicleta y se alejó pedaleando, luchando con los pensamientos nada caritativos que siempre le despertaba cualquier encuentro con el padre McGuire.

Cinco o seis años antes, cuando el padre McGuire estaba celebrando un funeral en el cementerio de Saint Athelstan (en Knype Hill no había cementerio católico) se había producido cierta disputa con el rector sobre la conveniencia o no de que el padre McGuire se vistiera en la iglesia y los dos se habían enzarzado en una deshonrosa discusión junto a la tumba abierta. Desde entonces se habían retirado el saludo. Era mejor así, afirmaba el rector.

En cuanto a los demás religiosos de Knype Hill, el señor Ward, el ministro congregacionalista, el señor Foley, el pastor wesleyano, y el anciano calvo que dirigía las orgías en la capilla de Ebenezer, el rector opinaba que no eran más que un vulgar hatajo de herejes y había prohibido a Dorothy que les dirigiera la palabra si no quería causarle un disgusto.

V

Era mediodía. En el enorme y ruinoso invernadero, cuyos cristales estaban opacos, verdes e iridiscentes como el vidrio romano antiguo debido a la suciedad y el paso del tiempo, tenía lugar un ruidoso y apresurado ensayo de Carlos I.

En realidad, Dorothy no participaba en el ensayo, aunque estaba muy atareada preparando los trajes. Hacía los trajes, o al menos la mayoría de ellos, de todas las obras de teatro que representaban los alumnos de la escuela parroquial. La producción y la dirección de escena corrían a cargo de Víctor Stone —Víctor, como lo llamaba Dorothy—, el maestro de la escuela parroquial, un joven nervioso y enclenque de cabello negro vestido con oscura ropa de lego que en ese momento gesticulaba violentamente manuscrito en mano ante seis niños con pinta de torpes. En un largo banco que había junto a la pared otros cuatro niños ensayaban los efectos sonoros entrechocando

atizadores para el fuego y se peleaban por una mugrienta bolsita de pastillas de menta de cuarenta por un penique.

En el invernadero hacía un calor horrible y flotaba un fuerte olor a cola y el agrio sudor de los niños. Dorothy estaba arrodillada en el suelo con la boca llena de agujas y un par de tijeras en la mano, cortando unas hojas de papel de estraza en tiras largas y estrechas. El bote de cola estaba hirviendo sobre un infiernillo que tenía al lado; detrás, en la mesa de trabajo desvencijada y manchada de tinta, había un montón de trajes sin terminar, más hojas de papel de estraza, su máquina de coser, marañas de estopa, grumos de cola seca, espadas de madera y botes de pintura abiertos. Dorothy pensaba distraída en los dos pares de botas del siglo XVII que tenía que hacer para Carlos I y Oliver Cromwell y al mismo tiempo escuchaba los gritos airados de Víctor, que estaba a punto de montar en cólera, como le ocurría siempre en los ensayos. Era un actor nato y le aburría mortalmente tener que ensayar con niños medio retrasados. Iba y venía arengando a los niños con vehemencia y de vez en cuando arremetía contra uno de ellos con una espada de madera que había cogido de la mesa.

—¿Es que no puedes darle un poco más de vida? —gritaba mientras pinchaba a un chico de expresión bovina en la barriga—. ¡No murmures! ¡Dilo como si significara algo para ti! Pareces un cadáver al que hubieran enterrado y exhumado después. ¿A qué vienen esos gorgoritos? Ponte de pie y grítale. ¡No pongas esa cara de asesino!

—¡Ven aquí, Percy! —gritó Dorothy entre los alfileres—. ¡Deprisa!

Estaba haciendo la armadura —la parte más difícil sin contar las botas— con cola y papel de estraza. Gracias a su larga experiencia, Dorothy era capaz de hacer casi cualquier cosa con cola y papel de estraza; incluso una peluca bastante pasable con un gorro de papel y estopa teñida en lugar de pelo. Pasaba gran parte del año debatiéndose con la cola, el papel de estraza, la muselina y demás parafernalia de los actores aficionados. Tan necesitada estaba de dinero la parroquia que apenas había un mes en que no se representara una obra escolar, un espectáculo o una exposición de tableaux vivants, por no hablar de los mercadillos y las subastas benéficas.

Cuando Percy —Percy Jowett, el hijo del herrero, un joven de cabellos rizados— bajó del banco y se plantó moviéndose tristemente ante ella, Dorothy cogió una hoja de papel de estraza, la midió contra su espalda, recortó el cuello y los agujeros para los brazos, la dobló por la mitad y la prendió con alfileres para darle la forma de un tosco peto. Se oyó un estrépito de voces.

VICTOR: ¡Vamos, ahora, vamos! Que entre Oliver Cromwell... ¡Ese eres tú! ¡No, así no! ¿Es que crees que Oliver Cromwell entraría encogido como un perro apaleado? Saca pecho. Frunce el ceño. Así está mejor. Vamos ahora,

Cromwell: «¡Alto, tengo una pistola!». Vamos.

UNA CHICA: Por favor, señorita, mi madre ha dicho que le dijera que...

DOROTHY: ¡Estate quieto, Percy! ¡Por el amor de Dios, estate quieto!

CROMWELL: ¡Alto, tengo una pistola!

UNA NIÑA PEQUEÑA DE LAS DEL BANCO: ¡Señor maestro, se me ha caído el caramelo! (Quejumbrosa.) ¡Se me ha caído el carameeeeelo!

VICTOR: ¡No, no, no Tommie! ¡No, no!

LA CHICA: Por favor señorita, mi madre ha dicho que le dijera que no ha podido hacerme los pantalones como prometió, señorita, porque...

DOROTHY: Si vuelves a hacer eso conseguirás que me trague un alfiler.

CROMWELL: ¡Alto, tengo una pistola...!

LA NIÑA PEQUEÑA (llorando): ¡Mi caramelooo!

Dorothy cogió la brocha del bote de cola y con una velocidad febril empezó a pegar tiras de papel de estraza sobre el tórax de Percy, arriba y abajo, detrás y delante, una encima de otra, deteniéndose solo cuando el papel se le pegaba a los dedos. En cinco minutos fabricó un peto de cola y papel de estraza lo bastante resistente, una vez estuviera seco, para desafiar a una espada de verdad. Percy, «envuelto en acero» y con el borde del papel cortándole la barbilla, se contempló con la expresión resignada de un perro a la hora del baño. Dorothy cogió las tijeras, recortó el peto por un lado, lo puso a secar y empezó con otro niño. Se oyó un temible estruendo cuando los niños que hacían los efectos sonoros empezaron a ensayar el ruido de los pistoletazos y los cascos de los caballos al galope. Dorothy cada vez tenía los dedos más pegajosos, y eso que de vez en cuando se los lavaba en un cubo con agua caliente que tenía al lado. A los veinte minutos casi había completado cuatro petos. Solo faltaba terminarlos, pintarlos de pintura de color aluminio y atarlos por los lados, y luego habría que fabricar los quijotes y, peor aún, los yelmos. Víctor, gesticulando con su espada y gritando para hacerse oír por encima del estrépito de los caballos al galope, interpretaba uno tras otro a Oliver Cromwell, a Carlos I, a los soldados puritanos, a los caballeros, los campesinos y las damas de la corte. Los niños se estaban impacientando y empezaban a bostezar, gimotear e intercambiar patadas y pellizcos a hurtadillas. Una vez acabó con los petos, Dorothy quitó las cosas de la mesa, preparó la máquina y se puso a coser el jubón verde de un caballero (estaba hecho de muselina pintada de verde, pero visto de lejos daba el pego).

Pasaron otros diez minutos de trabajo febril. A Dorothy se le rompió el hilo y a punto estuvo de exclamar «¡Maldita sea!», pero se contuvo y enseguida volvió a enhebrar la aguja. Era un trabajo contrarreloj. Apenas faltaban quince

días para la función y quedaban todavía tantas cosas por hacer —yelmos, jubones, espadas, botas de montar (aquellas dichas botas llevaban días obsesionándola como una pesadilla), vainas, gorgueras, pelucas, espuelas, decorados—, que se le encogía el corazón de solo pensarlo. Los padres de los niños nunca ayudaban con los trajes de las representaciones escolares; o más exactamente, siempre se comprometían a ayudar y luego se volvían atrás. A Dorothy le dolía muchísimo la cabeza, en parte por el calor que hacía en el invernadero y en parte por el esfuerzo de coser y al mismo tiempo tratar de imaginar patrones para las botas de papel de estraza. Incluso había olvidado la cuenta de veintinueve libras, siete chelines y nueve peniques que le debían a Cargill. No pensaba en otra cosa que en la temible montaña de ropa sin hacer que tenía por delante. Todos los días lo mismo: una cosa iba sucediendo a la otra —ya fuesen los trajes para la representación escolar, el suelo hundido del campanario, el dinero que debían en las tiendas o las malas hierbas en los guisantes— y cada cual parecía tan urgente y apremiante que daba la impresión de borrar del mapa a todas las demás.

Víctor tiró al suelo su espada de madera, sacó el reloj y lo miró.

—¡Basta por hoy! —dijo con el tono brusco y seco que utilizaba siempre cuando trataba con niños—. Seguiremos el viernes. ¡Fuera todos! ¡Ya estoy harto de veros!

Observó salir a los chicos y luego, olvidando su existencia en cuanto desaparecieron de su vista, sacó una partitura del bolsillo y empezó a ir de aquí para allá, con la vista fija en dos plantas descuidadas que había en un rincón y cuyas hojas muertas y secas caían sobre el borde de la maceta. Dorothy seguía sentada a la máquina cosiendo las costuras del jubón de terciopelo verde.

Víctor era un tipo inquieto e inteligente que solo estaba a gusto cuando discutía con alguien sobre alguna cosa. Su rostro pálido de rasgos finos tenía un gesto de aparente insatisfacción que en el fondo reflejaba solo una impaciencia pueril. Quienes acababan de conocerlo decían a veces que estaba malgastando su talento con aquel trabajo tan gris de maestro de escuela parroquial, pero de hecho su único talento era un leve don para la música y un don mucho más pronunciado para tratar con niños. Por poco eficaz que fuese en otras cosas, se le daban muy bien los niños, tenía la actitud inflexible necesaria. Aunque, por supuesto, como le ocurre siempre a todo el mundo, despreciaba su propio talento. Sus intereses eran puramente eclesiásticos. Era lo que la gente llama un joven meapilas. Siempre había querido formar parte de la Iglesia, y lo habría hecho si hubiese tenido la inteligencia necesaria para aprender griego y hebreo. Privado de la posibilidad del sacerdocio, había derivado naturalmente a su puesto de maestro de la escuela parroquial y organista, que, por así decirlo, le permitía estar dentro del recinto de la iglesia.

No hace falta decir que era un anglocatólico furibundo al estilo de Church Times: más clerical que los propios clérigos, instruido en historia eclesiástica, experto en vestiduras sagradas, y dispuesto en todo momento a soltar una furiosa diatriba contra los modernistas, los protestantes, los científicos, los bolcheviques y los ateos.

—Estaba pensando —dijo Dorothy después de parar la máquina y cortar el hilo— que podríamos hacer los yelmos usando sombreros hongos viejos, si es que logramos reunir suficientes. Se les corta el ala, se les pone una de papel con la forma adecuada y se pintan de color plata.

—Ay, Dios, ¿por qué se preocupa tanto por esas cosas? —dijo Víctor, que había perdido el interés por la obra en el mismo instante en que terminó el ensayo.

—Lo que más me obsesiona son esas dichosas botas de montar —dijo Dorothy poniéndose el jubón sobre las rodillas y contemplándolo.

—¡Olvídese de las botas! Dejemos de pensar en la representación por un momento. Oiga —dijo Víctor desenrollando la partitura—, necesito que le diga una cosa a su padre de mi parte. Quisiera que le preguntase si podemos salir en procesión el mes que viene.

—¿Otra procesión? ¿Para qué?

—No sé... Siempre se puede buscar alguna excusa. El día 8 es la Natividad de la Santísima Virgen María. A mí me parece motivo más que suficiente para salir en procesión. Lo haremos a lo grande. Tengo un himno espléndido y muy conmovedor que todos pueden entonar a voz en grito, y tal vez los de la iglesia de Saint Wedekind de Millborough nos presten el estandarte azul con la Virgen María. Si el señor rector me da el visto bueno, empezaré a ensayar con el coro cuanto antes.

—Sabe usted muy bien que dirá que no —dijo Dorothy enhebrando la aguja para coser los botones del jubón—. En realidad no aprueba las procesiones. Es mucho mejor no preguntarle nada que le haga enfadar.

—¡Pero qué caramba! —se quejó Víctor—. Hace meses que no salimos en procesión. Nunca he visto unos oficios religiosos tan aburridos como los que se celebran aquí. Cualquiera diría que somos una capilla baptista o algo parecido.

Víctor se quejaba siempre de la sosa corrección de los oficios del rector. Su ideal era lo que él llamaba el «auténtico culto católico», y con eso se refería a incienso en cantidades ilimitadas, imágenes doradas y vestiduras parecidas a las romanas. En su calidad de organista siempre estaba presionando para que se hicieran más procesiones, se interpretara una música más voluptuosa y se

entonaran cánticos más elaborados en la liturgia, de modo que había un continuo tira y afloja entre él y el rector. Y en eso Dorothy estaba de parte de su padre. Educada en la frígida y peculiar vía media del anglicanismo, sentía aversión y temor a partes iguales por cualquier cosa que tuviese apariencia de «ritualista».

—¡Qué caramba! —prosiguió Víctor—, las procesiones son divertidas. Empezaría en la nave central, saldría por la puerta oeste y volvería a entrar por la puerta sur, con el coro portando velas marchando detrás y los boy scouts al frente con el estandarte. Sería estupendo. Cantó una estrofa con una débil pero afinada voz de tenor: «¡Salve, Día de Fiesta, día bendito, por siempre santificado!».

»Y, si de mí dependiera —añadió—, pondría también un par de chicos balanceando unos incensarios.

—Sí, pero ya sabe cuánto le disgusta todo eso a mi padre. Sobre todo si tiene que ver con la Virgen María. Dice que es la fiebre romana y que solo sirve para que la gente se pase el día santiguándose y arrodillándose a destiempo y no sé qué más. Recuerde lo que ocurrió en Adviento.

El año anterior, por iniciativa propia, Víctor había escogido uno de los himnos de Adviento, el número 462, cuyo estribillo decía «¡Ave María, Ave María, Ave María llena eres de gracia!». Esa muestra de catolicismo había irritado mucho al rector. Al terminar el primer verso había cerrado su libro de himnos y se había quedado mirando a la congregación con una mirada tan fría que algunos de los niños del coro se pusieron a balbucir y casi se interrumpieron. Luego había dicho que al oír a aquellos rústicos gritando «¡Ave María, Ave María!» había tenido la impresión de estar en el Dog and Bottle.

—¡Qué caramba! —dijo ofendido Víctor—, su padre siempre me lleva la contraria cuando trato de insuflar un poco de vida a los oficios. No permite el uso del incienso, ni un poco de música, ni las vestiduras adecuadas ni nada. ¿Y con qué resultado? No llenamos ni la cuarta parte de la iglesia ni siquiera el domingo de Resurrección. Mira uno la iglesia un domingo por la mañana y no ve más que a los boy scouts, a las girl guides y a un puñado de viejas.

—Lo sé. Es un desastre —admitió Dorothy cosiendo el botón—. Hagamos lo que hagamos, no conseguimos traer a la gente a la iglesia. Aun así —añadió—, siguen viniendo a casarse y a celebrar los funerales. Y no creo que la congregación haya disminuido este año. El día de la Comunión Pascual había casi doscientas personas.

—¡Doscientas! Debería haber habido dos mil, que es la población de este pueblo. Lo cierto es que las tres cuartas partes de los habitantes de este lugar

no llega a pisar la casa del Señor en toda su vida. La Iglesia ha perdido toda su influencia sobre ellos. No saben ni que existe. ¿Y por qué? A eso es a lo que voy. ¿Por qué?

—Supongo que la culpa la tienen la ciencia, el librepensamiento y demás —dijo sentenciosa Dorothy citando a su padre.

Esa observación apartó a Víctor de lo que estaba diciendo. Había estado a punto de decir que la congregación de Saint Athelstan se había reducido por lo aburrido de los oficios, pero las odiadas palabras «ciencia» y «librepensamiento» lo llevaron por derroteros más familiares.

—¡Pues claro que la culpa la tiene ese supuesto librepensamiento! —exclamó reanudando sus paseos de aquí para allá—. Esos cerdos ateos de Bertrand Russell y Julian Huxley y todos los de su calaña. Y lo que está arruinando a la Iglesia es que, en lugar de responderles y demostrar lo mentirosos y estúpidos que son, nos quedamos cruzados de brazos y les dejamos difundir su repugnante propaganda atea donde se les antoje. La culpa la tienen los obispos, claro. —Como todo anglocatólico, Víctor sentía un desprecio abismal por los obispos—. No son más que un hatajo de modernistas y contemporizadores. ¡Vaya! —añadió más animado, deteniéndose—. ¿No leyó usted mi carta en el Church Times de la semana pasada?

—No, me temo que no —respondió Dorothy sujetando otro botón con el pulgar—. ¿De qué trataba?

—¡Oh!, de los obispos modernistas y demás. Le di un buen varapalo al viejo Barnes.

Apenas transcurría una semana sin que Víctor escribiera una carta al Church Times. Participaba en cualquier controversia, sobre todo cuando el Church Times se dedicaba a su deporte favorito de atacar a ateos y modernistas. Se había enzarzado dos veces con el doctor Major, había escrito irónicas cartas sobre el diácono Inge y el obispo de Birmingham, y no había dudado en atacar incluso al diabólico Russell..., aunque, claro, Russell no había tenido el valor de responder. A decir verdad, Dorothy casi nunca leía el Church Times, y el rector se enfadaba mucho si encontraba un ejemplar en la casa. El semanario que leían en casa del rector era High Churchman's Gazette, un refinado y anticuado anacronismo tory no ritualista y de escasísima tirada.

—¡Ese cerdo de Russell! —rememoró Víctor con las manos en los bolsillos—. ¡Me enciende la sangre!

—¿No es ese hombre que es tan buen matemático o algo así? —preguntó Dorothy mordiendo el hilo.

—¡Oh!, supongo que lo suyo no se le dará mal —admitió a regañadientes Víctor—. ¿Pero qué tiene eso que ver? Que a un hombre se le den bien los números no quiere decir que..., en fin ¡da igual! Volvamos a lo que le estaba diciendo antes. ¿Por qué no logramos que la gente venga más a la iglesia? Pues porque nuestras misas son frías y desangeladas, sí señor. Lo que la gente quiere es un culto que sea un verdadero culto..., quiere un auténtico culto católico de la auténtica Iglesia católica a la que pertenecemos. Lo único que les ofrecemos es palabrería protestante y todo el mundo sabe que el protestantismo está acabado.

—¡No es verdad! —le espetó secamente Dorothy mientras colocaba el tercer botón en su sitio—. Sabe usted muy bien que no somos protestantes. Mi padre no hace más que repetir que la Iglesia de Inglaterra es la Iglesia católica y no sé cuántas veces habrá hablado de la sucesión apostólica en sus sermones. Por eso lord Pockthorne y los demás no vienen a misa. Lo que pasa es que no comulga con el movimiento anglocatólico porque opina que les gusta demasiado el ritual en sí mismo. Y yo estoy de acuerdo.

—¡Oh! No digo que su padre no sea recto en lo tocante a la doctrina..., totalmente recto. Pero si opina que pertenecemos a la Iglesia católica, ¿por qué no celebra la misa a la manera católica? Es una vergüenza que no podamos utilizar incienso de vez en cuando. Y sus opiniones sobre las vestiduras sagradas, sin ánimo de ofenderla, son terribles. El domingo de Resurrección se puso una capa pluvial gótica con un alba moderna de encaje italiana. Qué caramba, es como llevar sombrero de copa con botas marrones.

—Bueno, yo no concedo tanta importancia como usted a las vestiduras —repuso Dorothy—. Creo que lo importante es el espíritu del sacerdote y no cómo vaya vestido.

—¡Es lo que diría un metodista primitivo! —exclamó asqueado Víctor—. ¡Pues claro que las vestiduras sagradas tienen importancia! ¿De qué sirve el culto si no puede hacerse como es debido? ¡Si quiere ver cómo es el auténtico culto católico pásese un día por Saint Wedekind, en Millborough! Vaya si saben hacer las cosas. Imágenes de la Santísima Virgen, reserva del Sacramento..., todo. Los kensititas les han atacado ya tres veces, pero ellos desafían sin más al obispo.

—¡Nada me horroriza más que el modo en que se hacen las cosas en Saint Wedekind! —exclamó Dorothy—. Son muy quisquillosos. Y con tanto incienso apenas se ve lo que pasa en el altar. En mi opinión deberían volver a la Iglesia católica romana y no andarse con tantas zarandajas.

—Mi querida Dorothy, debería haber sido usted no conformista. Un hermano de Plymouth..., o una hermana o como quiera que lo llamen. Su himno favorito debe ser el número 567: «Oh, Dios mío, te temo, ¡estás en lo

alto!».

—Y el suyo el 231: «¡Cada noche planto mi tienda un día más cerca de Roma!» —replicó Dorothy, dando vueltas con el hilo al cuarto y último botón.

La discusión continuó varios minutos mientras Dorothy adornaba con plumas y unas cintas un sombrero de caballero (era un viejo sombrero negro de fieltro de cuando iba a la escuela). Víctor y ella no pasaban mucho tiempo juntos sin enzarzarse en una discusión sobre la cuestión del ritualismo. En opinión de Dorothy, Víctor era de los que acabarían «pasándose a Roma» si nadie hacía algo por impedirlo, y muy probablemente tuviera razón. Sin embargo, Víctor no había reparado todavía en cuál era su probable destino. De momento, la fiebre del movimiento anglocatólico con sus emocionantes controversias en tres frentes al mismo tiempo, los protestantes a la derecha, los modernistas a la izquierda y en la retaguardia los católicos romanos, por desdicha siempre dispuestos a darle a uno una patada en el trasero, ocupaban su horizonte mental. Despotricar contra el doctor Major en el Church Times era más importante para él que cualquier otra cosa. Sin embargo, a pesar de su clericalismo, no tenía ni un átomo de verdadera piedad. Las controversias religiosas le atraían como una especie de juego..., el juego más absorbente que se haya inventado jamás, pues no tiene fin y está permitido hacer pequeñas trampas.

—¡Ya está, gracias a Dios! —dijo Dorothy dando vueltas en la mano al sombrero de caballero y dejándolo luego sobre la mesa. ¡Dios mío, cuántas cosas quedan por hacer todavía! ¡Ojalá pudiera quitarme esas dichosas botas de la cabeza! ¿Qué hora es, Víctor?

—Casi la una menos cinco.

—¡Dios mío! Más vale que me dé prisa. Tengo que preparar tres tortillas. No me fío de que las haga Ellen. Y, a propósito, Víctor. ¿Tiene usted algo que darnos para el mercadillo benéfico? Un simple par de pantalones viejos nos vendrían de maravilla, porque siempre se venden muy bien.

—¿Pantalones? No. Pero le diré lo que tengo. Un ejemplar de El progreso del peregrino y otro de El libro de los mártires de Foxe de los que llevo años queriendo deshacerme. ¡Odiosa basura protestante! Me los regaló una vieja tía mía que era hereje. ¿No se harta usted nunca de pasarse el día recaudando peniques? Si celebrásemos los oficios al auténtico estilo católico tendríamos una verdadera congregación y no habría necesidad de...

—¡Estupendo! —dijo Dorothy—. Siempre tenemos un estante lleno de libros a un penique cada uno y los vendemos casi todos. ¡Necesitamos que el mercadillo sea un éxito, Víctor! Cuento con que la señorita Mayfill nos dé algo verdaderamente bonito. Tengo esperanzas de que nos done ese precioso

servicio de té antiguo Lowestoft que tiene y podamos venderlo por cinco libras al menos. Llevo rezando toda la mañana para que lo haga.

—¿Ah, sí? —dijo Víctor con menos entusiasmo de lo normal. Igual que le había ocurrido a Progett esa mañana, le avergonzaba la palabra «rezar». Estaba dispuesto a pasarse el día entero discutiendo la cuestión del ritual, pero la alusión a las devociones privadas le parecía un poco indecorosa—. No olvide preguntar a su padre lo de la procesión —dijo retomando un tema que le resultaba más agradable.

—Muy bien, se lo preguntaré. Pero ya sabe lo que dirá. Se enfadará y dirá que es la «fiebre romana».

—¡Al demonio con la fiebre romana! —dijo Víctor, que, al contrario que Dorothy, no se imponía penitencias por blasfemar.

Dorothy corrió a la cocina, descubrió que solo había cinco huevos para hacer tortillas para tres personas, y decidió hacer una tortilla más grande y echarle las patatas hervidas del día anterior para que cundiera un poco más. Con una breve oración por el éxito de la tortilla (que tienen la horrible costumbre de romperse al sacarlas de la sartén), batió los huevos, mientras Víctor salía a la calle canturreando, entre alegre y malhumorado, «Salve, día de Fiesta» y se cruzaba con un criado que llevaba con expresión asqueada los dos orinales sin asa con los que la señorita Mayfill había decidido contribuir al mercadillo benéfico.

VI

Eran poco después de las diez. Habían ocurrido varias cosas, aunque ninguna de particular importancia; solo las acostumbradas tareas parroquiales que llenaban la tarde y la noche de Dorothy. Ahora, tal como había convenido aquella mañana, se encontraba en casa del señor Warburton, y estaba tratando de defender su punto de vista en una de esas enmarañadas discusiones en las que a él tanto le gustaba enredarla.

Llevaban un rato hablando y el señor Warburton como siempre se las había arreglado para desviar la conversación hacia la cuestión de las creencias religiosas.

—Mi querida Dorothy —estaba diciendo en tono polémico mientras iba y venía por la habitación con una mano en el bolsillo de la chaqueta y la otra manipulando un cigarro brasileño—, no irá usted a decirme que a su edad, veintisiete años, según tengo entendido, y con su inteligencia, todavía conserva sus creencias religiosas más o menos intactas.

—Desde luego que sí. Y usted lo sabe muy bien.

—¡Vamos, hombre! ¿Toda esa sarta de embustes? ¿Pretende usted

convencerme de que sigue creyendo en esos disparates que aprendió cuando se sentaba en las rodillas de su madre? ¡Claro que no! ¡Es imposible! Lo que pasa es que no se atreve usted a admitirlo. No tiene de qué preocuparse. La mujer del diácono no la oye y yo no la delataré.

—No sé qué quiere decir con eso de «disparates» —empezó a decir Dorothy, sentándose más erguida en la silla y ligeramente ofendida.

—Bueno, pongamos un ejemplo. Algo particularmente difícil de tragar: el infierno, por ejemplo. ¿Acaso cree usted en el infierno? Y fíjese que, cuando digo creer, no le pregunto si cree en él de un modo metafórico y descafeinado como esos obispos modernistas que sacan de sus casillas al joven Víctor Stone. Me refiero a si cree usted en él literalmente. ¿Acaso cree en el infierno igual que en Australia?

—Por supuesto —dijo Dorothy, y trató de explicarle que la existencia del infierno era mucho más real y duradera que la de Australia.

—¡Ajá! —dijo nada impresionado el señor Warburton—. Muy bien fundamentado a su manera, claro. Pero lo que siempre me hace sospechar de las personas religiosas como usted es la endiablada sangre fría con que defienden sus creencias. Cómo mínimo demuestra muy poca imaginación. Heme aquí, infiel, blasfemo, metido hasta el cuello en al menos seis de los siete pecados capitales y obviamente condenado a suplicios eternos. Quién sabe si dentro de una hora no estaré asándome en lo más caliente del infierno. Y usted sigue hablando conmigo con tanta calma como si no me pasara nada. Si padeciese cáncer, lepra o cualquier otra enfermedad física estaría mucho más preocupada..., o al menos es lo que quiero creer. En cambio saber que voy a tostarme en la parrilla toda la eternidad parece traerle a usted sin cuidado.

—Nunca he dicho que fuese usted a ir al infierno —dijo Dorothy un tanto incómoda y deseando que la conversación diese un giro diferente. Pues lo cierto era que, aunque no fuese a admitirlo, la cuestión planteada por el señor Warburton le había causado ciertas dificultades. Creía en el infierno, pero nunca había podido convencerse de que en realidad nadie fuese a parar allí. Creía en la existencia del infierno, pero también que estaba vacío. Como no estaba demasiado convencida de la ortodoxia de semejante creencia, prefirió callársela—. No se puede estar seguro de que alguien vaya a ir al infierno —dijo con más firmeza, con la sensación de que al menos pisaba terreno firme.

—¡Qué! —exclamó el señor Warburton, deteniéndose con fingida sorpresa—. No irá a decirme que todavía me queda alguna esperanza.

—Desde luego que sí. Solo esa gente tan horrible que cree en la predestinación afirma que uno va al infierno tanto si se arrepiente como si no.

No creerá que la Iglesia anglicana es calvinista, ¿no?

—Supongo que siempre cabe la posibilidad de salvarse alegando ignorancia invencible —dijo pensativo el señor Warburton; luego añadió en tono confidencial—: ¿Sabe, Dorothy?, tengo la sensación de que incluso ahora que hace dos años que me conoce, sigue pensando que podrá convertirme. Una oveja descarriada, salvada del fuego por los pelos. Creo que tiene la esperanza desesperanzada de que uno de estos días abriré por fin los ojos y me verá entre los asistentes a la sagrada comunión a las siete de la mañana de un día condenadamente frío, ¿es así?

—Bueno... —respondió Dorothy volviendo a sentirse incómoda. Lo cierto era que tenía ciertas esperanzas respecto al señor Warburton, por muy poco prometedor que pareciera su caso. Su naturaleza le impedía ver a uno de sus congéneres dominado por la falta de fe sin tratar de reconducirlo al seno de la Iglesia. ¡Cuántas horas no habría pasado, en diversas ocasiones, discutiendo solemnemente con obtusos ateos del pueblo incapaces de alegar una sola razón inteligible con la que justificar su falta de fe!—. Sí —admitió por fin, no muy deseosa de reconocerlo, pero menos aún de andarse con subterfugios.

El señor Warburton se rio encantado.

—Es usted muy optimista —dijo—. ¿Y no teme que por casualidad pueda ser yo quien la convierta a usted? Ya sabe que el que va a por lana a veces sale trasquilado...

Dorothy se limitó a sonreír. «Que no note que te está escandalizando», esa era siempre su máxima cuando hablaba con el señor Warburton. Llevaban una hora discutiendo sin llegar a ninguna conclusión y podrían haber seguido así toda la noche si Dorothy hubiera estado dispuesta a quedarse, pues al señor Warburton le encantaba hacerla rabiar a propósito de sus creencias religiosas. Poseía esa fatídica inteligencia que a menudo acompaña a la falta de fe, y en sus discusiones, aunque Dorothy siempre tenía razón, no siempre salía victoriosa. Estaban sentados, o más bien lo estaba ella, pues el señor Warburton seguía de pie, en un salón agradable y espacioso desde donde se veía el césped iluminado por la luna. El señor Warburton llamaba a aquel cuarto su estudio, aunque no había el menor indicio de que hubiese trabajado nunca allí. Para gran decepción de Dorothy, el famoso señor Bewley no se había presentado. (Lo cierto era que ni el señor Bewley, ni su mujer, ni su supuesta novela titulada Estanques y concubinas existían de verdad. El señor Warburton se los había inventado sobre la marcha como pretexto para invitar a Dorothy a su casa, sabiendo perfectamente que no iría si no estaba acompañada.) Dorothy se había sentido un tanto incómoda al descubrir que el señor Warburton estaba solo y pensó que lo más sensato sería volverse a casa, pero se había quedado porque estaba terriblemente cansada y el sillón de piel

donde le había hecho sentarse el señor Warburton nada más entrar en la casa era demasiado cómodo para marcharse. No obstante, ahora le remordía la conciencia. No debía quedarse hasta muy tarde..., la gente murmuraría si alguien llegaba a enterarse. Además, tenía un montón de cosas que hacer y que había abandonado para ir allí. Estaba tan poco acostumbrada a no hacer nada que incluso una hora pasada charlando tranquilamente le parecía vagamente pecaminosa.

Hizo un esfuerzo y se levantó del comodísimo sillón.

—Si no le importa, creo que ya es hora de que vuelva a casa.

—Hablando de ignorancia invencible —prosiguió el señor Warburton, pasando por alto sus palabras—, no recuerdo si le he contado que una vez que estaba esperando un taxi a la puerta de la taberna World's End, en Chelsea, se me acercó una chica feísima del Ejército de Salvación y me espetó, sin el menor preámbulo: «¿Qué dirá usted en el Juicio Final?». Y le respondí: «Me reservo mi defensa». Muy ingenioso. ¿No cree?

Dorothy no contestó. Su conciencia acababa de darle otra punzada aún mayor..., acababa de recordar las dichas botas de montar y que al menos debería terminar una esa misma noche. Estaba exhausta. La tarde había sido agotadora: empezando por los quince kilómetros que había recorrido en bicicleta para repartir la revista parroquial y siguiendo por el té en las Madres Cristianas, en la agobiante habitación con paredes de madera que había detrás de la sala de la parroquia. Las madres se reunían todos los miércoles por la tarde a hacer labores mientras Dorothy les leía en voz alta. (Ahora les estaba leyendo *Una chica de Limberlost*, de Gene Stratton Porter.) Aquella labor casi siempre recaía sobre Dorothy porque la falange de beatas (el gallinero de la iglesia, las llamaban) que hacen el trabajo sucio en la mayoría de las parroquias se había reducido en Knype Hill a cuatro o cinco como mucho. La única ayuda con que podía contar Dorothy era la señorita Foote, una nerviosa virgen de treinta y cinco años con cara de conejo, que, a pesar de sus buenas intenciones, estropeaba todo lo que tocaba y vivía en un continuo estado de agitación. El señor Warburton decía que le recordaba un cometa, «una criatura chata y ridícula que no paraba de dar vueltas siguiendo una órbita excéntrica y siempre iba un poco retrasada». A la señorita Foote se le podía confiar la decoración de la iglesia, pero no las madres o la escuela dominical, porque, aunque asistía regularmente a la iglesia, su ortodoxia estaba bajo sospecha. Un día le había confesado a Dorothy que donde mejor podría adorar a Dios era bajo la bóveda azul del cielo. Después del té, Dorothy había corrido a la iglesia para poner flores frescas en el altar, y luego había mecanografiado el sermón de su padre en una máquina de escribir desvencijada y anterior a la guerra de los Bóers en la que no se podían escribir más de ochocientas palabras a la hora, y después de la cena había ido a quitar las malas hierbas de

las plantas de guisantes hasta que empezó a oscurecer y su espalda pareció a punto de romperse. Entre una cosa y otra se sentía más cansada de lo habitual.

—Tengo que irme —repitió con más firmeza—. Seguro que se ha hecho muy tarde.

—¿Irse? —dijo el señor Warburton—. ¡Tonterías! La velada no ha hecho más que empezar.

Otra vez estaba yendo y viniendo por la habitación, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, después de haber tirado el cigarro. El fantasma de las botas sin hacer volvió a asaltar la imaginación de Dorothy. De pronto decidió hacer dos botas esa noche en lugar de una, como penitencia por aquella hora malgastada. Estaba empezando a hacer un bosquejo mental de cómo cortaría los trozos de papel de estraza del empeine cuando reparó en que el señor Warburton se había detenido detrás de su sillón.

—¿Sabe usted qué hora es? —dijo.

—Diría que las diez y media. Pero la gente como usted y yo no habla de cosas tan vulgares como el tiempo.

—Si son las diez y media, entonces sí tengo que irme —exclamó Dorothy—. Tengo un montón de cosas que hacer antes de acostarme.

—¿Cosas que hacer? ¿A estas horas de la noche? ¡Imposible!

—No. Tengo que hacer un par de botas de montar.

—¿Un par de qué...? —dijo el señor Warburton.

—De botas de montar. Para la función de los alumnos de la escuela parroquial. Las hacemos con cola y papel de estraza.

—¡Cola y papel de estraza! ¡Dios mío! —murmuró el señor Warburton. Siguió hablando, sobre todo para disimular que se estaba acercando cada vez más al sillón de Dorothy—. ¡Menuda vida lleva usted! ¡Perdiendo el tiempo con cola y papel de estraza en mitad de la noche! Tengo que reconocer que a veces me alegro de no ser la hija de un clérigo.

—Creo que...

Pero en ese momento el señor Warburton, invisible detrás del sillón, bajó las manos y la sujetó suavemente por los hombros. Dorothy se retorció para tratar de liberarse, pero el señor Warburton la obligó a quedarse donde estaba.

—Estese quieta —dijo tranquilamente.

—¡Suélteme! —exclamó Dorothy.

El señor Warburton le acarició el brazo con la mano derecha. Había algo

muy revelador y significativo en el modo en que lo hizo; era el roce demorado y apreciativo del hombre que valora el cuerpo de una mujer como si fuese un plato de comida.

—Tiene usted unos brazos preciosos —dijo—. ¿Cómo demonios se las ha arreglado para seguir soltera todo este tiempo?

—¡Suélteme ahora mismo! —repitió Dorothy empezando a forcejear de nuevo.

—Pero es que no quiero soltarla —objetó el señor Warburton.

—¡Por favor, no me toque así el brazo! ¡No me gusta!

—Qué extraña es usted. ¿Por qué no le gusta?

—¡Le digo que no me gusta!

—Ni se le ocurra darse la vuelta —dijo tranquilamente el señor Warburton—. No parece haberse dado cuenta de lo delicado que ha sido por mi parte acercarme por detrás. Si se vuelve, verá que soy lo bastante viejo para ser su padre y encima calvo. Pero, si se queda donde está, puede imaginar que soy Ivor Novello.

Dorothy observó la mano que la estaba acariciando, una mano grande, sonrosada y muy masculina, con dedos gruesos y el dorso cubierto de vello dorado. Se quedó lívida, la expresión de su rostro pasó del simple desagrado a la aversión y el temor. Hizo un violento esfuerzo, se soltó y se puso de pie mirándolo.

—¡Le prohíbo que vuelva a hacer algo parecido! —exclamó con una mezcla de enfado y desánimo.

—Pero ¿se puede saber qué le pasa? —dijo el señor Warburton.

Seguía de pie, en actitud normal, como si tal cosa, y la miraba con un toque de curiosidad. La expresión de su rostro había cambiado. No era solo que estuviese pálida, sino que sus ojos tenían una mirada entre esquivada y asustada, casi como si por un momento estuviera viéndolo como a un extraño. Él reparó en que la había herido de un modo que no acertaba a comprender y que tal vez ella no quería que entendiese.

—Pero ¿qué le pasa? —repitió.

—¿Por qué tiene que hacer eso cada vez que nos vemos?

—«Cada vez que nos vemos» es una exageración —respondió el señor Warburton—. Muy pocas veces tengo oportunidad. Pero si de verdad no le gusta...

—¡Pues claro que no! ¡Y usted lo sabe perfectamente!

—¡Está bien, está bien! No hablemos más de ello —dijo generosamente el señor Warburton—. Siéntese y cambiaremos de asunto.

No tenía vergüenza. Tal vez fuese su principal característica. Después de intentar seducirla en vano, estaba dispuesto a seguir con la conversación como si tal cosa.

—Me marchó ahora mismo —dijo Dorothy—. No puedo seguir aquí ni un minuto más.

—¡Tonterías! Siéntese y olvidémoslo. Hablaremos de teología moral, de arquitectura catedralicia, de las clases de cocina, de las girl guides o de lo que usted quiera. Piense en lo solo que me quedará si se marcha usted ya.

Pero Dorothy insistió y hubo una discusión. Aunque no tuviese intención de seducirla, y por mucho que se lo prometiera, si no se marchaba volvería a intentarlo al cabo de unos minutos. El señor Warburton le insistía en que se quedase porque, como a todos los ociosos, le horrorizaba irse a la cama y no era consciente de lo que vale el tiempo. Si le dejaba estarían hablando hasta las tres o las cuatro de la mañana. Incluso cuando Dorothy logró escapar, la acompañó por el camino iluminado por el claro de luna, sin dejar de hablar y de un humor tan excelente que a ella le fue imposible seguir enfadada.

—Me marchó mañana a primera hora —le dijo al llegar a la verja—. Iré en coche al pueblo a recoger a los niños, ya sabe, a los bastardos, y al día siguiente partiremos hacia Francia. No estoy seguro de dónde iremos después, tal vez al este de Europa. Praga, Viena, Bucarest...

—Qué interesante —dijo Dorothy.

El señor Warburton, con una agilidad sorprendente en un hombre tan grande y corpulento, se había interpuesto entre Dorothy y la verja.

—Pasaré fuera seis meses o más —dijo—. Y ante una ausencia tan prolongada, no creo que vaya a negarme un beso de despedida.

Antes de que pudiera darse cuenta la había rodeado con el brazo y la atrajo hacia sí. Ella se apartó, aunque demasiado tarde: la besó en la mejilla, y la habría besado en la boca si no hubiese apartado la cabeza a tiempo. Dorothy forcejeó violenta y casi inútilmente.

—¡Suélteme! —gritó—. ¡Le digo que me suelte!

—Creo haberle dicho antes —respondió el señor Warburton sujetándola sin esfuerzo— que no quiero soltarla.

—¡Pero estamos justo delante de la ventana de la señora Semprill! ¡Nos verá!

—¡Oh, Dios mío! ¡Pues claro! —dijo el señor Warburton—. Lo había

olvidado. —Impresionado por aquel argumento más que por ningún otro, la soltó, Dorothy aprovechó para ponerse detrás de la reja mientras él escudriñaba las ventanas de la señora Semprill—. No veo ninguna luz —dijo por fin—. Con un poco de suerte esa vieja bruja no nos habrá visto.

—Adiós —dijo Dorothy—. Ahora sí que tengo que irme. Recuerdos a los niños.

Y, sin llegar a correr, se alejó a toda prisa y puso tierra de por medio, no fuese a intentar besarla de nuevo.

Justo en ese momento oyó un ruido procedente de la casa de la señora Semprill que le hizo detenerse un instante: el inconfundible sonido de una ventana al cerrarse. ¿Les habría estado espiando después de todo? Aunque (reflexionó Dorothy) ¡por supuesto que les había estado espiando! ¿Qué otra cosa cabía esperar? Era inconcebible que la señora Semprill se perdiera algo así. Y, si efectivamente les había estado espiando, sin duda el pueblo entero lo sabría con todo lujo de detalles a la mañana siguiente. Pero aquella idea, por siniestra que pudiera parecer, pasó fugazmente por la imaginación de Dorothy mientras se apresuraba calle abajo.

En cuanto perdió de vista la casa del señor Warburton se detuvo, sacó su pañuelo y se frotó la cara donde la había besado. Lo hizo con tanta fuerza que la sangre acudió a la mejilla. Y hasta que borró la mancha imaginaria que habían dejado sus labios no reanudó su camino.

Lo que había hecho el señor Warburton la había turbado mucho. Incluso ahora el corazón le latía tan deprisa que parecía a punto de salirse del pecho. ¡No soporto estas cosas!, se repitió varias veces. Y por desgracia así era literalmente: no lo soportaba. Le aterraba y repelía que un hombre la besara o acariciara, igual que sentir unos fuertes brazos masculinos en torno a su cuerpo o unos gruesos labios de hombre apretados contra los suyos. Le bastaba con pensarlo o recordarlo para torcer el gesto. Era su secreto mejor guardado, la secreta e incurable incapacidad que arrastraba en su vida.

¿Por qué no la dejarán a una en paz?, pensó andando un poco más despacio. Era lo que siempre se decía: ¿Por qué no la dejarán a una en paz? No era que los hombres no le gustasen en cierto sentido. Al contrario, los prefería a las mujeres. Parte del ascendiente que ejercía sobre ella el señor Warburton radicaba en que era un hombre y poseía ese buen humor y amplitud intelectual del que tan a menudo carecen las mujeres. Pero ¿por qué no la dejarían a una en paz? ¿Por qué tenían que andar siempre besándola y manoseándola a una? Era horrible... y también un poco repugnante, como cuando te roza un animal grande y peludo muy amistoso, pero que puede volverse peligroso en cualquier momento. Y además de los besuqueos y los manoseos estaban todas esas cosas monstruosas («todo eso» lo llamaba ella) en las que apenas se

atreví a pensar.

Por supuesto, había tenido su parte, y más aún, de atenciones masculinas. Era lo bastante guapa y lo bastante normal para ser de esas chicas a las que molestan siempre los hombres. Pues cuando un hombre quiere divertirse un rato, por lo general escoge una chica que no sea demasiado guapa. Las chicas guapas (eso piensan ellos) están malcriadas y son caprichosas, pero las chicas normales son presa fácil. Y aunque una sea la hija de un clérigo, o viva en un pueblo como Knype Hill y se pase casi toda la vida dedicada a las labores parroquiales, es difícil escapar. Dorothy estaba más que acostumbrada al acoso de esos hombres gordos de mediana edad, con sus ojos esperanzados, que levantaban el pie del acelerador al verla por la calle, o que buscaban cualquier excusa para presentarse y a los diez minutos estaban dándole pellizquitos en el codo. Hombres de todo tipo. Incluso en cierta ocasión un pastor, el capellán de un obispo nada menos.

Y lo malo era que aún era peor cuando se trataba de hombres correctos cuyos avances eran totalmente honorables. Su imaginación retrocedió hasta cinco años antes, a Francis Moon, que era entonces el coadjutor de Saint Wedekind. ¡Cuánto le habría gustado casarse con él si no hubiera sido por «todo eso»! Una y otra vez le había pedido en matrimonio y, por supuesto, ella había tenido que negarse. Y, claro, él no había llegado a saber el motivo. ¿Cómo iba a explicárselo? Después se fue y, al cabo de un año, murió de la manera más absurda a causa de una neumonía. Susurró una oración por su alma, olvidando por un momento que su padre no aprobaba que se rezara por los muertos, y luego, haciendo un esfuerzo, apartó a un lado su recuerdo. ¡Ah, mejor no pensar en él! Se le encogía el corazón al recordarlo.

Hacía mucho que había decidido que no se casaría. Lo había sabido incluso de niña. Jamás podría superar el horror que le inspiraba «todo eso», solo de pensarlo se le helaba la sangre en las venas. Y, por supuesto, en cierto sentido tampoco quería superarlo. Pues, como toda la gente rara, no era del todo consciente de serlo.

Y, no obstante, aunque su frigidez sexual le pareciese natural e inevitable, sabía muy bien cómo había empezado. Recordaba, con tanta claridad como si fuese ayer, ciertas escenas terribles entre su padre y su madre, que había presenciado cuando apenas tenía nueve años y habían dejado una herida secreta y profunda en su imaginación. Y luego, poco después, la habían asustado algunos grabados en los que aparecían ninfas perseguidas por sátiros. Para su imaginación infantil había algo inexplicablemente horrible y siniestro en aquellas criaturas cornudas y semihumanas que acechaban en los bosquecillos y detrás de los árboles dispuestos a salir de un salto y perseguirte. Durante un año de su infancia le había asustado andar sola por el bosque, por miedo a los sátiros. Por supuesto, había superado aquel temor, pero no el

sentimiento con el que lo asociaba. El sátiro había seguido siendo para ella un símbolo. Tal vez nunca superase aquella particular sensación de temor, de vana huida de algo irracional y temible..., del ruido de los cascos en el bosque y de los muslos flacos y peludos del sátiro. Ningún razonamiento la habría hecho cambiar. Por otro lado hoy en día es algo lo bastante frecuente entre mujeres educadas para que nos resulte sorprendente.

Cuando llegó a la rectoría Dorothy casi se había tranquilizado del todo. Las imágenes de sátiros, del señor Warburton, de Francis Moon y de su predestinada esterilidad, que habían estado cruzando su imaginación, se desvanecieron y las sustituyó la imagen acusadora de una bota de montar. Recordó que tardaría casi dos horas en hacerlas antes de acostarse. La casa estaba a oscuras, así que la rodeó y entró de puntillas por la puerta del lavadero por miedo a despertar a su padre.

Mientras avanzaba a tientas por el oscuro pasillo que llevaba al invernadero, decidió de pronto que había hecho mal en ir a casa del señor Warburton esa noche. Y resolvió no volver nunca, aunque estuviese segura de que fuese a haber alguien más. Además, esa noche haría penitencia por haber ido. Después de encender la lámpara buscó la lista de recados que había escrito para el día siguiente y escribió a lápiz una pe mayúscula junto a la palabra desayuno. La pe significaba penitencia, así que nada de beicon con el desayuno. Luego encendió el infiernillo debajo del bote de cola.

La luz de la lámpara caía amarillenta sobre la máquina de coser y sobre la pila de trajes a medio hacer que había sobre la mesa, recordándole la pila aún mayor que ni siquiera había empezado, y también que estaba terriblemente cansada. Había olvidado su cansancio en cuanto el señor Warburton le puso las manos sobre los hombros, pero ahora notó que volvía a dominarla con fuerzas redobladas. Además, esa noche su fatiga tenía una cualidad excepcional. Se sentía rendida en el sentido literal del término. De pie, junto a la mesa, tuvo la extraña sensación de que le hubieran vaciado el cerebro, de manera que por unos segundos olvidó lo que había ido a hacer al invernadero.

Luego lo recordó... ¡pues claro, las botas! Un pequeño y despreciable demonio le susurraba al oído: «¿Por qué no te vas a dormir y dejas las botas para mañana?». Murmuró una oración para infundirse ánimos y se pellizcó. ¡Vamos, Dorothy! ¡No seas perezosa! Lucas 9:62. Luego, quitó algunas cosas de la mesa, sacó las tijeras, un lápiz y cuatro hojas de papel de estraza y se sentó a recortar los complicados empeines de las botas de montar mientras hervía la cola.

Cuando el reloj de péndulo que había en el despacho de su padre dio las doce, aún seguía trabajando. Había dado ya forma a las dos botas y estaba reforzándolas pegando por encima estrechas tiras de papel..., un trabajo largo

y sucio. Le dolían todos los huesos del cuerpo y tenía tanto sueño que le pesaban los párpados. Apenas recordaba vagamente lo que hacía. Pero seguía trabajando, pegando mecánicamente una tira de papel tras otra y pellizcándose cada dos minutos para contrarrestar el hipnótico sonido del chisporroteo del infiernillo debajo del bote de cola.

CAPÍTULO DOS

I

Dorothy recobró en parte la conciencia saliendo de un sopor negro y sin sueños, con la sensación de que la habían arrastrado por abismos enormes y cada vez más luminosos.

Aún tenía los ojos cerrados. No obstante, poco a poco, sus párpados se volvieron menos opacos a la luz, y luego pestañearon por impulso propio. Vio una calle..., una calle sucia y animada llena de tiendecitas y casas de fachadas estrechas, y un torrente de hombres, tranvías y coches que iban y venían.

No obstante, todavía no puede decirse propiamente que viera nada. Pues no percibía lo que veía como hombres, tranvías, coches o ninguna otra cosa, ni siquiera como objetos en movimiento, o como objetos. Veía igual que un animal, sin especulación y casi sin conciencia. Los ruidos de la calle, el confuso estrépito de voces, bocinas y el chirrido de los tranvías en los raíles mugrientos fluían por su cabeza causando respuestas puramente físicas. No tenía palabras, ni sabía qué utilidad podía tener semejante cosa, ni conciencia del tiempo o el espacio, de su cuerpo o incluso de su propia existencia.

No obstante, poco a poco, sus percepciones se fueron agudizando. El torrente de objetos en movimiento fue llegando más allá de su mirada y ordenándose en su cerebro como imágenes separadas. Empezó a reparar, todavía sin palabras, en la forma de las cosas. Un objeto alargado pasó flotando sobre otros cuatro más estrechos y alargados, tirando de algo de forma cuadrada que se sostenía en equilibrio sobre dos círculos. Dorothy lo vio pasar y de pronto, de manera casi espontánea, una palabra destelló en su imaginación: la palabra «caballo». Se desdibujó y luego volvió a aparecer en una forma más compleja: «Eso es un caballo». Siguieron otras palabras: «casa», «calle», «tranvía», «coche», «bicicleta», y al cabo de unos minutos encontró un nombre para casi todo lo que veía. Descubrió las palabras «hombre» y «mujer» y, especulando sobre ambas, comprobó que también sabía la diferencia entre las cosas vivientes e inanimadas, entre las personas y los caballos, y entre los hombres y las mujeres.

Solo entonces, después de tener conciencia de casi todo lo que la rodeaba, empezó a tener conciencia de sí misma. Hasta ese momento había sido solo un par de ojos con un cerebro receptivo, pero puramente impersonal. En cambio ahora, con un curioso sobresalto, descubrió que tenía existencia independiente, notó que existía; igual que si algo en su interior exclamara: «¡Soy yo!». También intuyó de algún modo que aquel «yo» había existido antes y había sido el mismo desde un pasado muy lejano, que no lograba recordar.

Pero ese descubrimiento la ocupó solo un instante. Desde el primer momento tuvo una sensación de que le faltaba algo y eso lo hacía vagamente insatisfactorio. Y era esto: el «Soy yo» que antes le había parecido una respuesta se había convertido ahora en una pregunta. Ya no era «Soy yo», sino «¿Quién soy?».

¿Quién era? Le dio vueltas y más vueltas a aquella pregunta y descubrió que no tenía ni la menor idea, aunque, al ver pasar a la gente y los caballos, comprendiera que era una persona y no un caballo. Entonces la pregunta cambió y adoptó la forma: «¿Soy un hombre o una mujer?». Y, una vez más, sus sentimientos y sus recuerdos no le proporcionaron ninguna pista. Pero en ese instante, probablemente por casualidad, rozó su cuerpo con la punta de los dedos. Comprendió más claramente que antes que su cuerpo existía y que era suyo..., que era, en realidad, ella. Empezó a explorarlo con las manos, y sus manos encontraron unos pechos. Así que era una mujer. Solo las mujeres tienen pechos. De algún modo supo, sin saber cómo, que todas las mujeres que pasaban tenían pechos debajo de la ropa, aunque no pudiera verlos.

Reparó en que para determinar quién era tendría que examinar su propio cuerpo, empezando por su rostro; por un instante trató de observar su cara antes de comprender que era imposible. Bajó la mirada y vio un vestido negro raído de satén, más bien largo, un par de medias de fibra de color carne, sucias y con carreras, y un par de zapatos de satén muy gastados y de tacón alto. Nada le resultó mínimamente familiar. Examinó sus manos y le parecieron al mismo tiempo extrañas y familiares. Eran pequeñas, con la palma encallecida y estaban muy sucias. Al cabo de un rato cayó en que era esa suciedad lo que hacía que le parecieran tan raras. Las manos no lo eran, aunque no las reconociera.

Tras dudar un poco más, giró a su izquierda y empezó a andar despacio por la acera. Misteriosamente, había recobrado del vacío del pasado un fragmento de conocimiento: la existencia de los espejos, su utilidad y que a menudo los hay en los escaparates. Poco después llegó a una pequeña joyería en la que un estrecho espejo colocado en ángulo reflejaba las caras de los transeúntes. Dorothy distinguió su reflejo entre otra docena y supo enseguida que era el suyo. Sin embargo, no puede decirse que se reconociera, no recordaba haberlo visto antes. Era el rostro de una mujer joven, muy delgada y rubia, con patas

de gallo alrededor de los ojos y estaba un poco sucio. Llevaba un vulgar sombrero negro cloche puesto de cualquier manera y tapándole casi toda la melena. Su cara no le resultó familiar, pero tampoco desconocida. Hasta ese momento no había sabido cómo imaginarla, pero ahora que la había visto comprendió que era la que podía haber imaginado. Era apropiada. Se correspondía con algo en su interior.

Al alejarse del espejo de la joyería reparó en las palabras «Chocolate Fry's» en un escaparate que había enfrente y descubrió que entendía la utilidad de la escritura y, al cabo de un instante, vio que sabía leer. Sus ojos recorrieron la calle en busca de fragmentos de letra impresa para descifrarlos: los nombres de las tiendas, anuncios, titulares de periódico. Deletreó las letras de dos carteles rojos y blancos que había a la puerta de un estanco. Uno de ellos decía: «Nuevos rumores sobre la hija del rector», y el otro: «Se cree que la hija del rector podría estar en París». Luego alzó la mirada y leyó un letrero con letras blancas en la esquina de una casa: «New Kent Road». Esas palabras le hicieron detenerse. Comprendió que se hallaba en New Kent Road y —otro misterioso fragmento de conocimiento— que New Kent Road era una calle de Londres. Así que estaba en Londres.

Al hacer aquel descubrimiento la recorrió un escalofrío. Ahora que su imaginación estaba totalmente despierta reparó más que nunca en lo extraño de su situación y se quedó perpleja y asustada. ¿Qué significaba eso? ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo había ido a parar allí? ¿Qué le había pasado?

No tardó en encontrar una respuesta. Se quedó pensando y le pareció entender perfectamente bien lo que significaban esas palabras: «¡Pues claro, he perdido la memoria!».

En ese momento pasaron a su lado una chica y dos jóvenes con unos hatos a la espalda, se detuvieron y miraron a Dorothy con curiosidad. Dudaron un momento, siguieron andando y volvieron a detenerse junto a una farola cinco metros más adelante. Dorothy vio que la miraban y hablaban. Uno de los jóvenes tendría unos veinte años, era estrecho de pecho, de cabello negro, mejillas sonrosadas, guapo en un impertinente estilo cockney y llevaba un traje azul elegante y llamativo y una gorra de cuadros. El otro tendría unos veintiséis, era rechoncho, fuerte y vivaracho, de nariz chata y piel rosada y clara, y tenía unos labios como salchichas que mostraban unos dientes fuertes y amarillos. Iba francamente harapiento y tenía una mata rala de pelo rojo muy corto que le otorgaba un sorprendente parecido con un orangután. La chica era rolliza y con pinta de tonta e iba vestida de manera muy parecida a Dorothy, quien acertó a oír lo que decían.

—Esa fulana de ahí parece enferma —dijo la chica.

El pelirrojo, que estaba cantando «Sonny Boy» con buena voz de barítono,

dejó de cantar para responder.

—Qué va a estar enferma —exclamó—. Está sin blanca, igual que nosotros.

—Haría buena pareja con Nobby, ¿no crees? —dijo el moreno.

—¡Oye, tú! —exclamó la chica fingiendo ofenderse y haciendo como si le golpeara en la cabeza.

Los dos jóvenes habían dejado los hatos en el suelo y los habían apoyado contra la farola. Los tres se acercaron dubitativos a Dorothy, con el pelirrojo, que al parecer se llamaba Nobby, en cabeza como embajador. Andaba con un balanceo simiesco y su sonrisa era tan amplia y franca que resultaba imposible no devolvérsela. Se dirigió a Dorothy en tono amistoso.

—¡Hola!

—¡Hola!

—¿A que estás sin blanca?

—¿Sin blanca?

—Digo que si estás sin blanca.

—¿Sin blanca?

—¡Dios!, está chiflada —murmuró la chica tirándole del brazo al moreno para marcharse.

—Me refiero a si tienes dinero, mujer.

—No lo sé.

Los tres se miraron estupefactos y por un momento probablemente pensaran que Dorothy estaba chiflada. Pero al mismo tiempo Dorothy, que antes había descubierto un bolsillito en el vestido metió la mano dentro y palpó el perfil de una moneda.

—Creo que tengo un penique —dijo.

—¡Un penique! —dijo con desdén el joven moreno—. Pues sí que vamos a llegar lejos...

Dorothy sacó la moneda. Era media corona. En el rostro de los otros se produjo un cambio sorprendente. Nobby abrió la boca encantado, se balanceó un par de veces muy satisfecho como un mono y luego se detuvo y cogió a Dorothy del brazo.

—¡Es la repera! —dijo—. Hemos tenido suerte... y tú también, chica, créeme. Bendecirás el día en que nos conociste. Con nosotros ganarás una

fortuna. ¿Te apuntas?

—¿Qué? —preguntó Dorothy.

—Digo que si te vienes con Flo, con Charlie y conmigo. Socios, ¿entiendes? Camaradas..., codo con codo. Unidos, resistiremos; divididos, fracasaremos. Nosotros pondremos la cabeza y tú el dinero. ¿Qué me dices, chica? ¿Te apuntas o no?

—¡Calla de una vez, Nobby! —le interrumpió la chica—. No entiende una palabra de lo que le dices. Haz el favor de hablar como Dios manda.

—Basta, Flo —dijo Nobby sin alterarse—. Cierra el pico y déjame hablar a mí, que yo me entiendo con estas fulanas. Escucha chica, ¿cómo te llamas?

Dorothy estuvo a punto de decir «No lo sé», pero estaba lo bastante en guardia para contenerse a tiempo. Escogió un nombre femenino de la media docena que acudió a su imaginación y respondió:

—Ellen.

—Ellen. Es la repera. Cuando se está sin blanca nadie tiene apellidos. En fin, escucha, Ellen. Vamos a recolectar lúpulo...

—¿Lúpulo?

—¡Sí, lúpulo! —interrumpió impaciente el joven moreno como si le molestara la ignorancia de Dorothy. Su voz y sus modales eran hoscos y su acento mucho más vulgar que el de Nobby—. ¡A recoger lúpulo en Kent! Lo entiendes, ¿no?

—¡Ah, lúpulo! ¿Para fabricar cerveza?

—¡Es la repera! Por fin lo ha cogido. Bueno, chica, como te estaba diciendo, vamos a recolectar lúpulo y nos han prometido trabajo en la granja de Blessington, en Lower Molesworth. Pero nos hemos quedado tirados porque entre los tres no reunimos ni un céntimo, y tenemos que ir a pata, y son cincuenta kilómetros y habrá que llenar la barriga y pasar la noche al raso y eso es un inconveniente habiendo damas de por medio. Pero imaginemos que te vinieras con nosotros. Por dos peniques podríamos coger el tranvía hasta Bromley y así nos ahorraríamos casi veinticinco kilómetros y solo habría que dormir una noche por el camino. Y podrías llenar el cesto con nosotros..., con cuatro por cesto es como se recoge mejor..., y si Blessington paga a dos peniques la media fanega sacarás diez chelines a la semana casi sin darte cuenta. ¿Qué dices a eso, chica? En Londres no llegarás muy lejos con tu media corona. Pero, si te asocias con nosotros, tendrás un sitio para dormir un mes y podremos coger el tranvía hasta Bromley y comprar un poco de manduca.

Dorothy acertó a comprender más o menos la cuarta parte de aquellas palabras. Preguntó casi al azar:

—¿Qué es manduca?

—¿Manduca? Pues comida para llenar la barriga. Chica, ya veo que no llevas tanto tiempo buscándote la vida como nosotros.

—¡Ah...! Ya entiendo, lo que queréis es que vaya a recoger lúpulo con vosotros, ¿no?

—Eso es, Ellen, ¿te apuntas o no?

—Muy bien —respondió sin dudarle Dorothy—. Iré.

Tomó aquella decisión sin desconfiar lo más mínimo. Ciertamente que, si hubiese tenido tiempo para considerar su situación, probablemente hubiese actuado de forma diferente; con toda probabilidad habría ido a una comisaría a pedir ayuda. Habría sido lo más sensato. Pero Nobby y los demás habían aparecido en el momento justo y se sentía tan indefensa que le pareció natural unir su destino al de las primeras personas que vio. Además, por alguna razón que no alcanzó a comprender, le inspiró confianza que fuesen a Kent. Le pareció un buen sitio adonde ir. Los otros no mostraron mayor curiosidad ni hicieron más preguntas.

—¡Estupendo! Esto es la repera... —se limitó a decir Nobby antes de coger con cuidado la media corona de sus manos y guardársela en el bolsillo..., por si la perdía, explicó.

—¡Vamos, moveos! Ya son las dos y media. No querréis perder ese —tranvía. ¿De dónde sale, Nobby? —dijo el joven moreno, que por lo visto se llamaba Charlie, con su voz hosca y desagradable.

—De Elephant —respondió Nobby—, y tenemos que cogerlo antes de las cuatro en punto, porque a partir de las cuatro ya no es gratis.

—Pues vamos, no perdamos más tiempo. Bonita jugarreta como nos toque ir andando a Bromley y buscar a oscuras un sitio donde dormir. ¡Venga, Flo!

—¡Paso ligero! —respondió Nobby, echándose el hato al hombro.

Empezaron a andar sin decir una palabra más. Dorothy todavía confusa, aunque sintiéndose mucho mejor que media hora antes, se situó al lado de Charlie y Flo, que se pusieron a hablar y no le prestaron más atención. Desde el primer momento la dejaron un poco de lado, encantados de compartir con ella la media corona, pero nada deseosos de trabar amistad. Nobby iba en cabeza, andando a buen paso a pesar de su carga y cantando, con una inspirada imitación de la música, la conocida marcha militar de cuya letra solo se han conservado estas palabras:

«¡——!» era lo único que sabía tocar la banda.

«¡——! ¡——!» ¡Y lo mismo te digo a ti!

II

Estaban a 29 de agosto. La noche que Dorothy se quedó dormida en el invernadero era la del 21; de manera que había habido un interludio en su vida de apenas ocho días.

Lo que le había sucedido era bastante normal..., casi todas las semanas uno lee en el periódico acerca de un caso parecido. Alguien desaparece de su casa, nadie sabe nada de él en días o semanas y luego aparece en una comisaría o un hospital, sin saber quién es o de dónde es. Por lo general es imposible saber cómo ha pasado el tiempo; probablemente habrá estado vagando en un estado hipnótico o sonámbulo en el que no obstante se las ha arreglado para pasar por normal. En el caso de Dorothy solo una cosa es cierta y es que le habían robado durante sus viajes, pues la ropa que llevaba no era suya y su cruz de oro había desaparecido.

En aquel momento, cuando Nobby se le acercó estaba empezando a recuperarse; y, si hubiese recibido los cuidados adecuados, es posible que hubiera recobrado la memoria a los pocos días e incluso horas. Cualquier pequeño detalle habría bastado: un encuentro fortuito con un amigo, una fotografía de su casa, unas cuantas preguntas bien planteadas. Pero el caso es que nadie le ofreció el leve estímulo que necesitaba. Siguió en aquel peculiar estado en que se había encontrado al principio: un estado en el que su inteligencia era potencialmente normal, pero no lo bastante para hacer el esfuerzo de averiguar su propia identidad.

Pues, por supuesto, una vez unió su suerte a la de Nobby y los otros dos, desapareció cualquier posibilidad de reflexión. No le quedó tiempo para sentarse a pensar, ni para plantearse el problema y razonar en busca de una solución. En el submundo sucio y extraño en que se hundió casi instantáneamente habrían sido imposibles incluso cinco minutos de reflexión. Los días transcurrieron en una incesante actividad comparable a la de una pesadilla. De hecho se parecía mucho a una pesadilla en la que no hubiera terrores acuciantes, sino solo hambre, miseria y fatiga, y una sucesión de frío y calor. Luego, al recordar aquella época, los días y las noches se mezclarían hasta tal punto que no podría recordar con certeza cuántos habían sido. Solo sabría que por un período indefinido había tenido ampollas en los pies y había padecido un hambre casi constante. El hambre y las ampollas de los pies serían sus recuerdos más claros de aquella época; y también el frío que pasaba por las noches, y esa peculiar sensación de desaliño y aturdimiento que produce la falta de sueño y la exposición constante al aire libre.

Al llegar a Bromley habían «llenado la barriga» en un horrible vertedero lleno de papeles y que apestaba a los deshechos de varios mataderos y pasado una noche gélida tapados con unos sacos y tumbados en la hierba mojada de un parque infantil. Por la mañana habían vuelto a ponerse en camino, esta vez a pie, hacia los campos de lúpulo. Ya entonces, Dorothy había descubierto que la historia que le había contado Nobby y su promesa de conseguirle un trabajo era totalmente falsa. Se lo había inventado, le confesó sin inmutarse, para animarla a acompañarles. Su única oportunidad de conseguir trabajo era seguir andando hasta los campos de lúpulo y preguntar en cada granja hasta dar con una donde necesitaran braceros.

Eran unos cincuenta kilómetros en línea recta, pero al cabo de tres días todavía no habían llegado a los campos. La necesidad de buscar comida, claro, ralentizó su marcha. Podrían haber recorrido esa distancia en dos días o incluso en uno si no hubiesen tenido que comer. El caso es que apenas tuvieron ocasión de pensar en si iban o no en dirección a los campos de lúpulo, pues la comida dictó todos sus movimientos. Apenas tardaron unas horas en gastarse la media corona de Dorothy y luego no les quedó otro remedio que mendigar. Pero ahí radicaba la dificultad. Una persona sola, o incluso dos, siempre pueden mendigar comida por los caminos, pero tratándose de cuatro la cosa es muy distinta. En esas circunstancias, la única manera de sobrevivir es buscar la comida con la misma insistencia y obstinación que un animal salvaje. Su única preocupación esos cuatro días fue la comida y las infinitas dificultades para conseguirla.

Mendigaban de la mañana a la noche. Recorrieron enormes distancias, zigzagueando por todo el condado, yendo de pueblo en pueblo y de casa en casa. Llamando a la puerta de todas las carnicerías y panaderías y todas las casas que parecían propicias, rondando esperanzados a los excursionistas que iban al campo de merienda, saludando con la mano —sin resultado— a los coches que pasaban y abordando a los ancianos de rostro benévolo para contarles su conmovedora historia. A menudo se desviaban siete u ocho kilómetros para conseguir un mendrugo de pan o unas tiras de beicon. Mendigaban todos; Dorothy igual que los demás, carecía de pasado y no tenía punto de comparación que le hiciera sentir vergüenza. Sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, la mitad de las veces no habrían llenado el estómago si no hubiesen robado. Al atardecer y de madrugada entraban en los huertos y los campos y robaban manzanas, ciruelas, peras, avellanas, frambuesas y sobre todo patatas; a Nobby le parecía un pecado pasar por un patatal sin llenar al menos los bolsillos. Nobby era quien más robaba, mientras los demás vigilaban. Era un ladrón muy osado; se jactaba de poder robar cualquier cosa que no estuviese atada, y si de vez en cuando no le hubiesen obligado a contenerse habrían acabado todos en la cárcel. Una vez incluso le echó mano a un ganso, pero el animal organizó tal revuelo que Charlie y Dorothy tuvieron

que llevarse a Nobby justo cuando el dueño salía a ver lo que pasaba.

Los primeros días anduvieron entre veinticinco y treinta kilómetros. Atravesaban prados comunales y pueblos olvidados de nombres increíbles, y se extraviaban por senderos que no llevaban a ninguna parte, se tendían exhaustos en zanjás que olían a hinojo y tanaceto, se colaban en los bosques de las fincas y hurgaban en los sotos en busca de agua y leña, y cocinaban extrañas y raquílicas comidas en las dos latas de tabaco que usaban como cacerolas. A veces, cuando estaban de enhorabuena, preparaban excelentes estofados de beicon mendigado y coliflores robadas, en otras ocasiones se atracaban de patatas insípidas asadas en las brasas, o comían mermelada hecha con frambuesas robadas que hervían en una de las latas de tabaco y devoraban cuando todavía estaban calientes. Lo único que no les faltaba nunca era el té. Incluso cuando no tenían comida, les quedaba el té, caliente, fuerte y reconfortante. El té es lo más fácil de mendigar. «Perdón, señora, ¿no podría darme una pizca de té?» es una súplica que pocas veces falla, ni siquiera con las amas de casa endurecidas de Kent.

Los días eran abrasadores, los blancos caminos reverberaban por el calor y los coches les cubrían de polvo al pasar. A menudo familias de recolectores de lúpulo pasaban dando gritos en camiones cargados de muebles, niños, perros y jaulas de pájaros. Las noches siempre eran frías. En Inglaterra apenas hay una noche en la que haga calor después de medianoche. Lo único que tenían para cubrirse eran dos sacos enormes. Charlie y Flo usaban uno, Dorothy el otro y Nobby dormía en el suelo. La incomodidad era casi tan mala como el frío. Si se tumbaban de espaldas, la cabeza, sin almohada, se echaba hacia atrás y el cuello daba la impresión de estar a punto de romperse; si se tumbaban de lado, la cadera se clavaba en el suelo y era un auténtico tormento. Incluso cuando, de madrugada, conseguían quedarse dormidos entre sobresaltos, el frío invadía hasta el más profundo de sus sueños. Nobby era el único verdaderamente capaz de resistirlo. Podía dormir tan plácidamente entre la hierba mojada como en una cama, y su rostro tosco y simiesco, con una docena de pelos dorados y rojizos que parecían hilos de cobre en la barbilla, nunca perdía su color cálido y sonrosado. Era uno de esos tipos pelirrojos que parecen brillar con una luz interior que no solo les calienta a ellos sino a quienes les rodean.

Dorothy daba por descontada aquella vida extraña e incómoda y solo era vagamente consciente de que a sus espaldas había otra que no recordaba y que había sido distinta de esta. Pasados un par de días dejaron de sorprenderla tantos apuros. Lo aceptó todo, la suciedad, el hambre, el cansancio, el continuo ir de aquí para allá, los días calurosos y polvorientos y las gélidas noches sin dormir. En cualquier caso estaba demasiado cansada para pensar. La tarde del segundo día acabaron todos exhaustos excepto Nobby, que era infatigable. Ni siquiera parecía molestarle que, poco después de ponerse en

camino, un clavo le hubiese atravesado la suela de la bota. Había ratos en que Dorothy tenía la impresión de andar como una sonámbula durante horas. Y encima ahora tenía que transportar peso, pues como los dos hombres iban cargados ya con sus hatos y Flo se negaba tajantemente a llevar nada, Dorothy se ofreció a llevar el saco con las patatas robadas. Por lo general, tenían una reserva de cinco kilos de patatas. Dorothy se echaba el saco a la espalda igual que hacían Nobby y Charlie con los hatos, pero la cuerda le cortaba como una sierra y el saco le golpeaba la cadera y le rozaba tanto que acabó haciéndole sangre. Sus delicados zapatos se habían hecho pedazos nada más ponerse en camino. Al segundo día se le soltó el tacón derecho y tuvo que ir cojeando, pero Nobby, experto en esos asuntos, le recomendó arrancar el tacón del otro zapato y andar a pie plano. El resultado fue que, cuando iban cuesta arriba, le dolían las pantorrillas y tenía la sensación de que le golpearan las plantas de los pies con una barra de hierro.

Pero lo de Charlie y Flo era mucho peor. No estaban tan agotados como ella pero les sorprendían y escandalizaban las distancias que tenían que recorrer. Hasta entonces no habían pensado que se pudieran recorrer treinta kilómetros al día. Ambos eran cockneys de pura cepa y, aunque habían vivido varios meses en la miseria en Londres, ninguno había estado por los caminos. Hasta hacía poco Charlie había tenido un buen empleo y Flo también había tenido una buena casa hasta que la sedujeron y echaron a la calle. Se habían encontrado con Nobby en Trafalgar Square y habían accedido a ir a recoger lúpulo con él, pensando que sería pan comido. Y, por supuesto, como llevaban poco tiempo buscándose la vida, miraban a Nobby y a Dorothy por encima del hombro. Apreciaban la experiencia del primero y su valor para robar, pero lo consideraban inferior a ellos. En cuanto a Dorothy, apenas se dignaron mirarla una vez gastaron su media corona.

A partir del segundo día empezaron a desanimarse. Se quedaban atrás, rezongaban todo el rato y pedían más comida de la que les correspondía. Al tercer día se hizo casi imposible obligarles a seguir. Estaban deseando volver a Londres y había dejado de importarles llegar o no a los campos de lúpulo; lo único que querían era tumbarse a descansar cómodamente y comerse la poca comida que quedaba. Después de cada parada se producía siempre la misma tediosa discusión para convencerlos de que volviesen a ponerse en camino:

—¡Vamos, muchachos! —decía Nobby—. Recoge los bártulos, Charlie. ¡Hora de seguir!

—¡Bah..., seguir! —respondía malhumorado Charlie.

—No querrás quedarte a dormir aquí, ¿verdad? Quedamos en que hoy llegaríamos a Sevenoaks.

—¿Qué más da ir a Sevenoaks o a cualquier otro condenado lugar? Me

importa un bledo.

—¡Pero qué...! ¿Quieres conseguir trabajo o no? Pues para buscarlo tenemos que llegar a las granjas.

—¡Bah..., qué granjas ni qué...! ¡Ojalá nunca hubiera oído hablar del — lúpulo! A mí no me educaron para ir de sitio en sitio como tú. Estoy hartos, sí señor, hartos.

—Si esto es recoger lúpulo —añadía Flo—. Yo ya estoy hasta el moño.

Nobby le contó en confianza a Dorothy que Flo y Charlie probablemente se largarían en cuanto tuviesen una oportunidad de volver a Londres. En cambio a él nada le desanimaba ni ponía de mal humor, ni siquiera lo del clavo en la bota que le dejó el sucio calcetín empapado de sangre. Al tercer día, el clavo había perforado un agujero en la suela y Nobby tenía que pararse cada medio kilómetro a darle con una piedra.

—Perdona, chica —decía—, tengo que ocuparme otra vez de esta condenada pata mía. Ese clavo es la repera. —Buscaba un canto rodado, se sentaba al borde del camino y lo golpeaba cuidadosamente—. ¡Arreglado! —decía con optimismo, tanteándolo con el dedo—. El muy — ya está en su tumba.

No obstante su epitafio debía ser «Resucitaré», pues al cabo de un cuarto de hora, el clavo volvía a asomar inevitablemente.

Como era de esperar, Nobby había tratado de seducir a Dorothy, pero cuando ella le rechazó no le guardó rencor. Tenía ese temperamento que le impide a uno tomarse los reveses demasiado en serio. Siempre estaba de buen humor y se pasaba el día cantando con vigorosa voz de barítono —sus tres canciones favoritas eran «Sonny Boy», «Navidad en el hospicio» (con la melodía de «El principal pilar de la Iglesia») y «¡——!», era lo único que sabía tocar la banda», al son de una animada música militar—. Tenía veintiséis años, era viudo y había sido sucesivamente vendedor de periódicos, ratero, pupilo del reformatorio de Borstal, soldado, ladrón y vagabundo. No obstante, uno tenía que juntar todos aquellos datos por sí mismo, pues él era incapaz de contarlos de manera consecutiva. Su conversación estaba tachonada de recuerdos casuales y pintorescos, como los seis meses que había servido en un regimiento de intendencia antes de que lo licenciaran por herirse en un ojo, las repugnantes gachas que les daban en Holloway, su infancia en los suburbios de Deptford, la muerte de su mujer al dar a luz a los dieciocho años, cuando él tenía veinte, la horrible flexibilidad de las varas de Borstal o el sordo estallido de la nitroglicerina al volar la puerta de la caja fuerte de la fábrica de botas y zapatos Woodward, donde Nobby había conseguido ciento veinticinco libras que se había gastado en seis semanas.

El tercer día por la tarde llegaron al límite de la región del lúpulo y empezaron a encontrar gente desanimada, sobre todo vagabundos, que regresaban a Londres con la noticia de que no había nada que hacer, la cosecha había sido mala y los precios bajos, y los gitanos y los braceros alojados se habían quedado con todo el trabajo. Al oírlos Charlie y Flo abandonaron toda esperanza, pero con una mezcla de persuasión y amenazas Nobby se las arregló para hacerles seguir unos kilómetros. En un pueblecito llamado Wale toparon con una anciana irlandesa, una tal señora McElligot, que acababa de encontrar trabajo en un campo de lúpulo cercano y le cambiaron unas cuantas manzanas robadas por un trozo de carne que le habían dado esa mañana. Les proporcionó además útiles consejos sobre la recolección del lúpulo y sobre las granjas en las que valía la pena probar suerte. Estaban descansando en el prado del pueblo delante de una tienda de ultramarinos que tenía unos periódicos colgados en la puerta.

—Lo mejor es que lo intentéis en la granja de Chalmers —les recomendó la señora McElligot en su tosco acento dublinés—. Está a unos siete kilómetros de aquí. He oído decir que le faltan todavía una docena de braceros. Si os dais prisa, yo creo que encontraréis trabajo.

—¡Siete kilómetros! ¡Demonios! ¿No hay ninguna más cerca? —gruñó Charlie.

—Bueno, también tenéis la de Norman. Es donde encontré trabajo yo. Mañana mismo empiezo. Pero no vale la pena ni que lo intentéis. No contrata a nadie si no son alojados, y dicen que va a dejar la mitad de la cosecha sin recoger.

—¿Qué es eso de alojados? —preguntó Nobby.

—Pues que tienen casa propia. Si no vives en la zona, el granjero tiene que proporcionarte un cobertizo donde dormir. Es lo que dice la ley. Antes, cuando veníamos a recoger lúpulo, dormíamos en un establo y nadie decía nada. Pero luego esos entrometidos del gobierno laborista sacaron una ley que dice que no se puede contratar a ningún bracero si el granjero no tiene donde alojarlos. Por eso Norman solo contrata a quien tiene casa propia.

—Pero tú no tienes casa, ¿no?

—¡Qué más quisiera yo! Pero Norman cree que la tengo. Le conté que estoy en una casa aquí cerca. Entre nosotros, estoy durmiendo en un establo. No está tan mal, aunque apesta a estiércol, pero hay que levantarse a las cinco de la mañana para que no te pesquen los de la vaquería.

—No tenemos experiencia en recolectar lúpulo —dijo Nobby—. No lo reconocería ni aunque lo tuviera delante. Pero será mejor decir que somos perros viejos en el oficio, ¿no?

—¡Qué va! Para esto del lúpulo no hace falta experiencia. Lo arrancas, lo echas al cesto y ya está...

Dorothy estaba adormilada. Oía a los demás hablar sin muchas ganas, primero sobre la recolección del lúpulo y luego de una historia que había en los periódicos acerca de una chica que había desaparecido de su casa. Charlie y Flo habían leído los titulares en la tienda que había enfrente y eso los había animado un poco porque les había recordado Londres y sus placeres. Se referían a la joven desaparecida, en cuyo destino parecían tan interesados, llamándola «la hija del rector».

—¿Has leído eso, Flo? —preguntó Charlie leyendo con fruición el titular: «La vida amorosa secreta de la hija del rector. Sorprendentes revelaciones». ¡Uf! ¡Quién tuviera un penique para poder leerlo!

—¿Eh? ¿Qué historia es esa?

—¿Cómo? ¿Es que no lo has leído? Está en todos los periódicos. Que si la hija del rector esto, que si la hija del rector aquello..., y han hecho algunas insinuaciones muy picantes.

—Pues vaya con la hija del rector —dijo tumbado de espaldas con aire pensativo—. ¡Quién la tuviera aquí ahora! Le enseñaría un par de cosas, vaya que sí.

—Es una chica que se fugó de su casa —le interrumpió la señora McElligot—. Estaba liada con un hombre veinte años mayor y ahora ha desaparecido y la están buscando por todas partes.

—Se largó en mitad de la noche en un automóvil vestida solo con un camisón —dijo Charlie en tono de admiración—. A la vista de todo el pueblo.

—Las malas lenguas dicen que se la llevó al extranjero y la vendió a uno de esos burdeles de París —añadió la señora McElligot.

—¡Solo con un camisón! ¡Menuda furcia debe de estar hecha!

La conversación podía haber seguido hasta entrar en más detalles, pero en ese momento Dorothy les interrumpió. Lo que decían había despertado en ella una vaga curiosidad. Cayó en que no entendía el significado de la palabra «rector».

—¿Qué es un rector? —le preguntó a Nobby.

—¿Un rector? Pues una especie de cura. Uno de esos tipos que sermonean y cantan himnos en la iglesia. Ayer nos cruzamos con uno que iba en una bicicleta verde y llevaba el alzacuellos del revés. Un pastor..., un clérigo, ¿entiendes?

—¡Ah!, sí, creo que sí.

—¡Curas!, anda, que menudos pájaros son algunos... —dijo la señora McElligot en tono evocador.

A Dorothy aquello no le despejó mucho las dudas. Lo que le había explicado Nobby le había aclarado algo, pero no mucho. Todo lo relacionado con la Iglesia y los clérigos había quedado extrañamente vago y borroso en su imaginación. Era una de las lagunas —había varias parecidas— que le quedaban en el conocimiento misterioso con que había regresado del pasado.

Esa fue la tercera noche que durmieron al raso. Cuando oscureció se colaron, como de costumbre, en un bosquecillo y poco después de medianoche se puso a llover a cántaros. Pasaron una hora yendo de aquí para allá en la oscuridad, tratando de encontrar dónde refugiarse, y por fin dieron con un pajar y se pusieron a resguardo hasta que despuntó el día. Flo se pasó la noche lloriqueando de un modo insoportable y por la mañana estaba al borde del colapso. Su rostro grueso y estúpido, surcado de lágrimas y gotas de lluvia parecía una vejiga llena de manteca, si es posible imaginar una vejiga llena de manteca distorsionada por la autocompasión. Nobby escarbó debajo de un seto en busca de una brazada de ramas que estuviesen más o menos secas, y luego se las arregló para encender un fuego y preparar un poco de té, como de costumbre. Muy malo tenía que ser el tiempo para que Nobby no pudiese preparar una taza de té. Llevaba, entre otras cosas, un trozo de neumático viejo, que ardía cuando la madera estaba húmeda, e incluso dominaba el arte, conocido solo por unos pocos entendidos entre los vagabundos, de hervir agua utilizando una vela.

Todos tenían los brazos y las piernas entumecidos después de una noche tan horrible, y Flo afirmó que era incapaz de dar un paso más. Charlie la apoyó. Así que, en vista de que los otros dos se negaban a seguir, Dorothy y Nobby fueron a la granja de Chalmers tras concertar una cita para volver a verse después de haber probado suerte. Llegaron a la granja después de recorrer siete kilómetros, encontraron el camino entre los huertos hasta los campos de lúpulo, y allí les dijeron que el capataz «llegaría enseguida». Así que esperaron cuatro horas junto a la plantación con el sol secándoles la ropa y viendo trabajar a los braceros. Era una escena relajante y cautivadora. Los tallos del lúpulo, una planta trepadora muy alta, parecida a una enorme mata de judías verdes, crecían en verdes corredores, con el lúpulo colgando de ellos como uvas gigantes. Cuando el viento los agitaba desprendían un aroma fresco y amargo a sulfuro y cerveza fría. En cada hilera de plantas una familia de braceros tostados por el sol metían el lúpulo en cestas y cantaban mientras trabajaban; luego sonó una bocina y todos corrieron a preparar un poco de té en hogueras chisporroteantes encendidas con ramas de lúpulo. Dorothy les envidió. ¡Qué felices parecían, sentados en torno al fuego con los botes llenos de té y sus mendrugos de pan con tocino, entre el aroma del lúpulo y el humo!

Le apetecía muchísimo conseguir aquel trabajo..., no obstante, de momento no había nada que hacer. A eso de la una llegó el capataz y les dijo que no tenía trabajo para ellos, así que volvieron a desandar el camino, no sin antes vengarse del granjero robándole una docena de manzanas.

Cuando llegaron al lugar de la cita, Charlie y Flo habían desaparecido. Por supuesto, les buscaron, pero, también por supuesto, sabían lo que había pasado. Estaba clarísimo. Flo habría coqueteado con algún camionero que los habría llevado a Londres a cambio de algún achuchón. Y lo peor era que se habían llevado los dos hatos y habían dejado a Nobby y a Dorothy sin comida, no les quedaba ni un mendrugo de pan, ni una patata, ni una pizca de té, ni nada con lo que abrigarse por las noches, ni siquiera una lata de tabaco donde cocinar lo que pudieran mendigar o robar..., nada, en realidad, aparte de la ropa que llevaban puesta.

Las siguientes treinta y seis horas fueron muy, muy malas... ¡Hambrientos y agotados se morían de ganas de encontrar un trabajo! Pero las posibilidades de conseguirlo parecieron reducirse cada vez más a medida que se internaron en los campos de lúpulo. Se dedicaron a ir interminablemente de granja en granja y consiguieron siempre la misma respuesta: no se necesitaban braceros. Y tan azacaneados estaban yendo y viniendo que no tuvieron tiempo ni de mendigar, por lo que no pudieron comer nada más que manzanas y ciruelas robadas que atormentaron sus estómagos con sus ácidos y encima les dejaron muertos de hambre. Esa noche no llovió, pero hizo mucho más frío que la anterior. Dorothy ni siquiera trató de dormir, sino que pasó la noche acurrucada junto al fuego avivándolo de vez en cuando. Estaban ocultos en un bosque de hayas, debajo de un viejo árbol achaparrado que les protegía del viento, pero también les empapaba de vez en cuando de rocío helado. Nobby, tumbado de espaldas, con la boca abierta y la mejilla iluminada por la débil luz del fuego, durmió tan plácidamente como un bebé. Toda la noche se agitó en la imaginación de Dorothy una vaga serie de preguntas, fruto de la falta de sueño y las insoportables comodidades. ¿Era aquella la vida para la que la habían educado...? ¿Para pasarse los días yendo de aquí para allá con el estómago vacío y las noches tiritando debajo de árboles goteantes? ¿Habría sido así también en aquel borroso pasado? ¿De dónde era? ¿Quién era? No consiguió encontrar respuesta y por la mañana volvieron a ponerse en camino. Al caer la tarde habían probado suerte en once granjas en total y a Dorothy empezaban a fallarle las piernas, estaba tan mareada por el cansancio que le costaba andar en línea recta.

Pero a última hora de la tarde, cuando menos lo esperaban, su suerte cambió. Preguntaron en una granja llamada Cairns, en el pueblo de Clintock, y los contrataron sin hacer preguntas. El capataz les miró de arriba abajo y dijo sin más:

—Muy bien, creo que serviréis. Empezaréis por la mañana; cesto número siete, grupo diecinueve.

No se molestó ni en preguntar sus nombres. Por lo visto, recoger lúpulo no requería ni experiencia ni personalidad.

Se dirigieron al prado donde se encontraba el campamento de los braceros. En un estado de semiinconsciencia, entre el cansancio y la alegría de haber encontrado por fin trabajo, Dorothy se vio andando por un laberinto de barracones de techo de lata y carromatos de gitanos en cuyas ventanas colgaban prendas de colores vivos. Grupos de chiquillos correteaban por los verdes pasillos entre los barracones, y gente harapienta y de aspecto agradable cocinaba junto a innumerables fuegos hechos con ramitas. Al final del campamento había unos barracones de planta circular mucho peores que los otros, destinados a los braceros que no estaban casados. Un viejo que estaba asando queso en el fuego le indicó a Dorothy cómo llegar a un barracón de mujeres.

Dorothy abrió la puerta. Tendría unos cuatro metros de ancho, las ventanas no tenían cristales y las habían tapado con tablones, y no había ningún mueble. Lo único que parecía contener era una enorme pila de paja que llegaba hasta el techo, en realidad estaba casi lleno de paja. Dorothy todavía tenía los ojos pegados de sueño y aquella paja le pareció paradisiácamente cómoda. Empezó a empujarla y oyó un grito debajo.

—¡Eh! ¿Qué haces? ¡Quita de ahí! ¿Quién te ha dicho que me pises la barriga, idiota?

Por lo visto había gente entre la paja. Dorothy se abrió paso con más cuidado, tropezó con algo, se hundió en la paja y casi en el acto empezó a quedarse dormida. Una mujer de pinta algo tosca y a medio vestir, surgió como una sirena del mar de paja.

—Caramba, chica —dijo—, no puedes con tu alma, ¿eh?

—No, estoy cansada..., muy cansada.

—Pues sin manta te vas a helar. ¿No has traído una? Espera un momento. Tengo un saco.

Se sumergió en la paja y volvió a salir con un saco de lúpulo de unos dos metros de longitud. Dorothy se había quedado dormida, pero se despertó y se metió como pudo en el saco, que era tan largo que le tapaba hasta la cabeza, y luego se retorció y se hundió profundamente en un nido de paja mucho más seca y caliente de lo que habría creído posible. La paja le hacía cosquillas en la nariz, se le metió por el pelo y le picaba incluso a través del saco, pero en ese momento ni el lecho de plumón de cisne de Cleopatra ni la cama flotante de

Harún al Rashid la habrían acariciado de manera más voluptuosa.

III

Es curioso lo rápido que se acostumbra uno a la rutina de recoger lúpulo una vez ha conseguido el trabajo. En menos de una semana te conviertes en un bracero experto y tienes la sensación de llevar recogiendo lúpulo toda la vida.

El trabajo no podía ser más fácil. Físicamente, no hay duda de que era agotador: había que estar de pie diez o doce horas al día, y a las seis de la tarde uno estaba muerto de sueño, pero no requería ninguna habilidad especial. La tercera parte de los braceros del campamento eran nuevos en el oficio igual que Dorothy. Algunos habían ido allí desde Londres sin tener la menor idea de cómo era el lúpulo, ni de cómo se recolectaba ni por qué. Se decía que el primer día un hombre había preguntado «¿Dónde están las palas?», convencido de que el lúpulo estaba enterrado en el suelo.

A excepción de los domingos, todos los días se parecían. A las cinco y media, al oír los golpes en la pared del barracón, salías del rincón donde te habías acostado y empezabas a buscar los zapatos entre las maldiciones soñolientas de las mujeres (había seis o siete, o tal vez incluso ocho), enterradas en la paja aquí y allá. Si cometías la imprudencia de quitarte alguna prenda, indefectiblemente se perdía en aquella montaña de paja. Cogías un puñado de paja, otro de tallos de lúpulo secos y unas ramitas de la pila que había fuera y encendías una hoguera para preparar el desayuno. Dorothy siempre cocinaba el de Nobby además del suyo, y daba unos golpecitos en su barracón cuando lo tenía listo, pues a ella le costaba menos madrugar que a él. Esas mañanas de septiembre eran muy frías. Por el este, el cielo iba tiñéndose de negro a cobalto y la hierba tenía un tono blanco plateado por el rocío. El desayuno siempre era el mismo: beicon, té y pan frito en la grasa del beicon. Mientras lo comías, cocinabas otra ración para almorzar y luego, tartera en mano, ibas a los campos, era un paseo de dos kilómetros en el amanecer azul y ventoso, y la nariz goteaba tanto con el frío que de vez en cuando había que pararse a secarla con el delantal de tela de saco.

El lúpulo estaba dividido en plantaciones de cerca de media hectárea y cada grupo —unos cuarenta braceros, al mando de un capataz que a menudo era gitano— recogía una plantación. Los vástagos tenían cuatro metros o más, estaban sujetos con hilos y colgaban de alambres horizontales en hileras con un metro o dos de separación; en cada hilera había una saca de tela parecida a una enorme hamaca que colgara de una pesada estructura de madera. Nada más llegar, ponías la saca en su sitio, cortabas los hilos de los dos tallos más próximos y tirabas de ellos —enormes ramas cubiertas de follaje, como las trenzas de Rapunzel, te caían encima empapándote de rocío—, las ponías sobre la saca y luego, empezando por el extremo más grueso, empezabas a

arrancar los gruesos conos de lúpulo. A esa hora de la mañana solo se podía recolectar despacio y con torpeza. Las manos todavía estaban rígidas, la frialdad del rocío las entumecía y el lúpulo estaba húmedo y resbaladizo. Lo más difícil era arrancar el lúpulo sin llevarse también las hojas y los tallos, pues el medidor podía rechazarlo si tenía demasiadas hojas.

Los tallos estaban cubiertos de minúsculas espinas que al cabo de dos o tres días acababan destrozándote las manos. Por la mañana era una tortura empezar a recolectar cuando los dedos estaban demasiado entumecidos para doblarlos y sangraban por una docena de sitios, pero el dolor cedía cuando los cortes volvían a abrirse y manaba la sangre. Si el lúpulo era bueno y lo recogías bien, podías recolectar un tallo en diez minutos, y los mejores tallos tenían casi media fanega de lúpulo. No obstante, el lúpulo variaba mucho de una plantación a otra. En algunas era grande como una nuez y colgaba en grandes conos sin hojas que se podían arrancar de un tirón; en otras era minúsculo y poco mayor que un guisante y crecía tan disperso que había que recoger los conos uno por uno. Algunos eran tan malos que no se podía recolectar ni media fanega en una hora.

A primera hora de la mañana, antes de que el lúpulo estuviera lo bastante seco para manejarlo, era una labor lenta. Pero luego salía el sol y empezaba a emanar de las plantas aquel agradable aroma amargo, y la pereza matutina abandonaba a la gente que empezaba a trabajar más deprisa. De las ocho al mediodía no hacías más que recoger, recoger y recoger, presa de una especie de ansiedad apasionada, que crecía a medida que transcurría la mañana, por limpiar los tallos y adelantar un poco la saca en la hilera. Al empezar una plantación todas las sacas estaban a la par, pero poco a poco los mejores recolectores se iban adelantando y algunos acababan su hilera cuando los demás iban solo por la mitad; en ese caso podían volver, terminar la hilera por ti, y hacer lo que llamaban «robarle a uno el lúpulo». Dorothy y Nobby casi siempre acababan los últimos pues eran solo dos y en casi todas las demás sacas eran cuatro. Además, Nobby, con sus manazas callosas, era un bracero bastante torpe; por lo general, a las mujeres se les daba mejor que a los hombres.

Entre las sacas que había a ambos lados de Dorothy y Nobby —la seis y la ocho— había siempre una reñida competencia. La número seis era una familia de gitanos: el padre, que tenía el pelo rizado y un aro en la oreja; la madre, una anciana reseca con la piel curtida como el cuero; y dos hijos fornidos. La número ocho era una vieja vendedora ambulante del este de Londres que llevaba un sombrero de ala ancha y un largo abrigo negro y tomaba rapé de una caja de papier mâché con un barco de vapor pintado en la tapa. Siempre contaba con la ayuda de hijas y nietas que llegaban de Londres por turnos para pasar un par de días. También había un enjambre de chiquillos que trabajaban

con el grupo, iban con cestas detrás de las sacas y recogían el lúpulo que caía al suelo mientras los adultos recolectaban. Rose, la minúscula y pálida nieta de la vendedora ambulante, y una niña gitana, morena como una india, se pasaban el día escabulléndose para robar frambuesas y fabricar columpios con los tallos del lúpulo, por lo que el constante canturreo en torno a las sacas se veía interrumpido por los chillidos de la mujer que decía:

—¡Vamos, Rose, perezosa! ¡Recoge los conos! ¡Te voy a calentar el trasero...!

Más de la mitad de los braceros del grupo eran gitanos —debía de haber al menos doscientos en el campamento—. Los otros los llamaban «didecais». No eran mala gente, sino muy amistosos y zalameros, sobre todo cuando querían conseguir alguna cosa, no obstante eran astutos, con esa astucia impenetrable de los salvajes. En sus rostros burdos y orientales había una mirada como la de una fiera adormilada, una mirada estulta que coexistía con una indomable marrullería. Su conversación consistía en media docena de observaciones que repetían una y otra vez sin cansarse. Los dos jóvenes gitanos de la saca número seis preguntaban el mismo acertijo a Nobby y Dorothy una docena de veces al día:

—¿A que no sabéis qué es lo que no podría hacer ni el hombre más inteligente de Inglaterra?

—No sé. ¿Qué?

—Rascarle el — a un mosquito con un poste de telégrafos.

Y a eso seguía siempre una sonora carcajada. Todos eran terriblemente ignorantes, se enorgullecían de no saber leer. El padre, que de algún modo había llegado a la conclusión de que Dorothy era «instruida» le preguntó un día totalmente en serio si se podía ir en carromato a Nueva York.

A las doce en punto, un toque de sirena procedente de la granja advertía a los braceros de que podían descansar una hora, y eso era poco antes de que el medidor pasara a por el lúpulo. Al grito del capataz de «¡Número diecinueve, lúpulo listo!», todos corrían a recoger el lúpulo caído, a terminar los tallos que habían quedado sin recoger aquí y allá y a quitar las hojas de la saca. Era todo un arte. No convenía recoger los conos demasiado «limpios» porque las hojas ayudaban a llenar la saca. Los más avezados, como los gitanos, eran expertos en calcular lo «sucios» que podían estar los conos.

El medidor pasaba con una cesta de mimbre en la que cabía media fanega, acompañado de un empleado que iba apuntando en un libro lo que había en cada saca. Estos empleados eran oficinistas, escribanos y contables que cogían aquel trabajo para ganar un sobresueldo en vacaciones. El medidor iba sacando el lúpulo de las sacas e iba contando «¡Una, dos, tres, cuatro!» y los

braceros apuntaban el número en sus libretas. Por cada media fanega recogida cobraban dos peniques, y como es natural se producían interminables quejas y discusiones sobre el modo de calcularlo. El lúpulo es blando y media fanega se puede aplastar para que quepa en un celemín, por lo que, cada vez que sacaban una cesta, un bracero se agachaba para removerlo en la saca a fin de que estuviera más suelto, y el medidor a su vez cogía la saca por los bordes y la sacudía para apelmazarlo. Algunas mañanas recibía órdenes de «apurar con el peso» y se las arreglaba para sacar una fanega en cada cesta, lo que causaba airados gritos de «¡Mira cómo lo aprieta el muy —!» o «Ya puestos, ¿por qué no lo aplastas con el pie?» y otros por el estilo, y los más viejos en el oficio contaban con aire sombrío que habían conocido a algunos medidores que habían acabado en la charca de las vacas el último día de la recolección. De las sacas, los conos pasaban a unos sacos en los que teóricamente cabía un quintal, aunque cuando el medidor había «apurado con el peso», hacían falta dos hombres para levantarlos.

Disponían de una hora para almorzar y encendían fuegos con vástagos de lúpulo —estaba prohibido, pero todos lo hacían— y calentaban el té y los bocadillos de beicon. Después del almuerzo empezaban a recoger otra vez hasta las cinco o las seis de la tarde, cuando el medidor volvía a pasar a recoger el lúpulo, tras lo cual ya podían volver al campamento.

Dorothy recordaría siempre las tardes de aquella época pasada en los campos de lúpulo. Aquellas horas largas y laboriosas trabajando a pleno sol, entre el canturreo de cuarenta voces y el aroma del lúpulo y la leña tenían una peculiaridad que las hicieron inolvidables. A medida que avanzaba la tarde uno se sentía tan cansado que apenas se tenía en pie, los diminutos pulgones verdes del lúpulo se te metían en el pelo y en las orejas, y las manos, debido al zumo sulfuroso, acababan como las de un negro, menos por donde sangraban. Y sin embargo uno sentía una felicidad irracional. El trabajo te absorbía y te dejabas arrastrar por él. Era un trabajo estúpido, mecánico, agotador y cada día más doloroso para las manos, pero no te aburrías nunca, cuando hacía buen tiempo y los conos eran buenos, uno tenía la sensación de poder seguir recogiendo lúpulo eternamente. Pasar allí una hora tras otra, arrancando los pesados racimos y viendo cómo subía cada vez más la pila de color verde pálido en la saca, proporcionaba una especie de deleite físico, una cálida satisfacción, cada media fanega eran dos peniques más que iban a parar a tu bolsillo. El sol te iba tostando la piel y el aroma amargo como el viento de un océano de cerveza fría entraba en tu nariz y te refrescaba. Cuando brillaba el sol todos cantaban, las plantaciones resonaban con las canciones de labor. Por alguna razón aquel otoño eran todas tristes y trataban de amores despechados y fidelidad no correspondida, como versiones arrabaleras de Carmen y Manon Lescaut. Había una que decía así:

¡Ahí van tan contentos,
feliz ella..., feliz él...!
¡Y yo aquí,
con el corazón destrozado!

Y otra:

¡Pero bailo con lágrimas en los ojos
porque no eres tú la chica que tengo en mis brazos!

Y:

¡Las campanas suenan por Sally,
pero no por Sally y por mí!

La gitanilla se pasaba el día cantando:

¡Qué desdichados somos, qué desdichados somos,
en la granja desdichada!

Y aunque todos le decían que el nombre era «granja de la desdicha» ella se empeñaba en llamarla «granja desdichada». La anciana vendedora ambulante y su nieta Rose tenían una canción para recolectar lúpulo que decía:

¡Condenado lúpulo!
¡Condenado lúpulo!
Cuando venga el medidor,
¡recógelo, recógelo del suelo!
Cuando viene a medir,
no sabe parar;
¡Sí, sí, métete en la saca
y llévate todo!

«Ahí van tan contentos» y «Las campanas suenan por Sally» eran las favoritas. Los braceros no se cansaban de cantarlas; debieron de cantarlas varios cientos de veces antes de que acabara la temporada. La melodía de aquellas dos canciones resonando entre las hileras de plantas formaba tanta parte del ambiente de los campos de trigo como el aroma amargo y el sol ardiente.

Cuando volvían al campamento a eso de las seis y media, se agachaban junto al arroyo que corría por detrás de los barracones y se lavaban la cara,

probablemente por primera vez en el día. Tardaban casi veinte minutos en quitarse de las manos aquella suciedad negra como el carbón. El agua y el jabón no le hacían mella, solo había dos cosas que la quitaran: una era el lodo y la otra, curiosamente, el zumo de lúpulo. Luego preparaban la cena, que por lo general consistía otra vez en té con beicon, a no ser que Nobby hubiese ido al pueblo y comprado un par de filetes de dos peniques en la carnicería. Nobby era el encargado de hacer la compra. Era de los que saben cómo sacarle cuatro peniques de carne al carnicero a cambio de dos y además era un experto en hacer pequeñas economías. Por ejemplo siempre compraba hogazas de pan de pueblo porque decía que al cortarlas en dos parecían dos barras.

Incluso antes de cenar se caían de sueño, pero las enormes fogatas que encendía la gente entre los barracones eran demasiado agradables para marcharse. La granja proporcionaba dos haces de leña al día por barracón, pero los braceros recogían toda la que les hacía falta y también grandes tocones de raíz de olmo que ardían hasta la mañana siguiente. Había noches en que las hogueras eran tan grandes que veinte personas podían sentarse cómodamente en torno a ellas, y se quedaban hasta las tantas cantando, contando historias y asando manzanas robadas. Parejas de chicos y chicas se perdían en los oscuros callejones; los más atrevidos, como Nobby, cogían un saco y se iban a robar en los huertos cercanos; los niños jugaban al escondite en la oscuridad y perseguían a los chotacabras que rondaban el campamento y que, en su supina ignorancia cockney, tomaban por faisanes. Los sábados por la noche, cincuenta o sesenta braceros se emborrachaban en la taberna y luego recorrían las calles del pueblo entonando canciones obscenas con gran escándalo de los vecinos, para quienes la temporada del lúpulo debía de ser como las incursiones anuales de los godos para los provincianos de la Galia romana.

Cuando por fin reunían fuerzas para ir a su rincón en la paja no les parecía ni la mitad de cálido ni confortable. Después de aquella primera noche tan dichosa, Dorothy descubrió que la paja es incomodísima para dormir. No solo pica, sino que, a diferencia del heno, deja pasar el aire por todas partes. No obstante, había sacos de lúpulo de sobra para robar y, con cuatro de ellos metidos uno dentro del otro, se las ingenió para fabricar una especie de capullo con el que mantenerse lo bastante caliente para dormir al menos cinco horas cada noche.

IV

Con lo que ganaban recogiendo lúpulo, les alcanzaba para sobrevivir, pero no más.

Cairns pagaba dos peniques la media fanega y, si el lúpulo era bueno, un bracero experimentado podía recoger fanega y media en una hora, por lo que,

en teoría, habría sido posible ganar treinta chelines en una semana de treinta horas. En realidad, nadie en el campamento se acercaba siquiera a esa cifra. Los mejores braceros ganaban trece o catorce chelines a la semana y los peores ni siquiera llegaban a los seis. Trabajando juntos y repartiéndose lo que ganaban, Dorothy y Nobby sacaban unos diez chelines por semana cada uno.

Eso se debía a varios motivos. Para empezar había algunos campos donde los conos eran muy malos. Luego estaban los inevitables retrasos que les hacían perder una hora o dos al día. Cuando terminaban con una plantación, había que llevar la saca a la siguiente, que a veces estaba a kilómetro y medio de distancia; y luego resultaba que había habido un error y el grupo, cargado con la saca (que pesaba un quintal), tenía que perder otra media hora para ir a otro sitio. Y lo peor de todo era la lluvia. Aquel septiembre hizo muy mal tiempo y llovió un día de cada tres. A veces pasaban toda una mañana o una tarde temblando tristemente al amparo de las ramas de lúpulo, y esperando con un saco empapado de lúpulo sobre los hombros, a que parase de llover. Era imposible seguir recolectando cuando llovía. Los conos estaban demasiado resbaladizos para manipularlos, y si aun así te arreglabas para recogerlos era inútil, porque mojados se quedaban en nada una vez los habían metido en la saca. A veces pasabas todo el día en los campos para ganar un chelín o menos.

A la mayoría de los braceros no les importaba, pues más de la mitad eran gitanos y estaban acostumbrados a jornales míseros, y casi todos los demás eran vendedores y tenderos del este de Londres que iban a recoger lúpulo en las vacaciones y se contentaban con ganar suficiente para pagar el billete de ida y vuelta y divertirse un poco los sábados por la noche. Los granjeros lo sabían y se aprovechaban. Lo cierto es que si la recolección del lúpulo no se considerase una especie de vacaciones, dejaría de cultivarse porque su precio es tan bajo que ningún granjero podría permitirse pagar a los braceros el salario mínimo.

Dos veces por semana podías pedir por adelantado la mitad de lo que llevaras ganado. Si te marchabas antes de terminar la cosecha (una molestia para los granjeros) tenían derecho a pagarte un penique por cada media fanega en lugar de dos, es decir a quedarse la mitad del dinero que te debían. También era sabido que hacia el final de la temporada, cuando a los braceros se les debía una cantidad considerable que no querrían perder dejando el trabajo, el granjero acostumbraba a reducir el jornal de dos peniques la media fanega a penique y medio. Las huelgas eran prácticamente inconcebibles. Los braceros no tenían sindicato, y los capataces de los grupos, en lugar de cobrar dos peniques la media fanega como los demás, cobraban un salario semanal que se suspendía en el acto si había huelga, por lo que estaban dispuestos a remover cielo y tierra con tal de impedirlos. Lo cierto era que, entre unas cosas y otras, los granjeros tenían a los braceros entre la espada y la pared, aunque la culpa

no era de ellos sino del bajo precio del lúpulo. Además, tal como observó luego Dorothy, muy pocos braceros sabían lo que ganaban. El trabajo a destajo ocultaba lo menguado de los jornales.

Los primeros días, antes de que pudieran pedir un adelanto, Dorothy y Nobby estuvieron a punto de morir de hambre y lo habrían hecho si los demás braceros no les hubieran ayudado. Pero todos eran muy amables. Había unos tipos que compartían uno de los barracones más grandes —un vendedor de flores llamado Jim Burrows y un tal Jim Turle que trabajaba cazando ratas en un gran restaurante de Londres, que se habían casado con dos hermanas y se habían hecho amigos íntimos— que le cogieron afecto a Dorothy y se aseguraron de que ni ella ni Nobby pasaran hambre. Esos primeros días May Turle, de quince años, pasaba a verlos cada tarde con una sartén llena de estofado, que les ofrecía con estudiada diplomacia para que no pareciese una obra de caridad. La fórmula era siempre la misma:

—Hola, Ellen, mi madre dice que iba a tirar este estofado y que ha pensado que a lo mejor os gustaría probarlo. Dice que ella no lo quiere y que le haríais un favor si lo aceptarais.

Era increíble la cantidad de cosas que «iban a tirar» los Turle y los Burrows en esos primeros días. Una vez, incluso les enviaron media cabeza de cerdo asada y, aparte de la comida, también les regalaron varios botes y un plato de latón que podía usarse como sartén. Lo mejor era que no hacían preguntas indiscretas. Sabían de sobra que un misterio rodeaba la vida de Dorothy. «Se nota —decían— que Ellen ha bajado de categoría», pero tenían mucho cuidado de no hacer preguntas que pudieran avergonzarla. Hasta pasados quince días Dorothy no se vio siquiera obligada a inventarse un apellido.

En cuanto Dorothy y Nobby pudieron pedir un adelanto, se terminaron sus apuros de dinero. Con un chelín y seis peniques al día podían vivir los dos cómodamente. Cuatro peniques se iban en tabaco para Nobby y cuatro peniques y medio en comprar una hogaza de pan; y gastaban unos siete peniques al día en té, azúcar y leche (se podía comprar leche en la granja a medio penique el cuarto de litro), margarina y tiras de beicon. Aunque no había día que no gastaran uno o dos peniques más. Siempre tenían hambre y se pasaban el día haciendo cálculos para ver si podían permitirse comprar un arenque ahumado, una rosquilla, o unas patatas fritas, pues pese a lo escaso del jornal de los braceros, la mitad de la población de Kent parecía haberse confabulado para sacarles el dinero del bolsillo. Los tenderos locales, con cuatrocientos braceros viviendo allí cerca, ganaban más dinero en la temporada que en el resto del año, lo que no les impedía considerar a los braceros basura cockney. Por la tarde, iban a verlos a las sacas empleados de la granja que vendían peras y manzanas a siete el penique, y vendedores

ambulantes de Londres que llevaban cestas de rosquillas, sorbetes y pirulís de medio penique. De noche, el campamento estaba atestado de vendedores llegados de Londres con camionetas cargadas de verduras, pescado y patatas fritas, anguilas en gelatina, gambas, pasteles rancios y conejos raquíuticos de ojos vidriosos que llevaban dos años metidos en hielo y ahora se vendían a nueve peniques cada uno.

La mayor parte de lo que comían los braceros era de muy mala calidad, y era lógico, pues aunque tuviesen dinero para comprar comida decente carecían de tiempo para cocinarla. Probablemente lo único que impedía que el escorbuto arrasara el campamento era la abundancia de manzanas robadas. El robo de manzanas era constante y sistemático, prácticamente todos en el campamento las robaban. Había incluso bandas de jóvenes (empleados, según se decía, por los frutereros londinenses) que iban en bicicleta desde Londres cada fin de semana para saquear los huertos. En cuanto a Nobby, había convertido el robo de fruta en una ciencia. Al cabo de una semana había reunido a una pandilla de jovencitos que lo tenían por un héroe porque era un auténtico ladrón y había estado en la cárcel cuatro veces, y cada noche al caer el sol salían con sacos y volvían con dos quintales de fruta. Cerca de los campos de lúpulo había unos huertos enormes y las manzanas, sobre todo las pequeñas y preciosas golden, se amontonaban pudriéndose en pilas al pie de los árboles, porque los granjeros no podían venderlas. Nobby decía que no era pecado llevárselas. En dos ocasiones, él y los de su pandilla, incluso robaron un pollo. Cómo se las arreglaron para no despertar a todos los vecinos era un misterio, aunque al parecer Nobby sabía un truco para pasarle un saco por la cabeza y que «cesara sin dolor a la medianoche», o al menos sin ruido.

Así transcurrió una semana y luego dos, y Dorothy siguió sin acercarse a la resolución del problema de su identidad. Incluso se alejó más que nunca, pues excepto en raros momentos la cuestión desapareció casi por completo de su imaginación y se resignó cada vez más a aceptar aquella extraña situación y a no pensar en el pasado ni en el futuro. Era el efecto natural de la vida en los campos de lúpulo: acababas por perder la conciencia de todo lo que no fuese el presente. No puede uno debatirse con nebulosos problemas mentales cuando está siempre cansado y ocupado, pues cuando no estabas trabajando en los campos, estabas cocinando, o yendo a buscar cosas al pueblo, o tratando de encender un fuego con ramas mojadas, o acarreando agua en latas. (Solo había un grifo en el campamento y estaba a doscientos metros del barracón de Dorothy, igual que la indescriptible letrina excavada en el suelo.) Aquella vida dejaba exhausto a cualquiera, consumía hasta tu último átomo de energía y te dejaba profunda e indiscutiblemente feliz. Lo dejaba a uno estupefacto en el sentido literal de la palabra. Los largos días en los campos, la mala comida, la falta de sueño y el aroma del lúpulo y el humo te sumían en una especie de torpor casi animal. Tu inteligencia se volvía más espesa, como la piel bajo la

lluvia, el sol y el aire fresco.

Los domingos, por supuesto, no se trabajaba en los campos, pero el domingo por la mañana estaban todos muy ocupados, pues era entonces cuando cocinaban la principal comida de la semana, remendaban y hacían la colada. En todo el campamento, mientras el viento arrastraba el tañido de las campanas de la iglesia del pueblo mezclado con retazos de «Oh, Dios nuestro Señor», cantado por los escasos asistentes al oficio de campaña celebrado por la Misión de San No sé quién para los braceros, había enormes hogueras encendidas, agua que hervía en cubos, latas, sartenes y cualquier cosa que pudieran encontrar, y ropa harapienta que ondeaba al viento en todos los tejados de los barracones. El primer domingo Dorothy pidió prestado un barreño a los Turlé y se lavó el pelo, luego la ropa interior y la camisa de Nobby. Su ropa interior estaba en un estado lamentable. Ignoraba cuánto tiempo hacía que la llevaba puesta, aunque sin duda hacía más de diez días que no se la había quitado ni para dormir. Sus medias estaban destrozadas y los zapatos solo resistían por la capa de barro que los recubría.

Después de tender la ropa a secar, preparó un succulento almuerzo consistente en medio pollo guisado (robado), patatas hervidas (robadas), compota de manzanas (robadas) y té servido en unas tazas de verdad, con asas y todo, que les había prestado la señora Burrows. Después del almuerzo, Dorothy pasó toda la tarde tomando el sol junto al barracón con un saco de lúpulo sobre las rodillas para que no se le levantase el vestido, dando cabezadas y despertándose sucesivamente. Dos tercios de los habitantes del campamento estaban haciendo lo mismo, dormitando al sol y despertándose de vez en cuando con la mirada vacía, igual que si fuesen vacas. Así era como se sentían después de una semana de tanto trabajar.

A eso de las tres, cuando estaba a punto de volver a quedarse dormida, Nobby apareció desnudo de cintura para arriba —su camisa estaba secándose— con un ejemplar de un periódico dominical que había conseguido que le prestasen. Era el Pippin's Weekly, el más sensacionalista de los cinco periódicos dominicales sensacionalistas. Al pasar se lo puso a Dorothy sobre el regazo.

—Échale un vistazo, chica —dijo generoso.

Dorothy cogió el Pippin's Weekly y lo colocó sobre sus rodillas sintiéndose demasiado adormilada para leer. Un enorme titular llamó su atención: «DRAMA PASIONAL EN UNA RECTORÍA DE PUEBLO». Luego vio otros titulares, un pie de foto y la fotografía del rostro de una chica. Por espacio de cinco segundos Dorothy se quedó contemplando un retrato borroso y negruzco, pero bastante reconocible de sí misma.

Debajo de la fotografía había una columna de letra impresa. Para entonces

la mayoría de los periódicos había dejado de escribir sobre el misterio de la «hija del rector», pues habían pasado más de quince días y ya no era noticia. Pero al Pippin's Weekly le traía sin cuidado que fuese o no noticia con tal de que fuese sensacionalista, y esa semana había habido pocos asesinatos y violaciones. Así que le habían dado una última oportunidad a la «hija del rector», colocándola en el sitio de honor, en la parte superior izquierda de la primera página.

Dorothy contempló indiferente la fotografía: el rostro de una chica que la miraba rodeada de un fondo oscuro y poco atrayente de tinta e impresa..., y no recordó nada. Volvió a leer mecánicamente las palabras «DRAMA PASIONAL EN UNA RECTORÍA DE PUEBLO», sin entenderlas ni sentir el menor interés. Descubrió que era totalmente incapaz de leer, incluso ver fotografías le resultaba demasiado fatigoso. La cabeza le pesaba de sueño, sus ojos al cerrarse pasaron a otra fotografía que era de lord Snowden o del hombre que se negaba a ponerse un braguero, y luego, en ese mismo instante, se quedó dormida con el Pippin's Weekly sobre las rodillas.

Estaba bastante cómoda apoyada contra la pared del barracón y apenas se movió hasta las seis en punto, cuando Nobby la despertó para avisarla de que el té estaba listo, momento en que Dorothy guardó cuidadosamente el Pippin's Weekly (podría serles útil para encender el fuego) sin volver a mirarlo. Así que de momento perdió la oportunidad de resolver el problema de su identidad. Y podría haber seguido así muchos meses, si un desagradable incidente acontecido una semana después no la hubiera asustado y hecho salir del estado de irreflexiva placidez en que vivía.

V

El domingo siguiente por la noche se presentaron de pronto en el campamento dos policías y detuvieron a Nobby y a otros dos braceros por robo.

Todo ocurrió tan deprisa que Nobby no habría podido escapar ni aunque le hubieran puesto sobre aviso, pues había oficiales especiales por toda la comarca. En Kent hay muchísimos oficiales especiales. Son una especie de milicia que se forma cada otoño para vigilar a los recolectores de lúpulo. Los granjeros se habían hartado de los robos en los huertos y habían decidido dar ejemplo con un buen escarmiento.

Por supuesto, en el campamento se produjo un enorme revuelo. Dorothy salió del barracón para ver lo que pasaba y vio un grupo de gente iluminado por las hogueras y mucha gente que corría hacia allí. Fue tras ellos y la recorrió un terrible escalofrío, pues creyó saber lo que ocurría. Se las arregló para abrirse paso entre la multitud y vio justo lo que se estaba temiendo.

Un enorme policía tenía sujeto a Nobby y otro agarraba a dos asustados jovenzuelos por el brazo. Uno de ellos, un muchacho desdichado que apenas tendría dieciséis años, lloraba amargamente. El señor Cairns, un hombre severo con patillas grises, acompañado de dos peones de la granja, vigilaba las cosas robadas que habían encontrado entre la paja en el barracón de Nobby. Prueba A: una pila de manzanas; prueba B: unas plumas de pollo manchadas de sangre. Nobby vio a Dorothy entre la gente y le sonrió mostrando sus grandes dientes y le guiñó el ojo. Se oía un confuso griterío.

—¡Mira cómo llora ese pobre! ¡Suéltalo! ¿No te da vergüenza? ¡Si no es más que un niño!

—¡Se lo tiene bien merecido por meternos en este lío!

—¡Suéltalo! ¡Siempre tenemos que cargar con las culpas de todo! ¡Cada vez que pierden una manzana dicen que la hemos robado nosotros! ¡Suéltalo!

—¡Calla la boca de una vez! ¿Y si las —— manzanas fuesen tuyas? ¿Es que no...?, etc., etc.

Y luego:

—Apartad, ahí viene la madre del chico.

Una gigantesca mujer en forma de tonel, con pechos monstruosos y una espesa mata de pelo que le caía por detrás de la espalda, se abrió paso entre el círculo de gente y empezó a insultar primero al policía y al señor Cairns, y luego a Nobby, por llevar a su hijo por el mal camino. Por fin los peones de la granja consiguieron llevársela. Entre los gritos de la mujer, Dorothy pudo oír al señor Cairns interrogando bruscamente a Nobby.

—¡Vamos, joven, confiesa de una vez y dinos con quién repartías las manzanas! Estamos decididos a poner fin a estos robos de una vez. Confiesa y te aseguro que lo tendremos en cuenta.

Nobby respondió tan jovial como siempre.

—¡No tendréis en cuenta una ——!

—¡No se te ocurra volver a hablarme así, joven! O te aseguro que te caerá una buena cuando vayas a juicio.

—¡A la —— con el juicio!

Nobby sonrió encantado de sus ingeniosidades. Cruzó una mirada con Dorothy y volvió a guiñarle el ojo antes de que se lo llevaran. Esa fue la última vez que lo vio.

Los gritos arreciaron, y, cuando se llevaron a los prisioneros, una docena de braceros los siguieron abucheando a la policía y al señor Cairns, pero nadie

se atrevió a intervenir. Entretanto, Dorothy aprovechó para escabullirse, ni siquiera esperó a ver si tenía ocasión de despedirse de Nobby, estaba demasiado asustada y deseosa de huir. Las rodillas le temblaban de modo incontrolable. Cuando volvió al barracón, las demás mujeres estaban despiertas hablando de la detención de Nobby. Se metió entre la paja y se escondió para escapar al sonido de sus voces. Siguieron hablando la mitad de la noche y, claro, como pensaban que Dorothy era la «fulana» de Nobby, la compadecían y le hacían preguntas. No les respondió y fingió estar dormida. Aunque sabía muy bien que esa noche no lograría conciliar el sueño.

Se había asustado y trastornado mucho más de lo razonable o comprensible. En realidad, no corría ningún peligro. Los peones de la granja no sabían que había compartido las manzanas robadas —cosa que, por cierto, había hecho casi todo el campamento— y Nobby nunca la delataría. Tampoco era que estuviese muy preocupada por Nobby, a quien sin duda no le importaba tener que pasar un mes en la cárcel. Sino que algo estaba ocurriendo en su interior..., un cambio que estaba produciéndose en su cabeza.

Era como si no fuese la misma que una hora antes. Todo había cambiado por dentro y por fuera. Igual que si hubiese estallado una burbuja en su cerebro y hubiera liberado ideas, sentimientos y temores cuya existencia había olvidado. La apatía casi onírica de las tres últimas semanas se resquebrajó. Precisamente porque era como si hubiese estado viviendo en un sueño, y en los sueños uno lo acepta todo sin rechistar. La suciedad, los harapos, los constantes vagabundeos, el tener que andar mendigando y robando..., le habían parecido normales, y hasta aquel momento ni siquiera se había parado a pensarlo. La pregunta «¿Quién soy?» se había borrado de su pensamiento y la había olvidado durante horas. Sin embargo, ahora volvió con auténtico apremio.

Casi toda aquella noche tan horrible estuvo rondándole en la cabeza. Pero lo que la preocupaba no era tanto la pregunta en sí misma como la sensación de que estaba a punto de encontrar una respuesta. Estaba claro que empezaba a recuperar la memoria y que iba a llevarse una desagradable sorpresa. Temía el momento en que descubriría su propia identidad. Debajo de la superficie de su conciencia le esperaba algo a lo que no quería enfrentarse.

A las cinco y media se despertó y buscó a tientas sus zapatos como de costumbre. Salió, encendió el fuego y puso el agua a hervir sobre las brasas. Al hacerlo, un recuerdo, aparentemente irrelevante, centelleó en su memoria. Era de cuando, quince días atrás, se detuvieron en un prado en el pueblo de Wale, cuando conocieron a la anciana irlandesa, la señora McElligot. Recordó vívidamente la escena. Estaba tumbada exhausta en la hierba con el brazo tapándole la cara, y Nobby y la señora McElligot conversaban por encima de su cuerpo tendido, mientras Charlie leía encantado el titular de un periódico:

«La vida amorosa secreta de la hija del rector». Ella, extrañada, pero sin mucho interés, se había incorporado y les había preguntado: «¿Qué es un rector?».

En ese momento sintió un terrible escalofrío como si una mano de hielo le apretara el corazón. Se incorporó, volvió corriendo al barracón, hurgó entre los sacos y tanteó entre la paja. En aquel montón de paja tus posesiones se perdían e iban hundiéndose gradualmente hasta el fondo. Pero, después de escarbar unos minutos y de que la cubrieran de improperios algunas mujeres que todavía estaban medio dormidas, Dorothy encontró lo que buscaba: el ejemplar del Pippin's Weekly que Nobby le había dado hacía una semana. Salió del barracón, se arrodilló y lo desplegó a la luz del fuego.

Era en la primera página... una fotografía y tres grandes titulares. ¡Sí! ¡Ahí estaba!

DRAMA PASIONAL EN UNA RECTORÍA DE PUEBLO

—

LA HIJA DEL PASTOR Y UN SEDUCTOR MADURO

—

EL ANCIANO PADRE POSTRADO DE DOLOR

(Número especial del Pippin's Weekly)

«¡Habría preferido verla muerta!», gritó desolado el reverendo Charles Hare, rector de Knype Hill, Suffolk, al enterarse de la fuga de su hija de veintiocho años con un maduro solterón llamado Warburton, al parecer artista de profesión.

La señorita Hare, que se fue del pueblo la noche del 21 de agosto, sigue desaparecida y todos los intentos de dar con ella han fracasado. [En caracteres destacados.] Rumores sin confirmar afirman que se la vio hace poco acompañada de un hombre en un hotel de mala reputación de Viena.

Los lectores del Pippin's Weekly recordarán que la fuga tuvo lugar en circunstancias dramáticas. Poco antes de la medianoche del 21 de agosto, la señora Evelina Semprill, una viuda que vive en la casa contigua a la del señor Warburton, se asomó por casualidad a la ventana de su dormitorio y vio al señor Warburton conversando junto a la puerta del jardín con una joven. Hacía una noche despejada y la señora Semprill pudo reconocer en la joven a la señorita Hare, la hija del rector. La pareja se quedó varios minutos en la puerta y, según la señora Semprill, antes de entrar se besaron de forma apasionada. Una media hora más tarde volvieron a aparecer en el coche del señor Warburton, que estaba aparcado junto a la puerta principal y desaparecieron en dirección a la carretera de Ipswich. La señorita Hare iba escasamente vestida y

al parecer se encontraba bajo los efectos del alcohol.

Se ha sabido ahora que, desde hace un tiempo, la señorita Hare acostumbraba a hacer visitas clandestinas a casa del señor Warburton. La señora Semprill, a quien ha sido muy difícil convencer de que hablara de este asunto tan doloroso, ha revelado también que...

Dorothy arrugó violentamente el Pippin's Weekly, lo arrojó al fuego y volcó sin querer la lata de agua. Se levantó una nube de ceniza y humo sulfuroso, y, casi al mismo tiempo, Dorothy volvió a coger el periódico antes de que se quemara. ¿Qué ganaría con amilanarse? Más le valía saber lo peor. Siguió leyendo con horrible fascinación. No era una historia muy reconfortante, y menos tratándose de ella misma, pero ya no tenía ninguna duda de que la joven sobre la que estaba leyendo era ella. Observó la fotografía, era borrosa y vaga, pero inconfundible. Además, no le hacía falta ninguna fotografía para acordarse. Lo recordaba todo, hasta la última circunstancia de su vida, hasta aquella noche en que había vuelto tan cansada de casa del señor Warburton y, supuestamente, se había quedado dormida en el invernadero. Lo recordaba con tanta claridad que le parecía increíble haberlo olvidado.

Ese día no desayunó, ni preparó la comida, pero llegado el momento la fuerza de la costumbre la empujó a ir a los campos de lúpulo con los demás braceros. Con dificultad, pues ahora estaba sola, colocó la pesada saca en su sitio, tiró de la rama más cercana y empezó a recoger. Pero a los pocos minutos reparó en que le resultaba imposible; incluso la labor mecánica de recolectar lúpulo la superaba. Aquella horrible y falsa historia del Pippin's Weekly la había desanimado tanto que le resultaba imposible concentrarse en ninguna otra cosa. No podía dejar de dar vueltas a esas frases rijosas: «se besaron de forma apasionada», «escasamente vestida», «bajo los efectos del alcohol», y cada vez que una de ellas acudía a su memoria sentía una punzada que casi le producía un dolor físico y le entraban ganas de echarse a llorar.

Al cabo de un rato dejó de hacer como si recolectara, apoyó la rama sobre la saca y se sentó junto a uno de los puntales que sostenían los alambres. Los demás braceros la vieron tan apenada que se compadecieron. Ellen estaba un poco alicaída, decían. ¿Cómo iba a estar si habían detenido a su hombre? (Por supuesto, todos los del campamento daban por sentado que Nobby era el amante de Dorothy.) Le aconsejaron que volviera a la granja y dijese que estaba enferma. A eso de las doce, cuando estaba a punto de llegar el medidor, todos los del grupo echaron una brazada de conos en su saca.

Cuando llegó el medidor encontró a Dorothy todavía sentada en el suelo. A pesar de la suciedad y de tener la piel tan curtida estaba muy pálida; su rostro estaba demacrado y parecía mayor. Su saca estaba a veinte metros detrás de

los demás y dentro no habría ni una fanega y media de lúpulo.

—¿Qué te pasa a ti? —preguntó—. ¿Estás enferma?

—No.

—¿Y por qué no has recogido nada? ¿Te crees que esto es una excursión campestre? Aquí no viene uno a sentarse en el suelo.

—¡Calle de una vez y deje de regañarla! —gritó de pronto la vieja vendedora ambulante cockney—. ¿Es que la pobre chica no puede descansar un poco en paz? ¿No les basta a usted y a sus fisgones amigos policías con haber metido a su hombre en la cárcel? ¡Ya tiene bastante de lo que preocuparse para que encima vengan a molestarla todos los — polizontes de Kent!

—¡Cállese usted, abuela! —dijo hoscamente el medidor, aunque pareció compadecerse un poco al descubrir que a quien habían detenido la noche anterior era el novio de Dorothy. Cuando la vendedora puso el agua a hervir, llamó a Dorothy a su saca y le ofreció una taza de té bien cargado y un trozo de pan y queso; y después del almuerzo enviaron a otro bracero que no tenía compañero a compartir la saca con Dorothy. Era un vagabundo bajito y arrugado llamado Deafie. Después del té Dorothy se sintió algo mejor. Animada por el ejemplo de Deafie —que era un recolector excelente—, se las arregló para trabajar un poco más por la tarde.

Lo había estado pensando y estaba menos alterada que antes. Las frases del Pippin's Weekly seguían avergonzándola, pero ahora se sentía con fuerzas para enfrentarse a la situación. Entendía muy bien lo que le había ocurrido y lo que había conducido a las calumnias de la señora Semprill. Sin duda los había visto juntos en la puerta y había visto al señor Warburton besándola; y luego, cuando los dos desaparecieron de Knype Hill, nada más lógico —sobre todo tratándose de la señora Semprill— que dedujera que se habían fugado juntos. En cuanto a los demás detalles pintorescos, debía de haberlos inventado después. Aunque, ¿los habría inventado? De lo único que no se podía estar seguro con la señora Semprill, era de si contaba sus mentiras consciente y deliberadamente o si, en su imaginación extraña y retorcida, lograba llegar a creerlas.

En cualquier caso el daño estaba hecho..., de nada servía seguir preocupándose. Ahora tenía que pensar en cómo volver a Knype Hill. Tendría que pedir que le enviaran un poco de ropa y necesitaría dos libras para pagarse el billete de vuelta a su casa. ¡Su casa! La palabra hizo que sintiera una punzada en el corazón. ¡Su casa, después de semanas de suciedad y hambre! ¡Cómo la echaba de menos ahora que lo recordaba!

¡Pero...!

Una pequeña duda asomó gélidamente a su cabeza. Había una cuestión que no se había parado a pensar. ¿Podía volver a casa después de lo sucedido? ¿Osaría hacerlo?

¿Podría enfrentarse a Knype Hill después de todo lo ocurrido? Esa era la clave. Cuando has aparecido en primera plana del Pippin's Weekly «escasamente vestida» y «bajo los efectos del alcohol»..., ah, ¡mejor no darle más vueltas! Pero, cuando se han publicado sobre ti toda clase de titulares deshonorosos y calumniosos, ¿puedes volver a un pueblo de dos mil habitantes donde todo el mundo conoce la vida privada de los demás y pasa el día chismorreando?

No lo sabía..., no lograba decidirse. En un primer momento, pensó que lo de la fuga era tan palpablemente absurdo que nadie podría creerlo. El señor Warburton, por ejemplo, podría desmentirlo, y sin duda lo haría por muchas razones. Pero justo después recordó que el señor Warburton estaba de viaje y, a menos que el asunto hubiese trascendido a los periódicos extranjeros, ni siquiera se habría enterado, y volvió a amilanarse. Sabía lo que era ser motivo de escándalo en un pueblo pequeño de provincias. ¡Las miradas y codazos furtivos al pasar! ¡Los ojos que te seguían por la calle entre las cortinas de las ventanas! ¡Los grupos de jóvenes en las esquinas cerca de la fábrica de Blifil-Gordon haciendo comentarios rijosos sobre ti!

—¡George! ¡Oye, George! ¿Ves a esa rubia de ahí?

—¿Cuál, aquella tan flaca? Sí. ¿Quién es?

—La hija del rector. La señorita Hare. ¿Sabes lo que hizo hace dos años? ¡Pues se fugó con un tipo tan viejo que podría ser su padre! Se largó de juerga con él a París. Nadie lo diría al verla, ¿eh?

—¡Vamos, hombre!

—¡Que sí! Hasta salió en el periódico y todo. Lo que pasa es que al cabo de tres semanas él la dejó tirada y ella volvió más fresca que una lechuga. Hace falta tener cara, ¿eh?

Sí, tendría que vivir con eso. Al cabo de muchos años, tal vez diez, aún seguirían murmurando de ella. Y lo peor era que la historia del Pippin's Weekly probablemente no sería más que un vestigio expurgado de lo que la señora Semprill habría contado en el pueblo. Como es natural, el Pippin's Weekly no habría querido arriesgarse a ir demasiado lejos. Pero los únicos límites de la señora Semprill eran los de su imaginación y eran tan vastos como el propio firmamento.

No obstante, a Dorothy le tranquilizó pensar que su padre haría todo lo posible por protegerla. Además, habría otros. No le faltarían amigos. Como

mínimo los feligreses la conocían y confiaban en ella, y ni las Madres Cristianas ni las girl guides ni las mujeres a quienes iba a visitar darían crédito a una historia semejante. Pero el más importante era su padre. Casi cualquier situación es soportable si uno tiene un hogar donde regresar y una familia que lo defienda. Con valor y el apoyo de su padre podría hacer frente a la situación. Al caer la tarde había decidido ya que no había inconveniente en volver a Knype Hill, aunque sin duda al principio sería desagradable, y al acabar la jornada de trabajo pidió un adelanto de un chelín, fue a la tienda del pueblo y compró un penique de papel de carta. De vuelta en el campamento, sentada en la hierba junto al fuego —en el campamento no había ni sillas ni mesas, claro—, empezó a escribir con un trozo de lápiz:

QUERIDÍSIMO PADRE: No sabes lo mucho que me alegra poder volver a escribirte después de todo lo sucedido. Y espero que no te hayas angustiado mucho por mi causa ni que te hayan preocupado esas horribles historias de los periódicos. No sé lo que pensarías cuando desaparecí de pronto y no supiste nada de mí durante un mes. Pero verás...

¡Qué raro le parecía sujetar el lápiz entre los dedos rígidos y lacerados! Solo podía escribir con letra grande y temblorosa como la de un niño, pero escribió una larga carta explicándoselo todo y pidiéndole que le enviara un poco de ropa y dos libras para pagarse el billete de vuelta. También le pidió que le escribiera bajo el nombre supuesto de Ellen Millborough, como Millborough, el pueblo de Suffolk. Le pareció raro, deshonroso y casi criminal utilizar un nombre falso, pero no se atrevió a correr el riesgo de que en el campamento supiesen que era Dorothy Hare, la famosa «hija del rector».

VI

Una vez tomada la decisión de volver, Dorothy no veía la hora de escapar del campamento. Al día siguiente apenas pudo obligarse a seguir con la estúpida labor de la recolección, y las incomodidades y la mala comida le parecieron intolerables, ahora que tenía recuerdos con los que compararlos. Si hubiese tenido dinero suficiente para volver a casa se habría marchado antes. Pero en cuanto llegara la carta de su padre con las dos libras, se despediría de los Turle y saldría con el primer tren y sentiría un gran alivio, a pesar de los terribles escándalos a los que tendría que enfrentarse.

Tres días después de escribirle, fue a la oficina de correos del pueblo y preguntó por su carta. La empleada, una mujer con cara de perro salchicha que sentía un amargo desprecio por los recolectores de lúpulo, le respondió con frialdad que no había llegado ninguna carta. Dorothy se llevó una decepción. ¡Qué lástima! Se habría retrasado el correo. No obstante, no pasaba nada por esperar un día más.

La tarde siguiente volvió convencida de que esta vez sí habría llegado.

Pero no fue así. Esta vez la asaltó una duda; y la quinta tarde, cuando siguió sin recibir respuesta, la duda se transformó en un pánico horrible. Compró otro paquete de papel de carta y escribió una misiva larguísima de más de cuatro páginas, explicando una y otra vez lo sucedido y rogándole a su padre que no la tuviera más en vilo. Después de enviarla, decidió dejar transcurrir una semana antes de volver a la oficina de correos.

Ese día era sábado. El miércoles olvidó su determinación. Cuando sonó la sirena que indicaba el descanso de mediodía, dejó la saca y corrió a la oficina de correos, que estaba a dos kilómetros de allí, lo que significaba que no tendría tiempo de almorzar. Al llegar se acercó avergonzada al mostrador, casi temerosa de hablar. La empleada de cara de perro estaba sentada en su jaula de barrotes de latón al extremo del mostrador, escribiendo números en un libro de cuentas alargado. Le echó a Dorothy una mirada inquisitiva y siguió con su trabajo sin hacerle el menor caso.

Dorothy notó un dolor en el diafragma. Le costaba respirar.

—¿Hay alguna carta para mí? —dijo por fin.

—¿A qué nombre? —preguntó la empleada sin dejar de escribir.

—Ellen Millborough.

La empleada movió su larga nariz de perro salchicha por encima del hombro un instante y miró el apartado de la eme en el cajón de la lista de correos.

—No —dijo volviendo a su libro de cuentas.

Dorothy se las arregló para salir, emprendió el regreso a la plantación de lúpulo y de pronto se detuvo. Una terrible sensación de vacío en la boca del estómago, causada en parte por el hambre, la dejó sin fuerzas para seguir andando.

El silencio de su padre solo podía querer decir una cosa. Creía la historia de la señora Semprill..., creía que Dorothy se había fugado en circunstancias deshonorosas y que ahora estaba mintiendo para disculparse. Lo único que deseaba era librarse de ella, interrumpir cualquier comunicación, perderla de vista para siempre y olvidar el escándalo.

Después de aquello no podía volver a casa. No se atrevía. La actitud de su padre le había abierto los ojos y le había hecho comprender lo precipitado de su decisión. ¡Pues claro que no podía volver! ¡Regresar deshonorada y cubrir de vergüenza la casa de su padre! ¡Era imposible, totalmente imposible! ¿Cómo se le habría podido ocurrir?

¿Entonces qué? Lo único que podía hacer era marcharse cuanto antes y buscar algún sitio lo bastante grande para poder ocultarse. Londres, tal vez.

Algún sitio donde nadie la conociera y donde la mera visión de su rostro o la mera mención de su nombre no sacara a la luz una sarta de recuerdos desagradables.

En ese momento llegó flotando hasta ella el sonido de las campanas de la iglesia del pueblo, a la vuelta del camino, donde los campaneros se divertían tocando «Abide with Me» como quien toca una melodía al piano con un solo dedo, aunque pronto la reemplazó la familiar cantinela matutina del domingo: «¡Oh, deja en paz a mi mujer! ¡Está tan borracha que no puede volver a casa!», aquel mismo himno había repicado en las campanas de Saint Athelstan antes de que las descolgaran. Su sonido fue como una puñalada de añoranza clavada en el corazón de Dorothy, que llevó a su memoria de manera vívida y momentánea una mezcla de recuerdos: el olor del bote de cola en el invernadero mientras preparaba los disfraces para la función escolar, la cháchara de los estorninos en la ventana de su dormitorio, que interrumpía sus oraciones antes de la comunión, y la voz quejumbrosa de la señora Pither enumerando los dolores de sus piernas, su propia preocupación por el ruinoso estado del campanario, las deudas en las tiendas, las malas hierbas entre los guisantes y toda aquella multitud de detalles perentorios de una vida que había oscilado entre la oración y el trabajo.

¡La oración! Por un breve instante, un minuto tal vez, la idea la dejó paralizada. La oración... en aquellos días había sido el mismísimo centro de su vida. Siempre había recurrido a ella en los momentos felices e infelices. Y ahora se dio cuenta —era la primera vez que se paraba a pensarlo— de que no había rezado una oración desde que se fue de su casa, ni siquiera después de recuperar la memoria. Comprendió además que no sentía ya la menor necesidad de rezar. Mecánicamente, empezó a susurrar una oración y se detuvo casi en el acto, las palabras sonaban huecas y fútiles. La oración, que había sido el principal sostén de su vida, ya no significaba nada. Reparó en ello mientras andaba por el camino y lo hizo casi sin darse cuenta, como si hubiera visto algo al pasar, una flor en la cuneta o un pájaro que atravesara el camino, algo en lo que uno se fija para olvidarlo después. Ni siquiera tuvo tiempo de pararse a pensar en lo que significaba. Lo descartó de su imaginación para ocuparse de otras cosas más apremiantes.

Ahora tenía que pensar en el futuro. Tenía muy claro lo que debía hacer. Cuando terminara la temporada del lúpulo, iría a Londres, escribiría a su padre pidiéndole ropa y dinero, pues por muy enfadado que estuviera no podía creer que fuese a abandonarla sin más, y luego ponerse a buscar trabajo. Prueba de su ignorancia es que las temibles palabras «buscar trabajo» no le parecieran tan temibles. Sabía que era fuerte y voluntariosa y había muchos trabajos que podía hacer. Podía ser institutriz en una guardería, por ejemplo, o, mejor aún, ponerse a servir. Había infinidad de cosas que sabía hacer mejor que cualquier

criada; además, cuanto más humilde fuese su trabajo, más fácil le sería ocultar su pasado.

Sea como fuere, la casa de su padre estaba cerrada para ella, eso estaba claro. A partir de ahora tendría que buscarse la vida por su cuenta. Tras tomar aquella decisión, sin comprender del todo su significado, aceleró el paso y llegó a los campos justo a tiempo para el turno de tarde.

La temporada del lúpulo estaba a punto de terminar. Al cabo de una semana más o menos la granja de Cairns cerraría y los cockneys cogerían el tren de los braceros para volver a Londres, los gitanos atarían sus caballos a sus carromatos e irían al norte hacia Lincolnshire a buscar trabajo en los campos de patatas. En cuanto a los cockneys, ya se habían hartado de recoger lúpulo. Estaban deseando volver al viejo Londres, con Woolworths y la tienda de pescado frito a la vuelta de la esquina, y dejar de dormir en la paja y de freír beicon en latas, con los ojos llorosos por el humo. Lo del lúpulo eran unas vacaciones, pero unas vacaciones de las que uno se alegra cuando terminan. Llegaban muy alegres, pero volvían aún más contentos y jurando que jamás volverían a recolectar lúpulo..., hasta el agosto siguiente, cuando habían olvidado las noches frías, la mala paga y el daño que se hacían en las manos, y recordaban solo las tardes de juerga al sol y las jarras de cerveza que bebían en torno a las rojas hogueras por la noche.

Las mañanas eran cada vez más frías y otoñales, los cielos eran grises, empezaban a caer las primeras hojas y los pinzones y los estorninos formaban bandadas para emigrar. Dorothy había vuelto a escribir a su padre pidiéndole ropa y dinero, pero su carta había quedado sin respuesta y ni él ni nadie le habían escrito. Lo cierto es que solo su padre conocía su dirección, pero en cierto sentido había tenido la esperanza de que le escribiera el señor Warburton. A veces casi le faltaba el valor, sobre todo de noche, entre la paja, cuando no podía dormir pensando en aquel futuro vago y ominoso. Recogía lúpulo con una especie de desesperación, una especie de energía frenética, más consciente, según pasaban los días, de que cada puñado de lúpulo era un penique más que se interponía entre ella y el hambre. Deafie, su compañero de saca, trabajaba contrarreloj porque era el último dinero que ganaría hasta la siguiente temporada. Su objetivo era ganar cinco chelines al día, quince fanegas, entre los dos, pero no lo lograron ni un solo día.

Deafie era un viejo extraño y no tan buen compañero como Nobby, pero no era mal tipo. Había sido camarero en un barco, pero hacía mucho que vivía como un vagabundo, era sordo como una tapia y con él solo se podían tener conversaciones de besugos. También era exhibicionista, aunque era inofensivo. Se pasaba horas canturreando una cancioncilla que decía: «Bartolo tenía una flauta, con un agujero solo...», y, aunque no oía lo que cantaba, parecía causarle una especie de placer. Tenía las orejas más peludas que había

visto Dorothy. En sus dos oídos crecían matas de pelo como unas patillas en miniatura. Todos los años Deafie iba a recoger lúpulo a la granja de Cairns, ahorra una libra y luego pasaba una semana paradisíaca en una pensión en Newington Butts antes de volver a los caminos. Era la única semana del año que dormía en algo que pudiera llamarse sin exagerar una cama.

La recolección terminó el 28 de septiembre. Todavía quedaban varios campos sin recoger, pero era lúpulo de mala calidad y en el último momento el señor Cairns decidió «enviarlo al diablo». El grupo número diecinueve terminó el último campo a las dos de la tarde, el pequeño capataz gitano repasó las últimas ramas y el medidor se llevó el lúpulo en una carretilla. En cuanto se fue se oyó un grito que decía: «¡Echadlas a las sacas!» y Dorothy vio a seis hombres que se acercaban con gesto amenazador y que todas las mujeres del grupo echaban a correr. Antes de que pudiera reaccionar los hombres la cogieron, la tumbaron sobre la saca y empezaron a balancearla a uno y otro lado. Luego la sacaron de allí y un joven gitano que olía a cebolla la besó. Al principio trató de defenderse, pero vio que hacían lo mismo con todas las mujeres del grupo y se resignó. Por lo visto, echar a la saca a las mujeres era una costumbre del último día de cosecha. Esa noche hubo mucho jaleo en el campamento y nadie durmió demasiado. Poco después de medianoche Dorothy se vio bailando con un grupo de gente en torno a una hoguera cogida de la mano de un aprendiz de carnicero de mejillas sonrosadas y de una anciana borracha como una cuba que llevaba un gorrito escocés al son de «Auld Lang Syne».

Por la mañana fueron todos a la granja a cobrar el jornal y Dorothy cobró una libra y cuatro peniques, y otros cinco peniques por ayudar a sumar a los que no sabían leer ni escribir. Los braceros cockneys pagaban un penique por la ayuda, los gitanos solo pagaban con halagos. Luego Dorothy fue en compañía de los Turle a la estación de West Ackworth, que estaba a seis kilómetros de la granja, el señor Turle cargaba con el baúl de latón, la señora Turle con el bebé, los demás niños con diversos trastos y Dorothy empujaba el cochecito —que tenía dos ruedas circulares y dos elípticas— que contenía las demás cosas de los Turle.

Llegaron a la estación a eso de mediodía, el tren de los braceros tenía la salida prevista a la una, llegó a las dos y partió a las tres y cuarto. Tras un viaje lentísimo en el que zigzaguearon por todo Kent para recoger a una docena de braceros aquí y a otra media docena allí, volvieron sobre sus pasos infinidad de veces, se metieron en vía muerta para dejar pasar a los otros trenes y tardaron nada menos que seis horas en recorrer cincuenta kilómetros, llegaron a Londres poco después de las nueve de la noche.

Esa noche Dorothy durmió con los Turle. Le habían tomado tanto afecto que la habrían acogido con ellos una semana o más si hubiese querido abusar de su hospitalidad. Sus dos habitaciones (vivían en un edificio de pisos cerca de Tower Bridge Road) eran muy estrechas para siete personas, incluyendo a los niños, pero le hicieron una especie de cama en el suelo con dos alfombras, un cojín viejo y un abrigo.

Por la mañana, se despidió de los Turle y les agradeció la amabilidad que le habían demostrado, luego fue directa a los baños públicos de Bermondsey y se lavó la suciedad acumulada de cinco semanas. Después, se puso a buscar alojamiento, con dieciséis chelines y ocho peniques en el bolsillo y la ropa que llevaba puesta como únicas posesiones. Había zurcido y limpiado la ropa lo mejor que había podido y, como era negra, no se notaba demasiado la porquería. De rodillas para abajo estaba pasablemente respetable. El último día, una «bracera alojada» del grupo de al lado, la señora Killfrew, le había regalado un par de excelentes zapatos que habían pertenecido a su hija y un par de medias de lana.

Dorothy no consiguió encontrar habitación hasta caer la noche. Pasó casi diez horas yendo y viniendo de Bermondsey a Southwark y de Southwark a Lambeth, por calles laberínticas donde niños llenos de mocos jugaban al tejo en sucias aceras cubiertas de pieles de plátano y hojas de col podrida. En todas las casas donde preguntó era siempre la misma historia: la casera se negaba en redondo a admitirla. Una tras otra, una serie de mujeres hostiles plantadas en el zaguán de sus casas como si se enfrentaran a un salteador de caminos o a un inspector del gobierno, la miraron de arriba abajo, le dijeron secamente: «No admitimos chicas solteras», y le dieron con la puerta en las narices. Ella no lo sabía, claro, pero su aspecto bastaba para despertar las sospechas de cualquier casera respetable. Podrían haber pasado por alto lo de su ropa sucia y harapienta, pero no tener equipaje la condenaba desde el primer instante. Una chica soltera sin equipaje es un mal augurio: he ahí el principal axioma de la casera londinense.

A eso de las siete, cuando estaba tan cansada que casi no se tenía en pie, se aventuró a entrar en un sucio y mugriento café cerca del teatro Old Vic y pidió una taza de té. La propietaria, tras entablar conversación con ella y enterarse de que necesitaba una habitación, le aconsejó que probara suerte «en casa de Mary, en Wellings Court, justo al final del Cut». Al parecer la tal Mary no era melindrosa y admitía a cualquiera que pudiera pagar el alquiler. En realidad se llamaba señora Sawyer, pero todos los chicos la llamaban Mary.

A Dorothy le costó un poco dar con Wellings Court. Había que bajar por el Cut hasta llegar a una ropavejería judía llamada Knockout Trousers Ltd., luego desviarse por un callejón estrecho y girar a la izquierda por una callejuela tan estrecha que las sucias paredes de escayola casi te rozaban al pasar si no tenía

cuidado. Chiquillos perseverantes habían escrito en ellas tantas veces cierta palabra malsonante que no valía la pena tratar de borrarla. Al fondo de la calle había una plazoleta donde cuatro casas altas y estrechas con escaleras de hierro se alzaban una enfrente de la otra.

Dorothy preguntó y encontró a Mary en un tugurio subterráneo debajo de una de las casas. Era una anciana melancólica casi sin pelo y con el rostro tan demacrado que parecía una calavera empolvada y maquillada. Tenía la voz quebrada, astuta e inefablemente monótona. No le hizo preguntas, apenas la miró siquiera y se limitó a pedirle diez chelines y a decirle con su horrible voz:

—Habitación veintinueve. Tercer piso. Ve por la escalera de atrás.

Al parecer, la escalera de atrás era la que había dentro de la casa. Dorothy subió por la oscura escalera de caracol, entre paredes rezumantes que olían a ropa vieja, agua de fregar y porquería. Al llegar al segundo piso se oyó una ruidosa y chillona carcajada y dos chicas de apariencia vulgar salieron de una de las habitaciones y se quedaron mirándola un momento. Parecían jóvenes, sus rostros estaban casi totalmente ocultos por el colorete y los polvos rosas y llevaban los labios pintados de color escarlata como pétalos de geranio. Pero entre los polvos sus ojos azules como la porcelana parecían viejos y cansados, y el efecto era horrible porque recordaban a unas viejas que se ocultaran tras la máscara de una muchacha. La más alta saludó a Dorothy.

—¡Hola, chica!

—¡Hola!

—¿Eres nueva? ¿En qué habitación estás?

—En la veintinueve.

—¡Dios, a quién se le ocurre meterte en esa puñetera mazmorra! ¿Vas a salir esta noche?

—No, no creo —dijo Dorothy, un poco confundida en su fuero interno por aquella pregunta—. Estoy demasiado cansada.

—Ya lo imaginé al ver que no ibas arreglada. Pero, no será porque estés sin blanca, ¿eh? No echarás a perder el barco porque te falte un poco de brea... ¿Eh? Porque si, por ejemplo, necesitas que te preste un poco de carmín, no tienes más que pedirlo. Aquí somos todas amigas.

—¡Oh...! No, gracias —dijo Dorothy desconcertada.

—Bueno, Doris y yo ya nos íbamos. Tenemos una cita de negocios muy importante en Leicester Square. —Le dio un golpe con la cadera a la otra y ambas soltaron una risita estúpida y sin gracia—. Aunque, oye —añadió en tono confidencial—, tampoco está mal pasar una noche sola de vez en cuando.

Quién pudiera. Dormir solita sin que ningún puñetero grandullón te trate a patadas. Sobre todo si puedes permitirte, ¿eh?

—Sí —respondió Dorothy notando que esa era la respuesta que esperaba y sin acabar de entender muy bien lo que le decía.

—¡Pues nada, chica! ¡Que duermas bien! ¡Y cuidado con los rateros a eso de la una!

Cuando las dos muchachas bajaron las escaleras con otra de sus carcajadas chillonas y absurdas, Dorothy buscó la habitación 29 y abrió la puerta. La recibió un olor frío y fétido. El cuarto medía unos dos metros y medio de lado y estaba muy oscuro. El mobiliario era sencillo: en el centro de la habitación había una estrecha cama de hierro con sábanas grisáceas y una colcha harapienta, junto a la pared, una caja con una palangana de latón y una botella de whisky vacía para el agua, y sobre la cama, una fotografía de Bebe Daniels arrancada de Film Fun.

Las sábanas no solo estaban sucias sino también húmedas. Dorothy se metió en la cama, pero no se quitó la camisa, o lo que quedaba de ella, a esas alturas su ropa interior estaba hecha jirones, porque no tuvo valor para meterse desnuda entre aquellas sábanas nauseabundas. Y una vez acostada, no pudo conciliar el sueño a pesar de estar tan cansada que le dolía todo el cuerpo. La dominaron el desánimo y los malos presagios. Aquel tétrico lugar era un vívido recordatorio de que estaba sola y nadie iba a ayudarla y de que lo único que la separaba de la calle eran los seis chelines que le quedaban. Además, a medida que fue avanzando la noche, la casa se volvió más y más ruidosa. Las paredes eran tan finas que se oía todo lo que pasaba. Se oían risotadas chillonas y estúpidas, roncadas voces masculinas cantando, un gramófono que desgranaba cancioncillas jocosas, ruidosos besos, extraños gemidos como estertores y una o dos veces el violento crujido de una cama de hierro. A eso de la medianoche los ruidos se fueron volviendo más y más rítmicos en el cerebro de Dorothy y acabó dejándose arrastrar por un sueño leve e inquieto. Al cabo de un minuto, o eso le pareció, se despertó al abrirse la puerta de pronto y entrevió dos siluetas de mujer que le arrancaron toda la ropa de cama excepto las sábanas y salieron corriendo. En casa de Mary había muy pocas mantas y la única forma de conseguirlas era robárselas a alguien. De ahí lo de los rateros...

Por la mañana, media hora antes de que abrieran, Dorothy fue a la biblioteca pública de Lambeth para ver los anuncios en los periódicos. Allí encontró a una veintena de personas de apariencia vagamente sarnosa que rondaban ya el lugar, y el número fue aumentando poco a poco hasta que llegaron a ser no menos de sesenta. Luego abrieron por fin las puertas de la biblioteca y todos entraron a la carrera en dirección a un tablón de anuncios

que había al fondo de la sala de lectura donde habían clavado los recortes de la sección de ofertas de trabajo de varios periódicos. Con la marea de buscadores de empleo entraron también un montón de hombres y mujeres harapientos que habían dormido en la calle e iban a la biblioteca a dormir. Entraron arrastrando los pies detrás de los demás, se desplomaron con gruñidos de alivio en la mesa más cercana y echaron mano de cualquier periódico, tanto podía ser el Free Church Messenger como el Vegetarian Sentinel, porque para poder quedarse en la biblioteca tenían que fingir que estaban leyendo. Abrieron los periódicos y se quedaron dormidos casi al instante, con la barbilla hundida en el pecho. Y cuando el encargado pasaba y les aguijoneaba como un fogonero que atizara una serie de fuegos, ellos gruñían, se despertaban y volvían a quedarse dormidos en cuanto se marchaba. Entretanto, se estaba librando una batalla en torno al tablón de anuncios porque todos trataban de ponerse delante. Dos jóvenes vestidos con un mono azul llegaron corriendo detrás de los demás, y uno de ellos agachó la cabeza y se abrió paso entre la muchedumbre igual que un jugador de rugby. Al cabo de un momento había llegado al tablero. Se volvió hacia su compañero: «Ya está, Joe... ¡Ya lo tengo! Se necesitan mecánicos... Garaje Locke, Camden Town. ¡Salgamos de aquí!». Volvió a abrirse paso y los dos salieron disparados hacia la puerta. Iban a Camden Town tan rápido como los llevaran sus piernas. Y en ese mismo instante, en todas las bibliotecas públicas de Londres, mecánicos en paro estaban leyendo ese mismo anuncio e iniciaban la carrera por un trabajo que, con toda probabilidad, habría conseguido alguien que podía permitirse pagar un periódico y habría visto el anuncio a las seis de la mañana.

Por fin Dorothy consiguió llegar al tablón y anotó algunas direcciones donde hacían falta cocineras. Había muchas donde elegir..., era como si la mitad de las mujeres de Londres necesitaran criadas fuertes y hábiles. Con una lista de veinte direcciones en el bolsillo, y después de un desayuno de té y tostadas con margarina que le costó tres peniques, Dorothy empezó esperanzada a buscar trabajo.

Todavía carecía de la experiencia necesaria para saber que sus posibilidades de encontrarlo sin ayuda eran prácticamente nulas, pero los siguientes cuatro días le sirvieron para ir adquiriéndola poco a poco. En esos cuatro días pidió dieciocho trabajos y envió solicitudes por escrito para pedir otros cuatro. Recorrió a pie enormes distancias por los barrios del sur de Londres: Clapham, Brixton, Dulwich, Penge, Sydenham, Beckenham, Norwood..., incluso llegó a Croydon en una ocasión. La recibieron en pulcros saloncitos de casas de las afueras y habló con toda suerte de mujeres imaginables: mujeres grandes, rollizas y amenazadoras, mujeres delgadas, sardónicas, frías y felinas con anteojos dorados, mujeres vagarosas y con la mirada perdida que daban la impresión de ser vegetarianas y asistir a sesiones de espiritismo. Y todas ellas, gruesas o flacas, frías o maternas, reaccionaron

exactamente igual al verla: la miraron de arriba abajo, escucharon lo que les decía, la observaron con aire inquisitivo, le hicieron una docena de preguntas embarazosas e impertinentes y la rechazaron.

Cualquiera con más experiencia le habría advertido de lo que ocurriría. En sus circunstancias no era de esperar que nadie corriera el riesgo de contratarla. Su ropa harapienta y su falta de referencias estaban en contra suya, y su acento educado que no sabía cómo disimular echaba a perder las pocas posibilidades que pudiera tener. Los vagabundos y los recolectores de lúpulo no habían reparado en su acento, pero las mujeres de los barrios de las afueras lo notaban nada más oírlo y eso las ponía en guardia, exactamente igual que su falta de equipaje a las patronas. Cuando comprendían que era una mujer educada sus oportunidades se desvanecían. Llegó a acostumbrarse a la expresión sorprendida y extrañada que adoptaban en cuanto abría la boca, la mirada femenina e inquisitiva que iba de su rostro a sus manos heridas y a los remiendos de su falda. Algunas mujeres le preguntaban sin más qué hacía una chica de su clase social buscando trabajo de criada. Sin duda sospechaban que había «dado un paso en falso» —es decir, que había tenido un hijo ilegítimo— y, tras asaetearla a preguntas, se libraban de ella lo antes posible.

En cuanto dispuso de una dirección, Dorothy había vuelto a escribir a su padre, y cuando al tercer día siguió sin conseguir respuesta, volvió a escribirle, esta vez sin demasiadas esperanzas —al fin y al cabo, era su quinta carta y no había respondido a las cuatro anteriores—, advirtiéndole de que si no le enviaba dinero cuanto antes acabaría muriéndose de hambre. Apenas le quedaba tiempo para recibir una contestación antes de que terminase la semana pagada por adelantado en casa de Mary y la echasen a la calle por falta de pago.

Entretanto, siguió con su infructuosa búsqueda de empleo, mientras su dinero disminuía al ritmo de un chelín diario —la suma necesaria para seguir con vida aunque no bastara para saciar su hambre—. Casi había abandonado toda esperanza de que su padre hiciera algo por ayudarla. Y, extrañamente, a medida que fue estando más hambrienta y sus oportunidades de conseguir empleo se hacían más y más remotas, el pánico inicial dio paso a una especie de mísera apatía. Sufría, pero no tenía demasiado miedo. El submundo en el que se estaba internando le pareció menos terrible ahora que lo tenía más próximo.

El tiempo otoñal, aunque bueno, se fue volviendo más frío. El sol libraba a diario su infructuosa batalla contra el invierno y tardaba un poco más en asomar entre la niebla para teñir las fachadas de las casas de un pálido color pastel. Dorothy pasaba el día en las calles, o en la biblioteca, solo volvía a casa de Mary para dormir y no se acostaba sin antes tomar la precaución de atrancar la puerta con la cama. Para entonces ya había comprendido que la

pensión de Mary era, si no un burdel, pues en Londres no es fácil encontrarlos, al menos un conocido refugio de prostitutas. Por eso pagaban diez chelines a la semana por un agujero que no valía ni cinco. La vieja Mary (que no era la dueña de la casa, sino solo la encargada) había sido prostituta en su día y lo parecía. Vivir en un sitio así era una deshonra incluso para los estándares de Lambeth Cut. Las mujeres te miraban con desdén al verte pasar, los hombres demostraban un interés ofensivo. El judío de la esquina, el dueño de Knockout Trousers Ltd., era el peor de todos. Se trataba de un joven grueso de unos treinta años con mejillas prominentes y rubicundas y el pelo tan negro y rizado que parecía astracán. Se pasaba doce horas al día en la acera gritando con voz estentórea que no se podían encontrar pantalones más baratos en Londres y obstruyendo el paso a los viandantes. Bastaba con que uno se detuviera solo una fracción de segundo para que lo cogiera del brazo y lo metiera por la fuerza en su tienda. Una vez dentro, sus modales se volvían francamente amenazadores. Si decías algo despectivo sobre sus pantalones se mostraba dispuesto a pelearse contigo y los más pusilánimes compraban sus pantalones por puro terror físico. Sin embargo, pese a estar tan ocupado, estaba siempre ojo avizor a las «pájaras», como las llamaba él, y Dorothy parecía fascinarla más que las demás pájaras. Había comprendido que no era una prostituta, pero, según su razonamiento, si vivía en casa de Mary, debía estar a punto de convertirse en una. Solo de pensarlo se le hacía la boca agua. Cuando la veía venir por el callejón se ponía en la esquina sacando pecho y mirándola con ojos lascivos («¿Estás dispuesta a empezar ya?», parecía decir su mirada), y le daba disimuladamente un pellizco en el trasero.

La última mañana de su estancia en casa de Mary, Dorothy bajó las escaleras y miró con una vaga esperanza la pizarra que había en el vestíbulo donde se escribían con tiza los nombres de los huéspedes que habían recibido alguna carta. No había ninguna para «Ellen Millborough». Asunto decidido; no le quedaba más posibilidad que marcharse. No se le ocurrió hacer lo que hacían las demás mujeres, es decir, inventarse una historia y tratar de conseguir una noche de alojamiento gratis. Se limitó a salir a la calle y ni siquiera tuvo valor de decirle a Mary que se marchaba.

No tenía ningún plan, absolutamente ninguno. Quitando media hora a mediodía en que gastó tres peniques de sus últimos cuatro en té con tostadas y margarina, pasó el día en la biblioteca pública de Lambeth leyendo los semanarios. Por la mañana leyó *The Barber's Record* y por la tarde *Cage Birds*. Fueron los únicos que pudo encontrar, pues había siempre tantos ociosos en la biblioteca que uno tenía que pelearse si quería conseguir un periódico. Los leyó de cabo a rabo, incluidos los anuncios. Estudió horas y horas tecnicismos del estilo de «Cómo suavizar las navajas de afeitar», «¿Por qué los cepillos eléctricos para el pelo son poco higiénicos?», «¿Es la colza un buen alimento para los canarios?». Era la única ocupación de la que se sentía

capaz. Se encontraba en un extraño estado letárgico en el que le resultaba más fácil interesarse por «Cómo suavizar las navajas de afeitar» que por su propio y desesperado destino. Había dejado de sentir temor. Era totalmente incapaz de pensar en el futuro, ni siquiera en aquella noche. Lo único que sabía era que tendría que dormir en la calle y tampoco eso le preocupaba demasiado. De momento tenía *Cage Birds* y *The Barber's Record* y curiosamente le resultaban absorbentes e interesantes.

A las nueve en punto llegó el encargado con una pértiga en forma de gancho, apagó las luces de gas y luego cerraron la biblioteca. Dorothy giró a la izquierda por Waterloo Road en dirección al río. Se detuvo un momento en el puente peatonal de hierro. Soplaban el viento nocturno. Espesos bancos de niebla se alzaban como dunas sobre el río y el viento los arrastraba en remolinos en dirección noreste por toda la ciudad. Un jirón de niebla envolvió a Dorothy atravesando su ropa fina y la hizo estremecer con un repentino avance del frío nocturno. Siguió andando y llegó, por ese proceso gravitatorio que arrastra al mismo sitio a todos los que no tienen dónde dormir, a Trafalgar Square.

CAPÍTULO TRES

I

(ESCENA: Trafalgar Square. Apenas visibles entre la niebla, una docena de personas —entre ellas Dorothy— agrupadas en uno de los bancos que hay cerca de la pared del lado norte.)

CHARLIE (cantando): ¡Ave María, ave María, ave Maaría...!

(El Big Ben da las diez.)

SNOUTER (imitando el sonido): ¡Ding, dong, ding, dong! Calla esa —boca, ¿quieres? Aún tenemos que pasar siete horas en esta — plaza antes de que podamos echarnos y dormir un poco. ¡Maldita sea!

EL SEÑOR TALLBOYS (para sus adentros): Non sum qualis eram boni sub regno Edwardi! En mis días de inocencia, antes de que el demonio me llevase a un lugar elevado y me soltara sobre los periódicos dominicales..., es decir, cuando era rector de ese condenado pueblecito de Fawley en Dewsbury.

DEAFIE (cantando): Bartolo tenía una flauta, con un agujero solo...

LA SEÑORA WAYNE: ¡Ah, querida!, en cuanto te eché la vista encima supe que eras toda una señora. Tú y yo sabemos lo que es venir a menos, ¿eh, querida? Nosotras no somos como esos de ahí.

CHARLIE (cantando): ¡Ave María, ave María, ave Maaaría, llena eres de gracia!

LA SEÑORA BENDIGO: Y encima se cree un buen marido, ¿eh? ¡Cuatro libras a la semana en Covent Garden y tiene a su mujer pasando la noche al raso en esta condenada plaza! ¡Menudo marido!

EL SEÑOR TALLBOYS (para sus adentros): ¡Días felices, días felices! ¡Mi iglesia cubierta de hiedra en la falda de la colina..., mi casa de tejas rojas dormitando entre tejos isabelinos! ¡Mi biblioteca, mi parra, mi cocinera, la criada y el jardinero! ¡Una cuenta en el banco y mi nombre en Crockford! Mi traje negro de corte irreprochable, mi alzacuellos, mi sotana de muaré en el recinto de la iglesia...

LA SEÑORA WAYNE: Claro que lo que le agradezco a Dios, querida, es que mi pobre madre no viviera lo bastante para verme. Porque si hubiese visto a su hija mayor a quien crio con leche recién ordeñada y sin reparar en gastos...

LA SEÑORA BENDIGO: ¡Menudo marido!

GINGER: Venga, vamos a tomar un poco de té ahora que todavía estamos a tiempo. El último que tomaremos hoy..., los cafés cierran a las diez y media.

EL JUDÍO: ¡Jesús! ¡Este dichoso frío acabará conmigo! No llevo nada debajo de los pantalones. ¡Jeeesús!

CHARLIE (cantando): ¡Ave María, ave María...!

SNOUTER: ¡Cuatro peniques! ¡Cuatro peniques después de seis — horas mendigando en la calle! Y ese cabrón entrometido de la pata de palo aguándonos la fiesta en todas las tabernas entre Aldgate y Mile End Road. ¡Con esa pata de palo de — y las medallas de guerra que ha comprado en Lambeth Cut! ¡El muy desgraciado!

DEAFIE (cantando): Bartolo tenía una flauta con un agujero solo...

LA SEÑORA BENDIGO: Al menos le he dejado claro a ese desgraciado lo que pensaba de él. «¿Y tú te crees un hombre? He visto cosas mejores que tú en los orinales del hospital», eso le he dicho...

EL SEÑOR TALLBOYS (para sus adentros): ¡Días felices, días felices! ¡Rosbif, aldeanos respetuosos y la paz de Dios que reinaba sobre todas las cosas...! ¡Los domingos por la mañana subía a mi púlpito de roble, el aroma de las flores recién cortadas y el frufrú de las sobrepellices se mezclaba con el aire dulzón que rodea el cadáver! Y las tardes de verano, cuando el sol se colaba por la ventana de mi despacho, tomaba el té rodeado de fragantes volutas de tabaco Cavendish y hojeaba soñoliento algún volumen en holandesa: Las obras poéticas del caballero William Shenstone, o las Reliquias

de la poesía antigua inglesa, de Percy J. Lemprière, Doctor en Teología, profesor de teología inmoral...

GINGER: Vamos, ¿quién quiere un poco de té? Tenemos té y azúcar. La cuestión es, ¿quién tiene un poco de azúcar?

DOROTHY: ¡Qué frío hace! ¡Se le mete a una en los huesos! No seguirá así toda la noche, ¿verdad?

LA SEÑORA BENDIGO: ¡Calla ya! No soporto a esas furcias lloronas.

CHARLIE: ¡Puñetero río! Mirad la niebla que sube por la columna. A este paso le helará los dedos al bueno de Nelson antes de que amanezca.

LA SEÑORA WAYNE: Claro que entonces todavía teníamos nuestra pequeña tienda de tabaco y golosinas de la esquina, ¿sabe?

EL JUDÍO: ¡Jeesús! ¡Déjame el abrigo, Ginger! ¡Se me está helando el culo!

SNOUTER: ¡—— traidor! ¡Tendrá suerte si no le reviento la barriga a patadas cuando lo coja!

CHARLIE: Son gajes del oficio, chico, gajes del oficio. Hoy esta condenada plaza y mañana un lecho de plumas. ¿Qué esperabas de un puñetero jueves?

LA SEÑORA BENDIGO: ¡Quite de ahí, abuelo, quite! ¿Para qué quiero tener su piojosa cabeza sobre mi hombro si soy una mujer casada?

EL SEÑOR TALLBOYS (para sus adentros): Predicando y cantando himnos no tenía rival. Mi «Arriba los corazones» era famoso en toda la diócesis. Dominaba todos los estilos: el ritualista, el no ritualista, los maullidos guturales anglocatólicos, la voz tonante de los anglicanos y el gemido gangoso donde todavía perduran los relinchos de nuestros clericales antepasados...

DEAFIE (cantando): Con un agujero solo...

GINGER: ¡Quita las zarpas del puñetero abrigo, condenado judío! No pienso prestártelo, estás cubierto de piojos.

CHARLIE (cantando):

Igual que, acalorado por la caza,
jadea el ciervo en pos del agua fresca...

LA SEÑORA MCELLIGOT (en su sueño): ¿Eres tú, querido Michael?

LA SEÑORA BENDIGO: Apostaría a que ese desgraciado rastrero tenía ya otra mujer cuando se casó conmigo.

EL SEÑOR TALLBOYS (con voz engolada y en tono nostálgico y teatral): Si alguno de los presentes sabe de algún impedimento por el que estas dos personas no deban unirse en santo matrimonio...

EL JUDÍO: ¡Un amigo! ¡Un puñetero amigo! ¡Y no quiere prestar su condenado abrigo!

LA SEÑORA WAYNE: Bueno, ya que lo dices, querida, tengo que admitir que no soy de las que dicen no a una tacita de té. Cuando vivía mi pobre madre, tomábamos una tetera tras otra...

NOSY WATSON (hablando enfadado para sus adentros): ¡——...! Meterme en ese lío y tendernos una trampa antes de que pudiéramos acabar el trabajo. ¡Puñetero ——!

DEAFIE (cantando): Bartolo tenía una flauta...

LA SEÑORA MCELLIGOT (medio dormida): Pobre Michael... Era tan cariñoso. Sincero y cariñoso... No miré a ningún otro desde que lo conocí junto al matadero Kronk y me regaló el kilo de salchichas que le habían dado para cenar en los International Stores.

LA SEÑORA BENDIGO: Bueno, a este paso no tomaremos el puñetero té hasta mañana a estas horas.

EL SEÑOR TALLBOYS (salmodiando nostálgico): ¡Junto a los canales de Babilonia nos sentamos y lloramos con nostalgia de Sión...!

DOROTHY: ¡Qué frío!

SNOUTER: No pienso pasar otra noche en la calle antes de Navidad. Mañana dormiré en una cama aunque tenga que arrancarle las tripas.

NOSY WATSON: Un polizonte, ¿eh? ¡Smith, de la brigada móvil! ¡Un Judas más bien! Lo único que saben hacer es acosar a los delincuentes con antecedentes a quienes ningún juez dará la menor oportunidad.

GINGER: Bueno, voy a por el té. ¿Quién tiene un par de monedas para el agua?

LA SEÑORA MCELLIGOT (despertándose): ¡Ay, Dios, ay Dios! Creo que me he roto la espalda. ¡Santo Dios, hay que ver cómo se clava este banco en los riñones! Estaba soñando que estaba calentita en la cama con una tacita de té y dos tostadas con mantequilla esperando en la mesilla. Ya no volveré a conciliar el sueño hasta mañana en la biblioteca pública de Lambeth.

EL ABUELO (sacando la cabeza por el abrigo como una tortuga en su concha): ¿Qué dices, chico? ¡Pagar por el agua! ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en la calle, so ignorante? ¿Pagar por un poco de agua? ¡Anda y que te zurzan, chico! No compres nunca lo que puedas mendigar y no mendigues lo

que puedas robar. Ese es mi consejo..., cincuenta años en la calle, hombre y chico. (Vuelve a meterse en el abrigo.)

EL SEÑOR TALLBOYS (salmodiando): ¡Criaturas todas del Señor...!

DEAFIE (cantando): Bartolo tenía una flauta...

CHARLIE: ¿Quién te trincó, Nosy?

EL JUDÍO: ¡Oh, Jeeeesús!

LA SEÑORA BENDIGO: ¡Muévase, muévase! Se han creído que este condenado banco es suyo...

EL SEÑOR TALLBOYS (cantando): ¡Oh, criaturas todas del Señor! ¡Maldecidlo y vilipendiadlo por los siglos!

LA SEÑORA MCELLIGOT: Toda la vida he dicho que los pobres católicos siempre acabamos tirados por ahí.

NOSY WATSON: Smithy. De la brigada móvil..., un — móvil. Si hasta nos proporcionó los planos de la casa, luego resultó que había una furgoneta llena de polizontes esperándonos y nos trincaron a todos. Lo dejé escrito en el furgón:

El detective Smith está hecho un abusón,
ve y dile de mi parte que es un —.

SNOUTER: ¡Eh! ¿Qué pasa con el — té? Vamos, condenado judío, cierra la boca y ve a por el jarro. Y no se te ocurra pagar nada. Sácaselo a esa vieja puta. Lloriquéale. Dale un poco de lástima.

EL SEÑOR TALLBOYS (salmodiando): ¡Oh, hijos de los hombres, maldecid al Señor y vilipendiadlo por los siglos!

CHARLIE: ¡Qué! ¿Así que Smithy también está corrompido?

LA SEÑORA BENDIGO: ¿Sabéis, chicas?, lo que más me revienta es pensar en ese — de mi marido roncando debajo de cuatro mantas mientras yo me hieló de frío en esta — plaza. No lo puedo digerir. — desnaturalizado.

GINGER (cantando): «¡Ahí van..., tan contentos...!» No cojas esa lata que dentro hay una salchicha, — judío.

NOSY WATSON: ¿Corrompido? ¿Corrompido? ¡Un cubo de la basura está menos podrido que él! No hay uno solo de esos — traidores de la brigada móvil tan capaz de vender a su abuela por dos libras y media y luego sentarse en su tumba a comer unas patatas fritas. ¡Soplón asqueroso!

CHARLIE: ¡Menuda faena! ¿Cuántas condenas te han caído al final?

GINGER (cantando):

¡Ahí van tan contentos,
feliz ella..., feliz él...!

NOSY WATSON: Catorce. Así no hay nada que hacer.

LA SEÑORA WAYNE: ¡Qué! ¿Es que no te mantiene?

LA SEÑORA BENDIGO: No, estoy casada con este, ¡——!

CHARLIE: A mí nueve.

EL SEÑOR TALLBOYS (salmodiando): ¡Oh, Ananías, Azarías y Misael, maldecid al Señor, maldecidlo y vilipendiadlo eternamente!

GINGER (cantando):

¡Ahí van tan contentos,
feliz ella..., feliz él...!
¡Y yo aquí,
con el corazón destrozado!

¡Dios llevo tres días sin afeitarme! ¿Cuánto hace que no te lavas la cara, Snouter?

LA SEÑORA MCELLIGOT: ¡Ay, Dios mío! Como ese chico no vuelva pronto con el té se me van a quedar las tripas más secas que un condenado arenque.

CHARLIE: Vosotros no tenéis ni idea de cantar. Deberíais oírnos a Snouter y a mí en Navidad, cuando cantamos «El buen rey Wenceslao» a la puerta de las tabernas. Y también himnos. Los tipos del bar se frotan los ojos al oírnos. ¿Recuerdas cuando fuimos por error dos veces al mismo bar? Esa vieja furcia casi nos arranca las tripas.

EL SEÑOR TALLBOYS (desfilando de aquí para allá detrás de un tambor imaginario y salmodiando a la vez):

Todas las cosas viles y detestables,
todas las criaturas grandes y pequeñas...
(El Big Ben da las diez y media.)

SNOUTER (imitando el reloj): ¡Ding, dong, ding, dong! ¡Aún quedan seis —— horas y media más! ¡Demonios!

GINGER: El judío y yo birlamos cuatro cuchillas de afeitar en Woolsworths la otra tarde. Mañana me lavaré en una condenada fuente si

puedo mendigar un poco de jabón.

DEAFIE: Cuando era mayordomo en la naviera P&O nos encontrábamos indios a dos días de la costa en unas canoas enormes que llaman catamaranes, cazando tortugas tan grandes como una mesita de noche.

LA SEÑORA WAYNE: ¿Así que antes era usted clérigo?

EL SEÑOR TALLBOYS (haciendo una pausa): De la orden de Melquisedec. Y nada de «antes», señora. Quien ha sido sacerdote, lo es para siempre. Hoc est corpus hocus pocus. Aunque no llevemos sotana y nos haya arrancado el alzacuello públicamente el obispo de la diócesis.

GINGER (cantando): ¡Ahí van..., tan contentos...! ¡Gracias a Dios! ¡Ahí viene el judío! ¡A ver cuánto ha costado!

LA SEÑORA BENDIGO: ¡No, hasta que no sea estrictamente necesario!

CHARLIE: ¿Por qué te echaron, amigo? ¿La historia de siempre? ¿Dejaste embarazadas a las niñas del coro?

LA SEÑORA MCELLIGOT: Has tardado lo tuyo, ¿eh, jovencito? Pero, venga, dame un sorbo antes de que se me caiga la lengua de la puñetera boca.

LA SEÑORA BENDIGO: ¡Muévase, abuelo! ¡Se ha sentado encima de mi paquete de azúcar!

EL SEÑOR TALLBOYS: Lo de niñas es un eufemismo. Solo las consabidas cazadoras de curas solteros. Gallinas de iglesia, meapilas y beatas que se vuelven huesudas y desesperadas. Hay un demonio que las posee al cumplir los treinta y cinco.

EL JUDÍO: La muy — no quería darme agua caliente. Tuve que pedirle dinero a uno por la calle y pagar un penique.

SNOUTER: ¡No te lo crees ni tú! Seguro que te has bebido la mitad por el camino.

EL ABUELO (emergiendo del abrigo): Un jarro de té, ¿eh? Me lo bebería entero. (Eructa ligeramente.)

CHARLIE: ¿Cuando las tetas se les ponen como condenadas badanas de barbero? Ya sé.

NOSY WATSON: ¡Vaya — de té! Aunque es mejor que el chocolate que nos daban en el trullo. Pásame el bote, amigo.

GINGER: Espera que agujeree esta lata de leche. La bolsa o la vida, supongo.

LA SEÑORA BENDIGO: ¡Cuidado con el azúcar! Se nota que no lo has

pagado tú.

EL SEÑOR TALLBOYS: «Cuando las tetas se les ponen como badanas de barbero.» Es usted muy ocurrente. El Pippin's Weekly prestó mucha atención al caso: «La aventura secreta del cura. Revelaciones íntimas». Y también se publicó una carta abierta en John Bull: «A una mofeta con piel de pastor». Fue una lástima. Me habían propuesto para un ascenso. Mi familia tenía influencias. Nadie diría que mi indigno trasero una vez hundió los afelpados cojines de un sitial catedralicio, ¿verdad?

CHARLIE: Ahí llega Florry. Ya supuse que aparecería en cuanto el té estuviese listo. Esa chica tiene un olfato de buitre para el té.

SNOUTER: ¡Ay!, siempre bebiendo. (Cantando):

Bebiendo, bebiendo y bebiendo,
que a beber no hay quien me gane...

LA SEÑORA MCELLIGOT: Esa pobre chica no tiene cabeza. ¿Por qué no va a Piccadilly Circus donde sacaría cinco chelines al día? No sacará nada pidiendo limosna en la plaza con un montón de míseros vagabundos.

DOROTHY: ¿Es buena esa leche?

GINGER: ¿Buena? (Aplica la boca a uno de los agujeros de la lata y sopla. Un chorro gris y pegajoso gotea por el otro lado.)

CHARLIE: ¿Ha habido suerte, Florry? ¿Qué tal te ha ido con ese ricachón con el que acabo de verte?

DOROTHY: La etiqueta dice «No apta para bebés».

LA SEÑORA BENDIGO: Bueno, no eres ningún bebé, ¿no? No te des tantos humos, que aquí no estamos en Buckingham Palace, querida.

FLORRY: Ese cabrón agarrado solo me invitó a un café y a un cigarrillo. ¿Es té eso que tienes ahí, Ginger? Siempre me has caído bien, Ginger.

LA SEÑORA WAYNE: ¡Eh, que somos trece más!

EL SEÑOR TALLBOYS: Ya que no tenemos cena no hace falta que se ponga así.

GINGER: Vamos, damas y caballeros. El té está servido. Vayan pasando las tazas, por favor.

EL JUDÍO: ¡Oh, Jeesús! ¡No me has servido ni media taza!

LA SEÑORA MCELLIGOT: Bueno, a la salud de todos, porque mañana tengamos una cama mejor. Habría podido dormir en un albergue de la iglesia, pero esos — no te dejan entrar si creen que tienes piojos. (Bebe.)

LA SEÑORA WAYNE: En fin, no puede decirse que sea así como estoy acostumbrada a tomar el té, pero bienvenido sea... (Bebe.)

CHARLIE: Un té excelente. (Bebe.)

DEAFIE: Y también había bandadas de periquitos verdes en los cocoteros. (Bebe.)

EL SEÑOR TALLBOYS:

¡Qué filtros bebí de lágrimas de sirenas,
en inmundos e infernales alambiques destilados!

(Bebe.)

SNOUTER: ¡Lo último que tomaremos hasta las cinco de la — mañana! (Bebe.)

(Florry saca un cigarrillo roto de la media y pide una cerilla. Los hombres, excepto el abuelo, Deafie y el señor Tallboys, se ponen a liar cigarrillos con colillas que han recogido en la acera. Las brasas brillan en la penumbra neblinosa como una extraña constelación cuando los fumadores se sientan en el banco, el suelo o el pretil del muro.)

LA SEÑORA WAYNE: ¡Hay que ver cómo reconforta una taza de té! No es que no eche de menos un mantel limpio y el precioso servicio de porcelana de mi madre y, claro, aquel té de primerísima calidad... Pekoe Points a dos chelines con nueve peniques el medio kilo, pero...

GINGER (cantando):

¡Ahí van tan contentos,
feliz ella..., feliz él...!

EL SEÑOR TALLBOYS (cantando con la melodía del himno alemán):
¡Que no muera la aspidistra...!

CHARLIE: ¿Cuánto tiempo lleváis vosotros en Londres?

SNOUTER: Mañana les voy a dar un repaso a esos borrachos que no van a saber ni cómo se llaman. Conseguiré mi media corona aunque tenga que cogerles de los putos tobillos y sacudirlos...

GINGER: Tres días. Hemos venido de York durmiendo donde podíamos. Dios, tampoco era un lecho de plumas.

FLORRY: No te quedará un poquito de té, ¿verdad Ginger? Bueno, hasta luego, chicos. Os veré a todos mañana por la mañana en Wilkins.

LA SEÑORA BENDIGO: ¡Putilla ladrona! Se bebe nuestro té y luego se

larga sin dar siquiera las gracias. No tiene un segundo que perder.

LA SEÑORA MCELLIGOT: ¿Frío? Sí, te creo. Dormir en la hierba sin mantas hasta el cuello de rocío y luego no hay quien encienda fuego por la mañana y hay que mendigarle al lechero para preparar un poco de té. Sé lo que es de cuando Michael y yo estuvimos vagando por los caminos.

LA SEÑORA BENDIGO: Esa furcia se acostaría incluso con chinos y con negros.

DOROTHY: ¿Cuánto saca cada vez?

SNOUTER: Seis peniques.

DOROTHY: ¿Solo seis peniques?

CHARLIE: Puedes apostar la vida. Lo haría por una colilla cuando se acerque la mañana.

LA SEÑORA MCELLIGOT: Yo no lo haría por menos de un chelín.

GINGER: El judío y yo dormimos una noche en un cementerio. Cuando desperté por la mañana vi que me había acostado en una puñetera tumba.

EL JUDÍO: Y además está hasta las cejas de ladillas.

LA SEÑORA MCELLIGOT: Michael y yo pasamos una noche en una pocilga. Estábamos colándonos en su interior cuando Michael dijo: «¡Madre de Dios...!, ahí dentro hay un cerdo». «Pues por mí que le zurzan, así estaremos más calientes», respondí. Así que entramos y vimos una cerda tumbada de lado, roncando como un tractor. Me acerqué, le pasé el brazo por encima y vaya si estuve calentita. He dormido en sitios peores.

DEAFIE (cantando): Con un agujero solo...

CHARLIE: El viejo Deafie, dale que dale, ¿eh? Dice que es un sonsonete que lleva dentro...

EL ABUELO: Cuando era niño la gente no vivía de pan con margarina, té y esas porquerías. Teníamos un estómago a prueba de bomba. Estofado de carne, morcillas, empanadas de beicon, morro de cerdo. Comíamos como gallos de pelea por seis peniques. Llevo cincuenta años por los caminos. Recogiendo patatas, guisantes, nabos o cuidando corderos..., lo que sea, durmiendo en la paja húmeda y sin llenar la panza ni un solo día del año. En fin... (Se retira dentro de su abrigo.)

LA SEÑORA MCELLIGOT: Aunque Michael era muy valiente. Se metía en cualquier parte. Más de una vez nos colamos en una casa vacía y dormimos en una cama de las mejores. «La gente tiene casa. ¿Por qué no íbamos a tener una nosotros?», decía siempre.

GINGER (cantando): Pero bailo con lágrimas en los ojos...

EL SEÑOR TALLBOYS (para sus adentros): Absumet haeres Caecuba dignior! ¡Pensar que me quedaban veintiuna botellas de Clos Saint-Jacques de 1911 la noche que nació el bebé y partí para Londres en el tren lechero...!

LA SEÑORA WAYNE: Y no se imagina la cantidad de coronas de flores que nos enviaron cuando murió nuestra madre. Muchísimas...

LA SEÑORA BENDIGO: Si volviera a nacer me casaría por dinero.

GINGER (cantando):

¡Pero bailo con lágrimas en los ojos,

porque no eres tú la chica que tengo en mis brazos!

NOSY WATSON: No hacéis más que quejaros. ¿Y yo qué, pobre de mí? A vosotros no os metieron en el trullo a los dieciocho por culpa de una denuncia, ¿verdad?

EL JUDÍO: ¡Oh, Jeeesús!

CHARLIE: Ginger, cantas peor que un puñetero gato con dolor de tripas. Escucha y verás. Yo te enseñaré. (Cantando): Jesús, que amas mi alma...

EL SEÑOR TALLBOYS (para sus adentros): Et ego in Crockford... Con obispos, arzobispos y toda la cohorte celestial...

NOSY WATSON: ¿Sabéis quién me envió al trullo la primera vez? La soplona fue mi propia hermana... ¡sí, mi condenada hermana! No se puede ser más idiota. Se casó con un fanático religioso, tan fanático que ahora tiene quince hijos..., él la animó a denunciarme. Pero os aseguro que supe cobrarme mi venganza. Lo primero que hice al salir del trullo fue comprar un martillo, presentarme en casa de mi hermana y dejarles el piano reducido a viruta. «¡Eso es lo que has sacado por delatarme, soplona entrometida!», le dije.

DOROTHY: ¡Qué frío, qué frío! Ya no siento los pies.

LA SEÑORA MCELLIGOT: Ese condenado té no calienta mucho tiempo, ¿verdad? Yo también estoy helada.

EL SEÑOR TALLBOYS (para sus adentros): ¡Mis días de sacerdocio, mis días de sacerdocio! ¡Mis mercadillos benéficos y mis bailes populares para arreglar el césped de la iglesia; mis charlas a las Madres Cristianas sobre las misiones en la China occidental con catorce imágenes de linterna mágica!; el club infantil de cricket, solo para abstemios; las clases de confirmación; las charlas sobre la castidad una vez al mes, ¡mis orgías con los boy scouts! Los lobeznos soltarán el gran aullido; los consejos domésticos para la revista de la parroquia: «Los cartuchos de tinta vacíos pueden usarse como enemas para

canarios...».

CHARLIE (cantando): Jesús, que amas mi alma...

GINGER: ¡Ahí viene ese maldito pies planos! Levantad todos del suelo. (El abuelo emerge del abrigo.)

EL POLICÍA (sacudiendo a los durmientes del banco de al lado): ¡Vamos, despertad, despertad! ¡Arriba! Idos a casa si queréis dormir. Esto no es una casa de huéspedes. ¡Arriba!

LA SEÑORA BENDIGO: Es ese marica que va buscando un ascenso. Si pudiese no nos dejaría ni respirar.

CHARLIE (cantando):

Jesús, que amas mi alma,
acógeme en tu seno...

EL POLICÍA: ¡Eh, tú, calla de una vez! ¿Qué te has creído que es esto? ¿Una reunión baptista? (Al judío.) ¡Vamos, despierta de una vez y cuidadito conmigo!

CHARLIE: No puedo evitarlo, sargento. Soy cantarín por naturaleza. Me sale sin querer.

EL POLICÍA (empujando a la señora Bendigo): ¡Vamos, abuela, despierte!

LA SEÑORA BENDIGO: ¡Abuela! ¿Ahora resulta que soy abuela? ¡Pues, si lo soy, espero que ninguno de mis puñeteros nietos sea como usted! Y le confiaré otro secreto, oficial. La próxima vez que quiera sentir las manazas grasientas de un hombre en mi cuello, no serán las tuyas. Buscaré a alguien más atractivo.

EL POLICÍA: ¡Vamos, vamos! No hay por qué insultar a nadie. No hago más que cumplir órdenes. (Sale majestuosamente.)

SNOUTER (murmurando): ¡Vete al infierno, hijo de ———!

CHARLIE (cantando):

¡Cuando las aguas se agitan
y aún no ha pasado la tempestad!

Canté de bajo en el coro los dos últimos años que pasé en la prisión de Dartmoor, vaya que sí.

LA SEÑORA BENDIGO: ¡Así se pudra! (Gritándole al policía.) ¿Por qué no va a perseguir ladrones en lugar de molestar a una mujer casada y respetable?

GINGER: ¡A dormir, chicos! Ya se ha ido. (El abuelo se retira a su abrigo).

NOSY WATSON: ¿Qué tal son las cosas en Dartmoor últimamente? ¿Dan mermelada en el desayuno?

LA SEÑORA WAYNE: Por supuesto, se entiende que no quieran que la gente duerma en la calle, imagine lo que pasaría si lo hiciese todo el mundo que no tiene casa propia..., me refiero a la gentuza.

EL SEÑOR TALLBOYS (para sus adentros): ¡Días felices, días felices! Las excursiones con las girl guides en el bosque de Epping, el carruaje y el caballo roano de alquiler, yo en el pescante con mi traje de franela gris, mi sombrero de paja y una discreta corbata de seglar. Los bollos y la zarzaparrilla bajo los verdes olmos. Veinte girl guides piadosas pero amigas de corretear entre los altos helechos, y yo, un cura alegre jugando con ellas, dándoles pellizcos en el trasero in loco parentis...

LA SEÑORA MCELLIGOT: Di lo que quieras de dormir, pero mis pobres y viejos huesos no van a descansar mucho esta noche, ya no duermo tan bien como cuando estaba con Michael.

CHARLIE: Mermelada no, pero dan queso dos veces por semana.

EL JUDÍO: ¡Oh, Jesús! No lo soporto más. Me voy al albergue municipal.

(Dorothy se pone en pie y tiene las rodillas tan entumecidas por el frío que está a punto de caerse.)

GINGER: Lo único que conseguirás es que te envíen al puñetero hospicio. ¿Qué os parece ir mañana por la mañana a Covent Garden? Podemos mendigar unas manzanas si llegamos lo bastante pronto.

CHARLIE: Te aseguro que acabé de Dartmoor hasta el bigote. Nos las hicieron pasar canutas por quedarnos con la pensión de unas viejas. Unas fulanas de setenta años. Nos llevamos nuestro merecido. Nos tuvieron a pan y agua y encadenados a la pared. Casi acaban con nosotros.

LA SEÑORA BENDIGO: ¡De eso nada! No mientras mi puñetero marido siga por allí. Con un ojo morado a la semana tengo bastante, gracias.

EL SEÑOR TALLBOYS (salmodiando nostálgico): En los sauces de su recinto colgábamos nuestras cítaras...

LA SEÑORA MCELLIGOT: ¡Aguanta, chica! Da patadas contra el suelo para que circule la sangre. Te llevaré a dar un paseo hasta Saint Paul en un par de minutos.

DEAFIE (cantando): Con un agujero solo...

(El Big Ben da las once.)

SNOUTER: ¡Otras seis — horas! ¡Demonios!

(Pasa una hora. El Big Ben deja de dar las campanadas. La niebla se aclara y el frío aumenta. Una luna de cara sucia aparece asomando entre las nubes por el sur.

En los bancos queda una docena de ancianos endurecidos, que se las arreglan para dormir acurrucados y arrebujaados en sus abrigos. De vez en cuando gimen en sueños. Los demás se habían desperdigado en todas las direcciones con intención de pasar la noche andando para que circule la sangre, pero casi todos han vuelto a la plaza a medianoche. Otro policía entra de servicio. Hace la ronda por la plaza cada media hora y escudriña las caras de los durmientes, pero los deja en paz tras asegurarse de que están dormidos y no muertos. En torno a cada banco pulula un grupo de personas que se turnan para sentarse y a quienes el frío obliga a levantarse cada dos minutos. Ginger y Charlie llenan dos jarras de agua en las fuentes y se marchan con la vana esperanza de preparar un poco de té en el fuego de las obras de Chandos Street, pero encuentran a un policía durmiendo junto al fuego que les echa de allí. El judío desaparece de pronto, probablemente para implorar una cama en el albergue municipal. A eso de la una circula el rumor de que una mujer está sirviendo café caliente, bocadillos de jamón y paquetes de cigarrillos debajo del puente de Charing Cross, todos se apresuran a ir allí, pero el rumor resulta ser infundado. Cuando vuelve a llenarse la plaza el incesante cambio de sitio en los bancos se acelera tanto que termina recordando al juego de las sillas musicales. Sentándose con las manos en los sobacos es posible conciliar un poco el sueño, o dar una cabezada de uno o dos minutos. En ese estado el tiempo transcurre muy despacio. Uno se hunde en sueños complejos y turbadores en los que sigue siendo consciente del lugar donde se encuentra y el frío terrible. La noche se vuelve más despejada y fría con cada minuto que pasa. Se oye un coro de sonidos diversos, gemidos, maldiciones, carcajadas y canturreos y, de fondo, un incontrolable castañeteo de dientes.)

EL SEÑOR TALLBOYS (salmodiando): ¡Me derramo como agua, se me descoyuntan los huesos...!

LA SEÑORA MCELLIGOT: Ellen y yo hemos estado dos horas dando vueltas por la City. Creedme que parece una tumba con esas farolas iluminándolo todo y ni un alma por la calle quitando a los pies planos que patrullan en parejas.

SNOUTER: ¡La una y cinco y no he probado bocado desde la cena! Aunque ¿qué se puede esperar de una — noche como esta?

EL SEÑOR TALLBOYS: Una noche para beber, diría yo. Aunque sobre gustos no hay nada escrito. (Salmodiando.) ¡Seca como una teja mi garganta, la lengua pegada al paladar...!

CHARLIE: ¿Sabéis? Nosy y yo acabamos de dar un golpe. Resulta que hemos pasado por delante del escaparate de un estanco lleno de esas cajetillas de tabaco Gold Flake tan bonitas y va Nosy y dice: «¡Qué demonios, me voy a fumar unos cigarrillos de esos aunque me cueste la cárcel!», se envuelve el brazo en la bufanda, espera a que pase una puñetera furgoneta para que amortigüe el ruido, luego rompe el cristal y cogemos doce cartones y echamos a correr como alma que lleva el diablo. ¡Y cuando volvemos la esquina y los abrimos no había ningún puñetero cigarrillo dentro! Las cajetillas estaban todas vacías. Lo que me he reído.

DOROTHY: Se me doblan las rodillas. No me tengo en pie.

LA SEÑORA BENDIGO: ¡Puñetero marica! Echar a una mujer a la calle una noche así. Espera a que lo pille borracho la noche del sábado y se la devolveré. Le voy a hacer papilla. Lo pienso hacer trizas a planchazo limpio.

LA SEÑORA MCELLIGOT: ¡Eh, deje sitio para que se siente la chica! Apóyate en el bueno del abuelo, querida, yo te abrazaré. Tengo piojos, pero al menos estarás calentita.

GINGER (marcando el paso): Lo único que se puede hacer es dar patadas contra el suelo. Que alguien cante algo y todos desfilaremos al paso.

EL ABUELO (despertando y emergiendo): ¿Qué pasa? (Todavía adormilado echa la cabeza hacia atrás con la boca abierta y la nuez asomando de su arrugada garganta como la hoja de un hacha de guerra india.)

LA SEÑORA BENDIGO: Si otras hubiesen tenido que aguantar lo que he aguantado yo le habrían echado arsénico en el puñetero té.

EL SEÑOR TALLBOYS (golpeando un tambor imaginario y cantando): ¡Marchad, huestes de infieles...!

LA SEÑORA WAYNE: ¡La verdad es que si alguien nos hubiese dicho en los viejos tiempos cuando estábamos sentados junto a la chimenea, con la tetera bien caliente y un plato de bollos tostaditos recién traídos de la panadería...! (El castañeteo de los dientes le impide continuar.)

CHARLIE: Nada de música de iglesia, chico. Escucha, te cantaré algo que de verdad se puede bailar.

LA SEÑORA MCELLIGOT: No hable usted de bollos, señora. Tengo las tripas pegadas a la espalda.

(Charlie se pone en pie, se aclara la garganta y con voz tonante se pone a cantar una canción titulada «Bill, el marinero juerguista». Una carcajada que es casi un escalofrío recorre a la gente del banco. Todos cantan la canción en voz alta, llevando el ritmo con el pie y dando palmadas. Los que están sentados codo con codo se balancean de forma grotesca a un lado y al otro

moviendo los pies como si pisaran los pedales de un órgano. Incluso la señora Wayne se une al cabo de un momento riendo a pesar suyo. Todos se ríen aunque les castañeteen los dientes. El señor Tallboys va y viene detrás de su enorme barriga haciendo como si portara una cruz o un estandarte. La noche está muy despejada y un viento helado recorre de vez en cuando la plaza. Las patadas y las palmadas adquieren un ritmo frenético mientras la gente nota cómo el frío mortal se les cuela en los huesos. Luego ven al policía que llega haciendo su ronda por el extremo este de la plaza y dejan de cantar.)

CHARLIE: ¡Ya lo veis! No diréis que un poco de música no calienta los huesos.

LA SEÑORA BENDIGO: ¡Este condenado viento! Y ni siquiera llevo puestas unas enaguas, el muy cabrón me echó a patadas y no me dio tiempo de ponérmelas.

LA SEÑORA MCELLIGOT: En fin, gracias a Dios la iglesia de Gray's Inn Road pronto tendrá horario de invierno y al menos tendremos un techo para guarecernos de noche.

EL POLICÍA: ¡Vaya, vaya! ¿Pensáis que estas son horas de ponerse a cantar como en una condenada casa de fieras? Si no guardáis silencio tendré que enviaros a todos a casa.

SNOUTER (en voz baja): ¡Hijo de ———!

GINGER: Sí, te dejan dormir en el condenado suelo de piedra con unos periódicos a modo de mantas. Para eso casi prefiero la plaza. Dios, ojalá estuviera en el puñetero refugio.

LA SEÑORA MCELLIGOT: Sí, pero te dan una taza de Horlicks y dos rebanadas de pan. Más de una vez me he alegrado de poder dormir ahí.

EL SEÑOR TALLBOYS (salmodiando): ¡Yo me alegré cuando me dijeron que entraríamos en la casa del Señor...!

DOROTHY (poniéndose en pie de un salto): ¡Qué frío, qué frío! No sé si es peor estar sentado o de pie. ¿Cómo pueden ustedes soportarlo? ¿No irán a decirme que pasan así todas las noches?

LA SEÑORA WAYNE: No vayas a pensar, querida, que algunos de los presentes no hemos recibido una educación respetable.

CHARLIE (cantando): ¡Animaos, hombre, que pronto moriréis! ¡Dios bendito! ¡Tengo los dedos azules! (Vuelve a marcar el paso y se golpea con los brazos en los costados.)

DOROTHY: ¡Oh!, ¿pero cómo pueden ustedes resistirlo? ¿Cómo pueden seguir así, noche tras noche, año tras año? ¡Es imposible vivir así! Es tan

absurdo que parecería increíble si uno no supiera que es verdad. ¡Es imposible!

SNOUTER: ¡Pregúntame a mí si es posible!

EL SEÑOR TALLBOYS (en tono campanudo y clerical): Con la ayuda de Dios todo es posible.

(Dorothy se desploma en el banco con las rodillas temblorosas.)

CHARLIE: Bueno, es la una y media o nos movemos o hacemos una pirámide en ese condenado banco. A menos que queráis quedaros tiesos. ¿Quién se viene a dar un saludable paseíto hasta la Torre de Londres?

LA SEÑORA MCELLIGOT: No seré yo quien dé un paso más esta noche. No siento las puñeteras piernas.

GINGER: ¡Pues hagamos la pirámide! Ya estoy harto de estar aquí. Hagamos una melé en ese banco. ¡Perdone, abuela!

EL ABUELO (soñoliento): ¿Qué pasa? ¿Es que no puede uno dormir un poco sin que lo molesten y lo sacudan?

CHARLIE: ¡Eso es! ¡Apretaos! Muévase, abuelo, y deje sitio para mi trasero. Venga unos encima de otros. Así. No os preocupéis por los piojos. Juntaos como puñeteras sardinas en lata.

LA SEÑORA WAYNE: ¡Eh! ¿Quién le ha dado permiso para sentarse en mi regazo, joven?

GINGER: Siéntese usted en el mío, abuela..., al fin y al cabo viene a ser lo mismo. ¡Vaya! Es la primera mujer a quien abrazo desde Pascua.

(Se amontonan formando una monstruosa pila informe, hombres y mujeres apretados indiscriminadamente, como sapos en la época de la freza. Todos se contorsionan hasta acomodarse y el hedor acre de sus ropas empieza a extenderse. Solo el señor Tallboys sigue desfilando de aquí para allá.)

EL SEÑOR TALLBOYS (declamando): ¡Oh, días y noches, luz y tinieblas, rayos y nubes, maldecid al Señor!

(Deafie emite un sonido extraño e irreproducible cuando alguien se sienta en su diafragma.)

LA SEÑORA BENDIGO: ¡Quita de mi pierna mala! ¿Qué te has creído que soy? ¿Un puñetero sofá?

CHARLIE: ¿Han visto cómo huele el abuelo si te acercas?

GINGER: Hoy va a ser un día de fiesta para los piojos.

DOROTHY: ¡Ay, Dios, Dios!

EL SEÑOR TALLBOYS (deteniéndose): ¿Por qué invocas a Dios, penitente plañidero en tu lecho de muerte? Ten valor e invoca al Diablo como hago yo. ¡Salve, Lucifer, príncipe de los aires (cantando con la melodía de «Santo, santo, santo»), íncubos y súcubos se postran ante ti...!

LA SEÑORA BENDIGO: ¡Cierre el pico, viejo marica blasfemo! Está demasiado gordo para notar el frío, eso es lo que le pasa.

CHARLIE: Vaya trasero tan blandito que tiene usted, abuela. Ginger, vigila por si viene ese puñetero pies planos.

EL SEÑOR TALLBOYS: Maledicite, omnia opera! ¡La misa negra! ¿Por qué no? Quien ha sido sacerdote lo es para siempre. Dadme un mendrugo y obraré el milagro. Velas de azufre, el padrenuestro al revés, el crucifijo boca abajo. (A Dorothy.) Si tuviésemos un macho cabrío negro, usted también podría sernos útil.

(El calor animal de los cuerpos amontonados empieza a notarse. Todos van quedándose adormilados.)

LA SEÑORA WAYNE: No vayan ustedes a pensar que estoy acostumbrada a sentarme en las rodillas de un caballero...

LA SEÑORA MCELLIGOT (soñolienta): Yo iba siempre a la iglesia hasta que aquel condenado cura no quiso darme la absolución por culpa de mi Michael. ¡Carcamal desgraciado...!

EL SEÑOR TALLBOYS (poniéndose muy serio): Per aquam sacramentam quam nunc spargo, signumque crucis quod nunc facio...

GINGER: ¿Quién tiene un cigarrillo? Me he fumado mi puñetera última colilla.

EL SEÑOR TALLBOYS (como si estuviese ante el altar): Queridos y amados hermanos, nos hemos reunido ante los ojos de Dios para solemnizar una blasfemia sacrílega. Él nos ha afligido con la suciedad, el frío, el hambre y la soledad, la viruela y la urticaria, los piojos y las ladillas. Nuestra comida son mendrugos húmedos y trozos de carne que nos dan en paquetes en la puerta de los hoteles. Nuestros placeres son el té caliente, bizcochos de serrín engullidos en sótanos hediondos, escurriduras de bar y posos de cerveza barata, y abrazos de brujas desdentadas. Nuestro destino es la fosa común, dos metros bajo tierra en ataúdes de madera de pino, el albergue subterráneo. Es nuestro deber justo y apropiado maldecirle y vilipendiarle eternamente. Así que con demonios y archidemonios, etcétera, etcétera...

LA SEÑORA MCELLIGOT (soñolienta): Dios santo, estoy medio dormida, si no fuese por algún — que me está aplastando las piernas...

EL SEÑOR TALLBOYS: Amén. Libra al mal de nosotros, y no dejes que

la tentación caiga en nosotros, etcétera, etcétera.

(Al llegar a la primera palabra de la oración rompe el pan sacramental. La sangre mana de él. Se oye el retumbar de un trueno y el paisaje cambia. Dorothy tiene los pies muy fríos. Se distinguen vagamente las formas aladas y monstruosas de los demonios y archidemonios yendo de aquí para allá. Algo, un pico o una garra, se clava en el hombro de Dorothy recordándole que los pies y las manos le duelen por el frío.)

EL POLICÍA (sacudiendo a Dorothy por el hombro): ¡Despierta, despierta, despierta! ¿Es que no tienes abrigo? ¡Estás más pálida que un muerto! ¿Qué haces tumbada ahí con el frío que hace?

(Dorothy repara en que está rígida por el frío. El cielo está despejado y las estrellas titilan como luces eléctricas enormemente lejanas. La pirámide se ha deshecho.)

LA SEÑORA MCELLIGOT: Pobre chica, no está acostumbrada a dormir al sereno como nosotros.

GINGER (moviendo los brazos): ¡Brrr! ¡Uf!, ¡hace un frío pelón!

LA SEÑORA WAYNE: Es una dama de buena familia.

EL POLICÍA: ¿Ah, sí? Vamos, señorita, es mejor que venga conmigo al albergue municipal. Allí le darán una cama. Cualquiera se da cuenta de que está usted por encima de estos otros.

LA SEÑORA BENDIGO: Gracias, oficial, muchas gracias. ¿Habéis oído eso, chicas? Dice que está por encima de nosotras. ¡Qué hombre tan amable! (Dirigiéndose al policía.) Y usted también debe de ser un elegante de Ascot, ¿eh?

DOROTHY: ¡No, no! Déjeme. Prefiero quedarme aquí.

EL POLICÍA: Bueno, como quiera. Me ha parecido que tenía usted muy mal aspecto. Vendré más tarde a ver cómo sigue. (Se aleja dubitativo.)

CHARLIE: Esperad a que ese — doble la esquina y volved a juntaos. Es el único puñetero modo de mantener el calor.

LA SEÑORA MCELLIGOT: Vamos, chica. Métete debajo y deja que te calienten un poco.

SNOUTER: Son las — dos menos diez. Supongo que nada dura eternamente.

EL SEÑOR TALLBOYS (salmodiando): Me derramo como agua, mis huesos se descoyuntan. Mi corazón también se funde como cera caliente en el interior de mi cuerpo...

(Una vez más se amontonan en el banco. Pero la temperatura es apenas de unos grados sobre cero y el viento cada vez es más cortante. La gente mete la cara curtida por la intemperie en el montón como lechones buscando la teta de su madre. Los breves interludios de sopor se reducen a unos pocos segundos y los sueños se vuelven más monstruosos, preocupantes y reales. Hay momentos en que las nueve personas hablan casi con normalidad, momentos en que incluso consiguen bromear sobre su situación y momentos en que se aprietan unos contra otros en una especie de frenesí entre profundos gemidos de dolor. El señor Tallboys se agota de pronto y su monólogo degenera en una sucesión de sinsentidos. Se desploma con su corpachón sobre los demás y casi los ahoga. El montón se deshace. Unos se quedan en el banco, otros caen al suelo y se golpean contra el murete o las piernas de los demás. El policía entra en la plaza y les obliga a levantarse. Ellos obedecen y vuelven a desplomarse en cuanto se marcha. Ninguno de los diez emite ningún sonido quitando algunos ronquidos que parecen más bien gemidos. Sus cabezas se balancean como la de un chino de porcelana cuando se quedan dormidos y vuelven a despertarse rítmicamente como siguiendo el tictac del reloj. Dan las tres en alguna parte. Una voz clama como una trompeta desde el lado este de la plaza: «¡Arriba chicos! ¡Ha llegado el repartidor de periódicos!».)

CHARLIE (despertando de su sueño): ¡Los puñeteros periódicos! ¡Vamos, Ginger, a correr tocan!

(Corren, o arrastran los pies, lo más deprisa que pueden hasta la esquina de la plaza, donde tres jóvenes están repartiendo ejemplares donados por los periódicos matutinos. Charlie y Ginger vuelven con un fajo de periódicos. Los cinco más corpulentos se acomodan en el banco con Deafie y las cuatro mujeres sentadas en sus rodillas; luego, con infinitas dificultades —pues hay que hacerlo desde dentro—, se envuelven en un monstruoso capullo de papel, de varias páginas de grosor, metiéndose los extremos sueltos por el cuello, el pecho o entre la espalda y el respaldo del banco. Por fin, todo está cubierto excepto sus cabezas y la parte inferior de las piernas. Para la cabeza fabrican una especie de gorros de papel. El frío viento suelta constantemente el papel, pero ahora pueden dormir cinco minutos seguidos. En ese momento, entre las tres y las cinco de la mañana la policía tiene por costumbre no molestar a los durmientes de la plaza. Empieza a notarse cierto calorcillo que les entibia incluso los pies. Se producen algunos sobeteos furtivos a las mujeres por debajo del papel. Dorothy está demasiado exhausta para que le moleste.

A las cuatro y cuarto el papel se ha reducido a pedazos y hace demasiado frío para seguir sentados. La gente se levanta, blasfema, nota las piernas un poco más descansadas y empieza a vagar de aquí para allá en parejas, deteniéndose de vez en cuando por pura lasitud. Todos están muertos de hambre. Abren la lata de leche condensada de Ginger y devoran sus

contenidos, todos meten los dedos y se relamen. Quienes no tienen ni un céntimo dejan la plaza para ir a Green Park, donde nadie les molestará hasta las siete. Los que pueden permitirse gastar medio penique van al café de Wilkins cerca de Charing Cross Road. Todos saben que el café no abre hasta las cinco en punto, no obstante una multitud aguarda a sus puertas desde las cinco menos veinticinco.)

LA SEÑORA MCELLIGOT: ¿Tienes tu medio penique, querida? ¡Esos agarrados solo dejan entrar a cuatro personas por cada taza de té!

EL SEÑOR TALLBOYS (salmodiando): Los tonos rosados del alba...

GINGER: ¡Dios! Esa pizca de sueño bajo los periódicos me ha sentado bien. (Canta.) Pero bailo con lágrimas en los ojos...

CHARLIE: ¡Eh, chicos, chicos! Mirad esa puñetera ventana. ¡Mirad el calor que empaña los cristales! ¡Fijaos en las teteras llenas de agua caliente y en esas pilas de tostadas y bocadillos de jamón y en las salchichas que se fríen en la sartén! ¿No se os hace la boca agua al verlas?

DOROTHY: Tengo un penique. Con eso no me darán una taza de té, ¿verdad?

SNOUTER: No nos darán ni una — salchicha por solo cuatro peniques. Media taza de té y una — rosquilla más bien. ¡Ese será nuestro desayuno!

LA SEÑORA MCELLIGOT: No tienes por qué comprar una taza para ti sola. Tengo medio penique y el abuelo también, lo sumaremos al tuyo y pediremos una para los tres. Tiene una llaga en el labio, pero ¡qué demonios!, da lo mismo. Procura beber cerca del asa y arreglado.

(Dan las cinco menos cuarto.)

LA SEÑORA BENDIGO: Me apuesto el cuello a que mi marido tendrá bacalao para desayunar. Ojalá se le atragante.

GINGER (cantando): Pero bailo con lágrimas en los ojos...

LA SEÑORA MCELLIGOT: Aquí también se puede dormir un poco. Eso es lo bueno. Te dejan dormir en la mesa hasta las siete. Es un regalo caído del cielo para los mendigos de la plaza.

CHARLIE (babeando como un perro): ¡Salchichas! ¡Puñeteras salchichas! ¡Conejo galés! ¡Tostadas calientes! ¡Y un filete de dos dedos de grosor con patatas fritas y una pinta de cerveza Old Burton! ¡Oh, Dios! (Salta hacia delante, se abre paso entre la gente y empuja el picaporte de la puerta de cristal. Todo el grupo, de al menos cuarenta personas, se adelanta y trata de forzar la puerta que está firmemente sujeta por el señor Wilkins, el propietario del café. Les amenaza desde el otro lado del cristal. Unos aprietan el pecho y

la cara contra la ventana como para calentarse. Con un grito y mucho jaleo Florry y otras cuatro chicas, relativamente descansadas después de haber pasado parte de la noche en una cama, salen de un callejón cercano acompañadas de un grupo de lechuguinos con trajes azules. Se abalanzan con tanto ímpetu sobre la multitud que están a punto de romper la puerta. El señor Wilkins la abre furioso y obliga a los cabecillas a retroceder. Un aroma de salchichas, arenques, café y pan caliente sale a la calle fría.)

LAS VOCES DE LOS LECHUGUINOS DESDE ATRÁS: ¿Por qué no abre la — puerta antes de las cinco? ¡Queremos tomar ese — té! ¡Echad abajo esa — puerta! Etcétera, etcétera.

EL SEÑOR WILKINS: ¡Fuera, fuera de aquí todos! ¡O no dejaré entrar a ninguno!

LAS VOCES DE LAS CHICAS DESDE ATRÁS: ¡Señor Wilkins, señor Wilkins! ¡Sea usted bueno y déjenos entrar! Le daré un besito gratis. ¡Sea usted bueno! Etcétera, etcétera.

EL SEÑOR WILKINS: ¡Fuera de aquí! Sabéis que no abrimos hasta las cinco. (Da un portazo.)

LA SEÑORA MCELLIGOT: ¡Santo Dios, están siendo los diez minutos más largos de esta condenada noche! En fin, voy a descansar un poco las piernas. (Se acucilla al estilo de los mineros del carbón. Otros muchos hacen lo mismo.)

GINGER: ¿Quién tiene medio penique? Estoy dispuesto a compartir una rosquilla.

LAS VOCES DE LOS LECHUGUINOS (imitando la música militar y poniéndose a cantar):

«¡ —!» era lo único que sabía tocar la banda.

«¡ —! ¡ —!» ¡Y lo mismo te digo a ti!

DOROTHY (dirigiéndose a la señora McElligot): ¡Mírenos! ¡Usted mírenos! ¡Qué ropa! ¡Qué caras!

LA SEÑORA BENDIGO: Pues usted tampoco es ninguna Greta Garbo, si permite que se lo diga.

LA SEÑORA WAYNE: Qué lento pasa el tiempo cuando espera una para tomar una tacita de té, ¿verdad?

EL SEÑOR TALLBOYS (salmodiando): ¡Nuestra alma se hunde hasta el polvo y nuestro vientre se pega al suelo!

CHARLIE: ¡Arenques! ¡Puñeteras pilas de arenques! Los huelo a través de

ese condenado cristal

GINGER (cantando):

¡Pero bailo con lágrimas en los ojos,
porque no eres tú la chica que tengo en mis brazos!

(Pasa mucho tiempo. Dan las cinco. La espera es tan intolerable como si hubiesen pasado siglos. Luego la puerta se abre de pronto y la gente entra en estampida para ocupar las mesas del rincón. A punto de desmayarse por el aire caliente, se desploman en los asientos y absorben el calor y el olor a comida por todos sus poros.)

EL SEÑOR WILKINS: ¡Vamos! Supongo que ya conocéis las normas. ¡No quiero líos esta noche! Podéis dormir hasta las siete si queréis, pero si veo a alguien dormido después de esa hora lo echaré a patadas. ¡Empezad a servir el té, chicas!

UN CORO ENSORDECEDOR: ¡Dos té aquí! ¡Un té grande y una rosquilla para los cuatro! ¡Arenques! ¡Señor Wilkins! ¿Cuánto cuestan las salchichas? ¡Dos rebanadas! ¡Señor Wilkins! ¿Tiene papel de fumar? ¡Arenques! Etcétera, etcétera.

EL SEÑOR WILKINS: ¡Silencio, silencio! Dejad de gritar o no atenderé a nadie.

LA SEÑORA MCELLIGOT: ¿Notas cómo vuelve a circular la sangre, querida?

LA SEÑORA WAYNE: Es un poco grosero, ¿no les parece? No es lo que llamaría un auténtico caballero.

SNOUTER: Esto es el — rincón de la hambruna. ¡Demonios! ¡Me comería un par de salchichas!

LAS FULANAS (a coro): ¡Unos arenques por aquí! ¡Dese prisa con los arenques! ¡Señor Wilkins! ¡Arenques! ¡Y una rosquilla!

CHARLIE: ¡Ni media! Tendrás que contentarte con el olor esta mañana. En fin, siempre es mejor estar aquí que en la puñetera plaza.

GINGER: ¡Vamos Deafie! ¡Ya te has bebido tu mitad! Pásame la condenada taza.

EL SEÑOR TALLBOYS (salmodiando): Se nos llenaba de risas la boca, la lengua de júbilo...

LA SEÑORA MCELLIGOT: ¡Dios, ya estoy medio dormida! Es este calorcillo.

EL SEÑOR WILKINS: ¡Basta de armar escándalo! Ya conocéis las normas.

LAS FULANAS (a coro): ¡Arenques!

SNOUTER: ¡Menuda — de rosquillas! ¡Bazofia fría! Se me revuelve el estómago.

EL ABUELO: Y el té no es más que agua con un poco de serrín. (Eructa.)

CHARLIE: Lo mejor es cerrar los ojos y olvidarse. Y soñar con una puñetera chuleta con verduras. Apoyemos la cabeza en la mesa y durmamos cómodamente.

LA SEÑORA MCELLIGOT: Apóyate en mi hombro, querida. Tengo más carne en los huesos que tú.

GINGER: Daría seis peniques por un sucio cigarrillo, si los tuviera.

CHARLIE: A dormir. Apoya la cabeza en la mía, Snouter. Así. ¡Dios, qué sueño tengo!

(Un plato de arenques humeantes pasa en dirección a la mesa de las fulanas.)

SNOUTER (soñoliento): Más — arenques. Quisiera saber cuántas veces se ha tenido que poner mirando al techo para pagarlos.

LA SEÑORA MCELLIGOT (medio dormida): Fue una pena, una auténtica pena, cuando Michael se marchó y me dejó con el dichoso bebé...

LA SEÑORA BENDIGO (furiosa, señalando con un dedo acusador el plato de arenques): ¡Mirad eso, chicas! ¡Mirad eso! ¡Arenques! ¿No os saca de quicio? Nosotras no tenemos arenques para desayunar, ¿verdad? Esas furcias hinchándose a arenques y nosotros compartiendo una taza de té entre los cuatro y encima dando gracias. ¡Arenques!

EL SEÑOR TALLBOYS (poniéndose solemne): Los arenques son el salario del pecado.

GINGER: No me echés el aliento en la cara, Deafie. ¡No lo soporto!

CHARLIE (en sueños): ¿Charles el sabio borracho como una cuba? ¡Sí, seis peniques, que pase el siguiente!

DOROTHY (en el regazo de la señora McElligot): ¡Oh, qué felicidad, qué felicidad!

(Se quedan dormidos.)

Y así sucesivamente.

DOROTHY siguió soportando aquella vida diez días..., o para ser más exactos nueve días y diez noches. No tenía muchas más alternativas. Al parecer su padre la había abandonado, y aunque tenía amigos en Londres que la habrían ayudado, no se veía con ánimo de presentarse ante ellos después de lo ocurrido, o de lo que se suponía que había ocurrido. Y no se atrevió a ir a un centro de beneficencia por miedo a que averiguasen su nombre y se reeditara el escándalo de la «hija del rector».

Así que se quedó en Londres y se convirtió en un miembro de la extraña tribu —rara pero no extinta— de las mujeres sin dinero y sin hogar, que se esfuerzan tan desesperadamente por ocultarlo que casi lo consiguen; mujeres que se lavan la cara en las fuentes en los fríos amaneceres, que se alisan cuidadosamente la ropa después de una noche sin dormir y son tan reservadas y circunspectas que solo sus rostros, lívidos y curtidos por el sol, revelan su indigencia. No estaba llamada a convertirse en un mendigo endurecido como la mayoría de los que la rodeaban. Pasó aquellas primeras veinticuatro horas con una sola taza de té y un tercio de la taza que había tomado en el café de Wilkins por la mañana. Pero por la tarde, desesperada por el hambre y el ejemplo de los demás se acercó a una desconocida, hizo un esfuerzo por dominar su voz y dijo:

—Por favor, señora, ¿podría darme dos peniques? No he comido nada desde ayer.

La mujer se la quedó mirando, pero abrió el monedero y le dio a Dorothy tres peniques. Dorothy no lo sabía, pero su acento educado, que le había impedido trabajar como criada, era una ventaja inapreciable como mendigo.

Después descubrió que en realidad era muy fácil mendigar el chelín diario que necesitaba para seguir con vida. Y no obstante solo mendigaba —lo contrario le parecía imposible— cuando el hambre se volvía insoportable o si necesitaba el penique que era el pasaporte para entrar en el café de Wilkins por la mañana. Cuando iba con Nobby, de camino a los campos de lúpulo, había mendigado sin el menor temor. Pero entonces había sido diferente; no sabía lo que hacía. Ahora, solo el acicate del hambre le hacía reunir el valor necesario para pedir unas monedas a alguna mujer de rostro benévolo. Por supuesto, siempre pedía a las mujeres. Solo una vez intentó pedirle a un hombre..., pero no volvió a hacerlo.

Por lo demás, se acostumbró a la vida que llevaba..., a las largas noches sin dormir, al frío, la suciedad, el aburrimiento y la horrible camaradería de la plaza. Al cabo de un día o dos había dejado de sorprenderse de su situación y, como todos los que la rodeaban, llegó a aceptar aquella existencia monstruosa casi como si fuese normal. La sensación de aturdido desconcierto que la había

dominado camino de los campos de lúpulo había vuelto a embargarla aún con más fuerza que entonces. Ese suele ser el efecto de la falta de sueño y aún más de tener que vivir a la intemperie. Pasarse la vida al aire libre sin estar bajo techo más que una hora o dos nubla tus sentidos como una fuerte luz que te diera en la cara o un ruido que te retumbase en el oído. Uno actúa, hace planes, sufre, y al mismo tiempo es como si todo estuviese desenfocado y fuese un poco irreal. El mundo, exterior e interior, se adelgaza hasta adquirir casi la vaguedad de un sueño.

Entretanto la policía llegó a conocerla de vista. En la plaza la gente no hace más que ir y venir y pasa casi desapercibida. Llegan de ninguna parte con sus hatos y sus bártulos, acampan unos cuantos días con sus noches y desaparecen tan misteriosamente como llegaron. Si te quedas más de una semana, la policía te ficha como vagabundo habitual y tarde o temprano acaba deteniéndote. No pueden aplicar la ley de mendicidad regularmente, pero de vez en cuando hacen alguna redada y detienen a dos o tres personas a las que habían echado el ojo. Y eso fue lo que le ocurrió a Dorothy.

Una tarde la «trincaron» en compañía de la señora McElligot y otra mujer cuyo nombre desconocía. Cometieron el error de ir a pedir a una anciana de cara desagradable que fue directa al policía más cercano y las denunció.

A Dorothy no le importó demasiado. Todo le parecía irreal: el rostro de aquella anciana acusándolas airada, el paseo hasta la comisaría del brazo de un joven policía que la trató casi con deferencia y luego la celda de azulejos blancos, con el sargento paternal que le ofreció una taza de té entre los barrotes y le explicó que el juez sería comprensivo si se declaraba culpable. En la celda de al lado, la señora McElligot insultó al sargento, le llamó condenado sinvergüenza y pasó la mitad de la noche lamentando su destino. Pero Dorothy tan solo sintió un vago alivio por estar en un sitio tan limpio y caliente. Se arrastró enseguida hasta la cama de madera adosada a la pared como un estante, demasiado fatigada para taparse siquiera con la manta y durmió diez horas de un tirón. No empezó a hacerse cargo de su situación hasta la mañana siguiente, cuando el furgón policial avanzaba veloz hacia el juzgado de policía de Old Street al son de cinco borrachos que cantaban a voz en grito el «Adeste Fideles».

CAPÍTULO CUATRO

I

Dorothy había sido injusta con su padre al pensar que estaba dispuesto a

dejarla morir de hambre en la calle. Lo cierto era que había hecho varios intentos de ponerse en contacto con ella, aunque de forma indirecta y no demasiado eficaz.

Su primera reacción al enterarse de la desaparición de Dorothy había sido de rabia pura y simple. A eso de las ocho de la mañana cuando empezaba a preguntarse dónde estaría su agua del afeitado. Ellen había entrado en su dormitorio y le había anunciado en un tono vagamente dominado por el pánico:

—Perdone, señor, la señorita Dorothy no está en casa. ¡No la encuentro por ninguna parte!

—¿Qué? —preguntó el rector.

—¡No está en casa, señor! Y tampoco parece que haya dormido en su cama. ¡Creo que se ha ido, señor!

—¡Que se ha ido! —exclamó el rector incorporándose en la cama—. ¿Qué quieres decir con eso de que se ha ido?

—Bueno, señor... ¡pues que se ha marchado de casa!

—¡Que se ha marchado de casa! ¿A estas horas? ¿Y se puede saber quién va a prepararme el desayuno?

Cuando el rector salió de su habitación —sin afeitarse, pues nadie le había llevado agua caliente— Ellen había ido al pueblo a preguntar infructuosamente por Dorothy. Al cabo de una hora la joven seguía sin aparecer y sucedió algo terrible y sin precedentes —algo que su padre no olvidaría mientras estuviera en este mundo—, el rector tuvo que prepararse el desayuno..., sí, tuvo que mancillar sus manos sacerdotales con un hervidor de agua ennegrecido y unas tiras de beicon danés.

Como es lógico, después de aquello su corazón rebosó rencor eterno contra Dorothy. Pasó el resto del día demasiado ocupado quejándose de la impuntualidad de las comidas para preguntarse por qué habría desaparecido y si habría sufrido algún accidente. Lo cierto era que la condenada chica (dijo varias veces «condenada chica» y estuvo a punto de decir algo peor) había desaparecido y que su desaparición había perturbado toda la casa. Al día siguiente, no obstante, la cuestión se volvió más apremiante, porque la señora Semprill empezó a contarle a todo el mundo la historia de la fuga. Por supuesto, el rector lo negó con vehemencia, aunque en su corazón albergaba la sospecha de que podía ser cierto. Había decidido que Dorothy era capaz de eso y de más. Una chica que se va repentinamente de su casa sin pensar siquiera en el desayuno de su padre era capaz de cualquier cosa.

Dos días después, la noticia llegó a los periódicos y un joven periodista

entrometido llegó a Knype Hill y empezó a hacer preguntas. El rector empeoró aún más las cosas al negarse a recibir al periodista, por lo que la única versión que llegó a imprimirse fue la versión de la señora Semprill. Durante una semana, hasta que los periódicos se cansaron del caso de Dorothy y dedicaron su atención a un plesiosauro que alguien había visto en el estuario del Támesis, el rector disfrutó de una horrible notoriedad. Era imposible abrir un periódico sin encontrarse un llamativo titular sobre «La hija del rector. Nuevas revelaciones» o «¿Está en Viena la hija del rector? Varios informes sugieren que se la ha visto en un cabaret de poca monta». Por fin se publicó un artículo en el Spyhole del domingo que empezaba: «En una casita de Suffolk hay un anciano destrozado con la mirada fija en la pared» y era tan absolutamente intolerable que el rector pidió a su abogado que iniciara acciones legales por difamación. No obstante, el abogado le aconsejó no seguir adelante, pues aunque consiguiesen un veredicto favorable sin duda ello conllevaría más publicidad. Así que el rector no hizo nada, y su rencor contra Dorothy, que le había causado aquella deshonra, creció hasta que se le hizo totalmente imposible perdonarla.

Después llegaron tres cartas de Dorothy explicando lo sucedido. Por supuesto, el rector nunca creyó que Dorothy hubiera perdido la memoria. Era una historia demasiado traída por los pelos. Creyó que se había fugado con el señor Warburton o con cualquier otro y había ido a parar a Kent donde se había quedado sin blanca; en cualquier caso el rector había decidido ya, y ningún argumento podría convencerle de lo contrario, que lo que le hubiera ocurrido a Dorothy era solo culpa suya. La primera carta que escribió no fue dirigida a la propia Dorothy, sino a su primo Tom, el baronet. Para cualquiera que hubiera recibido una educación como la del rector era casi una segunda naturaleza recurrir a un pariente rico en caso de dificultad. Llevaban quince años sin dirigirse la palabra por culpa de una discusión sobre una deuda de cincuenta libras, aun así le escribió con cierta confianza, pidiendo a sir Thomas que se pusiera en contacto con Dorothy si lo creía posible y le buscara algún trabajo en Londres. Por supuesto, después de lo sucedido, era impensable que la dejara volver a Knype Hill.

Poco después llegaron dos cartas desesperadas de Dorothy diciéndole que corría peligro de morir de hambre e implorando que le enviara dinero. El rector se quedó turbado. Cayó en la cuenta —era la primera vez en su vida que se paraba a pensarlo con cierto detenimiento— de que es posible morir de hambre cuando no se tiene dinero. Así que, después de darle vueltas toda la semana, vendió diez libras de sus acciones y envió un cheque a su primo para que se lo entregase a Dorothy si daba señales de vida. También envió una fría carta a su hija diciéndole que fuese a ver a sir Thomas Hare. Pero aún tardó varios días en echarla al correo porque tenía escrúpulos de enviar una carta a «Ellen Millborough» —pensaba vagamente que emplear un nombre falso iba

contra la ley— y, por supuesto, se retrasó más de la cuenta. Dorothy ya estaba en la calle cuando la carta llegó a la pensión de Mary.

Sir Thomas Hare era viudo, un hombre amable y estúpido de unos sesenta y cinco años, de rostro obtuso y rubicundo y bigotes rizados. Tenía debilidad por los abrigos de cuadros y los sombreros hongo de ala curva que estuvieron tan de moda hace cuarenta años. A primera vista daba la impresión de haberse disfrazado cuidadosamente de comandante de caballería de finales de siglo, por lo que era difícil verlo sin pensar en comidas muy especiadas, el tintineo de las campanillas de los cabriolés, el Pink'Un en los buenos tiempos de «Pitcher», y en Lottie Collins cantando «Tarara-BOOM-deay». Pero su principal característica era una profundísima vaguedad intelectual. Era de esos que dicen «¿Sabe?» y «¡Cómo, cómo!» y se pierden en mitad de sus propias frases. Cuando se quedaba perplejo o se enfrentaba a alguna dificultad, se le erizaban los bigotes y parecía una gamba bienintencionada pero excepcionalmente estúpida.

Sir Thomas no sentía la menor inclinación de ayudar a sus primos, a Dorothy ni siquiera la conocía y el rector le parecía un pariente pobre y gorrón de la peor estofa. Pero lo cierto es que acabó hartándose de aquella historia de la «hija del rector». La infausta casualidad de que Dorothy compartiera su apellido le había amargado la vida las dos últimas semanas y aún previó más y peores escándalos si la joven seguía sin volver a casa. Así que, justo antes de partir de Londres para la temporada de faisanes, llamó a su mayordomo, que también era su confidente y asesor intelectual, y celebró un consejo de guerra.

—Mira, Blyth, demonios —dijo sir Thomas con más pinta de gamba que nunca (Blyth era el nombre del mayordomo)—, supongo que habrás visto esas condenadas historias en los periódicos, ¿no? ¿Ese asunto de la «hija del rector»? Lo de esa dichosa sobrina mía.

Blyth era un hombrecillo de rasgos duros cuya voz nunca se alzaba más allá de un susurro y era tan silenciosa como pueda serlo una voz sin dejar de ser voz. Solo leyendo sus labios y escuchando con la mayor atención se podía entender lo que decía. En ese caso los labios dijeron que Dorothy era la prima de sir Thomas y no su sobrina.

—¿Ah, mi prima? ¡Pues claro, caramba! En fin, Blyth, lo que quiero decir es que ya va siendo hora de dar con esa chica y encerrarla en algún sitio. Ya me entiendes. Tenemos que encontrarla antes de que ocurra algo peor. Creo que está en Londres. ¿Qué sería mejor? ¿Recurrir a la policía? ¿Detectives privados y demás? ¿Crees que serviría de algo?

Los labios de Blyth expresaron su desaprobación. Parecieron indicar que sería posible dar con el paradero de Dorothy sin acudir a la policía ni dar más publicidad al asunto.

—¡Así se habla! —dijo sir Thomas—. Pues hazlo cuanto antes. Y no repares en gastos. Daría cincuenta libras por no volver a toparme con ese asunto de «la hija del rector». Y, por el amor de Dios, Blyth —añadió en tono confidencial—, cuando des con ella no la pierdas de vista. Tráela a casa y no la dejes salir. ¿Entiendes? Tenla bajo siete llaves hasta que vuelva. De lo contrario, sabe Dios lo que podría hacer.

Claro que sir Thomas no conocía a Dorothy y puede disculpársele por haber creído lo que decían de ella los periódicos.

Blyth tardó casi una semana en localizar a Dorothy. La mañana que salió de las celdas de comisaría (le pusieron seis chelines de multa o doce horas de encarcelamiento en caso de impago; a la señora McElligot la condenaron a siete días por reincidente), Blyth se acercó a ella, se levantó el sombrero hongo unos centímetros y le preguntó discretamente si era la señorita Dorothy Hare, tras lo cual le explicó que lo había enviado su primo, que estaba deseando ayudarla y que debía acompañarla a casa.

Dorothy le siguió sin decir palabra. Le extrañó que su primo se interesara de pronto por ella, pero no más que muchas de las cosas que le habían pasado en los últimos tiempos. Cogieron el autobús hasta Hyde Park Corner —Blyth pagó el billete— y luego siguieron andando hasta una casa grande y de aspecto lujoso con persianas en las ventanas, en el límite entre Knightsbridge y Mayfair. Bajaron unos escalones, Blyth sacó una llave y entraron. Y así, tras una ausencia de casi seis semanas, Dorothy volvió a la sociedad respetable por la puerta de servicio.

Pasó tres días en la casa vacía hasta que volvió su primo. Fue una temporada rara y solitaria. Había varios criados en la casa, pero no vio a nadie más que a Blyth, que le llevaba las comidas y le hablaba, silenciosamente, con una mezcla de deferencia y desaprobación. No lograba decidir si era una señorita de buena familia o una Magdalena rescatada y en consecuencia la trataba como si fuese una mezcla de las dos cosas. La casa tenía ese aire callado y fúnebre que tienen las casas cuyo dueño está ausente y que hace que uno ande de puntillas y deje las persianas cerradas. Dorothy ni siquiera se atrevió a entrar en ninguno de los salones principales. Pasaba el día escondida en una habitación polvorienta en lo alto de la casa, que era una especie de museo de cachivaches de 1880 en adelante. Lady Hare, que había muerto cinco años antes, había sido una incansable coleccionista de cosas inservibles, y la mayoría acabaron arrumbadas en aquella habitación cuando murió. Era difícil decidir si el objeto más extraño de la colección era una fotografía amarillenta del padre de Dorothy a los dieciocho años, aunque con unas respetables patillas, de pie y muy pagado de sí mismo junto a una bicicleta «ordinaria» —la fotografía se tomó en 1888—, o una cajita de madera de sándalo con una etiqueta que decía «Trozo de pan tocado por Cecil Rhodes en

el Banquete de la City y Sudáfrica, junio de 1897». Los únicos libros que había en la habitación eran unos horripilantes premios escolares ganados por los hijos de sir Thomas —tenía tres, el menor era de la edad de Dorothy.

Era evidente que los criados habían recibido instrucciones de no dejarla salir. No obstante, el cheque de su padre por valor de diez libras había llegado y con ciertas dificultades logró convencer a Blyth de que fuese a cobrarlo y, al tercer día, salió a comprar un poco de ropa, compró una chaqueta de tweed con una falda y un jersey a juego, un sombrero y un vestido barato de seda artificial estampada, unos zapatos marrones bastante pasables, tres pares de medias de hilo, un bolsito feo y barato y un par de guantes de algodón grises que de lejos parecían de ante. En total le costó ocho libras y diez chelines y no se atrevió a gastar más. La ropa interior, los camisones y los pañuelos tendrían que esperar. Después de todo lo único que importa es la ropa que se ve.

Sir Thomas llegó al día siguiente y tardó mucho en recuperarse de la sorpresa que se llevó al ver a Dorothy. Había imaginado encontrar una sirena pintarrajeada que le asediaría con tentaciones a las que, ¡ay!, ya no era capaz de sucumbir; y aquella rústica muchacha con pinta de solterona echó por tierra todos sus cálculos. Los planes que había hecho de encontrarle un empleo de manicura o de secretaria de un corredor de apuestas se fueron al traste. De vez en cuando, Dorothy lo sorprendía observándola con desconcertados ojos de crustáceo, obviamente preguntándose cómo era posible que una chica así se hubiese fugado con nadie. Era inútil tratar de explicarle que no lo había hecho. Le había contado su versión de la historia y él la había aceptado con un caballeroso «¡Desde luego, querida, desde luego!», pero por todo lo que había dicho después le había dado a entender que no la creía.

Así que pasaron un par de días sin que hicieran nada. Dorothy continuó con su vida solitaria en la habitación de arriba, sir Thomas comió casi siempre en su club y por las noches tenían conversaciones de una indescriptible vaguedad. Sir Thomas estaba deseando encontrarle un trabajo a Dorothy, pero tenía grandes dificultades en recordar lo que estaba diciendo hacía unos minutos. «En fin, querida —empezaba—, ya comprenderás que estaré encantado de hacer cuanto esté en mi mano por ayudarte. Y más siendo tu tío y... ¿qué? ¿Cómo dices? ¿Que no soy tu tío? ¡No, claro, qué caramba! Tu primo..., eso es, tu primo. En fin, querida, el caso es que siendo tu primo... ¿qué es lo que estaba diciendo?» Luego, cuando Dorothy le recordaba de qué estaban hablando, le hacía alguna sugerencia como: «En fin, por ejemplo, querida, ¿no te gustaría hacer compañía a una señora mayor? Alguna ancianita de esas con mitones negros y artritis reumatoide que luego se mueren y te dejan diez mil libras de herencia a cambio de que cuides de su loro. ¿Qué, qué...?». Y nunca llegaban a ninguna conclusión. Dorothy no hacía más que repetirle que ella preferiría trabajar de criada o doncella, pero sir Thomas no

quería ni oír hablar del asunto. La idea despertaba en él un instinto de clase que con lo despistado que era no solía recordar. «¡Cómo! —exclamaba—. ¿Una criada? ¿Una chica de tu educación? No, querida... ¡no, no, no! ¡Ni hablar! ¡Solo faltaría...!»

Pero al final todo se arregló, y con una facilidad sorprendente; no fue gracias a sir Thomas, que era incapaz de arreglar nada, sino a su abogado a quien consultó de repente y que, sin ver siquiera a Dorothy, sugirió un trabajo para ella. Sin duda podría encontrar trabajo de maestra. Era el trabajo más fácil de conseguir del mundo.

Sir Thomas llegó a casa encantado con aquella sugerencia, que le pareció de lo más apropiada. (En su fuero interno estaba convencido de que Dorothy tenía cara de maestra de escuela.) Pero Dorothy se asustó mucho al oírlo.

—¡Maestra de escuela! —dijo—. ¡Pero eso es imposible! ¡Estoy segura de que en ninguna escuela querrán contratarme! No sabría enseñar ninguna materia.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Que no sabrías enseñar? ¡Así me parta un...! ¡Pues claro que puedes! ¿Por qué no?

—¡Pues porque no sé lo suficiente! Nunca he dado clases a nadie, a no ser de cocina a las girl guides. Para ser maestra hay que estar muy bien preparada.

—¡Bobadas! Dar clase es lo más fácil del mundo. Solo necesitas una buena regla para golpearles en los nudillos. Estarán encantados de contar con una joven bien educada para enseñar el abecedario a esos mocosos. Es un trabajo que te viene que ni pintado, querida, maestra de escuela.

Y, claro, Dorothy acabó siendo maestra de escuela. El abogado invisible lo dispuso todo en menos de tres días. Por lo visto, cierta señora Creevy que regentaba una escuela de señoritas en las afueras de Southbridge necesitaba una ayudante y estaba dispuesta a contratar a Dorothy, quien no alcanzaba a imaginar cómo podían haberlo arreglado todo tan deprisa, ni qué clase de escuela era aquella que no tenía reparos en contratar a una desconocida sin ninguna cualificación y a mitad de curso. Claro que ella ignoraba que un soborno de cinco libras, mal llamado bonificación, había cambiado de manos.

Así que, justo diez días después de que la detuviesen por ejercer la mendicidad, Dorothy partió hacia la escuela de Ringwood House, en Brough Road, Southbridge, con un pequeño baúl lleno de ropa y cuatro libras y diez peniques en el monedero, pues sir Thomas tuvo a bien regalarle diez libras. El contraste entre la facilidad con que le habían encontrado aquel trabajo y sus desesperados intentos de hacía tres semanas la dejó perpleja y le hizo comprender, mejor que nunca, el misterioso poder del dinero. Incluso le recordó una de las frases favoritas del señor Warburton que decía que si cogías

el capítulo XIII de la Primera Epístola a los Corintios y sustituías la palabra «amor» por la palabra «dinero» en todos sus versículos, el capítulo adquiriría diez veces más sentido que antes.

II

Southbridge era un barrio sórdido que estaba a quince o veinte kilómetros de Londres. Brough Road se hallaba más o menos en el centro, en mitad de un laberinto de calles tristemente decorosas tan parecidas unas a otras con sus hileras de casas adosadas, sus setos de alheña y laurel y sus parcelas con raquíticos arbustos en los cruces, que uno podía perderse en ellas con tanta facilidad como en una selva brasileña. No solo las casas, sino también sus nombres se repetían una y otra vez. Al leer los nombres en las puertas del jardín al subir por Brough Road le venía a uno a la memoria no sabía qué poema, y al pararse a recordarlo reparaba en que eran los dos primeros versos de Lycidas.

Ringwood House ocupaba la mitad de un edificio un tanto siniestro de ladrillo amarillo y tres pisos de altura cuyas ventanas de abajo estaban veladas a la calle por unos laureles escuálidos y polvorientos. Encima de los laureles, en la fachada de la casa, había un letrero inscrito con letras doradas y desvaídas.

RINGWOOD HOUSE. ESCUELA PARA SEÑORITAS

De 5 a 18 años

CLASES DE MÚSICA Y DANZA

Solicite folleto

Rozando aquel cartel, en la otra mitad del edificio, había otro letrero que decía:

CARSHALTON GRANGE. ESCUELA PARA NIÑOS

De 6 a 16 años

Especialidad en aritmética comercial y teneduría de libros

Solicite folleto

El barrio estaba lleno de pequeños colegios privados; solo en Brough Road ya había cuatro. La señora Creevy, la directora de Ringwood House, y el señor Boulger, el director de Carshalton Grange estaban en guerra abierta, pese a que sus intereses no entraban en conflicto lo más mínimo. Nadie conocía el origen de aquella rivalidad, ni siquiera ellos mismos; la habían heredado de los antiguos propietarios de las dos escuelas. Por las mañanas, después del desayuno, paseaban junto al murete que separaba los dos jardines fingiendo no verse y sonriendo con odio.

A Dorothy se le encogió el corazón al ver Ringwood House. No es que esperara nada muy bonito o majestuoso, pero sí algo mejor que aquella casa sórdida y lóbrega sin una sola luz en las ventanas pese a que eran más de las ocho de la noche. Llamó a la puerta y salió a recibirle al oscuro zaguán una mujer alta y demacrada a quien Dorothy tomó por una criada, pero que resultó ser la propia señora Creevy. Preguntó a Dorothy su nombre y la guio sin decir palabra por una escalera oscura hasta un saloncito sombrío y con la chimenea apagada donde encendió un mechero de gas que reveló un piano negro, unas sillas de crin y unas cuantas fotos amarillentas y fantasmales en las paredes.

La señora Creevy era una mujer de unos cuarenta y tantos años, flaca, áspera y angulosa de movimientos bruscos y decididos que parecían sugerir una voluntad férrea y probablemente un genio terrible. Aunque no iba ni mucho menos sucia o desaliñada, tenía un no sé qué de desvaído, como si se hubiese pasado la vida en la penumbra, y la expresión de su boca, hosca y con el labio inferior caído, recordaba la de un sapo. Hablaba con voz seca y autoritaria, tenía un acento muy marcado y a veces empleaba expresiones vulgares. Bastaba con verla para reparar en que sabía exactamente lo que quería y que lo tomaría con la misma frialdad que una máquina; no era que fuese despótica —se notaba que no prestaba suficiente interés a los demás para serlo—, sino de esas personas que utilizan a la gente y luego la deja de lado sin más remordimiento que si fuese un cepillo gastado.

La señora Creevy no perdió el tiempo con bienvenidas. Indicó a Dorothy que tomara asiento con un gesto que era más una orden que una invitación y luego se sentó con las manos sobre sus flacos antebrazos.

—Espero que usted y yo nos llevemos bien, señorita Millborough —empezó a decir con su voz penetrante y amenazadora. (Por consejo del omnisciente abogado de sir Thomas, Dorothy había vuelto a emplear el nombre de Ellen Millborough)—. Y también que no se repitan los desagradables problemas que tuve con mis anteriores ayudantes. ¿Dice usted que nunca ha dado clases?

—En un colegio no —respondió Dorothy (en su carta de presentación había varias trolas que daban a entender que tenía experiencia como «profesora particular»).

La señora Creevy miró a Dorothy como si dudara de si valía la pena iniciarla en los arcanos de la enseñanza en un colegio y pareció decidir que no.

—En fin, ya veremos —dijo—. Permita que le haga notar —añadió en tono quejoso— que hoy en día no es fácil conseguir ayudantes con ganas de trabajar. Les ofrece una un buen sueldo y las trata como es debido y ellas no dan ni las gracias. La última que contraté, la que tuve que despedir, la señorita Strong, no es que fuese mala maestra, al fin y al cabo era licenciada y salvo

que hubiera sido doctora no se podía pedir más. Usted no debe ser licenciada ni doctora, ¿verdad, señorita Millborough?

—No, me temo que no —respondió Dorothy.

—Vaya, qué lástima. Queda mucho mejor en el folleto si añadimos un título universitario al nombre de los profesores. En fin, tampoco tiene mayor importancia. No creo que nuestros padres sepan lo que es una licenciatura y le aseguro que no quieren poner de manifiesto su ignorancia. Hablará usted francés, claro...

—Bueno..., lo he estudiado.

—Estupendo. Basta con que podamos ponerlo en el folleto. En fin, volviendo a lo que le decía. No es que la señorita Strong fuese mala maestra, pero en mi opinión no estaba a la altura en lo que yo llamo el aspecto moral. En Ringwood House somos muy exigentes respecto a la moral. Ya verá que es lo que más valoran los padres. Y la que tuvimos antes de la señorita Strong, la señorita Brewer..., en fin, tenía lo que yo llamo un carácter débil. Y así no hay manera de hacerse con las niñas. Al final una mañana una niña se acercó a su escritorio con una caja de cerillas y le prendió fuego a la falda. Por supuesto, tuve que echarla esa misma tarde... y no le di ninguna referencia..., puede usted estar segura.

—¿Quiere decir que expulsó a la niña? —preguntó Dorothy perpleja.

—¿Qué? ¿A la niña? ¡Ni pensarlo! No pensará que iba a tirar el dinero de la matrícula de ese modo, ¿verdad? A quien despedí fue a la señorita Brewer, no a la niña. No necesito maestras que permitan que las niñas se pongan impertinentes. Ahora mismo tenemos veintiuna en la clase y ya comprobaré que hace falta tener mano firme.

—¿Usted no da clase? —dijo Dorothy.

—¡Oh, no, querida! —respondió la señora Creevy casi con desprecio—. Tengo demasiadas cosas que hacer para perder el tiempo dando clase. Debo cuidar de la casa, siete niñas se quedan a comer y solo tengo una criada. Además se me va todo el tiempo tratando de conseguir que los padres paguen el precio de la matrícula y las tasas. Al fin y al cabo, eso es lo único que importa, ¿no cree?

—Sí, supongo que sí —coincidió Dorothy.

—En fin, será mejor aclarar lo de su salario —prosiguió la señora Creevy—. Durante el curso tendrá usted alojamiento y comida y diez chelines a la semana; en vacaciones solo el alojamiento y la comida. Puede usted utilizar la caldera de cobre de la cocina para lavarse la ropa, y en cuanto al baño, todos o casi todos los sábados por la noche enciendo el calentador. No puede usted

utilizar este cuarto porque es mi sala de recibir y tampoco quiero que malgaste el gas en su dormitorio, pero puede estar en el comedor todo el tiempo que quiera.

—Gracias —dijo Dorothy.

—En fin, creo que eso es todo. Debe de estar deseando acostarse. Supongo que ya habrá cenado usted hace horas.

Estaba claro que con eso quería decir que no iba a darle nada de cenar, de modo que Dorothy contestó que sí aunque no fuese cierto y eso puso fin a la conversación. Así era siempre la señora Creevy: nunca alargaba la conversación ni un segundo más de lo estrictamente necesario. Su conversación era tan concisa, e iba siempre tan al grano, que en realidad no era una conversación, sino más bien el esqueleto de la misma; igual que los diálogos en una novelucha donde todos hablan de manera demasiado ajustada a su papel. Aunque, en realidad no puede decirse que hablara en el sentido literal de la palabra, tan solo decía con su característico mal genio lo que tuviera que decir y luego se deshacía de uno lo más rápidamente posible. Condujo a Dorothy por el pasillo hasta su habitación, donde encendió una llama de gas diminuta que iluminó un escuálido dormitorio, con una cama estrecha cubierta con una colcha blanca, un armario ropero destartado, una silla y un lavabo con una jofaina y un jarro de fría porcelana blanca. Recordaba a los cuartos de las casas de huéspedes de las ciudades costeras, pero le faltaba el detalle que les proporciona su aire hogareño y decoroso: el pasaje de las Sagradas Escrituras sobre la cama.

—Esta es su habitación —dijo la señora Creevy—; espero que sea usted más ordenada que la señorita Strong. Y haga el favor de no tener la luz encendida toda la noche, por favor, porque sabré a qué hora la apaga por la rendija de debajo de la puerta.

Con aquel saludo de despedida dejó sola a Dorothy. La habitación estaba gélida; en realidad la casa entera era húmeda y fría, como si no encendieran nunca la chimenea. Dorothy se metió enseguida en la cama pensando que sería el sitio más cálido. Al ir a guardar la ropa encontró al menos nueve botellas vacías de whisky en lo alto del armario, probables reliquias de las debilidades de la señorita Strong en el «aspecto moral».

A las ocho de la mañana Dorothy fue al piso de abajo y encontró a la señora Creevy desayunando en lo que ella llamaba «el comedor», un cuartito que había junto a la cocina, que antes había sido un lavadero y que había convertido en «comedor» mediante el sencillo procedimiento de trasladar el lavadero y la caldera a la cocina. La mesa del desayuno, cubierta con un áspero mantel, era muy grande y estaba desagradablemente vacía. Al lado de la señora Creevy había una bandeja con una minúscula tetera y dos tazas, un

plato con dos correosos huevos fritos y un platito de mermelada de naranja. En el centro, al alcance de Dorothy con solo alargar el brazo, había un plato de pan con mantequilla y junto a su plato —como si fuese lo único que se le pudiese confiar— unas vinagreras con algún líquido coagulado en su interior.

—Buenos días, señorita Millborough —dijo la señora Creevy—. Esta mañana no tiene importancia ya que es su primer día, pero recuerde que en adelante quiero que llegue usted a tiempo de ayudarme a preparar el desayuno.

—Lo siento mucho —respondió Dorothy.

—Espero que le gusten los huevos fritos para desayunar —continuó la señora Creevy. Dorothy se apresuró a asegurarle que le encantaban los huevos fritos—. Eso está bien. Porque siempre desayunará usted lo mismo que yo, así que espero que no sea usted melindrosa. Siempre he pensado —añadió cogiendo el cuchillo y el tenedor— que los huevos fritos saben mejor si se cortan bien antes de comer.

Cortó los dos huevos en tiras finas y los sirvió de tal modo que a Dorothy le correspondieron dos tercios de un huevo. Con cierta dificultad, Dorothy consiguió que le durasen media docena de bocados y luego, después de untar una tostada con mantequilla no pudo sino mirar esperanzada hacia el plato de mermelada. Pero la señora Creevy tenía su flaco brazo no exactamente alrededor de él, pero sí en posición defensiva en su flanco izquierdo, como si sospechara que Dorothy planeaba atacarlo. A Dorothy le faltó el valor y esa mañana —igual que muchas otras— se quedó sin probar la mermelada.

La señora Creevy no volvió a decir palabra en todo el desayuno, pero pronto el ruido de pisadas en la gravilla de fuera y las voces chillonas en el aula anunciaron que estaban empezando a llegar las niñas, que entraban por una puerta de servicio que se dejaba abierta a propósito. La señora Creevy se levantó y amontonó ruidosamente las cosas en la bandeja. Era una de esas personas que son incapaces de tocar nada sin hacer ruido y que todo lo hacen a base de golpes y porrazos igual que un duende. Dorothy llevó la bandeja a la cocina y cuando volvió la señora Creevy sacó un cuaderno de notas de un penique de un cajón de la cómoda y lo dejó abierto sobre la mesa.

—Échele un vistazo a esto —dijo—. Le he preparado una lista con los nombres de las niñas. Quiero que esta tarde las conozca usted a todas. —Se humedeció el pulgar y pasó unas tres páginas—. ¿Ve usted estas tres listas?

—Sí —respondió Dorothy.

—Bien, tiene que aprendérselas de memoria y asegurarse de saber en cuál de ellas está cada niña. No vaya usted a pensar que tiene que tratarlas a todas igual. Ni muchísimo menos. Niñas diferentes, trato diferente, ese es mi sistema. Bueno, ¿ve usted a estas de la primera página?

—Sí —repitió Dorothy.

—Bueno, sus padres son los que yo llamo buenos pagadores. ¿Entiende a lo que me refiero? Son los que pagan en metálico y no regatean cuando hay que pagar media guinea extra. Ni se le ocurra darle un tortazo a ninguna de ellas bajo ningún pretexto. Estas otras son las hijas de los pagadores medianos. Sus padres siempre acaban pagando, pero para que lo hagan hay que perseguirles día y noche. A ellas puede usted pegarles si se ponen impertinentes, pero vaya con cuidado de no dejarles ninguna señal. Si quiere usted un consejo, lo mejor con las niñas es retorcerles la oreja. ¿Lo ha probado usted alguna vez?

—No —respondió Dorothy.

—Pues en mi opinión no hay método mejor. No deja marcas y las niñas no lo soportan. Estas tres de aquí son hijas de malos pagadores. Sus padres me deben ya dos trimestres y estoy considerando enviarles una carta de mi abogado. Me da igual lo que les haga..., siempre que no les dé usted motivos para denunciarla a la policía, claro. Llévase el cuaderno, téngalo siempre a mano y asegúrese de no cometer errores.

Entraron en el aula. Era una habitación bastante grande con las paredes empapeladas de un papel gris que aún lo parecía más por la falta de luz, pues los arbustos de laurel tapaban las ventanas y en todo el día no entraba ni un solo rayo de sol. La mesa de la maestra estaba junto a la chimenea vacía, había también una docena de pupitres dobles, una pizarra, y un reloj que parecía un mausoleo en miniatura sobre la repisa de la chimenea; pero, por lo que pudo ver Dorothy, los mapas, los dibujos e incluso los libros brillaban por su ausencia. Los únicos objetos que podían considerarse ornamentales eran dos cartulinas negras clavadas en la pared en las que habían escrito con tiza y cuidada caligrafía: «La palabra es plata, el silencio oro» y «La puntualidad es la cortesía de los príncipes».

Las niñas, veintiuna en total, estaban ya sentadas en sus pupitres. Se habían callado nada más oír los pasos que se acercaban, y cuando entró la señora Creevy parecieron acurrucarse en sus sillas como los pollos de perdiz cuando los sobrevuela un halcón. En su mayoría eran niñas obtusas y aletargadas con mal cutis y casi todas parecían sufrir de vegetaciones. La mayor debía de tener unos quince años, la más pequeña era poco más que un bebé. La escuela no tenía uniforme y una o dos de las niñas iban casi harapientas.

—De pie, niñas —dijo la señora Creevy al llegar a la mesa de la maestra—. Empezaremos con la oración matutina.

Las niñas se pusieron en pie, juntaron las manos delante del pecho y cerraron los ojos. Repitieron la oración al unísono con voces débiles y

aflautadas, dirigidas por la señora Creevy que en ningún momento les quitó el ojo de encima para cerciorarse de si estaban atentas.

—Padre eterno y todopoderoso —entonaron con voz de pito—, te rogamos que guíes nuestro estudio diario con tu divina gracia. Haz que seamos calladas y obedientes, cuida nuestra escuela y hazla prosperar para que cada vez tenga más alumnas y sea un buen ejemplo para la vecindad y no una deshonra como otras escuelas que Tú ya sabes. Oh, Señor. Haz que seamos trabajadoras, puntuales, femeninas, y merecedoras de seguir tu camino. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

La oración la había compuesto la propia señora Creevy. Cuando terminaron, rezaron el padrenuestro y se sentaron.

—Bueno, niñas —dijo la señora Creevy—. Esta es vuestra nueva maestra, la señorita Millborough. Como sabéis, la señorita Strong tuvo que dejarnos de pronto después de que se pusiera tan enferma en plena clase de aritmética; y os aseguro que llevo toda la semana buscando una nueva maestra. He recibido setenta y tres solicitudes antes de contratar a la señorita Millborough y he tenido que rechazarlas porque no estaban suficientemente cualificadas. ¡Tenedlo presente y contádselo a vuestros padres, setenta y tres solicitudes! En fin, la señorita Millborough os dará clase de latín, francés, historia, geografía, matemáticas, literatura inglesa y redacción, ortografía, gramática, caligrafía y dibujo; y el señor Booth seguirá como siempre con sus clases de química los jueves por la tarde. Veamos, ¿cuál es la primera clase que tenéis en el horario de hoy?

—Historia, señora —respondieron una o dos voces en tono aflautado.

—Muy bien. Supongo que la señorita Millborough empezará haciéndoos algunas preguntas sobre la historia que habéis aprendido hasta ahora. Así que esforzaos y demostradle que nuestros esfuerzos no han sido en vano. Ya verá que, si se esfuerzan, son unas chicas muy espabiladas, señorita Millborough.

—Estoy convencida —dijo Dorothy.

—En fin, os dejo. ¡Y portaos bien, niñas! Ni se os ocurra hacer con la señorita Millborough lo mismo que hicisteis con la señorita Brewer porque no está dispuesta a consentirlo. Si oigo un solo ruido que salga de esta clase, os aseguro que alguna lo pagará caro.

Echó una mirada a su alrededor que incluyó también a Dorothy, sin duda dando a entender que era a ella a quien acababa de referirse y se marchó.

Dorothy se plantó delante de la clase. No les tenía miedo —estaba demasiado acostumbrada a tratar con niños para temerles—, pero aun así sintió ciertas dudas. Sobre ella pesaba la sensación de ser una impostora (¿qué

profesor no la ha tenido alguna vez?). De pronto cayó en algo en lo que no había pensado hasta entonces más que de forma muy vaga y es que había conseguido aquel empleo de maestra alegando méritos flagrantemente falsos y sin tener ninguna cualificación. Ahora se suponía que debía impartir clase de historia y, como la mayoría de las personas «educadas», no tenía ni idea de historia. ¡Sería terrible que aquellas niñas resultaran saber más historia que ella!

—¿Qué época estabais estudiando con la señorita Strong? —preguntó tímidamente.

Nadie respondió. Dorothy vio que las niñas mayores intercambiaban miradas, como si se preguntaran si sería seguro decir algo y finalmente decidieran no correr el riesgo.

—¿Bueno, por dónde ibais? —dijo, pensando que tal vez la palabra «época» fuese demasiado para ellas.

Nuevamente no hubo respuesta.

—En fin, ¿no recordáis nada? Decidme el nombre de algún personaje que estudiarais en la última clase de historia.

Se produjo otro intercambio de miradas hasta que una niña muy poco agraciada de la primera fila, que llevaba un jersey marrón y una falda y el pelo recogido en dos coletas, dijo de manera confusa:

—Era sobre los antiguos britanos.

Al oírla otras dos niñas se envalentonaron y respondieron al mismo tiempo. Una dijo «Colón» y la otra «Napoleón».

Después de eso, Dorothy creyó ver con más claridad a lo que se enfrentaba. Estaba claro que, en lugar de estar muy bien preparadas en historia, las niñas apenas sabían nada. Al hacer ese descubrimiento, su miedo escénico desapareció. Comprendió que antes de poder hacer algo con ellas tenía que averiguar qué era lo que sabían, si es que sabían algo. Así que, en lugar de cumplir con el horario, pasó el resto de la mañana preguntando a la clase por todas las asignaturas; cuando terminó por la historia (y apenas tardó cinco minutos en llegar al fondo de sus conocimientos históricos) les preguntó por la geografía, la gramática inglesa, el francés, la aritmética..., es decir, por todo lo que se suponía que debían haber aprendido. Al dar las doce había sondeado, aunque no explorado del todo, los temibles abismos de su ignorancia.

Y es que no sabían nada, absolutamente nada..., nada, nada, nada, como los dadaístas. Era horroroso que incluso los niños pudieran ser tan ignorantes. Había solo dos niñas en la clase que supieran si la tierra daba vueltas alrededor

del sol o el sol alrededor de la tierra, y ninguna de ellas pudo decirle a Dorothy quién fue el último rey antes de Jorge V, o quién escribió Hamlet, o qué es una fracción, o qué océano había que cruzar para llegar a América, si el Atlántico o el Pacífico. Y las niñas de quince años no sabían mucho más que las de ocho, aunque sabían leer de corrido y escribir con buena caligrafía. Escribir con pulcritud era lo único que sabían hacer las niñas mayores. La señorita Creevy se había ocupado de eso. Y, por supuesto, aquí y allí en el piélago de su ignorancia había pequeños islotes de conocimiento; por ejemplo, algunas estrofas de «poesías» que habían aprendido de memoria, y unas cuantas frases en francés sacadas de una guía de viajes como *Passez-moi le beurre, s'il vous plaît* y *Le fils du jardinier a perdu son chapeau*, que parecían haber aprendido como si fueran loros. En cuanto a la aritmética, se les daba un poco mejor que las demás materias. La mayoría sabían sumar y restar, más o menos la mitad tenían nociones de cómo multiplicar e incluso había tres o cuatro que se atrevían con una división larga. Pero ese era el último límite de su conocimiento y más allá se extendía en todas las direcciones una noche impenetrable.

Por si fuera poco, no solo era que no supieran nada, sino que tenían tan poca costumbre de que les preguntaran que a veces era difícil conseguir una respuesta. Saltaba a la vista que lo poco que sabían lo habían aprendido de manera puramente mecánica y cuando se les pedía que pensaran por sí mismas se quedaban perplejas y boquiabiertas. No obstante, no les faltaba voluntad y estaba claro que querían ser «buenas» —los niños siempre lo son con una maestra nueva—, así que Dorothy se esforzó cuanto pudo y, paso a paso, consiguió que las niñas fuesen un poco menos torpes. Y por las respuestas que le daban fue haciéndose una idea cada vez más precisa de en qué había consistido el régimen de la señorita Strong.

Por lo visto, aunque en teoría habían estudiado todas las materias escolares habituales, las únicas que les habían enseñado seriamente habían sido la caligrafía y la aritmética. La señora Creevy insistía mucho en lo de la caligrafía. Aparte de eso habían pasado mucho tiempo —una hora o dos al día ocupadas con una terrible rutina que llamaban «copias» y que consistía en copiar fragmentos de los libros de texto o escritos en la pizarra. La señorita Strong escribía, por ejemplo, un sentencioso párrafo (había uno titulado «Primavera» que aparecía siempre en los cuadernos de las niñas mayores y empezaba así: «Ahora, cuando el aññado mes de abril recorre grácilmente la tierra, cuando los pájaros cantan alegremente en las ramas y las delicadas florecillas brotan de los capullos etcétera, etcétera»), las niñas lo copiaban y los padres, que de vez en cuando revisaban los cuadernos, se quedaban muy impresionados. Dorothy empezó a comprender que todo lo que habían aprendido las niñas estaba en realidad pensado para los padres. De ahí lo de las copias, la insistencia en la caligrafía, y la repetición memorística de frases

en francés: eran modos fáciles y vulgares de crear una buena impresión. Entretanto, las niñas del fondo de la clase apenas sabían leer y escribir, y una de ellas, una tal Mavis Williams —una niña más bien siniestra de unos once años con los ojos demasiado separados—, ni siquiera sabía contar. Aquella niña daba la impresión de no haber hecho más que garabatos el curso anterior. Tenía una pila de cuadernos llenos de garabatos, páginas y páginas cubiertas de garabatos que se entrelazaban unos con otros como las raíces de un manglar en un pantano tropical.

Dorothy intentó no humillar a las niñas escandalizándose por su ignorancia, pero en el fondo estaba perpleja y horrorizada. Ignoraba que siguieran existiendo escuelas así en el mundo civilizado. El ambiente del lugar era tan anticuado que recordaba a esas espantosas academias privadas de las que leemos en las novelas victorianas. En cuanto a los pocos libros de texto que había en la clase era imposible leerlos sin tener la sensación de haber retrocedido a mediados del siglo XIX. Solo había tres libros y cada niño tenía un ejemplar. Uno era una aritmética de un chelín de antes de la guerra, aunque bastante práctico, otro un horrible librito llamado Historia de Gran Bretaña en cien páginas, un desagradable volumen en doceavo con sucias tapas de color marrón y un retrato de Boadicea en la portada con la bandera de Gran Bretaña enganchada a su carro. Dorothy lo abrió al azar por la página 91 y leyó:

Cuando concluyó la Revolución francesa el autocoronado emperador Napoleón Bonaparte intentó extender su poder, pero aunque logró unas cuantas victorias contra las tropas del continente no tardó en comprobar que las tropas inglesas eran un rival a su altura, como se demostró en el campo de batalla de Waterloo, donde 50 000 británicos pusieron en fuga a 70 000 franceses, pues los prusianos, nuestros aliados llegaron demasiado tarde. Con un resonante grito de guerra británico, nuestros soldados cargaron colina abajo y el enemigo acabó dispersándose y huyendo. Llegamos así a la Gran Reforma Electoral de 1832, la primera de esas reformas tan beneficiosas que han hecho de las libertades británicas lo que son y nos han alejado de los países menos afortunados, etcétera, etcétera.

La fecha de publicación del libro era 1888. Dorothy, que no había visto nunca un libro de historia como ese, lo hojeó con una sensación muy parecida al horror. Había también un extraordinario librito de lectura publicado en 1863. Consistía sobre todo en fragmentos de Fenimore Cooper, el doctor Watts y Lord Tennyson, y al final incluía extrañísimas notas de historia natural con ilustraciones y grabados. Había un grabado de un elefante y al pie decía: «El elefante es una bestia sagaz. Disfruta a la sombra de los árboles, y aunque tiene la fuerza de seis caballos deja que lo conduzca un chiquillo de seis años. Se alimenta de plátanos». Y lo mismo de la ballena, la cebra, el puercoespín y la jirafa. En la mesa de la maestra había también un ejemplar de Beautiful Joe,

un libro olvidado titulado Ojeadas a países lejanos y un libro de frases en francés de 1891. Se titulaba Todo lo que necesitará en su viaje a París y la primera frase era «Átome el corsé, pero no muy apretado». En toda el aula no había nada tan elemental como un atlas o un equipo de instrumentos geométricos.

A las once había un descanso de diez minutos y algunas niñas jugaban a juegos aburridos como el tres en raya o se peleaban por sus estuches. Las pocas que habían superado su timidez inicial se arremolinaban en torno a la mesa de Dorothy y le hablaban de los métodos de enseñanza de la señorita Strong y de cómo les retorció las orejas cuando hacían un borrón en el cuaderno. Por lo visto la señorita Strong era muy estricta excepto cuando «se ponía mala», cosa que ocurría dos veces por semana. En esos casos tomaba siempre una medicina que guardaba en una botellita marrón y luego se ponía muy contenta y les hablaba de un hermano que tenía en Canadá. Pero el último día —cuando se puso tan mala en clase de aritmética— la medicina le sentó peor que nunca porque nada más tomársela empezó a cantar y se desplomó sobre la mesa, y la señora Creevy tuvo que llevársela del aula.

Terminado el recreo, había otros tres cuartos de hora de clase y así acababan las clases de la mañana. Después de tres horas en el aula gélida y mal ventilada, Dorothy se sentía exhausta y entumecida y le habría gustado salir a la calle a respirar un poco de aire fresco, pero la señora Creevy la había advertido de antemano que debía bajar y ayudar a preparar la comida. Las niñas que vivían cerca de la escuela iban a casa a comer, pero había siete que almorzaban en el «comedor» por diez peniques. Era una comida desagradable y transcurría en un silencio casi absoluto, pues las niñas temían hablar en presencia de la señora Creevy. Consistía en estofado de cuello de cordero y la señora Creevy tenía una extraordinaria habilidad para servir las tajadas de carne magra a las hijas de los «buenos pagadores» y las de grasa a las de los «pagadores medianos». En cuanto a las tres hijas de «malos pagadores», comían avergonzadas en el aula el contenido de una bolsa de papel de estraza.

Las clases se reanudaban a las dos en punto. Una sola mañana bastó para que Dorothy volviera al trabajo con cierta aprensión y el corazón encogido. Había empezado a vislumbrar lo que sería su vida, día tras día y semana tras semana, en aquella aula oscura, tratando de implantar unos mínimos conocimientos en aquellas mocosas. Pero después de pasar lista, una de ellas, una niña paliducha con el pelo color de rata llamada Laura Firth se acercó a la mesa y le regaló un patético ramo de crisantemos amarillentos de parte «de toda la clase». A las niñas les había caído bien Dorothy, y habían reunido cuatro peniques entre todas para comprarle un ramo de flores.

Algo se conmovió en el corazón de Dorothy al aceptar las feas flores. Observó con más atención los rostros anémicos y los vestidos raídos de las

niñas y se avergonzó de pronto al pensar que por la mañana las había mirado con indiferencia y casi con desagrado. Ahora la embargó un profundo pesar. ¡Pobres niñas, pobres niñas! ¡Cómo las habían atrofiado y maltratado! Y, pese a todo, habían conservado esa generosidad infantil que les había empujado a gastar sus escasos peniques en comprarle unas flores a su maestra.

A partir de ese momento vio su trabajo con mejores ojos. En su corazón había brotado un sentimiento de lealtad y afecto. Esa era su escuela, trabajaría para ella y se sentiría orgullosa de hacerlo, y se esforzaría en hacer de aquel lugar de esclavitud algo humano y digno. Lo más probable era que no pudiese hacer gran cosa. Tenía tan poca experiencia y estaba tan poco preparada para aquel trabajo que antes de poder educar a nadie tendría que formarse ella misma. Aun así, haría todo lo que le permitiesen su fuerza de voluntad y su energía para rescatar a aquellas niñas de la terrible oscuridad en que las habían tenido hasta entonces.

III

Las siguientes semanas hubo dos cosas que ocuparon a Dorothy por encima de todo. Una, poner cierto orden en la clase; la otra, llegar a un acuerdo con la señora Creevy.

La segunda fue con mucho la más difícil. La casa de la señora Creevy era el lugar más desagradable para vivir que uno pueda imaginar. Siempre estaba fría, no había en ella una sola silla mínimamente cómoda y la comida era repugnante. La enseñanza es una labor más ardua de lo que parece y un maestro necesita estar bien alimentado para seguir adelante. Era muy descorazonador tener que trabajar alimentándose con una dieta de insípidos guisados de cordero, patatas hervidas llenas de ojos negros, arroz con leche aguado, pan con mantequilla y té flojo, y encima en cantidades escasas. La señora Creevy, tan tacaña que disfrutaba racaneando su propia comida, comía lo mismo que Dorothy, pero siempre se llevaba la mejor parte. Cada mañana, los dos huevos del desayuno se cortaban en tiras y se repartían de forma desigual, y el plato de mermelada de naranja siguió siendo sacrosanto. A medida que avanzaba el trimestre Dorothy estaba más y más famélica. Las dos tardes a la semana que se las arreglaba para salir recurría a sus menguados ahorros y compraba tabletas de chocolate que comía en secreto, pues la señora Creevy, aunque mataba de hambre a Dorothy de forma más o menos intencionada, se habría ofendido mortalmente si hubiera sabido que compraba comida por su cuenta.

Lo peor de su situación era que apenas tenía intimidad y disponía de muy poco tiempo para ella misma. Una vez terminadas las clases, su único refugio era el «comedor» donde estaba constantemente vigilada por la señora Creevy, que procuraba no dejarla en paz ni diez minutos. Se le había metido en la

cabeza que Dorothy era perezosa y necesitaba que la marcasen de cerca. Así que se pasaba el día diciéndole:

—Vaya, señorita Millborough, no parece tener mucho que hacer esta tarde, ¿no? ¿No tiene cuadernos para corregir? ¿Por qué no coge la aguja y borda usted un rato? No sé cómo aguanta usted sentada ahí sin hacer nada.

Le buscaba continuamente tareas domésticas y le hacía fregar el aula los sábados por la mañana cuando las niñas no tenían clase, pero era por pura mala intención porque no confiaba en que supiera hacerlo y luego volvía a fregarla ella. Una tarde Dorothy cometió la torpeza de pedir prestada una novela de la biblioteca pública. La señora Creevy montó en cólera nada más verla.

—¡Vaya, señorita Millborough! ¡No sabía que tuviese usted tiempo para leer! —exclamó en tono agrio.

Ella se enorgullecía de no haber leído un libro en toda su vida.

Además, incluso cuando no estaba vigilando a Dorothy, la señora Creevy tenía formas de hacer sentir su presencia. Se pasaba el día merodeando cerca del aula, por lo que Dorothy nunca podía estar segura de que no fuese a irrumpir en la clase; y cuando creía que había demasiado ruido daba golpes en la pared con el mango de la escoba de un modo que sobresaltaba a las niñas y las distraía de lo que estuvieran haciendo. A todas horas del día estaba ruidosamente activa. Cuando no estaba cocinando, daba golpes con la escoba y el recogedor, o regañaba a la criada, o entraba en la clase a «echar un vistazo» con la esperanza de sorprender a Dorothy o a las niñas, o «trabajaba un poco en el jardín», es decir mutilaba con unas tijeras de podar los tristes arbustos que crecían entre los desiertos de gravilla del jardín trasero. Dorothy solo se libraba de ella las dos tardes a la semana que la señora Creevy dedicaba a sus incursiones, que ella llamaba «ir en busca de niñas», es decir, a buscar clientes entre los padres que le parecían más fácil de convencer. Dorothy pasaba esas tardes en la biblioteca pública, pues cuando la señora Creevy no estaba en casa prefería que Dorothy saliera también a fin de ahorrar luz y combustible. La señora Creevy pasaba las demás tardes ocupada escribiendo cartas a los padres pidiéndoles que pagaran los atrasos o al director del periódico local regateando el precio de una docena de anuncios, husmeando en los pupitres de las niñas para ver si los cuadernos estaban bien corregidos, o «cosiendo un rato» —por lo general zurciendo unos calzones de áspero lino blanco de los que poseía innumerables pares—. Era la prenda más fría que uno podía imaginar; parecía simbolizar una gélida y terrible castidad de un modo que no habrían podido hacerlo ni la cofia de una monja ni la camisa de un anacoreta. Nada más verlos uno pensaba en el difunto señor Creevy y dudaba incluso de que hubiera existido.

Cualquiera que viese cómo vivía la señora Creevy habría dicho que carecía totalmente de placeres. No hacía nada de lo que hace la gente normal para divertirse —no iba al cine, no leía libros, no comía dulces, no cocinaba un plato especial para la comida, ni se vestía con ningún refinamiento—. Le traía sin cuidado no tener vida social. No tenía amigos, era incapaz de concebir la amistad y apenas hablaba con nadie si no era por una cuestión de negocios. Tampoco tenía el menor vestigio de creencia religiosa. Su actitud por la religión, aunque asistía todos los domingos a la capilla baptista para impresionar a los padres con su piedad, era un mezquino anticlericalismo basado en la idea de que los curas solo «quieren sacarte el dinero». Parecía una criatura sin alegrías y totalmente sumergida en la monotonía de su existencia, pero en realidad no era así. Había varias cosas que le proporcionaban un placer agudo e inagotable.

Sin ir más lejos, su avaricia. El dinero era lo que más le interesaba en la vida. Hay dos tipos de avaros: los descarados y codiciosos que están dispuestos a arruinarte a la menor oportunidad pero que no se molestan en agacharse a recoger un penique, y los más míseros y mezquinos cuyo objetivo no es ganar dinero, pero que como suele decirse, no dudarían en sacar con los dientes ese mismo penique de un estercolero. La señora Creevy era de las segundas. A fuerza de perseguir a los padres y de mentirles sin el menor pudor había logrado tener veintiuna alumnas, pero nunca podría tener más porque era demasiado tacaña para comprar el material necesario y pagarle un salario digno a su ayudante. Las niñas pagaban, o no, unas tasas de cinco guineas por trimestre, así que, por mucho que matase de hambre e hiciese trabajar a su ayudante, lo más que podía ganar al año eran ciento cincuenta libras. Pero con eso se contentaba. Prefería ahorrar seis peniques que ganar una libra. Con tal de poder escatimarle otra patata a Dorothy en la comida, conseguir sus cuadernos de ejercicios a medio penique menos la docena, o colarle media guinea falsa a uno de los buenos pagadores, era feliz a su manera.

También encontraba una fuente de distracción inagotable en la maldad pura y gratuita, en las pequeñas ruindades de las que ni siquiera sacaba ningún beneficio. Era de esas personas que experimentan una especie de orgasmo espiritual cuando le gastan a alguien una jugarreta. La guerra que libraba con su vecino el señor Boulger —una guerra unilateral, en realidad, porque aquel pobre hombre no era contrincante para la señora Creevy— era despiadada y sin cuartel. Tanto le gustaba fastidiarle que incluso estaba dispuesta a gastar dinero para hacerlo. Un año antes, el señor Boulger había escrito al casero (ambos se pasaban la vida escribiendo al casero para quejarse el uno del comportamiento del otro) para decirle que la chimenea de la cocina de la señora Creevy echaba el humo junto a sus ventanas traseras y pedirle que la levantara medio metro de altura. El mismo día que recibió la carta del casero, la señora Creevy llamó a los albañiles y mandó que la acortasen medio metro.

Le costó treinta chelines, pero valió la pena. Después se produjo la larga guerra de guerrillas consistente en arrojar de noche cosas por encima de la tapia del jardín, que la señora Creevy acabó venciendo tras echar un cubo de cenizas húmedas sobre el macizo de tulipanes del señor Boulger. Poco después de la llegada de Dorothy, la señora Creevy logró una victoria clara e incruenta al descubrir por casualidad que las raíces del ciruelo del señor Boulger habían crecido por debajo de la tapia hasta su propio jardín, así que le inyectó una lata entera de herbicida y mató el árbol. Fue un día notable, porque fue la única ocasión en que Dorothy oyó reír a la señora Creevy.

Pero al principio Dorothy estaba demasiado ocupada para prestar demasiada atención a la señora Creevy y sus desagradables idiosincrasias. Comprendió enseguida que la señora Creevy era una mujer odiosa y que su propia situación era muy parecida a la de un esclavo, pero eso no la preocupó demasiado. Su trabajo era demasiado absorbente e importante. Comparado con eso, su bienestar e incluso su futuro casi carecían de importancia.

Tardó solo un par de días en poner la clase en orden. Fue curioso porque, pese a no tener experiencia en la enseñanza y ninguna teoría preconcebida al respecto, desde el primer día empezó a reorganizar, planear e innovar como empujada por su instinto. Había que cambiar muchas cosas. Lo primero, evidentemente, era poner fin a la horripilante rutina de las «copias» y después de su segundo día de trabajo no volvieron a hacer ninguna, a pesar de los resoplidos de la señora Creevy. También redujo las clases de caligrafía. Dorothy habría querido suprimirlas para las niñas mayores —le parecía ridículo que niñas de quince años perdieran el tiempo practicando su caligrafía—, pero la señora Creevy no quiso ni oír hablar del asunto. Parecía conceder un valor casi supersticioso a las clases de caligrafía. Y el paso siguiente, claro, fue deshacerse de la repulsiva Historia de Gran Bretaña en cien páginas y los absurdos «libros de lectura». De nada habría servido pedirle dinero a la señora Creevy para comprarles libros a los niños, pero el primer sábado por la tarde Dorothy le rogó que le diera permiso para ir a Londres y ella se lo concedió a regañadientes, así que gastó dos libras y tres chelines de sus preciosas cuatro libras con diez chelines en comprar una docena de ejemplares de segunda mano de una edición escolar barata de Shakespeare, un enorme atlas de segunda mano, unos cuantos ejemplares de cuentos de Hans Andersen para las niñas más pequeñas, un juego de instrumentos geométricos y un kilo de plastilina. Con eso, y unos cuantos libros de historia que sacó de la biblioteca pública, se sintió capaz de empezar.

Había comprendido enseguida que lo que más necesitaban aquellas niñas, y lo que nunca habían tenido, era atención individual. Así que empezó por separarlas en tres clases diferentes y dispuso las cosas para que dos de ellas pudieran trabajar solas mientras ella explicaba algo a la tercera. Al principio

fue difícil, sobre todo con las pequeñas, que se despistaban en cuanto las dejaba solas por lo que no podía quitarles la vista de encima. Y, no obstante, ¡qué maravillosa e inesperadamente mejoraron casi todas aquellas primeras semanas! La mayoría no eran tontas, solo estaban embotadas por tanto galimatías monótono y mecánico. La primera semana siguió siendo imposible enseñarles nada, pero de pronto su imaginación pareció brotar y extenderse como las margaritas cuando deja uno de pasarles la segadora por encima.

A Dorothy le fue fácil inculcarles el hábito de pensar por sí mismas. Les puso a hacer ejercicios de redacción personales en lugar de copiar bobadas sobre pajarillos cantando entre las ramas y capullos en flor. Empezó la aritmética por la base y enseñó a las pequeñas a multiplicar y ayudó a las mayores a hacer divisiones largas y a operar con fracciones, incluso consiguió que tres de ellas empezaran a estudiar los decimales. Les enseñó los primeros rudimentos de la gramática francesa en lugar de los *Passez-moi le beurre, s'il vous plaît* y *Le fils du jardinier a perdu son chapeau*. Al ver que ninguna de las niñas sabía qué aspecto tenía ningún país del mundo (aunque varias sabían que Quito era la capital del Ecuador), las puso a hacer un mapa en relieve de Europa en plastilina sobre un tablero de madera y copiado a escala del atlas. A las niñas les encantaba hacer el mapa, siempre le pedían que las dejara seguir con él. Y puso a toda la clase, excepto a las seis niñas más pequeñas y a Mavis Williams, la especialista en garabatos, a leer *Macbeth*. Ninguna había leído voluntariamente nada en toda su vida, excepto tal vez el Periódico de las Señoritas, pero enseguida se aficionaron a Shakespeare, como les pasa siempre a los niños cuando no se les obliga a analizar el texto hasta hacérselo odioso.

Lo más difícil fue enseñarles historia. Dorothy no había comprendido hasta entonces lo difícil que es para niños de origen humilde hacerse siquiera una idea de lo que significa la historia. Todas las personas de clase alta, por mal informadas que estén, crecen con ciertas nociones históricas, son capaces de imaginar un centurión romano, un caballero medieval o un noble del siglo XVIII; los términos Antigüedad, Edad Media, Renacimiento o Revolución industrial evocan cierto significado, por confuso que sea, en su imaginación. Pero aquellas niñas venían de casas donde no había libros y cuyos padres se habrían echado a reír si les hubieran dicho que el pasado tenía importancia en el presente. Nunca habían oído hablar de Robin Hood, no habían jugado a ser caballeros y soldados puritanos, no se habían preguntado quién había construido las iglesias inglesas o qué significa la inscripción *Fid. Def.* que llevan las monedas de un penique. Había dos personajes históricos de quienes todas, casi sin excepción, habían oído hablar: Colón y Napoleón. Dios sabe por qué..., tal vez Colón y Napoleón aparezcan en los periódicos más a menudo que los demás personajes históricos. Era como si se hubiesen hinchado en la imaginación de las niñas igual que Tweedledum y Tweedledee hasta bloquear todo el paisaje del pasado. Preguntada cuándo se inventó el

automóvil una niña de diez años aventuró la vaga respuesta de que lo había inventado Colón hacía unos mil años.

Dorothy descubrió que algunas de las niñas mayores habían leído más de cuatro veces la Historia de Gran Bretaña en cien páginas, desde Boadicea hasta el primer Jubileo, y habían olvidado hasta la última palabra. No es que importara mucho, pues la mayor parte de lo que contaba eran patrañas. Volvió a empezar las clases con la invasión de Julio César, y al principio trató de sacar los libros de la biblioteca pública y leérselos en voz alta a las niñas; pero el método fracasó porque no entendían nada que se les explicase con vocablos de más de una o dos sílabas. Así que hizo lo que pudo y recurrió a sus propias palabras y sus escasos conocimientos para parafrasear lo que leía y explicárselo a las niñas, esforzándose en evocar en sus embotadas cabezas alguna imagen del pasado y, lo que era aún más difícil, tratando de despertar su interés por él. Pero un día se le ocurrió una idea brillante. Compró un rollo de papel de empapelar normal y corriente en una tienda de tapicería y puso a las niñas a dibujar un mapa histórico. Dividieron el papel en siglos y en años y pegaron recortes que sacaron de revistas ilustradas —dibujos de caballeros con armadura, galeones españoles, imprentas, y ferrocarriles— en los lugares adecuados. Clavado en las paredes de la clase, el mapa, a medida que fue habiendo más recortes, ofreció una especie de panorama de la historia de Inglaterra. A las niñas les gustaba aún más que el mapa en relieve. Dorothy descubrió que siempre demostraban más inteligencia cuando se trataba de hacer algo y no solo de aprenderlo. Incluso se habló de hacer un mapamundi en relieve de ciento veinte centímetros de lado con cartón piedra, si Dorothy lograba convencer a la señora Creevy de que les permitiera preparar el cartón piedra, un proceso algo engorroso que requería utilizar cubos de agua.

La señora Creevy supervisó las innovaciones de Dorothy con mirada celosa, pero al principio no se entrometió. Aunque no estuviera dispuesta a admitirlo estaba muy contenta y satisfecha de haber dado con una ayudante que parecía estar dispuesta a trabajar. Cuando vio que Dorothy había comprado los libros de texto con su propio dinero sintió la misma sensación que habría sentido al estafar a alguien. Aun así, se pasaba el día gruñendo y resoplando al ver lo que hacía Dorothy y malgastaba mucho tiempo insistiendo en lo que ella llamaba «la corrección meticulosa» de los cuadernos de las niñas. Su sistema de corrección, como todo el plan de estudios de la escuela, estaba hecho pensando en los padres. Las niñas llevaban periódicamente los cuadernos a casa para que los vieran los padres, y la señora Creevy no permitía que se escribiera en ellos ninguna crítica. No se podía escribir un «mal», ni tachar ni subrayar demasiado; en lugar de eso, Dorothy pasaba las tardes decorando los cuadernos con comentarios más o menos elogiosos en tinta roja al dictado de la señora Creevy. «Una notable labor», y «¡Excelente! Estás haciendo grandes progresos. ¡Sigue así!» eran los

preferidos de la señora Creevy. Según ella, todas las niñas de la escuela estaban «haciendo grandes progresos», aunque no se especificara en qué dirección. Y por lo visto los padres estaban dispuestos a tragar una cantidad ilimitada de esas tonterías.

Por supuesto, en ocasiones Dorothy tenía dificultades con las niñas. Al tener edades tan diferentes eran más difíciles de manejar, y aunque la apreciaban y al principio fueron muy «buenas», no habrían sido niñas si hubiesen sido buenas todo el tiempo. A veces eran perezosas y otras sucumbían al peor vicio de las colegialas: las risitas. Los primeros días Dorothy se esforzó mucho con la pequeña Mavis Williams, que era más tonta de lo que nadie habría podido imaginar en una niña de once años. Dorothy no sabía qué hacer con ella. Cada vez que intentaba que hiciese algo que no fuesen garabatos la niña la miraba con una especie de vacuidad casi infrahumana. No obstante, en ocasiones le daba por hablar y plantear preguntas sorprendentes y casi imposibles de responder. Por ejemplo, abría el «libro de lectura», encontraba una de las ilustraciones —digamos, el sagaz elefante— y preguntaba a Dorothy:

—Perdone, señorita, ¿qué es esto de aquí? —Pronunciaba mal las palabras de un modo muy curioso.

—Eso es un elefante, Mavis.

—¿Qué es un elefante?

—Un elefante es un animal salvaje.

—¿Qué es un animal?

—Bueno..., un perro es un animal.

—¿Qué es un perro?

Y así más o menos indefinidamente. A mitad de la mañana del cuarto día de clase, Mavis levantó la mano y preguntó con una astuta corrección que debió haber puesto a Dorothy en guardia.

—Perdone, señorita, ¿puedo salir un momento?

—Sí —respondió Dorothy.

Una de las niñas mayores levantó la mano, se sonrojó y volvió a bajarla como si estuviese demasiado azorada para hablar. Cuando Dorothy le insistió respondió avergonzada:

—Perdone, señorita, pero la señorita Strong no dejaba salir sola al baño a Mavis. Se encierra y no quiere salir, y luego la señora Creevy se enfada, señorita.

Dorothy envió a una mensajera, pero era demasiado tarde. Mavis se quedó in latebra pudenda hasta las doce en punto. Después la señora Creevy explicó en privado a Dorothy que Mavis era retrasada mental o, tal como lo dijo ella, «no estaba bien de la cabeza». Era totalmente imposible enseñarle nada. Por supuesto, la señora Creevy no se lo había dicho a los padres, que estaban convencidos de que su hija iba un poco atrasada y seguían pagando las tasas con regularidad. Mavis era fácil de llevar. Bastaba con darle un libro, un lápiz, decirle que hiciera un dibujo y estuviese calladita. Pero Mavis, una niña de costumbres, no dibujaba más que garabatos..., se quedaba en silencio y pasaba feliz las horas, con la lengua fuera, entre sus garabatos y tachones.

Pero, pese a aquellas dificultades menores, ¡qué bien fue todo aquellas primeras semanas! ¡Qué ominosamente bien! El 10 de noviembre, después de mucho refunfuñar por el precio del carbón, la señora Creevy dejó que encendieran la estufa en el aula. La inteligencia de las niñas despertó notablemente en cuanto la clase estuvo tolerablemente caliente. Y Dorothy pasó horas felices, cuando el fuego chisporroteaba en la estufa, la señora Creevy estaba fuera y las niñas trabajaban en silencio absorbidas en su lección favorita. Lo mejor era cuando las niñas de las dos clases leían las escenas de Macbeth con voz chillona y sin pararse a cobrar aliento, Dorothy les hacía pronunciar las palabras correctamente, o les preguntaba quién era el novio de Belona y cómo volaban las brujas en sus escobas; y las chicas se preguntaban casi tan intrigadas como si de una novela de detectives se tratara, cómo era posible que el bosque de Birnam trepara a Dunsinane y que a Macbeth lo matara un hombre que no fuese nacido de mujer. Esos son los ratos que hacen que dar clase valga la pena, cuando el entusiasmo de los niños se enciende como una llama igual que el tuyo e inesperados destellos de inteligencia recompensan tus esfuerzos previos. No hay trabajo más fascinante que la enseñanza si se goza de cierta libertad. Aunque Dorothy ignoraba todavía que esa condición es una de las más importantes del mundo.

Le gustaba su trabajo y estaba satisfecha. Para entonces ya conocía muy bien a las niñas, sabía sus peculiaridades y los alicientes que tenía que utilizar para hacerlas pensar. Sentía más afecto por ellas y estaba más interesada por su educación y por hacer cuanto pudiera por ellas de lo que habría creído posible poco tiempo antes. La interminable y compleja tarea de las clases llenaba su vida igual que la había llenado la ronda de trabajos parroquiales cuando estaba en casa. Pensaba y soñaba con las clases; sacó libros de la biblioteca pública y estudió las diferentes teorías pedagógicas. Si todo seguía como hasta entonces, se veía enseñando toda su vida, aunque fuese por diez chelines a la semana con alojamiento y comida. Decidió que había encontrado su vocación.

Cualquier trabajo que la hubiese ocupado por completo habría sido un

alivio después de la horrible futilidad de los días que pasó en la indigencia. Pero este era mucho más que un trabajo, era una misión, un propósito en la vida, o al menos eso le parecía a ella. ¿Cómo no dedicarse en cuerpo y alma a despertar la embotada imaginación de aquellas niñas e intentar compensar la estafa que les habían vendido como educación? Así que, de momento, pasó por alto las incomodidades de vivir en casa de la señora Creevy y olvidó su extraña y anómala situación y la incertidumbre de su futuro.

IV

Pero, claro, aquello no podía durar.

Apenas pasaron unas pocas semanas antes de que los padres empezaran a poner objeciones al plan de estudios de Dorothy. Las discusiones con los padres forman parte de la rutina de cualquier colegio privado. A los maestros, los padres siempre les parecen unos pesados, y los padres de los niños de una escuela de cuarta categoría son sencillamente insoportables. Por un lado, tienen una remotísima idea de lo que significa la educación, por el otro consideran los «gastos de escolarización» exactamente igual que la cuenta del carnicero o del verdulero y se pasan la vida sospechando que les están engañando. Acosan al maestro con notas mal escritas en las que formulan peticiones de lo más insólito y hacen que se las entreguen en mano sus propias hijas, que las leen camino de la escuela. Transcurridos los primeros quince días Mabel Briggs, una de las niñas más avanzadas, entregó a Dorothy la siguiente nota:

QUERIDA SEÑORITA: ¿Le importaría enseñarle a Mabel un poco más de aritmética? Creo que lo que le está enseñando no es lo bastante práctico. Tanto mapa y demás. Lo que necesita aprender son cosas prácticas y no esas tonterías. Así que más aritmética por favor.

Suyo atentísimo,

GEO. BRIGGS

P.D. Mabel dice que va usted a enseñarle una cosa llamada decimales. No quiero que le enseñe usted decimales, sino aritmética.

Así que Dorothy dejó de enseñar geografía a Mabel y dedicó más tiempo a la aritmética, con gran disgusto por parte de la niña. Luego llegaron más cartas. Una señora expresaba su preocupación al enterarse de que su hija estaba leyendo a Shakespeare. Había oído —escribía— que aquel tal señor Shakespeare era un escritor de obras de teatro, ¿estaba segura la señorita Millborough de que no era también un escritor muy inmoral? Ella no había ido al cine en toda su vida, y menos al teatro, y tenía la sensación de que leer obras de teatro era muy peligroso, etcétera, etcétera. No obstante, se tranquilizó cuando Dorothy le informó de que Shakespeare había muerto. Eso

pareció tranquilizarla. Otro padre quería que dedicase más atención a la caligrafía de su hija, y otro pensaba que las clases de francés eran una pérdida de tiempo, y así sucesivamente hasta que el plan de estudios que Dorothy había preparado con tanto cuidado quedó hecho pedazos. La señora Creevy le dio a entender claramente que debía hacer lo que pidieran los padres, o al menos fingir que lo hacía. En muchos casos era casi imposible pues la clase se desorganizaba al tener a una niña estudiando, por ejemplo, aritmética mientras los demás estudiaban historia o geografía. Pero en las escuelas privadas la palabra de los padres es ley. Su existencia se fundamenta, igual que la de los demás comercios, en la adulación al cliente y si un padre quiere que a su hijo se le enseñe solo a jugar a las cunitas y el alfabeto cuneiforme el maestro tendrá que complacerle si no quiere perder un alumno.

Lo cierto es que los padres se fueron preocupando cada vez más con lo que les contaban sus hijas sobre los métodos de Dorothy. No le veían ningún sentido a esas ideas modernas de hacer mapas de plastilina y recitar poesía, y la anticuada rutina que tanto había horrorizado a Dorothy les parecía de lo más sensata. Cuanto más inquietos estaban más aparecía en sus cartas la palabra «práctico» lo que significaba que querían más clases de caligrafía y aritmética. Y su idea de la aritmética se reducía a la suma, la resta, la multiplicación y los ejercicios, pues la división les parecía un tour de force espectacular y carente de valor. Muy pocos habrían sabido hacer una suma con decimales y no estaban nada interesados en que sus hijas sí supieran.

No obstante, si la cosa se hubiese quedado ahí, no habría supuesto una gran dificultad. Los padres habrían seguido refunfuñando, como hacen todos los padres, pero Dorothy habría terminado por aprender, como hacen todos los maestros, que si uno tiene un poco de tacto puede ignorar sus peticiones sin que llegue a ocurrir nada. No obstante había algo que sin duda acabaría causándole dificultades y es que los padres de casi todos los niños eran no conformistas y Dorothy era anglicana. Es cierto que Dorothy había perdido la fe, de hecho en los dos últimos meses apenas había pensado en su fe ni en que hubiese podido perderla. Pero eso carecía de importancia; sea uno católico, anglicano, disidente, judío, turco o infiel, siempre conserva las costumbres con las que te educaron. Dorothy, nacida en el seno de la Iglesia, no entendía la mentalidad no conformista y por muy buena voluntad que tuviera no podía evitar hacer cosas que molestaran a algunos padres.

Casi al principio se produjo un incidente a propósito de las clases sobre las Sagradas Escrituras. Dos veces por semana, las niñas leían un par de capítulos de la Biblia, alternando el Antiguo y el Nuevo Testamento y varios padres escribieron pidiéndole a Dorothy que no respondiera a las preguntas de las niñas sobre la Virgen María y que se leyeran esos textos sin hacer comentarios o incluso se pasaran por alto. Pero fue Shakespeare, ese escritor inmoral, quien

acabó irritándolos a todos. Las niñas habían leído Macbeth intrigadas por saber cómo se cumpliría la profecía de las brujas. Se estaban acercando a las escenas finales. El bosque de Birnam había trepado a Dunsinane, esa parte estaba resuelta, pero ¿qué había del hombre que no había nacido de mujer? Llegaron al pasaje fatídico:

MACBETH: En vano te fatigas:
más fácil te sería herir con el filo de tu espada
el impalpable aire que hacerme sangre:
caiga tu acero sobre yelmos vulnerables;
mi vida está hechizada, y matarme no puede
nadie que haya nacido de mujer.

MACDUFF: ¡Desconfía de tu hechizo
y haz que el ángel de quien eres siervo
te diga que a Macduff del útero de su madre
se le arrancó a destiempo!

Las niñas se quedaron perplejas. Se produjo un silencio momentáneo, y luego se oyó un coro de voces en la clase.

—Perdón, señorita, ¿qué significa eso?

Dorothy se lo explicó. Lo hizo de forma incompleta y fragmentaria, con una súbita y horrible sensación..., una premonición de que iba a causarle complicaciones, pero aun así se lo explicó. Y, claro, luego empezó lo bueno.

Más o menos la mitad de las niñas volvieron a casa y preguntaron a sus padres el significado de la palabra «útero». Se produjo una súbita conmoción, un ir y venir de notitas y un electrizado escalofrío recorrió quince honrados hogares no conformistas. Esa noche, los padres debieron de celebrar una especie de cónclave, pues la tarde siguiente, cuando acabaron las clases una delegación fue a ver a la señora Creevy. Dorothy los oyó llegar de uno en uno y de dos en dos y adivinó lo que iba a ocurrir. En cuanto despidió a las niñas, oyó a la señora Creevy que le decía secamente desde el piso de arriba:

—¡Suba un minuto, señorita Millborough!

Dorothy subió esforzándose en controlar el temblor de sus rodillas. La señora Creevy la esperaba de pie al lado del piano en el tétrico saloncito acompañada de seis padres sentados en sillas de crin de caballo como un círculo de inquisidores. Ahí estaba el señor Geo. Briggs que había escrito la carta sobre la aritmética de Mabel —un verdulero de aire despierto casado con

una mujer astuta y reseca—, había también un hombre grande como un búfalo con largos bigotes y una mujer muy inexpresiva que era además extrañamente plana, como si la hubiesen aplanado con algún objeto muy pesado —su marido tal vez—. Dorothy no entendió sus nombres. También estaba la señora Williams, la madre de la retrasada mental, una mujer morena, menuda y muy obtusa que siempre se mostraba de acuerdo con el que hubiese hablado el último, y un tal señor Poynder, viajante comercial. Un hombre de rostro ceniciento y labios inquietos que rondaba la mediana edad y se tapaba la calva con unos cuantos pelos de aspecto desagradable cuidadosamente pegados. En honor a aquella visita tres gruesos trozos de carbón ardían lentamente en la chimenea.

—Siéntese ahí, señorita Millborough —dijo la señora Creevy señalando una silla que estaba en mitad del círculo de padres como un banquillo de los arrepentidos. —Dorothy se sentó—. Y ahora escuche lo que tiene que decirle el señor Poynder.

El señor Poynder tenía mucho que decir. Quedó claro que los demás padres lo habían elegido portavoz y habló hasta que las comisuras de los labios se le llenaron de copos de espuma amarillenta. Y tanto era su respeto por el decoro que se las arregló para no repetir una sola vez la palabra que había causado aquel revuelo.

—Creo estar expresando la opinión de todos —dijo con su retórica de vendedor de tres al cuarto— al decir que si la señorita Millborough hubiese sabido que en esa obra de teatro, Macduff, o como quiera que se llame, se decían palabras como..., bueno como las palabras de las que estamos hablando no se la habría hecho leer a las niñas. En mi opinión es una deshonra que se impriman libros escolares con esas palabras. Estoy seguro de que si cualquiera de nosotros hubiésemos sabido que Shakespeare era así nos habríamos opuesto desde el principio. Tengo que admitir que me sorprende. El otro día leí un artículo en mi ejemplar del News Chronicle donde se decía que Shakespeare era el padre de la literatura inglesa; pues bien, si eso es literatura, yo digo que podemos pasarnos sin ella. Creo que todos estarán de acuerdo. Y, por otro lado, si la señorita Millborough no sabía que la palabra..., en fin, la palabra a la que me refiero..., aparecía en esa obra debería haberla pasado de largo. No había ninguna necesidad de explicársela a las niñas. Habría bastado con decirles que se callaran y no hicieran tantas preguntas..., así es como hay que educar a los niños.

—¡Pero si no se lo hubiese explicado las niñas no habrían comprendido la obra! —protestó Dorothy por tercera o cuarta vez.

—¡Pues claro que no! ¡No parece haber entendido lo que le he dicho, señorita Millborough! No queremos que la entiendan. ¿Es que cree que

queremos que saquen ideas indecorosas de los libros? Ya tienen suficiente con esas películas indecentes y esas revistas de dos peniques donde leen esas sucias y repugnantes historias de amor con dibujos de..., en fin, no entraré en detalles. No enviamos a nuestras hijas a la escuela para que les metan ideas en la cabeza. Hablo en nombre de todos los padres al decir esto. Somos gente temerosa de Dios, unos somos baptistas, otros metodistas e incluso hay un par de anglicanos entre nosotros, pero en casos así podemos dejar de lado nuestras diferencias y tratar de educar decentemente a nuestras hijas y ahorrarles saber nada sobre los hechos de la vida. Si quieren saber mi opinión, ningún niño y mucho menos una niña debería saber nada sobre los hechos de la vida hasta que cumpliera los veintiún años.

Se produjo un asentimiento general por parte de los padres y el hombre parecido a un búfalo añadió con voz grave:

—¡Sí, sí! Estoy de acuerdo con usted, señor Poynder. ¡Sí, sí!

Después de tratar la cuestión de Shakespeare, el señor Poynder añadió algunas observaciones sobre los novedosos métodos de enseñanza de Dorothy, lo que le dio al señor Geo. Briggs la ocasión de apostillar de vez en cuando:

—¡Sí, señor! Lo que queremos son cosas prácticas, eso es, cosas prácticas... Nada de poesía, mapas y pegar papeles en la pared. Enséñeles cálculo y caligrafía y déjese de zarandajas. ¡Cosas prácticas, usted lo ha dicho!

Siguieron así más de veinte minutos. Al principio, Dorothy trató de discutir, pero vio a la señora Creevy que movía enfadada la cabeza por encima del hombre que parecía un búfalo e interpretó que quería que se callara. Cuando los padres terminaron, Dorothy se hallaba al borde de las lágrimas. Cuando hicieron ademán de marcharse, la señorita Creevy les detuvo.

—Un minuto, damas y caballeros —dijo—. Ahora que han dicho lo que tenían que decir, y conste que se lo agradezco mucho, me gustaría añadir yo un par de cosas. Para que quede bien claro que no soy yo la culpable de este desagradable incidente. ¡Quédese usted también, señorita Millborough! —añadió.

Se volvió hacia Dorothy y, en presencia de los padres, le soltó una viperina reprimenda que duró más de diez minutos. La clave estaba en que Dorothy había comprado aquellos libros indecentes a sus espaldas, lo cual era una traición monstruosa y una muestra de ingratitud; y si algo así volvía a suceder la echaría a la calle con el sueldo de una semana en el bolsillo. Se lo restregó por las narices una y otra vez. Frases como «una chica a la que he acogido en mi propia casa», «que come mi pan» e incluso «vive de mi caridad» se repitieron incansablemente. Los padres se quedaron mirándola y en sus rostros groseros —no severos ni malvados, sino simplemente embotados por su

ignorancia y sus sórdidas virtudes— se leía un solemne asentimiento ante aquella reprobación del pecado. Dorothy lo entendió; comprendió que era necesario que la señora Creevy dijera «un par de cosas» para que los padres tuviesen la sensación de no estar tirando el dinero y quedaran contentos. Pero la mezquina y cruel reprimenda siguió y siguió hasta que empezó a invadirle la rabia de tal modo que de buena gana se habría levantado y le habría soltado un bofetón a la señora Creevy. Una y otra vez se dijo: «¡No puedo seguir soportándolo, no lo soportaré ni un minuto más! ¡Me levantaré, le diré lo que pienso de ella y me iré de su casa!». Pero no lo hizo. Comprendió con terrible claridad lo desesperado de su situación. Pasara lo que pasara, por muchos insultos que tuviera que tragarse, necesitaba aquel trabajo. Así que se quedó allí, ruborizada y humillada en mitad del círculo de padres y pronto su rabia se transformó en desánimo, y reparó en que si no hacía un esfuerzo acabaría por echarse a llorar. Pero también comprendió que si se derrumbaba sería la gota que colmaría el vaso y los padres exigirían que la despidiese. Para aguantar se clavó las uñas en las palmas de las manos y luego vio que se había hecho sangre.

Al cabo de un rato aquel «par de cosas» se transformó en una serie de promesas por parte de la señora Creevy asegurándoles que no volvería a suceder nada parecido y que echarían al fuego el indecente librito de Shakespeare. Los padres se quedaron satisfechos. Dorothy se había llevado una lección y sin duda le sería de provecho; no le guardaban rencor y no eran conscientes de haberle humillado. Se despidieron de la señora Creevy y de Dorothy, aunque de ella con algo más de frialdad, y se marcharon. Dorothy se puso también en pie para marcharse, pero la señora Creevy le indicó con un gesto que se quedara donde estaba.

—Espere un minuto —dijo en tono amenazador mientras los padres abandonaban la sala—. Todavía no he terminado con usted, ni muchísimo menos.

Dorothy volvió a sentarse. Se le doblaban las rodillas y estaba más que nunca al borde de las lágrimas. La señora Creevy, después de acompañar a los padres a la calle, volvió con un cuenco lleno de agua y lo volcó sobre el fuego, ¿para qué seguir desperdiciando carbón si los padres ya se habían ido? Dorothy pensó que otra vez iba a empezar a reñirla. Sin embargo, la cólera de la señora Creevy parecía haberse aplacado..., al menos había abandonado aquel aire de virtud ofendida que había tenido que fingir en presencia de los padres.

—Tan solo quiero tener una pequeña charla con usted, señorita Millborough —dijo—. Ya va siendo hora de dejar claro lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer en esta escuela.

—Sí —respondió Dorothy.

—Seré franca con usted. En cuanto llegó me di cuenta de no tenía ni idea de dar clase, pero eso no me habría importado si hubiese tenido una pizca de sentido común como las demás chicas a quienes he contratado antes. Pero está visto que carece de él. Le he dado carta blanca una o dos semanas y lo primero que ha hecho es soliviantar a todos los padres. Pues bien, no pienso permitir que eso vuelva a repetirse. A partir de ahora las cosas se harán a mi manera y no a la suya. ¿Le ha quedado claro?

—Sí —volvió a decir Dorothy.

—Y no vaya a pensar que no puedo pasarme sin usted —prosiguió la señora Creevy—. Puedo conseguir maestras a dos chelines y un penique cualquier día de la semana, licenciadas y todo. Lo malo es que las licenciadas son más propensas a darse a la bebida porque si no..., pero eso no viene al caso, aunque tengo que admitir que usted no tiene ese vicio ni ningún otro parecido. Creo que podemos llevarnos bien si olvida esas ideas modernas y logra meterse en la cabeza lo que es la enseñanza en la práctica. Así que escúcheme.

Dorothy escuchó. Con admirable claridad y un cinismo tanto más repulsivo por ser totalmente inconsciente, la señora Creevy le expuso la técnica de la sucia estafa que ella llamaba «enseñanza».

—Lo que tiene que entender de una vez por todas —empezó— es que lo único que importa en una escuela son las tasas. Y eso de «desarrollar la imaginación de las niñas», como usted dice no lleva a ninguna parte. Lo que me interesa son las tasas y no desarrollar la imaginación de nadie. Al fin y al cabo es una cuestión de puro sentido común. No iré a pensar que iba a abrir una escuela y dejar que cuatro mocosas me pusieran la casa patas arriba si no pudiera ganar dinero con ello. Lo primero son las tasas y lo demás viene por añadidura. ¿Acaso no se lo dije el primer día que vino usted aquí?

—Sí —admitió humildemente Dorothy.

—Bien, quienes pagan son los padres y es en ellos en quienes tiene que pensar. Haz lo que los padres quieren, esa es nuestra primera norma. No creo que todas esas zarandajas que tanto parecen gustarle de la plastilina y los recortes hagan ningún daño a las niñas, pero a los padres no les gustan, así que no hay más que hablar. Ellos solo quieren que se les enseñen dos materias a sus hijas: caligrafía y aritmética. Sobre todo caligrafía. Es a lo único a lo que le ven utilidad. De modo que tendrá que dedicarse a la caligrafía. Ejercicios de copiado para que las niñas los lleven a casa y los padres puedan enseñárselos a los vecinos y nos hagan un poco de publicidad gratuita. Quiero que dedique dos horas diarias de caligrafía con las niñas.

—Dos horas diarias de caligrafía —repitió obediente Dorothy.

—Exacto. Y también mucha aritmética. A los padres les encanta la aritmética: sobre todo las sumas de dinero. Piense siempre en los padres. Si se encuentra a uno por la calle, háblele de su hija. Dígale que es la mejor de la clase y que si se queda otro curso en la escuela hará maravillas. ¿Entiende? No vaya a decirles que no puede mejorar, porque si les dice eso se llevarán a la niña. Un curso más, eso es todo lo que hay que decirles. En cuanto a las notas déjeme eso a mí. Me gusta ponerlas yo misma.

La señora Creevy miró a Dorothy a los ojos. Tal vez fuese a decirle que siempre las arreglaba de modo que cada chica pareciese la mejor de la clase, pero se contuvo. Al principio Dorothy no pudo responder. Exteriormente estaba pálida y sumisa, pero en su corazón ardían una rabia y una repulsión que le impedían decir palabra. No obstante, no se le ocurrió contradecir a la señora Creevy. Aquel «par de cosas» había quebrantado su ánimo. Dominó su voz y dijo:

—Así que solo tengo que enseñar aritmética y caligrafía, ¿no?

—Bueno, no es eso lo que le he dicho exactamente. Hay muchas otras materias que quedan muy bien en los folletos. El francés, por ejemplo..., el francés queda de maravilla en los folletos. Pero no pierda demasiado tiempo con eso. No las atiborre de gramática, sintaxis, verbos y demás. No les servirá de nada. Un poco de parlevu fransé y pasé mua le beurre y demás, es mucho más práctico que la gramática. Y lo mismo con el latín..., siempre pongo el latín en los folletos. Aunque a usted no debe de dársele muy bien, ¿verdad?

—No —admitió Dorothy.

—Bueno, no importa. No tiene por qué enseñarlo. Ninguno de nuestros padres quieren que sus hijos pierdan el tiempo con el latín. Pero les gusta verlo en los folletos. Queda elegante. Por supuesto, hay muchas materias que no podemos impartir, pero hay que anunciarlas de todos modos. Teneduría de libros, mecanografía y taquigrafía, por ejemplo, aparte de música y baile. Todo queda muy bien en el folleto.

—Aritmética, caligrafía, francés..., ¿alguna cosa más? —dijo Dorothy.

—¡Oh!, bueno, historia, geografía y literatura inglesa, claro. Pero olvídense de eso de los mapas..., es una pérdida de tiempo. La mejor manera de enseñar geografía a los niños es hacerles memorizar listas de capitales. Consiga que sepan recitar las capitales de los condados de Inglaterra como si fuese la tabla de multiplicar. Así podrá demostrar que les ha enseñado algo. Y por lo que se refiere a la historia, siga con la Historia de Gran Bretaña en cien páginas. No quiero que continúe utilizando esos libracos que trae de la biblioteca. El otro día abrí uno de ellos y lo primero que leí fue que no sé quién había derrotado a

los ingleses en no sé qué batalla. ¡Bonita cosa para enseñarle a las niñas! ¡Puede estar segura de que a los padres no les gustan esas cosas!

—¿Y literatura?

—Bueno, como es lógico, algo tendrán que leer, lo que no entiendo es por qué le disgustaron tanto nuestros libritos de lectura. Siga con ellos. Están un poco anticuados, pero a mí me parecen bastante apropiados para las niñas. Y no veo por qué no podrían aprender alguna que otra poesía de memoria. A algunos padres les gusta oír a sus hijos recitar poemas. «El muchacho se quedó en la cubierta en llamas», ese es muy bueno..., y luego está «El naufragio del vapor»... ¿cómo se llamaba aquel barco? «El naufragio del vapor Hesperus». Un poco de poesía no hace daño a nadie. ¡Pero olvídense de Shakespeare, haga el favor!

Ese día Dorothy se quedó sin tomar el té. Era ya tarde cuando la señora Creevy terminó su reprimenda y se despidió de ella sin decir nada del té. Tal vez fuese un castigo añadido por l'affaire Macbeth.

Dorothy no pidió permiso para salir, pero notó que no podía seguir un minuto más en aquella casa. Cogió el sombrero y el abrigo y fue por la calle mal iluminada en dirección a la biblioteca pública. Estaban a finales de noviembre. Aunque el día había sido húmedo, un viento nocturno seco como una amenaza soplaba entre los árboles casi desnudos, hacía que la llama de los faroles temblara a pesar del cristal y agitaba las hojas mojadas que alfombraban la acera. Dorothy sintió un ligero escalofrío. El viento le recordó el frío que había pasado en Trafalgar Square. Y, aunque en realidad no pensaba que perder su trabajo equivaliera a volver a aquel submundo —en el peor de los casos su primo o alguna otra persona la habrían ayudado—, la charla de la señora Creevy había hecho que Trafalgar Square le pareciera de pronto mucho más próxima. Le había hecho entender a la perfección el gran mandamiento moderno, el undécimo mandamiento que impera sobre todos los demás: «Conservarás tu empleo».

Pero lo que le había dicho la señora Creevy sobre la «enseñanza en la práctica» no había sido más que una exposición realista de los hechos. Solo había expresado en voz alta lo que pensaban pero no se atrevían a decir casi todos los que estaban en su situación. Su manida frase «Lo que importa son las tasas» era un lema que podría —y de hecho debería— estar escrito sobre el dintel de la puerta de entrada a todas las escuelas privadas de Inglaterra.

Lo cierto es que en Inglaterra hay muchísimas escuelas privadas. De segunda, de tercera y de cuarta fila (Ringwood House era un ejemplo de las de cuarta), las hay por docenas y centenares en cualquier barrio londinense y en cualquier ciudad de provincias. En cualquier momento dado podrían contarse decenas de miles de ellas y solo un millar se someten a la inspección del

gobierno. Y, aunque unas son mejores que otras, y algunas probablemente sean mejores que las escuelas públicas con las que compiten, todas adolecen del mismo mal: que su único propósito es ganar dinero. A menudo, aunque no sea un negocio ilegal, se fundan exactamente con el mismo espíritu que quien pone un burdel o un garito. Algún casposo hombrecillo de negocios (es frecuente que el dueño de esas escuelas no sea profesor) le dice una mañana a su mujer:

—¡Emma, he tenido una idea! Qué te parecería si tú y yo pusiéramos una escuela, ¿eh? Se puede ganar un montón de dinero y no se trabaja tanto como en una tienda o una taberna. Además no arriesgamos nada ni nos dará otro dolor de cabeza que pagar el alquiler, unos cuantos pupitres y un encerado. Pero lo haremos a lo grande. Contrataremos a uno de esos tipos de Oxford o Cambridge que están sin trabajo y no pedirá mucho dinero, le pondremos una toga y... ¿cómo se llaman esos sombreritos cuadrados con una borla? Eso atraerá a los padres, ¿eh? Ten los ojos abiertos y a ver si encontramos un buen barrio donde no haya ya demasiadas.

Escoge una casa en uno de esos barrios de clase media donde la gente es demasiado pobre para pagar la matrícula de un colegio decente y demasiado orgullosa para enviar a sus hijos a la escuela pública y abre el negocio. Poco a poco va ganando clientes igual que un lechero o un verdulero y, si es astuto, tiene un poco de tacto y en la zona no hay demasiados competidores no tarda en ganar varios cientos de libras al año.

Por supuesto, todas esas escuelas no son iguales. No todos los directores son tan avaros y estrechos de miras como la señora Creevy, y hay muchas donde hay un buen ambiente de estudio y las clases son todo lo buenas que cabría esperar por unas tasas de cinco libras por trimestre. Pero hay otras que son un auténtico escándalo. Luego, cuando Dorothy conoció a una maestra de otra escuela privada en Southbridge, oyó hablar de escuelas mucho peores que Ringwood House. Le contaron que había un internado barato donde los actores dejaban a sus hijos como quien deja el equipaje en la consigna de una estación y donde los niños sencillamente vegetaban sin hacer nada y llegaban a los dieciséis años sin saber leer, y otra escuela donde los días transcurrían en un perpetuo alboroto con un viejo maestro decrepito que perseguía a los alumnos por toda la clase y les golpeaba con su bastón y luego se desplomaba de pronto sobre el pupitre, se echaba a llorar y los chicos se burlaban de él. Mientras las escuelas privadas continúen rigiéndose solo por fines crematísticos, seguirán sucediendo cosas así. Los colegios privados a los que las familias pudientes envían a sus hijos no son, en apariencia, tan malos como los demás, porque pueden permitirse pagar profesores decentes y el sistema de exámenes públicos les obliga a mantener alto el nivel, pero en el fondo padecen la misma lacra.

Solo después, y de forma muy gradual, descubrió Dorothy esas verdades sobre las escuelas privadas. Al principio la embargaba el absurdo temor de que un buen día se presentasen unos inspectores en Ringwood House, descubriesen aquella estafa vergonzosa y organizaran el escándalo consiguiente. No obstante, después comprendió que eso no ocurriría jamás. Ringwood no era una escuela «reconocida» y por tanto podía ser inspeccionada. Un día, un inspector visitó la escuela, pero aparte de medir las dimensiones del aula para asegurarse de que las niñas tuviesen no sé cuántos metros cúbicos de aire por cabeza no hizo nada: carecía de autoridad para hacer más. Solo la exigua minoría de las escuelas «reconocidas» —menos de una de cada diez— se someten a inspecciones oficiales para decidir si cumplen o no con unos requisitos educativos razonables. A las demás se les permite enseñar exactamente lo que quieran. Los únicos que las controlan e inspeccionan son los padres de los niños: ciegos guiando a otros ciegos.

V

Al día siguiente Dorothy empezó a impartir sus clases de acuerdo con las órdenes de la señora Creevy. La primera lección del día era caligrafía, la segunda geografía.

—Basta por hoy, niñas —dijo Dorothy cuando el lúgubre reloj dio las diez—. Ahora empezaremos con la geografía.

Las niñas abrieron los pupitres y guardaron los odiados cuadernos de caligrafía con un suspiro de alivio. Se oyeron murmullos de «¡Oh, geografía! ¡Qué bien!». Era una de sus materias preferidas. Las dos niñas que estaban encargadas esa semana de borrar la pizarra, recoger los cuadernos de ejercicios y demás (los niños siempre se pelean por tener el privilegio de hacer esas cosas) saltaron del asiento para ir a buscar el mapa en relieve que estaba apoyado en la pared. Pero Dorothy las detuvo.

—Esperad un momento. Sentaos. Esta mañana no seguiremos con el mapa.

Se oyó una exclamación de desánimo.

—¡Oh, señorita! ¿Por qué no? Déjenos seguir con el mapa, por favor.

—No. Ya hemos perdido demasiado tiempo con ese mapa. Vamos a empezar a aprender las capitales de los condados ingleses. Quiero que todas os los sepáis de memoria al final del trimestre. —La cara de las niñas fue un poema. Dorothy lo notó y trató de alegrarlas fingiendo ese entusiasmo vacío que no engaña a nadie y al que recurren los maestros cuando quieren vender una asignatura aburrida como si fuese interesante—. ¡Pensad en lo contentos que se pondrán vuestros padres cuando os pregunten la capital de cualquier condado de Inglaterra y vosotras lo sepáis!

Las niñas no se dejaron engañar y torcieron el gesto ante tan horribles perspectivas.

—¡Oh, las capitales! ¡Memorizar las capitales! Eso es lo que hacíamos con la señorita Strong. Por favor, señorita, ¿por qué no podemos seguir con el mapa?

—No discutáis. Sacad los cuadernos e id apuntando mientras os dicto. Luego las repetiremos todas juntas.

De mala gana, las niñas sacaron los cuadernos sin dejar de refunfuñar.

—Por favor, señorita, ¿podremos seguir con el mapa el próximo día?

—No lo sé. Ya veremos.

Esa tarde sacaron el mapa del aula, la señora Creevy rascó la plastilina del tablero y la tiró a la basura. Lo mismo ocurrió con todas las demás asignaturas. Se abolieron todos los cambios que había introducido Dorothy. Volvieron a la rutina del interminable copiado y las larguísimas sumas, a aprender como loros los *Passez-moi le beurre, s'il vous plaît* y *Le fils du jardinier a perdu son chapeau*, a la Historia de Gran Bretaña en cien páginas y a los insoportables «libros de lectura» (la señora Creevy había confiscado los libros de Shakespeare para quemarlos, aunque lo más probable era que los hubiese vendido). Dedicaron dos horas al día a clases de caligrafía. Volvieron a poner las dos deprimentes hojas de papel negro que Dorothy había arrancado de la pared y escribieron los proverbios con letra de molde. En cuanto al mapa histórico, la señora Creevy se lo llevó y lo echó al fuego.

Cuando las niñas vieron que las odiadas clases de las que creían haberse librado para siempre volvían una por una, se quedaron primero perplejas, luego desanimadas y por fin de mal humor. Pero fue Dorothy quien se llevó la peor parte. Al cabo de dos días de enseñarles aquel absurdo galimatías se sintió tan asqueada que empezó a preguntarse cuánto tiempo podría resistirlo. Una y otra vez fantaseó con la idea de desobedecer a la señora Creevy. ¿Por qué no?, se decía mientras las niñas lloriqueaban, gemían y sudaban en su triste cautiverio, ¿por qué no poner fin a aquello y volver a dar clases de verdad, aunque fuese una hora o dos al día? ¿Por qué no interrumpir sin más aquellas clases de pacotilla y dejar jugar a las niñas? Sería mucho mejor para ellas. Que dibujasen o modelasen cualquier cosa con plastilina, o que inventaran un cuento de hadas, cualquier cosa que fuese real y les interesara, en lugar de aquel terrible absurdo. Pero no se atrevió. La señora Creevy podía entrar en cualquier momento y, si sorprendía a las niñas «haciendo tonterías» y no ocupadas de su rutinaria labor, organizaría un terrible escándalo. Así que Dorothy se tragó su orgullo y obedeció al pie de la letra a la señora Creevy, y todo volvió a ser igual que antes de que la señorita Strong se «pusiera mala».

Las clases llegaron a ser tan aburridas que el momento más feliz de la semana era la supuesta clase de química del señor Booth de los jueves por la tarde. El señor Booth era un cincuentón trémulo y desaliñado de largos bigotes de color estiércol. En otro tiempo había sido director de un colegio privado, pero ahora sobrevivía en un estado de alcoholismo crónico impartiendo clases a dos chelines y seis peniques. Sus clases eran una inagotable sucesión de majaderías. El señor Booth no había sido un conferenciante brillante ni siquiera en sus mejores tiempos, y ahora que había tenido su primer ataque de delirium tremens y vivía con un perpetuo temor a sufrir el segundo, había olvidado lo poco que pudiera haber sabido de química. Se plantaba temblando delante de la clase y repetía lo mismo una y otra vez tratando en vano de recordar de qué estaba hablando. «Recordad, niñas —decía con voz ronca y supuestamente paternal—, hay noventa y tres elementos..., noventa y tres elementos, niñas..., todas sabéis lo que es un elemento, ¿no? Hay noventa y tres..., no lo olvidéis, niñas, noventa y tres.» Hasta que Dorothy (que tenía que quedarse en el aula porque la señora Creevy no consideraba apropiado dejar a las niñas solas con un hombre) llegaba a sentir vergüenza ajena. Todas las clases empezaban con los noventa y tres elementos y no llegaban mucho más allá. También hablaba de un «interesante experimento que haremos la semana que viene, niñas..., seguro que os parecerá muy interesante..., lo haremos la semana que viene sin falta..., un experimento muy interesante» que no hace falta decir que no llegaron a hacer nunca. El señor Booth no tenía instrumental químico y sus manos temblaban demasiado para manipularlo aunque lo hubiese tenido. Las niñas pasaban sus clases sumidas en un sopor untuoso y aburrido, pero al menos no tenían que hacer caligrafía.

Su relación con las niñas no volvió a ser la misma después de la visita de los padres. No cambiaron todas al mismo tiempo, claro. Se habían encariñado con la «vieja Millie» y pensaron que después de torturarlas un día o dos con la caligrafía y la «aritmética comercial» volvería a enseñarles algo interesante. Pero la caligrafía y la aritmética continuaron y la popularidad de la que había disfrutado gracias a que sus clases no eran aburridas y a que no les pegaba ni retorció las orejas, se fue desvaneciendo poco a poco. Además, las niñas no tardaron en enterarse de la trifulca que se había organizado con lo de Macbeth. Dedujeron que la vieja Millie debía de haber hecho algo malo —aunque no supieran muy bien qué— y se había llevado una reprimenda. Eso la rebajó ante sus ojos. Es imposible tratar con niños, aunque te aprecien, si no logras conservar tu prestigio de adulto: una vez se daña ese prestigio cualquier niño, por bueno que sea, te despreciará.

Así que empezaron a portarse mal como ocurre siempre en estos casos. Antes Dorothy solo había tenido que enfrentarse de vez en cuando a su pereza, sus repentinos griteríos y sus tontos ataques de risa; ahora tuvo que vérselas también con su rencor y sus mentiras. Las niñas se rebelaban una y otra vez

contra aquella horrible rutina. Olvidaron las breves semanas en que la vieja Millie les había parecido tan buena maestra y se habían divertido en la escuela. Ahora había vuelto a ser igual que antes: un sitio donde te aburrías, bostezabas y pasabas el tiempo pellizcando al vecino y tratando de sacar de quicio a la maestra, y de donde salías aliviada en cuanto terminaba la última clase. Unas veces se ponían hoscas y se echaban a llorar y otras repetían con esa desquiciante insistencia infantil: «¿Por qué tenemos que hacer esto?», «¿De qué sirve saber leer y escribir?», una y otra vez hasta que Dorothy tenía que imponerse y hacerlas callar amenazando con pegarles. La sorprendió notar que se estaba volviendo nerviosa e irritable, pero no podía remediarlo. Cada mañana se prometía a sí misma «Hoy no me enfadaré» y cada mañana se enfadaba con deprimente regularidad, sobre todo a eso de las once y media cuando las niñas se portaban peor. No hay nada en el mundo tan irritante como tratar con niños rebeldes. Dorothy sabía que antes o después acabaría perdiendo los nervios y empezaría a pegarles. Pegarle a un niño le parecía imperdonable, pero casi todos los maestros terminan haciéndolo. Ahora le resultaba imposible hacer que trabajasen si no estaba todo el rato encima de ellas. Bastaba con que se diera la vuelta un instante para que empezasen a lanzar bolitas de papel secante. No obstante, a base de esclavizarlas mañana y tarde las niñas mejoraron su caligrafía y su «aritmética comercial» y sin duda los padres se alegraron.

Las últimas semanas del trimestre fueron difíciles. Dorothy pasó casi quince días sin un céntimo, pues la señora Creevy le dijo que no podía pagarle su salario hasta que cobrara algunas tasas. Así que tuvo que prescindir de las tabletas de chocolate que comía a escondidas y que tanto le habían ayudado a seguir adelante y sufrió un hambre constante que la dejaba sin ánimos ni fuerzas. Había mañanas plomizas en que los minutos parecían horas, se esforzaba por no mirar el reloj y se le encogía el corazón solo de pensar que después de aquella clase esperaba otra exactamente igual y luego otra y otra hasta conformar una terrible eternidad. Peor aún era cuando las niñas estaban revoltosas y tenía que hacer auténticos esfuerzos por controlarlas, y todo, por supuesto, con la señora Creevy escuchando al otro lado de la pared y siempre dispuesta a irrumpir en la clase con mirada iracunda y diciendo «¡Pero bueno! ¿Se puede saber a qué viene este barullo?» y amenazando con despedirla.

Dorothy era ya plenamente consciente de las inhumanas condiciones de vida que se veía obligada a soportar en casa de la señora Creevy. La comida inmunda, el frío y la falta de agua caliente para bañarse empezaron a parecerle mucho más insoportables que antes. Además, empezaba a reparar en lo sola que estaba, cosa que no le había importado cuando consiguió el empleo. Ni su padre ni el señor Warburton la habían escrito, y en dos meses no había hecho una sola amistad en Southbridge. A cualquiera en su situación, sobre todo si es una mujer, le resulta casi imposible hacer amigos. No tenía dinero ni casa

propia y aparte de la escuela su único refugio eran la biblioteca pública, las pocas tardes que podía ir allí, y la iglesia los domingos por la mañana. Iba regularmente a la iglesia, claro, la señora Creevy había insistido en que lo hiciera. Había dejado claro lo de las prácticas religiosas de Dorothy mientras desayunaban la mañana del primer domingo que pasó en su casa.

—He estado dándole vueltas a qué iglesia debería ir usted —dijo—. Supongo que la habrán educado en el seno de la Iglesia anglicana, ¿no?

—Sí —dijo Dorothy.

—¡Ajá! En fin, no consigo decidirme respecto adónde enviarla. Una posibilidad sería Saint George, que es anglicana, y otra la Capilla Baptista, adonde voy yo. Casi todos nuestros padres son no conformistas y no sé si aprobarían tener una maestra anglicana. Hay que tener mucho cuidado con los padres. Hace dos años se llevaron un buen susto al descubrir que la maestra que tenía entonces era nada menos que católica romana. Por supuesto, no le dijo nada a nadie, pero acabó por saberse y tres de los padres se llevaron a sus hijas. La despedí ese mismo día, claro. —Dorothy guardó silencio—. Sin embargo —prosiguió la señora Creevy—, también tenemos tres alumnas anglicanas y no sé si no podríamos aprovechar ese detalle. Tal vez valga la pena que corra usted el riesgo de ir a Saint George. Pero tenga usted cuidado. Me han contado que Saint George es de esas iglesias en las que se pasan el día persignándose y haciendo reverencias. Tenemos dos padres que son Hermanos de Plymouth y les daría un ataque si oyeran que la habían visto a usted santiguándose. Así que no se le ocurra hacerlo bajo ninguna circunstancia.

—De acuerdo —dijo Dorothy.

—Y tenga los ojos bien abiertos durante el sermón. Mire a su alrededor a ver si en la congregación hay alguna niña que pudiera ir a nuestra escuela. Si ve alguna buena candidata, vaya a ver al sacristán e intente averiguar su nombre y su dirección.

Así que Dorothy fue a Saint George. Era un poco más ritualista que Saint Athelstan, había sillas en vez de bancos, pero no incienso, y quitando los días de fiesta, el vicario (un tal señor Gore-Williams) llevaba sotana y sobrepelliz. En cuanto a los oficios, eran tan parecidos a los de su casa que Dorothy podía seguirlos y dar todas las respuestas en el momento indicado en un estado de total abstracción.

No recobró el sentimiento religioso ni por un instante. Lo cierto era que para ella había dejado de tener sentido, su fe se había desvanecido total e irrevocablemente. La pérdida de la fe es tan misteriosa como la propia fe. Al igual que ella, no se fundamenta en la lógica, sino que es un cambio en el clima del pensamiento. Pero por poco que significaran para ella los oficios

religiosos, no lamentaba tener que pasar el tiempo en la iglesia. Al contrario, deseaba que llegase el domingo por la mañana que era como un remanso de paz y no solo porque podía escapar de la vigilancia y los reproches de la señora Creevy, sino porque el ambiente de la iglesia le parecía tranquilizador y sedante en otro sentido mucho más profundo. Comprendía que, por muy absurdo y cobarde que pueda ser su propósito, hay en todo lo que sucede en la iglesia cierta honestidad y elegancia espiritual que no es fácil encontrar fuera de ella. Le parecía que aunque uno hubiera dejado de creer era mejor ir a la iglesia que no hacerlo, mejor seguir por camino conocido que extraviarse en una libertad desarraigada. Sabía muy bien que no podría volver a rezar con sinceridad, pero también que seguiría cumpliendo toda su vida con las prácticas en las que la habían educado. Era lo único que le quedaba de la fe que había tenido en otro tiempo, como el esqueleto que sostiene la estructura de un ser vivo.

Pero aún no dedicaba demasiado tiempo a pensar en su pérdida de fe y en lo que podría significar para ella en el futuro. Bastante tenía con seguir existiendo y dominar sus nervios hasta que acabase aquel trimestre tan desesperante. Pues, cuanto más se acercaba a su final, más agotador se hacía mantener el orden en clase. Las niñas se portaban muy mal y todas estaban resentidas con ella porque antes le habían tenido cariño. Tenían la sensación de que las había engañado. Había empezado siendo buena con ellas y luego había resultado ser una maestra vieja y despiadada como las demás..., una vieja bruja que las obligaba a seguir con aquellas horribles clases de caligrafía y las amenazaba con retorcerles las orejas si hacían un borrón en el cuaderno. Dorothy las sorprendía observándola con la mirada fría, escrutadora y cruel de los niños. Antes les había parecido guapa y ahora pensaban que era fea, vieja y flacucha, aunque ciertamente había adelgazado mucho desde que llegó a Ringwood House, y la odiaban tanto como a sus otras maestras.

A veces la provocaban deliberadamente. Las niñas mayores y más inteligentes enseguida se hicieron cargo de la situación y comprendieron que la vieja Creevy tenía dominada a Millie y que la reñía cada vez que hacían demasiado ruido, así que a veces organizaban un poco de barullo para ver entrar la vieja Creevy y tener el placer de ver la cara de Millie mientras la otra la regañaba. Había ocasiones en que Dorothy lograba dominarse y les perdonaba todo lo que hacían porque se daba cuenta de que lo que las impulsaba a rebelarse contra la odiosa monotonía de su trabajo era saludable. Pero cuando tenía los nervios un poco más a flor de piel de lo normal también podía mirar aquella veintena de caritas estúpidas, sonrientes o rebeldes y sentir odio por ellas. Los niños son tan ciegos, tan egoístas y tan implacables... No saben cuándo te están torturando más de lo soportable y si lo supieran no les importaría. Uno puede esforzarse muchísimo con ellos, puede tener paciencia en situaciones que irritarían a un santo, y aun así si te ves obligado a aburrirles

y oprimirles te odiarán sin pararse a pensar si eres tú el responsable. Qué ciertos —cuando uno no es el maestro— parecen los famosos versos:

¡Bajo un cruel ojo anticuado
los niños pasan el día
entre suspiros y melancolía!

Sin embargo, cuando uno es ese cruel ojo anticuado, comprende que la escena tiene dos caras.

Llegó la última semana y se llevó a cabo la repulsiva farsa de los «exámenes». El sistema, tal como le explicó la señora Creevy, era muy sencillo: entrenabas a las niñas a hacer una serie de sumas hasta estar segura de que sabían hacerlas, y luego les ponías esas mismas sumas en el examen de aritmética antes de que tuviesen tiempo de olvidar las respuestas; y lo mismo con todas las materias. Los exámenes de las niñas, por supuesto, se enviaban a casa para que los revisaran los padres y Dorothy escribía los informes al dictado de la señora Creevy, y tuvo que escribir tan a menudo la palabra «excelente» que le pasó lo que ocurre cuando uno escribe una palabra muchas veces: acabó por olvidar su ortografía y empezó a escribir «escelente», «exselente» y «eccelente».

El último día transcurrió con un espantoso barullo. Ni siquiera la propia señora Creevy podía hacer callar a las niñas. A mediodía, Dorothy tenía los nervios deshechos y la señora Creevy le dijo «un par de cosas» delante de las siete niñas que se quedaban a comer. Por la tarde el ruido fue peor que nunca hasta que Dorothy, rendida, y al borde de las lágrimas pidió a las niñas que parasen.

—¡Niñas! —gritó alzando la voz para hacerse oír entre aquel alboroto—. ¡Por favor, callad, por favor! Os estáis portando muy mal conmigo. ¿Os parece que está bien portarse así?

Fue un error fatal, claro. ¡Jamás debe uno ponerse a merced de un niño! Se produjo un instante de silencio y luego una niña chilló a voz en grito y en tono de burla: «¡Mill-ieee!». Al cabo de un instante, toda la clase, incluyendo a la retrasada Mavis, se le había unido y gritaba al unísono «¡Mill-ieee! ¡Mill-ieee! ¡Mill-ieee!». Entonces, algo pareció quebrarse en el interior de Dorothy. Se detuvo un instante, escogió a la niña que estaba organizando más escándalo, se acercó a ella y le propinó un bofetón en la oreja con todas sus fuerzas. Por suerte, era una de las «pagadoras medianas».

VI

El primer día de vacaciones Dorothy recibió una carta del señor Warburton.

MI QUERIDA DOROTHY [escribía]: ¿O debería llamarla Ellen, ya que tengo entendido que ese es su nuevo nombre? Debe de haber pensado que no tengo corazón por no haberle escrito a usted antes, pero le aseguro que hasta hace diez días no supe de su supuesta fuga. He estado en el extranjero, primero en varios sitios de Francia, luego en Austria y por fin en Roma, y, como sabe, en mis viajes siempre procuro esquivar a mis compatriotas. En nuestro país ya son bastantes insufribles, pero su forma de comportarse fuera de él me resulta tan vergonzosa que por lo general me hago pasar por americano.

Cuando llegué a Knype Hill su padre se negó a recibirme, pero conseguí ver a Víctor Stone que me dio su dirección y el nombre que utiliza ahora. Pareció hacerlo con muchas reticencias y supuse que, como casi todos en este villorrio emponzoñado, cree que se ha portado usted mal. Creo que nadie concede ya ningún crédito a la teoría de que usted y yo nos fugamos juntos, pero siguen pensando que hizo usted algo escandaloso. Una joven desaparece de pronto de su casa, luego debe de haber un hombre de por medio, así es como funciona la mentalidad provinciana. No necesito decirle que me he dedicado a desmentir tajantemente toda la historia. Le gustará saber que me las arreglé para abordar a esa bruja asquerosa de la señora Semprill y decirle lo que pensaba de ella, y le aseguro que fue algo tremebundo. Pero esa mujer es sencillamente infrahumana. Lo único que saqué de ella fueron hipócritas sollozos por la «pobre, pobre Dorothy».

He oído que su padre la echa mucho de menos, y que, si no fuese por el escándalo, estaría encantado de que volviese usted a casa. Por lo visto no consigue que le sirvan las comidas a su hora. Cuenta a todo el mundo que tuvo usted que «marcharse para recobrarse de una leve enfermedad y que ha conseguido un puesto excelente en un colegio de niñas». Le sorprenderá saber que ha tenido que saldar todas sus deudas. Me han dicho que todos los tenderos del pueblo hicieron causa común y celebraron una especie de cónclave de acreedores en la rectoría. Nada parecido habría ocurrido jamás en Plumstead Episcopi, pero, ¡ay!, vivimos tiempos democráticos. Está visto que la única capaz de mantener a raya a esos tenderos era usted.

Y ahora permita que le cuente algo de mí, etcétera, etcétera, etcétera.

Al llegar ahí Dorothy rompió la carta decepcionada e incluso con enfado. ¡Podía haber sido un poco más comprensivo! Qué típico del señor Warburton portarse con tanta frivolidad e indiferencia después de causarle tantos disgustos, pues, al fin y al cabo, él era el principal culpable de todo lo sucedido. No obstante, después de pensarlo bien le perdonó aquella falta de tacto. Había hecho todo lo posible por ayudarla y no podía esperar que se compadeciera de cosas de las que no había llegado a enterarse. Además, su propia vida había sido una serie de escándalos sonados, probablemente no comprendiera que para una mujer un escándalo es algo muy grave.

En Navidad recibió carta de su padre que además le envió dos libras de regalo. Era evidente por el tono de su carta que había perdonado a Dorothy. Lo que no estaba tan claro era qué le había perdonado, porque tampoco lo estaba qué era lo que ella había hecho, pero el caso era que la había perdonado. La carta empezaba con una serie de preguntas formales pero amistosas. Esperaba que le gustase su nuevo empleo. ¿Eran cómodas sus habitaciones en la escuela y amables con ella los demás maestros? Había oído decir que esas escuelas habían mejorado mucho en los últimos tiempos —nada que ver con cómo eran hace cuarenta años. Ahora..., etcétera, etcétera. Dorothy comprendió que no tenía ni la menor idea de cuáles eran sus circunstancias actuales. Al oír la palabra «escuela» su imaginación volaba a Winchester, su antiguo colegio, y un lugar como Ringwood House le resultaba totalmente inconcebible.

El resto de la carta lo ocupaban sus quejas sobre cómo iban las cosas en la parroquia. El rector se lamentaba de sus preocupaciones y del exceso de trabajo. Los dichos sacristanes no dejaban de importunarle con esto y aquello, estaba empezando a hartarse de las advertencias de Progett sobre el estado del campanario y la mujer a quien había contratado para ayudar a Ellen era un fastidio y había roto el cristal del reloj del abuelo con el mango de la escoba, y así seguía por espacio de varias páginas. En varias ocasiones insinuaba entre líneas que le gustaría que Dorothy estuviera allí para ayudarle, pero no le pedía que volviera a casa. Estaba claro que todavía consideraba necesario tenerla lejos de su vista y su pensamiento, como un esqueleto encerrado en un armario lejano y cerrado con llave.

La carta llenó a Dorothy de una súbita y dolorosa nostalgia. Descubrió que echaba de menos sus visitas parroquiales y las clases de cocina con las girl guides y se preguntó tristemente cómo se las habría arreglado su padre en su ausencia y si aquellas dos mujeres estarían cuidando bien de él. Quería a su padre de un modo que nunca había osado demostrarle, pues era un hombre muy poco efusivo, y le sorprendió reparar en lo poco que había pensado en él los últimos cuatro meses. Había habido semanas enteras en las que había olvidado por completo su existencia. Lo cierto era que había estado tan ocupada esforzándose en sobrevivir que apenas había tenido tiempo para otras emociones.

Ahora, no obstante, las clases habían terminado y tenía tiempo libre, pues por mucho que se esforzara la señora Creevy no podía inventarse suficientes tareas domésticas para tenerla ocupada todo el día. Le dejó bien claro a Dorothy que durante las vacaciones no era más que un gasto inútil, y la vigilaba durante las comidas (sin duda porque le parecía una ofensa mortal que comiera cuando no estaba trabajando) de un modo que llegó a ser insoportable. Así que Dorothy pasaba fuera el mayor tiempo posible y, ahora que tenía un poco de dinero con su sueldo (cuatro libras y diez chelines por

nueve semanas) y las dos libras de su padre, se compraba bocadillos en la carnicería del pueblo y comía en la calle. La señora Creevy aceptó a regañadientes porque, aunque le gustaba tener a Dorothy en la casa para regañarla, también le encantaba la idea de ahorrarse unas cuantas comidas.

Dorothy daba largos y solitarios paseos y se dedicaba a explorar Southbridge y sus aún más desolados alrededores, Dorley, Wembridge y West Holton. Había llegado el invierno, frío, húmedo y sin viento, y más sombrío en aquellos barrios laberínticos que en el más desolado de los desiertos. En dos o tres ocasiones, aunque esas extravagancias podían suponer días de hambre en el futuro, Dorothy compró un billete barato de ida y vuelta a Iwer Heath o Burnham Beeches. Los bosques estaban mojados e invernales, cubiertos de hojas de haya que brillaban como si fuesen de cobre en el aire tranquilo y húmedo y los días eran tan templados que siempre que no se quitase los guantes uno podía sentarse a leer en la calle. En Nochebuena la señora Creevy sacó unas ramas de acebo que había guardado del año anterior, les quitó el polvo y las clavó en la pared, aunque según dijo no tenía intención de preparar una comida de Navidad. No le gustaban esas tonterías navideñas, anunció, no eran más que un montón de paparruchas ideadas por los tenderos y un gasto innecesario, y además ella odiaba el pavo y el pudín de Navidad. Dorothy se sintió aliviada: una comida de Navidad en aquel triste «comedor» (por un terrible momento imaginó a la señora Creevy con un sombrerito de papel y un matasuegras) le parecía impensable. Celebró la Navidad comiendo medio huevo duro, dos bocadillos de queso y una botella de limonada en los bosques cerca de Burnham, apoyada en una nudosa haya y leyendo un ejemplar de *Mujeres sin pareja*, de George Gissing.

Los días en que el tiempo estaba demasiado húmedo para pasear, pasaba la mayor parte del tiempo en la biblioteca pública, hasta que se convirtió en uno de los habituales, junto con los hombres sin trabajo que dormitaban sobre periódicos ilustrados que nunca leían y un viejo y descolorido solterón que vivía en una casa de huéspedes por dos libras a la semana y pasaba horas y horas en la biblioteca leyendo libros sobre yates. Había sentido un gran alivio cuando terminó el trimestre, pero esa sensación no tardó en desaparecer: no tenía nadie con quien hablar y los días se le hacían más largos que nunca. Tal vez no haya otro sitio en el mundo habitado donde pueda uno sentirse tan solo como en los barrios de las afueras de Londres. En una gran ciudad el bullicio y la muchedumbre hacen que uno tenga la ilusión de estar acompañado y en el campo todo el mundo se interesa por todo el mundo, pero en sitios como Southbridge, si no se tiene familia y casa propia, cualquiera podría pasar la vida entera sin hacer un amigo. En esos lugares hay mujeres, sobre todo mujeres de buena familia desamparadas y con trabajos mal pagados, que pasan años en una soledad casi absoluta. Dorothy no tardó en sumirse en un perpetuo desaliento y en sentirse tan desanimada que, por mucho que lo intentaba, no

lograba interesarse por nada. Ese hastío odioso —ese hastío corruptor que acecha al alma moderna— le hizo comprender por primera vez lo que significaba haber perdido la fe.

Trató de anesthesiarse con libros, y lo consiguió durante poco más de una semana. Pero al cabo de un tiempo, casi todos le parecieron fatigosos e ininteligibles, pues la inteligencia carece de propósito cuando uno está solo. Al final descubrió que solo podía con las historias de detectives. Daba paseos de quince y veinte kilómetros tratando de cansarse para mejorar de humor, pero los tristes caminos del extrarradio, los senderos húmedos y enfangados entre los bosques, los árboles pelados, el musgo empapado y las grandes y esponjosas setas la llenaban de mortal melancolía. Lo que necesitaba era compañía humana y no parecía haber forma de conseguirla. Por la noche, cuando volvía andando a la escuela y veía las ventanas iluminadas de las casas y oía voces riéndose y gramófonos que sonaban en su interior, su corazón se henchía de envidia. ¡Ah, quién pudiera ser como esa gente..., tener al menos un hogar, una familia y unos pocos amigos que se preocupasen por uno! Había días en que deseaba tener valor para abordar a algún desconocido por la calle. Otros, consideraba la idea de fingir devoción para trabar amistad con el vicario de Saint George y su familia y tener tal vez la oportunidad de encargarse de alguna de las tareas de la parroquia. Y otros en los que se sentía tan desesperada que pensaba incluso en afiliarse a la Asociación de Jóvenes Cristianas.

Pero casi al final de las vacaciones, gracias a un encuentro fortuito en la biblioteca, hizo amistad con una mujer muy menuda, la señorita Beaver, que era profesora de geografía en Toot's Commercial College, otra de las escuelas privadas de Southbridge. Toot's Commercial College era mucho más grande y con más pretensiones que Ringwood House —tenía alrededor de ciento cincuenta alumnos de ambos sexos e incluso una docena de alumnos internos— y su plan de estudios no era una estafa tan descarada. Era una de esas escuelas pensadas para esos padres a quienes les encanta decir bobadas sobre la «formación comercial moderna» y cuya consigna es la eficiencia, que es como ellos llaman a la eliminación de cualquier estudio humanístico y a un enorme alarde de ajeteo. Una de sus peculiaridades era una especie de catecismo llamado el ritual de la eficiencia, que todos los niños tenían que aprender de memoria en cuanto ingresaban en la escuela. Constaba de preguntas y respuestas como:

P: ¿Cuál es el secreto del éxito?

R: El secreto del éxito es la eficiencia.

P: ¿Cuál es la prueba de la eficiencia?

R: La prueba de la eficiencia es el éxito.

Y así sucesivamente. Se decía que el espectáculo de ver a todos los alumnos recitar el ritual de la eficiencia bajo la dirección del maestro — repetían aquella ceremonia dos mañanas por semana en lugar de las oraciones — era impresionante.

La señorita Beaver era una mujer menuda y remilgada de cuerpo rechoncho, cara enjuta, nariz colorada y los andares de una gallina. Después de veinte años dedicada a esclavizar a los alumnos había conseguido un sueldo de cuatro libras a la semana y el privilegio de «vivir fuera» en lugar de tener que acostar a los alumnos internos por la noche. Tenía alquilado un salón dormitorio en una casa de huéspedes donde a veces invitaba a Dorothy cuando las dos tenían la tarde libre. ¡Cuánto anhelaba Dorothy aquellas visitas! Solo eran posibles muy de vez en cuando, pues a la patrona de la señora Beaver no le gustaba «tener extraños en la casa», y cuando iba tampoco es que tuviese mucho que hacer, aparte de ayudarle a resolver el crucigrama del Daily Telegraph y ver las fotografías que la señorita Beaver había tomado en su viaje al Tirol en 1913 (un viaje que había sido la cima y la gloria de su vida). Pero aun así, ¡cuánto significaba para ella poder sentarse a hablar amistosamente con alguien y tomar una taza de té menos aguado que el de la señora Creevy! La señorita Beaver guardaba en un estuche lacado de viaje (el estuche había viajado con ella al Tirol en 1913) un infiernillo de alcohol con el que se preparaba cubos de té más negro que el alquitrán. Le confesó a Dorothy que llevaba consigo un termo a la escuela y tomaba una taza en el recreo y otra después de almorzar. Dorothy comprendió que las maestras de tercera categoría podían seguir dos caminos trillados: el de la señorita Strong, que conducía al hospicio gracias al whisky, o el del té cargado de la señorita Beaver, que llevaba a una muerte decorosa en el asilo de ancianas venidas a menos.

La señorita Beaver era en realidad una mujer muy gris. Para Dorothy constituía un memento mori, o más bien un memento senescere. Su alma parecía haberse marchitado hasta quedar tan arrinconada como una pastilla reseca de jabón en una jabonera olvidada. Había llegado a un punto en que casi el único destino que podía imaginar era vivir en un salón dormitorio alquilado a una patrona tiránica y dedicarse a embutir eficientemente las asqueadas gargantas de los niños con la geografía comercial. Aun así Dorothy llegó a tenerle mucho afecto y aquellas horas que pasaban juntas en el salón dormitorio, resolviendo el crucigrama del Daily Telegraph mientras tomaban una taza de té, eran como oasis en su vida.

Le alegró que empezara el segundo trimestre, pues incluso tener que pasar el día esclavizando a las niñas era mejor que la hueca soledad de las vacaciones. Además, las niñas se portaron mucho mejor y no tuvo que volver a darles ningún coscorrón. Había comprendido que es fácil manejar a los niños

si se es duro con ellos desde el principio. El trimestre anterior, las niñas se habían portado mal porque había empezado tratándolas como personas y luego, cuando se interrumpieron las clases que les interesaban, se habían rebelado como tales personas. Pero cuando uno tiene que enseñarles tonterías no hay que tratarlos como personas, sino como animales y obligarles en lugar de convencerles. Antes de nada es preciso enseñarles que es peor rebelarse que obedecer. Es posible que ese modo de tratarlos no sea muy bueno para los niños, pero no hay duda de que lo entienden y responden como es debido.

Aprendió las deprimentes mañas del maestro de escuela. Aprendió a insensibilizar su imaginación con una capa de barniz contra las horas interminables y aburridas, a economizar el aguante de sus nervios, a ser implacable y estar siempre atenta, a sentir una especie de orgullo al ver un absurdo galimatías bien hecho. Fue como si de pronto se hubiese vuelto mucho más madura y severa. Su mirada había perdido el brillo casi infantil que había tenido antes, su cara estaba más delgada y su nariz parecía más larga. Había ocasiones en las que su rostro era indudablemente el de una maestra de escuela y casi la imaginaba uno con unos quevedos. No obstante todavía no se había vuelto cínica. Seguía siendo consciente de que aquellas niñas estaban siendo víctimas de una estafa repugnante y de haber estado en su mano habría hecho algo por ellas. Si las reñía y les llenaba la cabeza de tonterías era solo por una razón: que necesitaba conservar su empleo a toda costa.

Ese trimestre hubo muy poco revuelo en el aula. La señora Creevy, siempre ansiosa de encontrarla en falta, apenas tuvo motivos para dar golpes en la pared con el mango de la escoba. Una mañana, durante el desayuno miró secamente a Dorothy como si estuviese sopesando una decisión y luego empujó el plato de mermelada al otro lado de la mesa.

—Sírvasse un poco de mermelada si le apetece, señorita Millborough —dijo con mucha amabilidad para tratarse de ella.

Fue la primera vez que probó la mermelada desde su llegada a Ringwood House.

Se ruborizó levemente y no pudo sino pensar que aquella mujer había reparado en que estaba esforzándose por hacerlo lo mejor posible.

A partir de ese día pudo tomar mermelada en el desayuno todas las mañanas. Y los modales de la señora Creevy con ella se volvieron no cordiales porque eso habría sido imposible, pero sí menos brutales y ofensivos. Hubo ocasiones en que llegó a hacer una mueca que pretendía ser una sonrisa, Dorothy tuvo la sensación de que su rostro crujía con el esfuerzo. Su conversación empezó a estar salpicada de alusiones al «próximo trimestre». No hacía más que decir «El próximo trimestre haremos esto» y «El próximo

semestre quiero que haga usted aquello», y Dorothy empezó a tener la sensación de haberse ganado su confianza y de que la trataba más como una colega que como una esclava. Así empezó a concebir la vaga, irracional pero emocionante esperanza de que la señora Creevy fuese a subirle el sueldo. Era enormemente improbable y trató de convencerse de ello, pero no lo consiguió. ¡Qué diferente sería todo si le subiera solo media corona a la semana!

Llegó el último día. Dorothy pensó que, con un poco de suerte, la señora Creevy le pagaría al día siguiente. Necesitaba el dinero desesperadamente, las últimas semanas había estado sin un penique y no solo estaba hambrienta, sino que necesitaba unas medias nuevas, pues no le quedaba un solo par que no estuviese zurcido por todas partes. A la mañana siguiente en lugar de salir después de terminar las labores domésticas, se quedó en el «comedor» mientras la señora Creevy daba golpes con la escoba y el recogedor en el piso de arriba. Al cabo de un rato bajó.

—¡Ah, está usted aquí, señorita Millborough! —dijo en un tono peculiarmente significativo—. Ya suponía yo que esta mañana no tendría tanta prisa por irse. En fin, ya que no se ha marchado, aprovecharé para pagarle el sueldo.

—Gracias —respondió Dorothy.

—Y después —añadió la señora Creevy—, hay otra cosa que quiero decirle.

A Dorothy el corazón le dio un brinco. ¿Se referiría a la anhelada subida de sueldo? Siempre había esa posibilidad. La señora Creevy sacó un monedero viejo y abultado de un cajón cerrado con llave de la cómoda, lo abrió y se humedeció el pulgar con la lengua.

—Son doce semanas y cinco días —dijo—. Dejémoslo en doce semanas, no hay por qué ser tan puntillosos contando los días. Así que en total son seis libras. —Contó cinco billetes mugrientos de una libra y dos billetes de diez chelines; luego examinó uno de ellos y, juzgando al parecer que estaba demasiado limpio, volvió a meterlo en el monedero y sacó otro que estaba casi partido en dos. Fue a la cómoda, cogió un trozo de papel engomado transparente y pegó los dos trozos. Luego se lo dio a Dorothy con los otros seis—. Ahí tiene, señorita Millborough —dijo—. Y ahora le agradeceré que se vaya cuanto antes de mi casa. Ya no necesito de sus servicios.

—Que no necesita... —Fue como si a Dorothy se le hubiese helado el corazón. Se quedó lívida, pero, pese a su terror y desesperación, siguió sin estar del todo segura de haber entendido bien lo que le había pedido. Seguía pensando a medias que lo único que quería la señora Creevy era que se tomase el resto del día libre—. ¿Que no necesita de mis servicios? —repitió con voz

desmayada.

—No. Voy a contratar a otra maestra el trimestre que viene. Y no irá usted a pensar que iba a mantenerla en vacaciones a cambio de nada, ¿verdad?

—Pero no me estará diciendo que quiere que me vaya y que estoy despedida, ¿verdad?

—Pues claro que sí. ¿Qué voy a estar diciéndole si no?

—¡Pero no me ha avisado usted con antelación! —replicó Dorothy.

—¡Avisarla! —repitió la señora Creevy montando en cólera—. ¿Y con qué derecho exige que la avise a usted de nada? No tiene un contrato por escrito, ¿verdad?

—No..., supongo que no.

—¿Entonces qué quiere? Más vale que suba a empaquetar sus cosas. No tiene sentido que se quede ni un minuto más, porque no he preparado comida para usted.

Dorothy fue al piso de arriba y se sentó a un lado de la cama. Estaba temblando de pies a cabeza y hasta pasados unos minutos no pudo dominarse y empezar a recoger sus cosas. Se sentía aturdida. La calamidad que se había abatido sobre ella era tan inesperada, tan aparentemente inmotivada que le costaba creer que fuese cierta. Pero la razón por la que la había despedido la señora Creevy era muy lógica y sencilla.

Cerca de Ringwood House había una escuela pobre y mortecina llamada The Gables que contaba solo con siete alumnos. La maestra era una anciana incompetente llamada señorita Allcock, que había trabajado en treinta y ocho escuelas diferentes a lo largo de su vida y a quien no se le podía encomendar ni el cuidado de un canario. Sin embargo, había algo en lo que sí sobresalía: se le daba muy bien engañar a sus patronos. En esas escuelas de tercera y cuarta categoría se da constantemente una especie de piratería y todas se dedican a «convencer» a los padres y a robarse los alumnos unas a otras. Con frecuencia en el fondo de la traición está el maestro, quien aborda discretamente a los padres uno por uno («Envíeme a su hijo y le cobraré diez chelines menos por trimestre») y cuando ha convencido a unos cuantos se marcha de pronto y se establece por su cuenta o se lleva a los niños a otra escuela. La señorita Allcock había logrado robar tres de los alumnos de la suya y se los había ofrecido a la señora Creevy a cambio del puesto de Dorothy y de una comisión del quince por ciento por los alumnos que había llevado.

Pasaron semanas de regateos furtivos antes que cerraran el trato, cuando la señorita Allcock aceptó bajar del quince al doce y medio por ciento. La señora Creevy decidió, en su fuero interno, despedir a la vieja Allcock en cuanto

estuviera segura de que los niños que había llevado se quedarían, y esta a su vez pensó en empezar a robarle alumnos a la señora Creevy en cuanto se hubiese instalado en la escuela.

Una vez se decidió a despedir a Dorothy, lo más importante era impedir que se enterase. Pues, por supuesto, si llegaba a saberlo empezaría a robarle alumnas por su cuenta o no daría ni golpe el resto del trimestre. (La señora Creevy se jactaba de conocer la naturaleza humana.) De ahí lo de la mermelada, las crujientes sonrisas y los otros trucos pensados para aquietar las sospechas de Dorothy. Cualquiera que supiese cómo funcionaban las cosas habría empezado a buscar otro empleo en cuanto le ofreció el plato de mermelada.

Media hora después de recibir la sentencia de despido, Dorothy abrió la puerta del jardín con el bolso al hombro. Estaban a 4 de abril, hacía un día ventoso y despejado, demasiado frío para estar en la calle, con un cielo tan azul como un huevo de acentor común y uno de esos temibles vientos de primavera que recorren las aceras con súbitas ráfagas de aire seco que te echan la tierra a la cara. Dorothy cerró la puerta a sus espaldas y empezó a andar muy despacio en dirección a la estación central.

Le había dicho a la señora Creevy que le daría una dirección donde enviarle su baúl y la señora Creevy le había cobrado cinco chelines por adelantado por el transporte. Así que tenía cinco libras y quince chelines en el bolsillo que le darían para vivir tres semanas si hacía economías. No sabía a qué se dedicaría, solo que tendría que empezar por ir a Londres y buscar alojamiento. Pero el primer pánico había pasado, y comprendió que su situación no era tan desesperada. Sin duda su padre la ayudaría, al menos por un tiempo, y en el peor de los casos, aunque solo de pensarlo se ponía enferma, siempre podría volver a pedirle ayuda a su primo. Además, sus posibilidades de encontrar empleo probablemente fuesen buenas. Era joven, hablaba con acento educado, y no le importaba cobrar el sueldo de una criada, cualidades ambas muy apreciadas por los dueños de escuelas de tres al cuarto. Lo más probable era que le fuesen bien las cosas. Pero de lo que no había la menor duda era de que le esperaba una época difícil e incierta en la que tendría que buscar empleo y pasar hambre.

CAPÍTULO CINCO

I

No obstante, las cosas resultaron muy diferentes. Pues Dorothy apenas

había recorrido cinco metros cuando llegó pedaleando calle arriba un repartidor de telegramas silbando y mirando los números de las casas. Vio el nombre de Ringwood House, detuvo la bicicleta, la apoyó en la acera y se acercó a Dorothy.

—¿Vive aquí la señorita Millborough? —preguntó señalando Ringwood House con la cabeza.

—Sí, soy yo.

—Tengo que esperar por si hay una respuesta —dijo el chico sacando un sobre de color naranja del cinturón.

Dorothy dejó el bolso en el suelo. Había vuelto a echarse a temblar. No habría sabido decir si de temor o de alegría, pues dos ideas acudieron a su imaginación. Una: «¡Son buenas noticias!». La otra: «Mi padre se ha puesto enfermo». Logró abrir el sobre y encontró un telegrama que ocupaba dos páginas enteras y que le costó mucho entender. Decía:

Alabado sea el Señor de los justos signo de exclamación buenas noticias signo de exclamación su reputación está a salvo stop la señora Semprill ha caído en sus propias redes stop demanda por difamación stop nadie la cree stop su padre quiere que vuelva a casa cuanto antes stop tengo que ir a la ciudad coma puedo recogerla si usted quiere stop llegaré poco después de que reciba este telegrama stop espéreme stop Alabado sea con címbalos resonantes stop con afecto stop.

No hacía falta mirar la firma. Era del señor Warburton, claro. Dorothy se sintió más débil y trémula que nunca. Apenas reparó en que el repartidor de telegramas le preguntaba alguna cosa.

—¿Alguna respuesta? —repitió por tercera o cuarta vez.

—Hoy no, gracias —respondió abstraída Dorothy.

El muchacho volvió a subir a su bicicleta y se alejó pedaleando silbando con todas sus fuerzas para demostrarle a Dorothy cuánto la despreciaba por no haberle dado propina. Pero Dorothy no notó el desdén del repartidor. La única frase del telegrama que había entendido era «su padre quiere que vuelva a casa cuanto antes» y la sorpresa que le había causado la había dejado medio aturdida. Se quedó en la acera un tiempo indefinido bajo el viento frío pensando las cosas más vagas imaginables hasta que oyó llegar un taxi en el que viajaba el señor Warburton, quien, en cuanto vio a Dorothy, mandó parar al taxista, salió, corrió a su encuentro muy sonriente y la cogió de las manos.

—¡Vaya! —gritó y le dio un abrazo pseudopaternal sin importarle quién pudiera estar viéndoles—. ¿Cómo está? Pero ¡caramba, qué delgada está! Se le notan las costillas. ¿Dónde está esa escuela donde dice que trabaja? —

Dorothy, que aún no había podido librarse de su abrazo, se volvió y echó una mirada hacia las sombrías ventanas de Ringwood House—. ¿Qué? ¿Ahí? ¡Dios mío, menudo agujero! ¿Qué ha hecho con su equipaje?

—Está dentro. Les he dejado dinero para que me lo envíen. No creo que haya problema.

—¡Bobadas! ¿Por qué pagar? Lo llevaremos con nosotros. Puede ir en el techo del taxi.

—¡No, no! Deje que me lo envíen. No me atrevo a volver. La señora Creevy se pondría hecha una furia.

—¿La señora Creevy? ¿Quién es la señora Creevy?

—La directora..., o al menos la dueña de la escuela.

—Una auténtica arpía, ¿no? Déjemela a mí... Yo me las veré con ella. Perseo y la Gorgona. Y usted es Andrómeda. ¡Eh! —le gritó al taxista.

Los dos fueron a la puerta principal y el señor Warburton llamó a la puerta. Por algún motivo, Dorothy no creía que la señora Creevy fuese a devolverle sus cosas. Lo cierto es que los imaginaba huyendo despavoridos y a la señora Creevy persiguiéndolos con la escoba. Sin embargo, volvieron a salir al cabo de dos minutos, y el taxista llevaba su baúl al hombro. El señor Warburton ayudó a Dorothy a subir al taxi y al sentarse le dio media corona.

—¡Qué mujer! ¡Qué mujer! —dijo en tono comprensivo cuando el taxi se puso en marcha—. ¿Cómo demonios ha podido aguantarla todo este tiempo?

—¿Qué es esto? —preguntó Dorothy mirando la moneda.

—La media corona que le dejó para que le enviase el equipaje. Tiene mérito habérsela arrancado a esa vieja ¿eh?

—¡Pero si le di cinco chelines! —exclamó Dorothy.

—¡Qué! Esa mujer dijo que le había dejado media corona. ¡Se necesita ser sinvergüenza! Volveremos a recuperar la otra media corona. ¡Solo por fastidiarla! —Dio un golpecito en el cristal.

—¡No, no! —dijo Dorothy poniéndole la mano en el brazo—. No tiene importancia. Vayámonos de aquí cuanto antes. ¡No podría volver a ese sitio jamás!

Era cierto. Estaba dispuesta a sacrificar no solo media corona, sino todo el dinero que tenía antes que volver a pisar Ringwood House. Así que continuaron el viaje dejando victoriosa a la señora Creevy. Sería interesante saber si esa fue otra de las ocasiones en que la señora Creevy rio.

El señor Warburton insistió en seguir con el taxi hasta Londres y habló

tanto, cuando se lo permitió el ruido del tráfico, que Dorothy apenas pudo preguntarle nada. Hasta que llegaron al centro no logró que le explicara a qué se debía aquel súbito cambio de fortuna.

—Dígame —dijo—, ¿qué ha sucedido? No lo entiendo. ¿Por qué de pronto puedo volver a casa? ¿Por qué ha dejado de creer la gente a la señora Semprill? ¿No habrá confesado?

—¿Confesado? ¡Ni loca! Pero sus pecados la han traicionado. Ha sido una de esas cosas en las que la gente devota como usted ve la mano de la Providencia. Echa tu pan a las aguas y demás. Se ha metido en un lío muy desagradable, un proceso por difamación. En Knype Hill no se habla de otra cosa desde hace quince días. Pensaba que habría visto usted algo en los periódicos.

—Hace siglos que no leo ninguno. ¿Quién la ha denunciado por difamación? ¿No irá a decirme que ha sido mi padre?

—¡Dios mío, no! Los clérigos no pueden iniciar procesos por difamación. Ha sido el director del Barclay's Bank. ¿Recuerda su historia de que mantenía a una querida con el dinero del banco?

—Sí, creo que sí.

—Hace unos meses fue tan estúpida como para ponerlo por escrito. Alguien, supongo que una amiga, le llevó la carta al director. Él la demandó y el juez la ha condenado a pagar ciento cincuenta libras por daños y perjuicios. No creo que haya pagado ni un céntimo, pero ha sido el final de su carrera de chismosa. Uno puede pasar años manchando la reputación de los demás y la gente le creerá aunque sea evidente que miente. Pero una vez lo condena un juez por mentiroso, queda desacreditado por así decirlo. La señora Semprill está acabada, al menos por lo que se refiere a Knype Hill. Se fue del pueblo de un día para otro..., aprovechando la oscuridad de la noche. Creo que ahora aflige con su presencia a los habitantes de Bury Saint Edmunds.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con las cosas que dijo de usted y de mí?

—Nada, nada en absoluto. ¿Pero qué más da eso? Lo importante es que está usted rehabilitada, y todas esas brujas que se han dedicado a criticarla estos últimos meses no hacen más que decir: «¡Pobrecilla Dorothy, pobrecilla, qué mal la ha tratado esa horrible mujer!».

—¿Quiere decir que creen que ya que mentía en un caso debía de estar mintiendo en el otro?

—Sin duda es lo que dirían si pudieran pensar tanto. El caso es que la señora Semprill ha caído en desgracia, y aquellos a quienes deshonoró se han convertido en mártires. Incluso mi reputación está intacta.

—¿Y cree usted que así acabará todo? ¿De verdad piensa que creerán que todo fue un accidente, que perdí la memoria y no me fugué con nadie?

—Bueno, yo no diría tanto. En estos pueblos la gente siempre sospecha alguna cosa. Ya sabe, nada en particular, solo una sospecha general. Una especie de morbosidad campesina. Supongo que dentro de diez años en el Dog and Bottle se seguirá rumoreando que tiene usted un secreto en su pasado, aunque nadie recuerde de qué se trata. Aun así sus problemas han terminado. Si fuese usted, no daría explicaciones a nadie que no me las pidiera. La versión oficial es que sufrió usted un ataque grave de gripe y se fue para recuperarse. Es lo que diría yo. Oficialmente no hay nada contra usted.

Al cabo de un rato llegaron a Londres y el señor Warburton llevó a Dorothy a un restaurante en Coventry Street, donde comieron pollo asado con espárragos y unas patatas blancas y diminutas que habían sido arrancadas a destiempo de la madre tierra, y también pastel de melaza y una botella de borgoña, pero lo que más le gustó a Dorothy, después del té tibio y aguado de la señora Creevy, fue el café solo que tomaron. Tras la comida cogieron otro taxi hasta la estación de ferrocarril de Liverpool Street y subieron al tren de las 14:45. El viaje hasta Knype Hill duraba cuatro horas.

El señor Warburton insistió en viajar en primera clase y no permitió que Dorothy pagara su propio billete; además, aprovechando que Dorothy estaba distraída, le dio una propina al revisor para que los instalara solos en un compartimento. Hacía uno de esos días fríos y luminosos que parecen de primavera o de invierno según uno se encuentre bajo techo o al aire libre. Desde detrás de las ventanillas cerradas del vagón el cielo de color azul intenso parecía cálido y agradable e incluso los desérticos arrabales por los que traqueteaba el tren, con sus laberintos de casitas de color sucio, las enormes y caóticas fábricas, los canales fangosos y los solares abandonados sembrados de calderas oxidadas y cubiertos de malas hierbas ennegrecidas por el humo tenían mejor aspecto bajo los rayos dorados y redentores del sol. Dorothy apenas dijo nada la primera media hora de viaje. De momento estaba demasiado feliz para hablar. Ni siquiera pensaba en nada en particular, sino que se limitaba a deleitarse con la luz del sol que filtraba el cristal de la ventanilla, la comodidad del asiento acolchado y la sensación de haberse librado de las garras de la señora Creevy. No obstante, sabía que aquel estado de ánimo no podía durar mucho tiempo. Su bienestar, como el calor del vino que había bebido en la comida, iba desapareciendo y en su imaginación empezaban a cobrar forma pensamientos dolorosos o difíciles de expresar. El señor Warburton había estado observando su rostro con más atención de lo que era habitual en él, como si tratara de calibrar los cambios que habían obrado en ella aquellos últimos ocho meses.

—Parece usted mayor.

—Lo soy —dijo Dorothy.

—Sí, pero parece..., en fin, más adulta. Más dura. Algo ha cambiado en su cara. Si me permite la expresión, es como si hubiese exorcizado para siempre la girl guide que llevaba dentro. Espero que a cambio no la hayan poseído siete demonios. —Dorothy no respondió y él añadió—: Supongo que lo habrá pasado usted muy mal.

—¡Fatal! Tanto que no sabría cómo expresarlo con palabras. Figúrese que a veces... —Se contuvo. Había estado a punto de decirle que había tenido que mendigar para comer, que había dormido en la calle, que la habían detenido por mendicidad y había pasado la noche en comisaría, que la señora Creevy la había regañado y matado de hambre, pero se interrumpió, porque había comprendido de pronto que no quería hablar. Todo aquello carecía de importancia, no eran más que accidentes irrelevantes, no muy diferentes de coger un resfriado o tener que esperar dos horas el tren en la estación. El tópico de que lo único que ocurre realmente es lo que sucede en nuestra imaginación le pareció más evidente que nunca y dijo—: En realidad poco importa. La falta de dinero o no tener suficiente para comer..., incluso cuando está uno muerto de hambre, no cambia nada en tu interior.

—¿No? Me fío de usted. No tengo ningún interés en comprobarlo.

—Bueno, cuando ocurre es horrible, claro, pero no supone ninguna diferencia; lo único importante es lo que ocurre en tu interior.

—¿A qué se refiere? —preguntó el señor Warburton.

—¡Oh! A cosas que cambian en tu interior. Y luego el mundo entero cambia, porque uno lo ve de forma diferente.

Siguió mirando por la ventana. El tren había dejado atrás los arrabales del este de Londres y avanzaba cada vez más deprisa junto a arroyos festoneados de sauces y prados bajos en cuyos setos los primeros capullos sugerían un pálido verdor. En un campo cercano a la vía férrea un ternero de un mes que parecía un animal sacado del Arca de Noé daba brincos con las patas rígidas detrás de su madre, y en el jardín de una casa un anciano campesino removía la tierra con movimientos lentos y reumáticos debajo de un peral cubierto de flores fantasmales. La pala centelleó al sol al pasar el tren. A Dorothy le rondaba por la imaginación el deprimente verso del himno «A mi alrededor no veo más que cambio y corrupción». Lo que acababa de decir era cierto. Algo había ocurrido en su corazón y a partir de ese momento el mundo parecía un poco más pobre y vacío. La primavera pasada o cualquier otra primavera ¡con qué alegría habría dado gracias a Dios por el primer cielo azul y las primeras flores del año renaciente! Y ahora, al parecer, no había ningún Dios a quien dar gracias, y nada en todo el universo —ni una flor, ni una piedra, ni una hoja

de hierba— volvería a ser igual.

—Hay cosas que cambian en tu interior —repitió—. He perdido la fe —añadió de forma un tanto abrupta, porque le avergonzaba pronunciar aquellas palabras.

—¿Que ha perdido usted qué? —preguntó el señor Warburton, menos acostumbrado que ella a ese tipo de fraseología.

—La fe. ¡Oh, ya sabe a qué me refiero! Hace unos meses fue como si de pronto todo hubiese cambiado en mi interior. Todo aquello en lo que había creído hasta entonces me pareció de pronto absurdo y casi sin sentido. Dios, o lo que yo entendía por Dios, la vida eterna, el cielo y el infierno. Todo había desaparecido. Y no fue que lo razonara, sino que me ocurrió. Igual que de niño un día, sin razón aparente, dejás de creer en las hadas. No podía seguir creyendo más.

—Usted nunca creyó en nada de eso —dijo despreocupadamente el señor Warburton.

—¡Pero sí, claro que creía! Sé que usted siempre pensó que no era verdad y que pensaba que fingía porque me avergonzaba reconocerlo. Pero no es cierto. Creía en ello igual que ahora creo que estoy sentada en este compartimento.

—¡Qué va usted a creer, pobrecita! ¿Cómo iba a hacerlo a su edad? Era demasiado lista. Pero la habían educado con esas absurdas creencias y se había convencido a sí misma de que podría seguir tragando con ellas. Se había fabricado usted un modelo de vida, y disculpe la jerga psicológica, que solo era posible para un creyente y, como es lógico, eso empezaba a pasarle factura. De hecho, era evidente lo que le ocurría. Es muy probable que precisamente por eso perdiera usted la memoria.

—¿Qué quiere decir? —preguntó muy confundida por aquella observación. Él vio que no le había entendido y le explicó que la pérdida de memoria es solo un recurso del subconsciente para escapar de una situación imposible. Y que la imaginación tiene recursos muy curiosos cuando se encuentra atrapada y sin salida. Dorothy no había oído hablar nunca de aquello y al principio se negó a aceptar aquella explicación. No obstante, lo pensó por un instante y comprendió que, aunque fuese cierto, eso no alteraba el hecho fundamental—. No creo que suponga una gran diferencia —dijo por fin.

—¿Ah, no? Yo diría que sí.

—¿Pero no ve que, si he perdido la fe, carece totalmente de importancia que la acabe de perder o que la perdiera hace años? Lo único cierto es que la he perdido y que tengo que volver a empezar desde cero.

—¿No irá usted a decirme que lamenta haberla perdido? —dijo el señor Warburton—. Es como lamentar haberse curado del bocio. Fíjese que hablo como alguien que nunca tuvo mucha fe que perder. La poca que tenía desapareció sin dolor al cumplir los nueve años. Pero nunca habría dicho que nadie pudiera lamentarse por perderla. ¿Acaso no hacía usted cosas horribles como, si no recuerdo mal, levantarse a las cinco de la mañana para ir comulgar con el estómago vacío? ¿Es que lo echa de menos?

—Ya no creo en ello, si se refiere a eso. Y veo que muchas de esas cosas eran bastante tontas. Pero eso no me ayuda. Lo cierto es que aquello en lo que creía ha desaparecido y no tengo nada con lo que sustituirlo.

—¡Pero, Dios santo! ¿Por qué va querer usted sustituirlo? Se ha librado de un montón de bobadas supersticiosas y debería alegrarse. ¿No me venga ahora con que se sentía más feliz echándose a temblar de miedo por el fuego del infierno?

—¿Pero es que no lo ve? No me creo que no vea lo diferente que es todo cuando el mundo entero está vacío.

—¿Vacío? —exclamó el señor Warburton—. ¿Cómo que vacío? Me escandaliza que una joven de su edad diga algo así. No está vacío, lo malo que tiene es que está lleno hasta la bandera. Hoy estamos aquí y mañana no, y no tenemos tiempo de disfrutar de todo lo que tenemos.

—Pero ¿cómo disfrutarlo ahora que carece de sentido?

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué es eso de que carece de sentido? Cuando como alguna cosa, no lo hago a mayor gloria de Dios, sino porque me gusta. El mundo está lleno de cosas entretenidas: libros, cuadros, vino, viajes, amigos..., todo. Nunca le he visto el menor sentido y no quiero vérselo. ¿Por qué no se toma usted la vida tal como es?

—Pero...

Se interrumpió porque comprendió que estaba perdiendo el tiempo tratando de explicárselo. Él era incapaz de entender su dificultad, incapaz de comprender que un espíritu piadoso pueda sentir rechazo por un mundo del que ha descubierto que carece de sentido. Incluso los odiosos lugares comunes de los panteístas le parecerían incomprensibles. Probablemente, la propia idea de que la vida es esencialmente fútil, si es que alguna vez se le había ocurrido pararse a pensarlo, le parecería más divertida que otra cosa. Y, no obstante, no le faltaba agudeza. Había reparado en la dificultad de su situación y enseguida se lo hizo notar.

—Por supuesto —dijo—. No se me escapa que cuando llegue usted a casa todo se le hará un poco más difícil. Será usted, por así decirlo, un lobo con piel

de cordero. Las tareas parroquiales, las reuniones con las madres, las oraciones con los moribundos y demás..., a veces le resultarán desagradables. ¿Teme usted no estar a la altura? ¿Es eso lo que le preocupa?

—¡Oh, no! No estaba pensando en eso. Seguiré haciéndolo igual que antes. Estoy acostumbrada. Además, mi padre necesita que lo ayuden. No puede permitirse pagar a un coadjutor y alguien tiene que hacer el trabajo.

—Entonces ¿qué le ocurre? ¿Le preocupa la hipocresía? ¿Teme que se le atragante la hostia consagrada? Yo no le daría más vueltas. La mitad de las hijas de los clérigos de Inglaterra deben de tener el mismo problema. Y yo diría que lo mismo les ocurre a nueve de cada diez clérigos...

—En parte es eso. Tendré que pasarme el día fingiendo..., ¡no imagina usted cómo! Pero eso no es lo peor. En realidad, puede que no tenga tanta importancia. Tal vez sea mejor ser una hipócrita, esa clase de hipócrita, que otras cosas.

—¿A qué se refiere con lo de esa clase de hipócrita? ¿Espero que no pretenda insinuar que, después de creer, la mejor opción es fingir que se cree?

—Sí... Supongo que eso mismo quería decir. Tal vez sea mejor y menos egoísta fingir que uno cree, que decir abiertamente que no es creyente y ayudar tal vez a que otras personas pierdan también la fe.

—Mi querida Dorothy —respondió el señor Warburton—. Su imaginación, si permite que lo diga, sufre una afección malsana. ¡No, qué demonios! Peor aún; sencillamente infecta. Padece usted una especie de gangrena mental causada por su educación cristiana. Dice usted que se ha librado de esas creencias ridículas que le inculcaron desde la cuna y sin embargo adopta usted una actitud ante la vida que carece de sentido sin esas creencias. ¿Le parece razonable?

—No sé. No, tal vez no lo sea. Aunque supongo que es lo natural en mí.

—Por lo visto, intenta usted nadar entre dos aguas. Preservar el esquema cristiano de las cosas, pero dejar fuera el paraíso. Imagino que en realidad debe de haber muchos como usted vagando entre las ruinas de la Iglesia de Inglaterra. Son prácticamente una secta —añadió en tono reflexivo—: los ateos anglicanos. Y debo decir que no quisiera pertenecer a ella.

Estuvieron charlando un rato más, pero sin llegar a ninguna parte. En realidad, al señor Warburton la cuestión de las creencias y las dudas religiosas le parecía aburrida e incomprensible y solo le interesaba como excusa para la blasfemia. No tardó en cambiar de asunto, como si renunciase a entender el punto de vista de Dorothy.

—No vale la pena seguir hablando de esto —dijo—. Está usted

obsesionada con esas ideas tan deprimentes, pero usted y yo sabemos que acabará olvidándolas. El cristianismo no es una enfermedad incurable. En todo caso quería hablarle de algo muy diferente. Necesito que me escuche usted un momento. Se dispone usted a volver a casa, después de ocho meses, y espero que comprenda que su situación va a ser muy incómoda. Su vida ya era bastante difícil, al menos en mi opinión, y ahora que ha dejado de ser una girl guide todavía lo será más. ¿De verdad cree necesario volver a ella?

—No veo qué otra cosa puedo hacer, si no encuentro otro empleo, no se me ocurre otra posibilidad.

El señor Warburton con la cabeza un poco ladeada miró a Dorothy de modo un poco extraño.

—La verdad —dijo en tono más serio de lo habitual— es que se me ocurre sugerirle al menos otra posibilidad.

—¿Se refiere a seguir trabajando de maestra? Tal vez sea lo que debería hacer. Es lo que acabaré haciendo en cualquier caso.

—No. No era eso lo que iba a sugerirle. —Todo ese tiempo el señor Warburton, tan reticente como siempre a mostrar su calvicie, había llevado puesto su elegante sombrero de fieltro gris y ala más bien ancha. Ahora, no obstante, se lo quitó y lo dejó con cuidado en el asiento vacío de al lado. Su cráneo desnudo, en el que solo quedaban uno o dos mechones de cabello rubio cerca de las orejas, parecía una monstruosa perla sonrosada. Dorothy lo miró con una leve sorpresa—. Me he quitado el sombrero para dejar que me vea del peor modo posible. Enseguida entenderá por qué. Y, ahora, permita que le ofrezca otra alternativa distinta a la de volver con sus girl guides y las Madres Cristianas o encerrarse en alguna mazmorra en una escuela femenina.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir..., piénselo bien antes de contestar, admito que hay objeciones muy evidentes, pero... ¿no querría usted casarse conmigo? —Dorothy se quedó boquiabierta de sorpresa. Tal vez se pusiera un poco más pálida. Con un gesto apresurado y casi inconsciente se alejó cuanto pudo de él. Pero el señor Warburton no se inmutó y dijo con total ecuanimidad—: Ya sabrá, claro, que Dolores (Dolores era la antigua querida del señor Warburton) me dejó hace un año.

—¡Pero no puedo, no puedo! —exclamó Dorothy—. ¡Ya lo sabe! No soy... así. Pensaba que usted lo sabía. No me casaré nunca.

El señor Warburton ignoró aquella observación.

—Admito —continuó con una calma ejemplar— que no soy exactamente lo que suele llamarse un buen partido. Soy bastante mayor que usted. Ya que

estamos poniendo las cartas sobre la mesa, le revelaré el gran secreto y le diré que tengo cuarenta y nueve años. Además tengo tres hijos y muy mala reputación. Es una boda que su padre..., en fin, consideraría con desagrado. Y solo gano setecientas libras al año. Pero, aun así, ¿no cree que vale la pena pensarlo?

—¡No puedo y usted sabe por qué! —repitió Dorothy.

Daba por sentado que lo sabía aunque nunca le había explicado ni a él ni a nadie los motivos por los que no podía casarse. Muy probablemente no lo habría entendido aunque lo hubiera hecho. Siguió hablando como si no la hubiera oído.

—Permita que lo exponga como un negocio provechoso para ambos. Por supuesto, no necesito decirle que es mucho más que eso. Como suele decirse, no soy de los que se casan, y no se lo pediría si no me pareciese usted atractiva. Pero aclaremos antes el aspecto mercantil. Usted necesita un hogar y un modo de ganarse la vida, y yo necesito una mujer que me tenga a raya. Estoy harto de esas mujeres horribles con las que me he pasado la vida, si disculpa usted que lo diga, estoy deseando sentar la cabeza. Tal vez sea un poco tarde, pero más vale tarde que nunca. Además, necesito a alguien que cuide de los niños, los bastardos, ya sabe. No cuento con que me encuentre usted muy atractivo —añadió pasándose la mano por la coronilla—, pero por otro lado tengo buen carácter, como casi toda la gente inmoral. Y, desde su punto de vista, el plan también tiene sus ventajas. ¿Por qué pasarse la vida repartiendo revistas parroquiales y dando friegas a ancianas antipáticas con linimento Elliman? Sería más feliz casada, aunque fuese con un marido calvo y con un turbio pasado. Ha tenido una vida difícil y aburrida para una chica de su edad y el futuro no se presenta de color de rosa. ¿Se ha planteado cómo será su vida si no se casa?

—No sé. A veces —dijo.

Como no había intentado tocarla ni ponerle la mano encima, respondió a su pregunta sin repetir su negativa. Él miró por la ventana y siguió hablando pensativo y en voz más baja de lo habitual, de modo que al principio apenas lo oyó por culpa del traqueteo del tren, sin embargo no tardó en elevar el tono y se puso mucho más serio de lo que Dorothy habría creído posible.

—Piense en cómo será su futuro —repitió—. Es el mismo que se extiende ante cualquier mujer de su clase sin marido ni dinero. Supongamos que su padre viva otros diez años. Para entonces habrá malgastado hasta el último penique. El deseo de despilfarrar le mantendrá con vida mientras le quede dinero y probablemente no por mucho más tiempo. Cada vez se irá volviendo más senil y aburrido y será más difícil convivir con él; la tiranizará cada día más, le escatimará más el dinero, causará más problemas con los vecinos y los

tenderos. Y tendrá usted que seguir con esa vida esclavizada y agobiante que ha llevado hasta ahora, esforzándose por llegar a fin de mes, entrenando a las girl guides, leyéndoles novelas a las Madres Cristianas, sacando brillo a los candelabros del altar, recaudando dinero para el órgano, haciendo botas de montar de cartón piedra para las obras de teatro de los alumnos de la escuela dominical e involucrándose en las pequeñas disputas y escándalos del gallinero de la iglesia. Año tras año, invierno y verano, tendrá que pedalear de una cabaña apestosa a otra, para repartir los peniques del cepillo y rezar oraciones en las que habrá dejado de creer. Asistirá a interminables oficios religiosos que acabarán haciéndole enfermar por su monotonía y futilidad. Cada año su vida será un poco más gris y estará más ocupada en esas terribles ocupaciones que se reservan para las mujeres solteras. Y recuerde que no siempre tendrá veintiocho años. Irá usted ajándose y marchitándose hasta que una mañana se mirará en el espejo y reparará en que ya no es ninguna niña, solo una solterona flacucha. Se resistirá usted, claro. Conservará su energía física y sus gestos pueriles. ¿Sabe esas alegres solteronas, que son un poco más alegres de la cuenta y siempre dicen «fetén» y «estupendo» y se jactan de ser muy simpáticas y lo son tanto que hacen que todo el mundo se sienta un poco incómodo en su presencia? Y juegan al tenis, siempre están dispuestas a echar una mano a los aficionados al teatro, se vuelcan desesperadas en su labor con las girl guides y las visitas parroquiales, son el alma de las ocasiones sociales de la Iglesia y año tras año siguen considerándose unas jovencitas sin darse cuenta de que a sus espaldas todo el mundo se burla de ellas por ser unas solteronas amargadas. En eso es en lo que se convertirá por mucho que se esfuerce en impedirlo. Si no se casa usted, ese será inevitablemente su futuro. Las mujeres que no se casan se marchitan igual que las aspidistras en las ventanas de la parte de atrás de las casas, y lo peor es que ni siquiera lo saben. —Dorothy guardó silencio y le escuchó con horrorizada fascinación. Ni siquiera reparó en que el señor Warburton se había puesto en pie y tenía la mano en la puerta para no caerse con el traqueteo del tren. Era como si estuviese hipnotizada, no tanto por su voz como por las imágenes que había evocado su voz. Le había descrito cómo sería inevitablemente su vida con tan terrible exactitud que parecía haberla trasladado diez años más allá hasta aquel ominoso futuro y ya no se sentía una mujer llena de juventud y energía, sino una virgen ajada y desesperada de treinta y ocho años. Mientras hablaba, él le cogió de la mano que había dejado sobre el brazo del asiento y ella ni siquiera se dio cuenta—. Pasados esos diez años —prosiguió—, su padre morirá y no le dejará ni un penique, solo deudas. Rondará usted los cuarenta, sin dinero, trabajo, ni posibilidades de encontrar marido; será solo la hija de un pastor anglicano igual que tantas otras en Inglaterra. Y después, ¿qué cree que será de usted? Tendrá que buscar uno de esos empleos que consiguen las hijas de los pastores anglicanos. Institutriz en un colegio, por ejemplo, o señorita de

compañía de alguna vieja enferma que se pasará el día pensando cómo humillarla. O volverá usted a dar clase, profesora de inglés en alguna sórdida escuela femenina por setenta libras al año y la comida y una semana de vacaciones en una pensión en la costa todos los meses de agosto. Y todo ese tiempo seguirá marchitándose, secándose, volviéndose más amargada, más angulosa y cada vez tendrá menos amigos. Y por tanto...

Al decir «por tanto» tiró de Dorothy y la hizo ponerse en pie. Ella no se resistió. Su voz la tenía hechizada. La perspectiva de aquel futuro tan inhóspito, cuyo vacío ella podía comprender mucho mejor que él, hizo que la dominara hasta tal punto la desesperanza que de haber hablado habría sido para decir: «Sí, me casaré con usted». El señor Warburton la abrazó y la acercó suavemente hacia él sin que ni siquiera entonces ella tratara de resistirse. Sus ojos, medio hipnotizados, estaban fijos en los de él. Cuando la rodeó con sus brazos fue como si estuviera protegiéndola, cuidándola y apartándola del borde de esa pobreza gris y mortífera y quisiera devolverla al mundo de las cosas amables y deseables, a la seguridad y la comodidad de una buena casa, la buena ropa, los libros, los amigos y las flores, los días de verano y los países lejanos. Así, durante casi un minuto, el solterón gordo y libertino y la chica soltera y flaca estuvieron cara a cara, mirándose a los ojos, con los cuerpos casi rozándose mientras el tren los mecía con su traqueteo y las nubes y los postes de telégrafo, los setos cubiertos de capullos y los campos de trigo verde pasaban sin que reparasen en ellos.

El señor Warburton estrechó su abrazo y tiró de ella hacia él. Eso rompió el hechizo. Las imágenes que la habían dejado inerte —imágenes de pobreza y de escapatoria de la pobreza— desaparecieron de pronto y dejaron solo la sensación de lo que le estaba ocurriendo. ¡Estaba entre los brazos de un hombre viejo y gordo! La recorrió una oleada de temor y repugnancia, se le encogió el estómago y sintió un escalofrío. Su corpulento cuerpo masculino tiraba de ella hacia atrás y hacia abajo, su rostro orondo, rubicundo y suave, aunque a ella le pareciera viejo, se estaba acercando al suyo. El olor áspero a hombre se abrió paso hasta su nariz. Se apartó. ¡Muslos peludos de sátiro! Empezó a debatirse con furia, pero él apenas se esforzó por retenerla y Dorothy apenas tardó un instante en liberarse y desplomarse en el asiento pálida y temblorosa. El miedo y la aversión hicieron que por un momento lo mirase como a un desconocido.

El señor Warburton siguió de pie, mirándola con una expresión de decepción resignada y casi divertida. No parecía contrariado. Cuando recobró la calma, Dorothy comprendió que todo lo que había dicho no había sido más que un intento de manipular sus sentimientos y obligarla a aceptar su propuesta, lo raro era que, en el fondo, le traía sin cuidado que aceptara o no. Lo había hecho por divertirse. Muy probablemente no hubiese sido más que

uno de sus periódicos intentos de seducirla.

Se sentó, aunque con más cuidado que ella, alisándose los pantalones.

—Si piensa tirar de la señal de alarma, será mejor que antes me deje comprobar si tengo las cinco libras de la multa en la cartera.

Luego volvió a portarse como siempre, dentro de lo posible después de aquella escena, y siguió hablando sin demostrar el menor síntoma de vergüenza. Su pudor, si es que alguna vez lo había tenido, había desaparecido hacía muchos años, tal vez después de toda una vida de sórdidos asuntos amorosos con diversas mujeres.

Dorothy se sintió incómoda al menos durante una hora, pero luego el tren llegó a Ipswich, donde estuvo parado un cuarto de hora y aprovecharon para ir a tomar una taza de té al bar de la estación. Los últimos treinta kilómetros del viaje los pasaron charlando amistosamente. El señor Warburton no volvió a aludir a su propuesta de matrimonio, pero cuando el tren se acercó a Knype Hill volvió a preguntar a Dorothy sobre su futuro, aunque con menos seriedad que antes.

—¿Así que es cierto que pretende volver a sus tareas parroquiales «La tarea trivial, la rutina diaria»? —preguntó—. ¿El reumatismo de la señora Pither, los emplastos de la señora Lewin y demás? ¿No le parece una perspectiva deprimente?

—No sé..., a veces sí. Pero supongo que todo irá bien cuando vuelva al trabajo. Estoy acostumbrada, ¿sabe?

—¿Y de verdad se cree capaz de aguantar años de hipocresía calculada? Porque de eso se trata, ¿sabe? ¿No teme que salte la liebre? ¿Está segura de que no acabará enseñando a los niños de la escuela parroquial a rezar el padrenuestro al revés o leyéndoles a las Madres Cristianas el decimoquinto capítulo de Gibbon en lugar de Gene Stratton Porter?

—No creo. Porque, verá, tengo la sensación de que esa labor, aunque suponga pronunciar oraciones en las que uno no cree y enseñar a los niños cosas que no sean ciertas, no deja de ser útil.

—¿Útil? —repitió con desagrado el señor Warburton—. Concede usted demasiada importancia a esa palabra tan deprimente. Lo que le pasa es que tiene hipertrofiado el sentido del deber. A mí, en cambio, me parece de sentido común pasarlo lo mejor posible mientras uno pueda.

—Eso es puro hedonismo —objetó Dorothy.

—Mi querida niña, ¿puede decirme una filosofía de la vida que no sea hedonista? Sus piojosos santos cristianos son tan hedonistas como cualquiera. Les espera una eternidad de bienaventuranza, mientras que nosotros, pobres

pecadores, solo podemos disfrutar de ella unos pocos años. En último extremo todos tratamos de divertirnos, pero hay quien lo hace de forma muy retorcida. Su idea de la diversión parece consistir en darle friegas en las piernas a la señora Pither.

—No es eso exactamente, pero... ¡ay, no sé cómo explicárselo! —Lo que quería decirle era que, aunque hubiese perdido la fe, el trasfondo espiritual de su pensamiento seguía intacto, que no podía cambiarlo, ni quería hacerlo, que aunque el mundo le pareciera ahora vacío y carente de sentido, seguía habitando en cierto sentido el mundo cristiano, y que el modo de vida cristiana continuaba siendo el más natural para ella. Pero no acertó a expresarlo en palabras e intuyó que, si trataba de hacerlo, probablemente se burlaría de ella. Así que se limitó a decir torpemente—: De un modo u otro, tengo la sensación de que es mejor para mí seguir como antes.

—¿Exactamente igual que antes? ¿El paquete completo? ¿Las girl guides, las Madres Cristianas, la Liga de la Esperanza, la Compañía del Matrimonio, las visitas parroquiales, las clases en la escuela dominical, comulgar dos veces por semana y seguir mareando la perdiz con doxologías y salmodias? ¿Está segura de poder resistirlo?

Dorothy sonrió a su pesar.

—Nada de salmodias, mi padre no lo aprueba.

—¿Y cree que, excepto en su interior, su vida seguirá exactamente igual que antes de perder la fe? ¿Que no cambiarán sus costumbres?

Dorothy se quedó pensativa. Sí, habría cambios en sus costumbres, pero la mayor parte serían secretos. El recuerdo del alfiler disciplinario recorrió su imaginación. Era algo que nadie más conocía y decidió no decir nada.

—Bueno —dijo por fin—, puede que al ir a comulgar me arrodille a la derecha de la señorita Mayfill y no a su izquierda.

II

Había pasado una semana.

Dorothy pedaleó colina arriba desde el pueblo y se dirigió hacia la verja de la rectoría. Hacía una tarde preciosa, clara y fría, y el sol sin nubes se hundía en cielos remotos y verdosos. Dorothy reparó en que el fresno de la puerta estaba en flor, cubierto de capullos de color rojo oscuro como las úlceras de una herida.

Se sentía agotada. Había sido una semana de locos, entre visitar una por una a las mujeres de su lista y volver a poner cierto orden en los asuntos de la parroquia. Todo estaba hecho un lío tras su ausencia. Había encontrado la iglesia tan increíblemente sucia que tuvo que pasar casi un día limpiándola con

cepillos y escobas y solo de recordar las cagaditas de ratones que había encontrado detrás del órgano se le revolvía el estómago (los ratones iban allí porque Georgie Frew, el organista, llevaba galletitas a la iglesia y se las comía durante el sermón). Todas las asociaciones de la parroquia estaban descuidadas, con el resultado de que la Liga de la Esperanza y la Compañía del Matrimonio habían pasado a mejor vida, la asistencia a la escuela dominical se había reducido a la mitad y se habían desatado luchas intestinas en el seno de las Madres Cristianas por culpa de unos desafortunados comentarios hechos por la señorita Foote. El estado del campanario era más alarmante que nunca. La revista parroquial había dejado de repartirse con regularidad y no se había recaudado el dinero. Las cuentas de los fondos de la iglesia no estaban al día y faltaban diecinueve chelines, incluso los registros parroquiales eran un desbarajuste... y así ocurría con todo ad infinitum. El rector no se había ocupado de nada.

Dorothy había estado hasta las cejas de trabajo desde que llegó a casa. De hecho, había vuelto a su antigua rutina con una rapidez sorprendente. Fue como si se hubiese ido de su casa el día anterior. Ahora que el escándalo había pasado, su regreso a Knype Hill despertó muy poca curiosidad. Algunas de las mujeres de su lista de visitas, sobre todo la señora Pither, se habían alegrado sinceramente de su vuelta, al principio Víctor Stone pareció levemente avergonzado de haber dado crédito por un tiempo a las calumnias de la señora Semprill, pero pronto lo olvidó al contarle sus últimos éxitos en Church Times. Algunas de las damas del café, por supuesto, la abordaron por la calle diciéndole: «¡Querida Dorothy, qué alegría volver a verla! ¡Ha estado fuera tanto tiempo! ¿Sabe, querida?, todas pensábamos que era una vergüenza que esa horrible mujer fuese contando esas historias sobre usted. Pero quiero que sepa que, independientemente de lo que pensarán los demás, yo nunca creí una palabra de... etcétera, etcétera». Sin embargo, nadie le hizo la pregunta incómoda que tanto temía, se contentaron con un «He estado dando clases en un colegio cerca de Londres» y ni siquiera le preguntaron el nombre de la escuela. Comprendió que no tendría que confesar que había dormido en Trafalgar Square y que la habían detenido por mendicidad. Lo cierto es que los habitantes de los pueblos rurales tienen una idea muy vaga de lo que sucede a más de veinte kilómetros de sus casas. El mundo exterior es una terra incognita, habitada, sin duda por dragones y antropófagos, pero no demasiado interesante.

Incluso su padre la había recibido como si solo hubiese pasado fuera el fin de semana. Cuando llegó estaba en su despacho fumando pensativo una pipa delante del reloj del abuelo, cuyo cristal había hecho pedazos la mujer de la limpieza cuatro meses antes y aún seguía sin arreglar. Cuando Dorothy entró, se quitó la pipa de la boca y la guardó en el bolsillo con un gesto despistado y senil. Su hija pensó que había envejecido mucho.

—Vaya, por fin has llegado —dijo—. ¿Has tenido buen viaje? —Dorothy le echó los brazos al cuello y rozó con los labios las pálidas mejillas de su padre. Cuando le soltó, él le dio una palmadita en el hombro con un gesto levemente más afectuoso de lo habitual—. ¿A quién se le ocurre marcharse así de casa? —preguntó.

—Ya te lo dije, papá..., perdí la memoria.

—Ya... —respondió el rector, y Dorothy comprendió que no la creía y que no la creería nunca, y que en muchas ocasiones futuras en que no estuviese de tan buen humor sacaría a relucir aquella fuga para reprochársela—. Bueno —añadió—, cuando hayas subido la maleta a tu cuarto, baja la máquina de escribir, ¿quieres? Necesito que mecanografíes mi sermón.

En el pueblo no había ocurrido nada interesante. Ye Olde Tea Shop estaba ampliando el local y contribuyendo así a desfigurar la calle Mayor. El reumatismo de la señora Pither había mejorado (gracias a las infusiones de angélica, sin duda), pero el señor Pither había tenido que ir al médico y temían que pudiera tener cálculos en la vejiga. El señor Blifil-Gordon había entrado en el Parlamento como dócil vocero relegado a los últimos bancos del partido conservador. El viejo señor Tombs había muerto justo después de Navidad y la señorita Foote había adoptado siete de sus gatos y hecho heroicos esfuerzos por encontrar casas para los demás. Eva Twiss, la sobrina del señor Twiss, el ferretero, había tenido un bebé ilegítimo, que había muerto. Progett había cavado el huerto de la cocina y sembrado unas semillas y las judías y los guisantes empezaban a brotar. Las deudas en las tiendas habían vuelto a acumularse después de la reunión de acreedores y ya debían seis libras a Cargill. Víctor Stone había tenido una controversia sobre la Santa Inquisición con el profesor Coulton en Church Times y había salido victorioso. El eccema de Ellen había empeorado durante el invierno. A Walph Blifil-Gordon le habían aceptado dos poemas en el London Mercury.

Dorothy entró en el invernadero. Tenía mucho trabajo entre manos: los trajes para el desfile que los niños iban a celebrar el día de San Jorge a fin de recaudar fondos para el órgano. En los últimos ocho meses no habían pagado un penique y el rector tal vez hiciera bien en tirar las facturas a la basura sin abrirlas porque su tono se iba volviendo cada vez más airado. Dorothy se había devanado los sesos buscando un modo de recaudar dinero y se había decidido por un espectáculo histórico, empezando por Julio César y acabando por el duque de Wellington. Calculó que podrían recaudar dos libras... ¡y con un poco de suerte y si hacía buen día, incluso tres!

Miró a su alrededor. No había entrado allí desde que se fue y era evidente que no habían tocado nada en su ausencia. Sus cosas seguían donde las había dejado cubiertas por una gruesa capa de polvo. La máquina de coser estaba en

la mesa entre viejos trozos de tela, hojas de papel de estraza, bobinas de hilo de algodón y botes de pintura, y aunque la aguja se había oxidado, seguía enhebrada. ¡Y sí...! Ahí estaban las botas de montar que había estado haciendo la noche que se marchó. Cogió una de ellas y la miró. Notó que se le encogía el estómago. ¡Dijesen lo que dijesen eran unas botas estupendas! ¡Lástima que nadie las hubiese utilizado! No obstante, tal vez le sirvieran para el desfile. Para Carlos II..., o mejor no incluir a Carlos II, mejor a Oliver Cromwell, así no tendría que hacer la peluca.

Dorothy encendió el infiernillo, encontró las tijeras y dos hojas de papel de estraza y se sentó. Tenía que hacer un montón de trajes. Mejor empezar con el peto de Julio César, pensó. Lo más difícil eran siempre las dichas armaduras. ¿Cómo era la loriga de un soldado romano? Dorothy hizo un esfuerzo y recordó la estatua de un idealizado emperador romano de barba rizada que había visto en la sala romana del Museo Británico. Se podía fabricar una especie de peto con cola y papel de estraza, pegar tiras de papel para hacer las placas de la loriga y luego pintarlas de color de plata. ¡Gracias a Dios no tendría que hacer ningún casco! Julio César llevaba una corona de laurel..., seguro que le avergonzaba su calvicie, como al señor Warburton. Pero ¿y las grebas? ¿Usaban grebas en época de Julio César? ¿Y botas? Las caligae, ¿eran botas o sandalias?

Al cabo de unos minutos se detuvo y dejó las tijeras sobre las rodillas. Volvió a distraerla una idea que la obsesionaba como un espíritu imposible de exorcizar cada vez que disponía de un momento libre. Era el recuerdo de lo que le había dicho el señor Warburton en el tren a propósito de cómo sería su vida futura, sin dinero ni marido.

No era que dudase lo más mínimo de los hechos externos relativos a su futuro. Lo veía con mucha claridad ante sí. Diez años, tal vez, trabajando de coadjutor sin salario y luego volver a las clases. No necesariamente en una escuela como la de la señora Creevy, seguro que podría encontrar algo mejor, pero sí en una escuela más bien sórdida y parecida a una cárcel, o quizá en algún empleo peor y más inhumano. En cualquier caso tendría que enfrentarse al destino común de todas las mujeres solas y sin un céntimo. «Las viejas solteronas de la vieja Inglaterra» como las llamó no sé quién. Tenía veintiocho años, la edad justa para entrar en sus filas.

¡Pero daba igual, daba igual! Era lo que nunca entenderían los Warburton de este mundo, aunque pasara un millar de años explicándoselo: las cosas externas como la pobreza y el trabajo, e incluso la soledad, carecen de importancia en sí mismas. Lo único importante es lo que ocurre en tu corazón. Por un momento —un instante terrible—, cuando el señor Warburton le habló en el tren, sintió pavor por la pobreza. Pero se había dominado. No valía la pena preocuparse por eso. El motivo por el que había tenido que hacer acopio

de valor y replantearse todo su esquema mental era otro muy distinto.

Sí, se trataba de algo mucho más fundamental, de la mortal vacuidad que había descubierto en el corazón de las cosas. Pensó que un año antes había estado sentada en esa misma silla, con las tijeras y haciendo exactamente lo mismo que ahora; y sin embargo era como si entonces y ahora hubiese sido dos personas diferentes. ¿Qué había sido de aquella chica ridícula y bienintencionada que rezaba extasiada en los campos cargados de aromas estivales y se pinchaba en el brazo como castigo por tener pensamientos sacrílegos? ¿Y qué ha sido de cómo éramos cualquiera de nosotros hace tan solo un año? Después de todo —y ahí radicaba la dificultad— seguía siendo la misma chica. Las creencias cambian, las ideas también, pero hay una parte del alma que es inmutable. La fe desaparece, pero la necesidad de creer perdura.

Y, si se tiene fe, ¿qué importa todo lo demás? ¿Cómo va a desanimarte nada si solo hay un propósito en el mundo al que uno pueda servir y que resulte comprensible? La vida entera está iluminada por ese sentido de servidumbre. El corazón no se fatiga, no hay dudas, ni sensación de futilidad, ni ennui baudeleriano que lo acechen a uno cuando está desprevenido. Cada acto es significativo, cada momento sacrosanto y trenzado por la fe en un tejido de gozo inagotable.

Empezó a meditar sobre la naturaleza de la vida. Sale uno del vientre materno, vive sesenta o setenta años y luego muere y se pudre. Y hasta el último detalle de su vida, si no hay ningún propósito que lo redima, está teñido de una grisura y desolación indescriptibles que uno siente como una punzada física en el corazón. La vida, si de verdad acaba en la tumba, es monstruosa y terrible. De nada sirve argumentar lo contrario. Basta con pensar en la vida como es en realidad, en todos sus detalles, y luego pensar que todo eso carece de sentido, que no tiene otro propósito que la tumba. Solo los locos, quienes se engañan a sí mismos, o los muy afortunados pueden enfrentarse a esa idea sin acobardarse.

Cambió de postura en la silla. Sin embargo... ¡algún significado, algún propósito debía tener! El mundo no podía ser un accidente. Todo lo que ocurre debe tener una causa... y por tanto un propósito. Puesto que existimos, Dios debe habernos creado y, dado que nos creó seres conscientes, Él también ha de serlo. Lo mayor no procede de lo menor. Nos creó y nos matará por sus propios motivos. Pero ese propósito es inescrutable. Está en la naturaleza de las cosas que no podamos descubrirlo, y es posible que si llegáramos a hacerlo nos repugnase. Tal vez nuestra vida y nuestra muerte no sean más que una nota en la orquesta eterna que toca para entretenerlo. ¿Y si no nos gustara la melodía? Pensó en aquel horrible sacerdote excomulgado de Trafalgar Square. ¿Lo habría soñado o habría dicho realmente aquello? «Así que con demonios y archidemonios y toda la compañía infernal...» Aunque, en realidad, eso era

una tontería. Porque que no nos gustase la melodía era parte de la melodía.

Su imaginación se debatió con aquella dificultad, aunque comprendía que no tenía solución. Vio con claridad que no había nada que pudiera sustituir a la fe, ni la aceptación pagana de la vida como algo autosuficiente, ni las animosas bobadas panteístas, ni la pseudoreligión del progreso con sus imágenes de utopías deslumbrantes y hormigueros de acero y cemento. Es todo o nada. O la vida en la tierra es la preparación del algo mayor y más duradero, o carece de sentido y es sombría y terrible.

Dorothy se sobresaltó. Del bote de cola salía un chisporroteo. Había olvidado echar agua al tarro y la cola estaba empezando a quemarse. Cogió el bote y corrió a llenarlo en el fregadero, luego volvió a ponerlo sobre el infiernillo. ¡Tenía que acabar aquel peto antes de cenar! Después de Julio César tendría que hacer el traje de Guillermo el Conquistador. ¡Otra armadura! Y pronto debería ir a la cocina y recordarle a Ellen que hirviera unas patatas para acompañar la carne picada de la cena, también tenía que completar la lista de los recados del día siguiente. Dio forma a las dos mitades del peto, recortó los agujeros para los brazos y el cuello y volvió a detenerse.

¿Por dónde iba? Acababa de decirse que si la muerte ponía fin a todo, era que no había esperanza y todo carecía de sentido. Bueno, ¿y qué?

El acto de ir al fregadero a llenar el bote había cambiado el tono de sus pensamientos. Reparó, al menos por un momento en que se había dejado llevar por la exageración y la autoconmiseración. ¡Cuánto lío por tan poca cosa, la verdad! ¡Como si no hubiese innumerables personas en su misma situación! A lo largo y ancho del mundo, miles y millones de personas habían perdido la fe, pero no la necesidad de creer. «La mitad de las hijas de los pastores anglicanos de Inglaterra» había dicho el señor Warburton. Probablemente tuviera razón. Y no solo las hijas de los pastores anglicanos, personas de toda condición, enfermos, solitarios, fracasados, gente que llevaba vidas desgraciadas y que necesitaba el apoyo de la fe y no lo tenía. Puede que hubiera incluso monjas que en su fuero interno habían dejado de creer y seguían en sus conventos fregando el suelo y rezando avemarías.

Y, al fin y al cabo, qué cobardía era lamentarse por haberse librado de una superstición... ¡desear creer en algo que uno sabía que no era cierto!

Y aun así...

Dorothy había dejado las tijeras. Empujada casi por la inercia, como si su regreso a casa, que no le había devuelto la fe, le hubiese devuelto en cambio las costumbres piadosas, se arrodilló junto a su silla. Se tapó la cara con las manos y empezó a rezar.

—Señor, creo, ayúdame en mi incredulidad. Señor, creo, creo, ayúdame en

mi incredulidad.

Era inútil, absolutamente inútil. Nada más pronunciar aquellas palabras comprendió que eran inútiles y se avergonzó de lo que estaba haciendo. Alzó la cabeza y en ese momento un olor cálido y fétido que había olvidado esos ocho meses aunque le resultaba inefablemente familiar se coló en su nariz: el olor de la cola. El agua hervía ruidosamente en el tarro. Dorothy se puso en pie y sujetó el mango de la brocha. La cola se estaba ablandando..., estaría líquida en cinco minutos.

El reloj del abuelo en el despacho de su padre dio las seis. Dorothy dio un respingo, reparó en que había desperdiciado veinte minutos, y su conciencia le dio una punzada tan fuerte que todas las preguntas que la asediaban desaparecieron de su imaginación. ¿Qué había estado haciendo todo ese rato?, tuvo la sensación de no saberlo. Se regañó a sí misma. ¡Vamos, Dorothy, no es momento de hacerse la remolona! Tienes que terminar el peto antes de cenar. Se sentó, se puso unos alfileres en la boca y empezó a unir las dos mitades del peto para darle forma antes de que estuviese lista la cola.

No lo sabía, pero el olor de la cola era la respuesta a sus plegarias. No se paró a pensar conscientemente que la solución a su problema radicaba en aceptar el hecho de que no tenía solución y que, si uno sigue con el trabajo que tiene entre manos, el propósito último acaba volviéndose insignificante, que la fe y la falta de fe son casi la misma cosa cuando uno se dedica a algo útil, acostumbrado y aceptable. Todavía no podía formular esas ideas, pero podía sentir las. Más adelante tal vez llegara a formularlas y pudiese extraer consuelo de ellas.

Todavía faltaba un minuto o dos para que la cola estuviese lista. Dorothy terminó de unir las dos partes del peto, y en ese mismo instante empezó a diseñar en su imaginación los innumerables trajes que le faltaban por hacer. Después de Guillermo el Conquistador —¿usaban cota de malla en aquellos tiempos?—, estaban Robin Hood —verde oscuro y arco y flechas—, Thomas Becket con su capa pluvial y su mitra, la gorguera de Isabel I y el bicornio del duque de Wellington. Y luego recordó que tenía que ir a preparar esas patatas a las seis y media. También tenía que escribir su lista de recados. Al día siguiente era miércoles..., no debía olvidar poner el despertador a las cinco y media. Cogió un trozo de papel y empezó a escribir su «lista de recados»:

7 oc. Comulgar.

El bebé de la señora J. nacerá el mes que viene. Hacerle una visita.

Desayuno. Beicon.

Se detuvo a pensar en las otras cosas que tenía que hacer. La señora J. era la señora Jowett, la mujer del herrero, acostumbraba a ir a la iglesia después de

dar a luz, pero solo si se la engatusaba de antemano con mucho tacto. Y tenía que llevarle a la vieja señora Frew unas pastillas de paregórico, y tal vez hablar con Georgie para que dejase de comer esas galletitas durante el sermón. Añadió a la señora Frew a su lista. ¿Y el puchero —es decir, la comida— del día siguiente? ¡Tenían que pagarle algo a Cargill! Además era el día del té con las Madres Cristianas y ya habían terminado la novela que les estaba leyendo la señorita Foote. La cuestión era ¿qué llevarles ahora? No les quedaba ningún libro de Gene Stratton Porter, su favorito. ¿Qué tal Warwick Deeping? ¿No lo encontrarían muy intelectual? Y tenía que pedirle a Progett que sembrara unas coliflores.

La cola se había disuelto. Dorothy cogió otras dos hojas de papel de estraza, las cortó en tiras finas y con cierta torpeza, por lo difícil que resultaba darle forma convexa al peto, pegó las tiras horizontalmente, por detrás y por delante. Poco a poco se fue endureciendo entre sus manos. Una vez reforzada, la puso de pie para verla. ¡No estaba nada mal! Otra capa de papel y parecería una auténtica loriga. ¡El desfile tenía que ser un éxito! ¡Qué lástima no poder pedir prestado un caballo y representar a Boadicea en su carro! Podrían recaudar cinco libras si tuviesen un buen carro con guadañas en las ruedas. ¿Y Hengist y Horsa? Jarreteras cruzadas y yelmos con alas. Dorothy cortó en tiras otras dos hojas de papel de estraza y cogió el peto para ponerle una última capa. El problema de la fe y la falta de fe había desaparecido por completo de su imaginación. Estaba empezando a oscurecer, pero se hallaba demasiado ocupada para detenerse a encender la lámpara y siguió trabajando, pegando en su sitio una tira de papel tras otra, absorta y piadosamente concentrada en el penetrante olor que emanaba del bote de cola.

FIN

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es